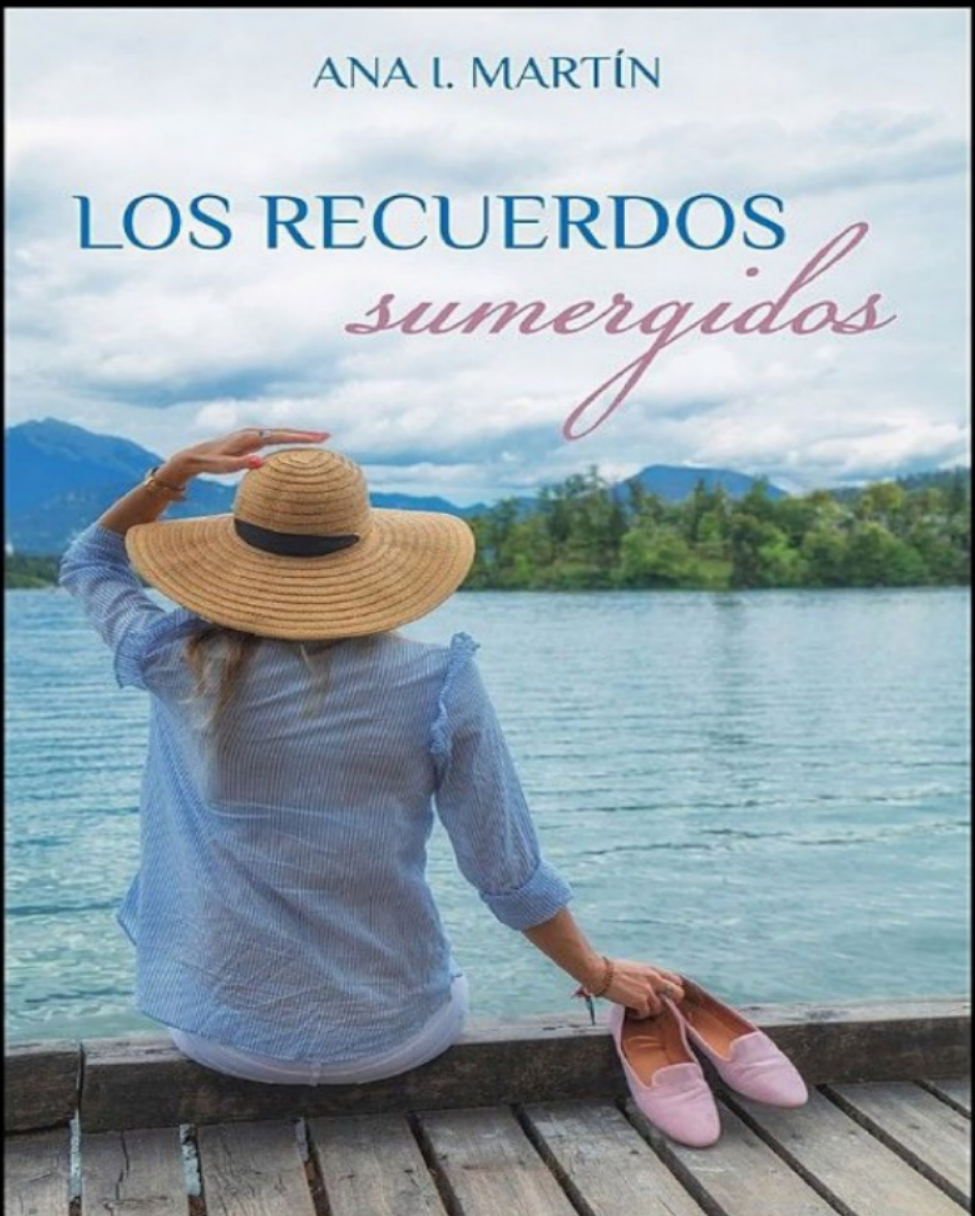
Selecta



Los recuerdos sumergidos

Ana I. Martín

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Capítulo 1

Cuando el taxi se detuvo frente al portal, su hermana Graciela le pidió que esperase; iba a llamar al portero para que las ayudara, y ella no se movió. Solo dirigió la vista a lo largo de la acera, hasta detenerse en la esquina, donde sobresalía una parte de la marquesina de El Suizo. Y, junto al recuerdo del aroma a café recién molido, se superpuso el de la última vez que había estado allí.

Había sido al día siguiente de su primera exposición en solitario. Había quedado con Víctor a las cinco y se había retrasado diez minutos. Él estaba en la mesa del fondo y, en cuanto tomó asiento, pidieron café para los dos, que les sirvieron en las tazas blancas, humeante, con la espuma de leche flotando en la superficie. Entonces se había fijado en su cara; parecía molesto con la luz que le llegaba del ventanal y ella se había ofrecido a cambiar de sitio, pero había arrastrado la silla, lo justo para que no lo deslumbrara, y tomaron el café mientras le hablaba de la exposición. Le había contado entusiasmada que había sido un éxito, desgranando todos los detalles: de la disposición de los cuadros a la iluminación, incluso le había hablado de los aperitivos y bebidas que habían servido, sin olvidar el tema de los compradores, los bodegones que había vendido y los encargos. No podía parar, y él asentía silencioso, aunque por un breve instante había estado tentada de preguntarle algo, al menos cómo le había ido a él en la grabación, si todo había salido como esperaba con el sistema nuevo. Pero no lo había hecho, continuó con su soliloquio sobre la exposición hasta que, al terminarse el café, Víctor había pedido un vodka con hielo. Ella lo había mirado interrogante, pero Víctor siguió con el gesto y

los ojos clavados en los suyos, como si todo fuera normal y no quisiera perderse una sola de sus palabras. Y lo conocía lo suficiente para saber que tenía la mente en otro sitio, que algo había sucedido…

—Despacio, Paula —oyó la voz de su hermana—, no vayas hacerte daño.

El portero había llevado su bolsa al interior del edificio y Graciela le pasó las muletas, a las que se aferró antes de pisar el suelo; le había costado aprender a utilizarlas, pero ahora la hacían sentirse segura. Por eso no aceptó ninguna ayuda y continuó sola, con su hermana al lado pendiente de sus movimientos, atenta cuando tuvo que salvar los dos escalones antes de entrar en el ascensor. Su pierna de apoyo pareció tambalearse un poco y se asustó pensando que se caía, sin embargo, no ocurrió nada y llegaron sin novedad a la planta sexta.

—Está Encarna —dijo Graciela mientras introducía la llave en la cerradura

En cuanto abrió, una mujer morena de baja estatura y vivaces ojos negros les salió al encuentro.

—¡Qué alegría verla de nuevo!

—Gracias, Encarna.

—¿Cómo está? —preguntó bajando la vista a sus piernas.

—Bien… bastante bien, dentro de lo que cabe.

En cuanto entraron, su hermana se encargó de sus cosas y ella se quedó por un momento en el recibidor, contemplando el cuadro al óleo que colgaba sobre la cómoda, una copia bastante aceptable de los *Jardines Medici* de Velázquez que había pintado en su época de estudiante. Luego recorrió despacio el tramo que la separaba del salón, tan amplio y luminoso como el resto de la casa, con aquellos ventanales tras los que se veían algunos edificios del otro lado del Retiro. Y si se acercaba y salía a la terraza, podía ver la arboleda del parque, una masa verde y compacta en medio de torres y tejados, ante la suave bruma de la lejanía.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió su hermana.

—Antes me gustaría echar un vistazo.

—Como quieras y, si lo prefieres, puedes apoyarte en mí.

—No es necesario, voy bien con las muletas.

Atravesó el salón bordeando la alfombra, mirando todo como si esperase encontrar algún cambio. Pero no advirtió diferencia alguna. Como no la hubo apenas desde que había dejado de vivir allí. Su madre no tenía aficiones decorativas ni era amante del hogar; para ella siempre había algo más interesante que hacer fuera

de casa. Y miró el retrato sobre la falsa chimenea de mármol que representaba a su madre y a su hermana Abigail. Era uno de sus primeros trabajos y estaba bien conseguido; le resultó fácil porque eran bellas, igual que dos estatuas perfectas.

—Fui a buscar tus cosas, al menos lo que creí imprescindible —le explicó Graciela, que se había apresurado en abrir la puerta—. Las colocamos Encarna y yo como nos pareció mejor.

Después de los años volvía a su habitación. La misma colcha de damasco en azul y blanco cubría la cama, la misma mesa de estudio con la silla de asiento giratorio, la butaca en la esquina, el armario empotrado, la cómoda…

—Parece una pesadilla —murmuró.

—No puede ser de otra forma, Paula, subir cinco pisos en tus condiciones…

—Lo sé, no tengo alternativa.

—Imagino lo que sientes, y te repito mi ofrecimiento: puedes venirte a casa.

—Gracias, pero es mejor así.

Paula caminó hacia la cama y se sentó en el borde. Desde allí observó detenidamente cada rincón, en especial los cuadros que seguían colgados como una muestra de su evolución: los dos carboncillos en tamaño cartulina de *El Niño* de *la espina* y el de *La Venus de Milo*, un jarrón con rosas y la cabeza de un caballo realizados con la técnica de la acuarela, y un bodegón inspirado en Cézanne que nunca le había gustado, pero que le daba pena tirar.

Entre tanto, Graciela había abierto el armario y le mostró su ropa colgada de las perchas, a la vez que le decía que había guardado otras dobladas en los cajones de la cómoda.

—Si necesitas algo del estudio, no tienes más que pedírmelo. —Y dudó un segundo antes de preguntar—: ¿puedes pintar?

Paula giró la muñeca derecha; apenas le dolía tras las primeras sesiones de la rehabilitación, pero no le apetecía coger un pincel, al menos por el momento. Y eso le contestó a ella.

—Debes ser prudente, sin prisas.

—Tenía algunos encargos —dijo alzándose con ayuda de las muletas—, pero supongo que habrán sabido disculparme. El que te pase un camión por encima es un buen motivo de incumplimiento.

Y sonrió con un deje de amargura mientras avanzaba hacia la puerta.

—¿Te quedas a comer conmigo? —preguntó volviéndose un instante.

—Sí, estaré hasta las cuatro y media. Por suerte para las dos,

mamá y Abi llegan a las siete, tenían no sé qué evento.

—Lo sé, mamá se hizo la afligida porque no podía estar en casa para recibirme recién salida de la clínica. Y yo me alegré; cuando pienso que tendré que verlas todos los días, que me llenarán la cabeza con sus tonterías de siempre…

Graciela soltó una carcajada.

—Te entiendo perfectamente.

Mientras su hermana iba a la cocina para ayudar a Encarna con la comida y poner la mesa, Paula volvió al salón y se acomodó en el amplio sofá, con las piernas extendidas sobre la mullida superficie. Apartó algunos cojines para colocárselos en la espalda y, así recostada, miró hacia el ventanal, tras el que se vislumbraba el cielo primaveral de principios de abril.

—¡Estoy en casa! —suspiró cerrando los ojos.

Al menos en la que había nacido y donde había vivido durante veintisiete años. Luego había alquilado un apartamento en la zona de Cuatro Caminos con Menchu, su amiga y compañera de la facultad, antes de que se casara con Agustín. Entonces se había quedado sola, hasta que había aparecido Víctor en su vida y se había mudado a aquel ático… Lo que nunca había imaginado era que volvería a su antiguo hogar, que sería su destino inmediato. Y no dejaba de sentirse intranquila, en cierta forma una fracasada, con un futuro incierto que le llenaba de desasosiego. Sobre todo, cuando recordaba las palabras de su madre y de su hermana Abigail.

—Como antes, Paula —le decían—. Volverás a tu vida de antes, a salir y recuperar tus amistades.

Y de eso no tenía ganas. No porque se sintiera deprimida, sino que esa vida ya no era la suya, y desde luego no quería recuperarla. Cuando «la perdió» lo hizo fría y conscientemente, no imbuida ni presionada por Víctor como pensaban ellas.

Se incorporó un poco para colocarse mejor y la falda se le levantó dejando al descubierto el principio de la cicatriz, en la parte superior del muslo izquierdo y en dirección a la cadera. Su aspecto rosado se había vuelto más oscuro, pero seguía impresionándola, haciéndole recordar el dolor, las visiones de hierros retorcidos, de cristales rotos, de luces que seguían centelleando ante sus ojos, con las voces desconocidas e incomprensibles… Hasta que fue capaz de mirar a un lado y por unos instantes vio el perfil de Víctor con la boca entreabierta. Y no recordaba más. Había perdido el conocimiento mientras él moría allí mismo, en el acto, sin sufrir. Eso le habían dicho, que no había sufrido porque había sido

inmediato. Era lo único bueno que tuvo su muerte, que lo liberó al fin de los sufrimientos. La vida no; si la quería tenía que aferrarse a ella y luchar, lo que había hecho ella cuando ni los calmantes la habían aliviado lo suficiente tras las dos operaciones de las que aún se recuperaba. Pero al final, el tiempo, por increíble que le pareciese entonces, le había devuelto la calma. Las molestias se hicieron soportables cediendo con la medicación y el transcurrir de las semanas, como sus piernas y la muñeca que se fortalecerían gracias a la rehabilitación. Porque había sobrevivido, no como Víctor. Él ya no estaba, no existía.

Volvió a pensar en ello, como cientos de veces desde que había ocurrido, que no vería más su cara, ni sus ojos profundos perdidos en los suyos. Tampoco su voz, aunque estuviera grabada en los discos como un recuerdo vivo y congelado a la vez. Nunca sería igual que tenerlo cerca, aunque fuese para oír sus penas, incluso sus silencios, con la intimidad de sus manos en su piel, acariciándola despacio como hacía con las cuerdas de su guitarra.

Después de comer, Graciela sirvió el café en la mesa de centro. Paula, medio recostada contra el brazo del sofá, tomó la taza que su hermana la acercó y bebió un sorbo antes de volver a dejarla sobre la mesa.

—Me gustaría ir a algún sitio donde no conociese a nadie —dijo en alto, con la mirada fija en las muletas que yacían en el suelo—. Si ese día volví a nacer, como tantas veces me recuerda mamá, sería como si realmente fuera así. Un empezar de cero.

—Aunque te fueras a ese lugar nada cambiaría el pasado —repuso su hermana y dirigió la vista hacia ella—. También sería una batalla perdida obsesionarse con olvidar; sin embargo, orientar tu vida, recomponerte de nuevo… Eso sí es posible, incluso obligado y, por supuesto, es un proceso difícil que requiere su tiempo.

Paula no pudo evitar un gesto de apatía.

—No tengo ganas de hacer nada, Graciela, me siento vacía, no me ilusiona retomar el trabajo que dejé y que antes me llenaba. Es como si tuviese una falta de identidad, como si la hubiese perdido en el accidente… Y me inquieta porque es traicionarme a mí misma, después de tantos años de esfuerzo en los que creía haber encontrado mi destino.

—Todo está relacionado. Puede que atravieses una especie de

depresión, y no sería de extrañar después de lo que has pasado —y añadió con cautela—: quizá deberías ir a un médico.

—Supongo que te refieres a un psiquiatra, y no creo que me resuelva nada salvo recetarme pastillas.

Graciela se inclinó hacia ella y posó una mano en la suya.

—Saldrás de esta, Paulita, el tiempo lo cura todo y eso vale también para ti. Así que relájate; la ilusión y las ganas de volver a trabajar surgirán cuando menos te lo esperes.

—Me siento cansada, como si fuera demasiado mayor para eso.

—Con cuarenta y un años no se es mayor —repuso Graciela irguiéndose de inmediato—. Sobre todo, si estas frente a alguien que está a punto de cumplir los cuarenta y ocho, y desde luego no me siento vieja para nada. Encima no te quejes, podrías decir que tienes menos y nadie lo dudaría.

Paula sonrió y tomó otro poco de café.

—Solo faltaría que empezase a quitarme años como mamá, que de tanto hacerlo creo que ni ella sabe los que tiene; incluso Abigail entró en el juego y va diciendo por ahí que tiene treinta y dos.

—Son felices así, ya lo sabes —concluyó Graciela—. Por cierto, mañana no podré venir, tengo un juicio a primera hora y me temo que se alargará, después una reunión…

—No te preocupes.

—Es que quería llevarte a la rehabilitación.

—No es necesario, llamaré a un taxi, además empiezo pasado mañana. —Y sonrió al decir—: me han dado vacaciones hasta entonces, aunque tengo *deberes*.

—Pídele a Abi…

—Prefiero no contar con ella ni con mamá.

No fue a las siete, sino pasadas las ocho de la tarde cuando llegaron a casa, llenando con sus voces y su presencia el espacio, como si antes hubiese estado vacío.

—¡Oh, estás horrible! —Fue lo primero que dijo su hermana Abigail tras soltar dos besos junto a sus mejillas.

Y acto seguido empezó a examinar su pelo, a tocarlo separando sus mechones rizados como si buscase algo perdido entre ellos.

—Lo tienes áspero y las puntas abiertas —la reprochó—. Claro, te lo habrás lavado con el champú barato de la clínica, y ni se te ha ocurrido hidratarlo.

Paula aguantaba aquella inspección mientras la larga melena de Abigail, inclinada sobre ella, le caía en la cara. Su pelo brillante, de un castaño claro como el suyo, tenía reflejos dorados y era liso, con el aspecto de ser tan suave y sedoso que estuvo tentada de meter sus dedos para comprobarlo.

—No puedes estar así ni un día más —concluyó apartándose y se dirigió su madre—. Si alguien la ve así, tan descuidada, no sé lo que van a pensar.

Paula iba a preguntarle que quién iba a verla, pero no lo hizo, temerosa de que entre las dos hubiesen ideado algún tipo de recepción social a las que eran tan aficionadas.

—Llamaré a Piluca para que venga mañana mismo a arreglárselo.

—No te molestes, mamá —protestó; su pelo en ese momento le daba absolutamente lo mismo.

—Y que te haga una limpieza de cutis que buena falta te hace —siguió, a la vez que le cogía una de sus manos—. Me lo imaginaba, las uñas también.

Ella no pudo reprimir por más tiempo una carcajada.

—Vamos, una auténtica puesta a punto.

Pero a ninguna le hizo gracia el comentario. Más aún, la miraron con lástima, quizá pensando lo que habían dicho tantas veces, que desde que estaba con «el músico» se había vuelto muy vulgar. Pero no lo nombraron, no era de buen gusto ensañarse con los muertos, y Víctor lo estaba. Aun así, su madre debía aportar su nota de sabiduría y concluyó:

—Nena, el aspecto físico refleja el noventa por ciento de lo que somos.

Estuvo a punto de preguntarle que por qué el noventa precisamente, pero no abrió la boca. Solo sonrió, pues si su teoría fuera cierta, ellas serían poco más que seres fantásticos: su ropa, el maquillaje y el peinado impecables; lo único que las diferenciaba para ser iguales era la edad. Por eso a Paula volvió a cruzarle por la mente lo que tantas veces había pensado al contemplarlas: que llevar la vista de una a otra era como hacer un viaje de décimas de segundo en el tiempo.

—Al menos estas en casa —dijo su madre.

—Sí, es un alivio —suspiró Abigail.

Y a Paula le quedó la duda de si más que por su recuperación, se alegraban de no tener que volver a la clínica para visitarla.

Cuando se disponía a irse a la cama, Abigail la retuvo para contarle sus planes, envuelta en su bata de raso azul aguamarina

mientras que la de su madre era blanca.

—La semana que viene nos vamos a New York —y lo dijo con una perfecta pronunciación; había estudiado filología inglesa pero no había llegado a acabar la carrera.

—¿No estuvisteis hace poco? —preguntó, aunque en el fondo le daba igual, más aún, tuvo que disimular su alegría ante semejante noticia.

—Sí —contestó su hermana—, solo que esta vez nos invitan unos amigos que tienen una casa maravillosa en los Hamptons, es súper espectacular, con un jardín inmenso…

—¿Y cuánto tiempo? —la interrumpió.

—Un mes.

—Nos apena dejarte sola —se apresuró a decir su madre.

—No os preocupéis, me las apañaré, además con Encarna no tendré problemas.

Percibió el alivio de ambas, y durante unos minutos Abigail volvió a hablar de aquella casa con su tono afectado de diva del cine, mientras su madre se metía en la conversación, apoyando sus palabras como si fuera su propio eco. Y añadió que uno de esos amigos, neoyorquino por más señas y llamado Howard, estaba «loquito» por Abigail.

Abigail sonrió con una mal disimulada modestia; sabía que era la más guapa de las hermanas, pues había heredado la belleza intacta de su madre, sin los rasgos del padre que tenían las dos mayores. Graciela no solo debía el nombre a su abuela paterna, también la anchura de caderas y la mandíbula algo prominente, mientras a Paula le habían tocado los rizos que durante años había intentado domesticar hasta que se había rendido, sobre todo al decirle Víctor que le gustaban porque le daban un aire de chica rebelde.

—Y es encantador —oyó decir a su madre.

Paula pensó en aquella palabra. Su significado no era otro que el que tenían a un admirador rondándoles para invitarlas a viajes y a fiestas. Luego, si la cosa se complicaba, una huida a tiempo antes de llegar a cualquier compromiso por su parte, como había pasado con Fernando, el marido de Abigail por unos meses. Cuando se separó, su hermana alegó que era demasiado controlador y que no la dejaba respirar. Pero la realidad era que había aceptado su proposición de matrimonio con excesiva precipitación y en contra de la opinión de su madre, cuyas continuas insinuaciones acabaron calando en ella. Empezó a ver a Fernando como lo que en realidad era: un simple profesor de inglés, sin más recursos que su trabajo y, muy a su

pesar, él se dio cuenta de sus auténticos sentimientos: hasta qué punto prefería la vida frívola y despreocupada que llevaba, en la que no tenía cabida. Y que Paula supiera, su hermana nunca se había arrepentido de tal decisión. Desde que su padre había muerto, cuando Abigail tenía dieciséis años, la relación con su madre se había vuelto quizá exagerada. Tanto Graciela como ella, más adultas, no cayeron en ese celo, en ese amor maternal que más bien rallaba en la posesión y el egoísmo. Su madre no soportaba la soledad, la vida dentro de cuatro paredes le resultaba imposible y necesitaba el control absoluto sobre alguien, por eso se había volcado en su hija menor, tan parecida a ella y no solo en el físico. Y no le importó, si es que se percató de ello, ser la causa indirecta de la ruptura matrimonial de su hija porque, bien lo sabía Paula, aunque le doliese, su madre no había querido a su marido salvo por el dinero y la posición social que le había proporcionado.

Continuaron hablando del viaje, de la ropa que debían llevarse o comprar, de las personas con las que se relacionarían… Paula ya no les prestaba atención, estaba cansada y con un «hasta mañana» que ninguna le devolvió, cogió las muletas y se fue a su habitación, dejándolas en el sofá ilusionadas con sus planes.

Al día siguiente, tras arreglarse de forma impecable como de costumbre, le comunicaron que no volverían hasta la noche porque tenían mucho que hacer, aunque no concretaron qué. Tampoco se les ocurrió preguntar si precisaba algo, pues ya le había dicho su madre:

—Pídele a Encarna lo que necesites que para eso está.

Así eran Abigail y María Victoria, o lo que era lo mismo, Abi y mamá, siempre a lo suyo.

Piluca llegó media hora después. Era una chica joven, de pelo color cereza y con un exagerado maquillaje en los ojos, que nada más entrar se atavió con un fino batín que sacó de una pequeña maleta junto con sus utensilios de esteticista. Dijo que llevaba las órdenes expresas de la señora María Victoria, que sabía lo que tenía que hacer y enseguida se puso manos a la obra. Apenas hizo falta mediar palabra, salvo cuando se dispuso a alisarle los rizos y Paula se negó.

—Como usted diga —repuso la chica, y eso fue lo único que le desvió del guion.

En cuanto al arreglo de sus uñas, Piluca pareció tomarse la tarea con calma. Paula, al verla tan concentrada y silenciosa, casi se sintió avergonzada pensando si no serían las más estropeadas del mundo. Y para acabar, la limpieza de cutis y un retoque de cejas.

—Está muy guapa —dijo Encarna al verla.

—Debe ser cierto que una buena sesión estética hace milagros.

—Si se es guapa como usted, porque una fea… —Y soltó aquel manido refrán de que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda».

Comió sola, y después habló por teléfono con Graciela que le preguntó cómo le había ido la mañana. Ella le conto lo referente a su «puesta a punto» y se carcajearon por un rato, aunque al colgar se fijó en su imagen reflejada en el espejo que había sobre el aparador del comedor. Estaba mucho mejor, podía introducir los dedos entre sus cabellos sin dificultad, pues ya no estaban ásperos ni encrespados. También la piel tenía un aspecto más suave, y las uñas resultaban perfectas pintadas de un rosa nacarado.

—He recogido la cocina y he dejado en la nevera un guiso de pescado para que lo caliente en el microondas —le comunicó Encarna al entrar—. Si ya no necesita nada más…

Iba a decirle que no cuando sonó el timbre de la puerta y Paula se sobresaltó. No tenía idea de quién podía ser, y mientras Encarna se apresuraba en ir a abrir, fue apoyándose en las muletas hasta el sofá. Cuando las ponía en el suelo y se dejaba caer en el asiento, el último en el que pensaba se plantó en medio del salón con un gran ramo de rosas amarillas.

—Roberto —dijo con una sonrisa en los labios, sin poder evitar emocionarse a la vez que se sorprendía de que se acordara de que eran sus favoritas.

Esperó a que se acercara, respondió a su beso en la mejilla, y acto seguido hundió la cara entre las flores, embriagándose con aquel olor tan delicioso.

—Por favor, Encarna, antes de marcharse póngalas en un jarrón con agua. —Y se volvió hacia Roberto—. Muchas gracias, son preciosas.

Lo miró conmovida por aquel presente inesperado. Y de la misma forma se fijó en su atractivo, en su traje perfectamente conjuntado, el pelo de un rubio oscuro con un corte juvenil que empezaba a encanecer por las sienes, y las pequeñas arrugas que se le habían formado bajo los ojos azules al sonreír.

—Siéntate —lo invitó, y él lo hizo en el sillón de al lado.

—No pude ir a verte —empezó algo nervioso—. Bueno, más bien

no me atreví, aunque ni por un minuto dejé de pensar en ti desde que…

Paula sonrió al notar su turbación. Sabía que había estado en la clínica, que durante las dos operaciones no se había movido de la sala de espera para enterarse de su evolución y que todos los días llamaba a Graciela para preguntar por su salud. Pero no quiso decirle que lo sabía.

—No te preocupes, fue mejor que no lo hicieras, no estaba en condiciones de recibir visitas. Por cierto, ¿cómo sabías que me habían dado el alta?

—Por Graciela, le pedí que me avisara.

No debía sorprenderla, eran amigos desde hacía años, y su hermana lo prefería para ella en lugar de a Víctor; nunca había ocultado esa opinión.

—No me comentó nada —dijo entonces.

—Ha sido una pequeña conspiración.

Encarna entró en ese momento con las rosas repartidas en dos jarrones; uno lo dejó en la consola y el otro a su lado, sobre la mesa de centro. Paula se inclinó para olerlas de nuevo y tocó despacio los pétalos.

—¿No necesita nada más? —preguntó, y al responderle Paula que no, se dirigió a Roberto—. ¿Le traigo algo de beber?

Él negó agradecido, y la mujer se despidió hasta el día siguiente.

—Estoy feliz de ver que estás bien —dijo Roberto; ella seguía con la vista en las flores y advirtió su tono emocionado.

—Tuve suerte —repuso tan solo.

—Yo… —empezó balbuceando— en estos meses, desde que te pasó… no he dejado de repetirme que todo había ocurrido porque yo te lo presenté y te enamoraste de él cuando creía que… Y has estado a punto de morir por su culpa, que en el fondo no es más que la mía por haberte llevado esa noche a…

—No empecemos, Roberto —lo interrumpió ella—. Pasó hace años, y eso que dices sobra, especialmente ahora.

—Puede ser. —Y se movió inquieto en el asiento, quedándose en el borde para estar más próximo a ella—. Sin embargo, tengo que hacerlo porque no paro de darle vueltas, de sentirme responsable…

—No lo eres, y si como dicen sobre el accidente, que no estaba en condiciones de conducir, que… —Tuvo que detenerse un segundo antes de continuar—. En eso yo soy la única que podría opinar, y no voy a hacerlo porque ya da lo mismo.

Roberto, al oír aquello, se puso en pie como impulsado por un resorte.

—¿Cómo que da lo mismo? —Y elevó la voz al exclamar—: ¡casi te mata! Si no llega a morir, creo… creo que le habría matado yo mismo.

Paula lo miró seria.

—Por favor, no digas eso.

Él se sentó de nuevo.

—Roberto —empezó, mirando fijamente sus ojos azules aún alterados—. No volvamos a hablar de lo que pudo o no ser; Víctor está muerto y esa es la única realidad. Pero antes tengo que decirte algo para zanjar de una vez y para siempre… —E hizo una pausa para tomar aliento—. No sé si era o no merecedor de mi cariño como dice mi madre, solo sé lo que sentía por él, aunque los dos últimos años fueran difíciles y mi amor se deteriorara por su alcoholismo y sus depresiones. Me planteé dejarlo, y fue más de una vez. Tú eres el primero al que se lo digo, ni siquiera Graciela lo sabe. Aun así, nada quita que lo amase, que en ningún momento me arrepienta de haberlo hecho y que, si no hubiese sido por esos problemas que no pude soportar, habría pasado el resto de mi vida con él.

Roberto escuchaba en silencio, mirándola casi sin parpadear.

—Por eso te pido una cosa —continuó—, y es que no volvamos a hablar de Víctor.

—No hay nada que desee más que no volver a mentarlo porque lo único que me importa es que tú estás bien y tan guapa como siempre.

Paula sonrió ante aquel cumplido, sobre todo al pensar si habría opinado lo mismo el día anterior, cuando estaba «horrible», como le había dicho su hermana.

—Como siempre no —dijo recordando la cicatriz de la cadera y el muslo.

—¡Serás mejor! —exclamó él sin poder reprimirse—. Vuelves a ser tú, a vivir de nuevo.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Para nada quería pensar en ello. Continuaba en cierto modo atrapada entre los hierros del coche y en algo invisible que la sujetaba; aunque no quisiera hablar de él, seguía presente, no podía alejarlo de su cabeza ni un momento. Aún no.

—Es pronto para eso —dijo en un susurro y lo miró—. Estoy cansada, si no te importa…

—Sí… claro —balbuceó contrariado—. Siento estar molestándote, llevas poco más de un día fuera de la clínica y yo dándote la lata.

—No lo haces. Solo que estoy cansada, podemos seguir hablando otro día.

—Por ejemplo, de tu trabajo. Graciela me comentó que tienes menos molestias en la muñeca.

—Así es, pero ya te diré.

Roberto se puso en pie y percibió su mirada recorriendo sus piernas extendidas sobre el sofá, y como de ahí la dirigía hacia las muletas que estaban en el suelo.

—¿Te duele? —preguntó con un tono de preocupación.

—Me molesta a veces pero, según el médico, es cuestión de semanas; tengo por delante dos meses de rehabilitación y andaré bien sin necesidad de muletas.

Él pareció aliviado con sus palabras.

—Antes de irme… ¿Necesitas algo? —Ella negó con un gesto de cabeza, pero insistió—: puedo hacer lo que sea, recados, cocinar algo sencillo, llevarte en brazos…

Paula sonrió.

—Gracias, Roberto, no necesito nada.

—Pues si no puedo serte útil…

—Me las arreglaré, no te preocupes.

Sin embargo, no se movía, lo que empezaba a incomodarla.

—Gracias de nuevo por tu visita y por las rosas —dijo para ser precisa—. Y perdona que no te acompañe a la puerta.

Sonrió de nuevo y él salió despacio, como si esperase que fuera a cambiar de idea. Pero ella no lo hizo, quería quedarse sola y dejó de mirarlo para hojear una revista que tenía encima de la mesa.

Segundos después oyó la puerta de la calle al cerrarse y un sentimiento de culpa la envolvió: el de haber sido demasiado fría y distante con él, pero no podía evitarlo.

Capítulo 2

Conoció a Víctor a comienzos del verano de 1987; ella tenía treinta años y él cinco más. Pero todo había empezado en Nochevieja, cuando coincidió con Roberto en la misma fiesta adonde se había dejado arrastrar por Abigail, una sugerencia de su madre, para que no se sintiese sola; acababa de separarse de su marido, con lo que ir allí podría animarla un poco. Sin embargo, a los pocos minutos, su compungida hermana se había apartado de su lado y la perdió de vista. Ella se quedó con una copa de champán en la mano, junto a la barra, sin saber qué hacer salvo vagar con la mirada entre los rostros desconocidos. Hasta que se detuvo en uno. Era Roberto, y estaba muy bien acompañado por dos mujeres a las que dejó con alguna excusa para acercarse a saludarla.

Hacía tres años que no se veían y enseguida se pusieron a hablar. Ella se olvidó de su hermana y él hizo lo propio con sus conocidas, mientras la ponía al corriente de su periplo profesional. Paula sabía que había intentado especializarse en Arte, pero abandonó la carrera y se decidió por la de Administración de Empresas que sí había terminado.

—Me sorprendió que se me diera bien el mundo de los negocios, incluso hice un máster de Dirección en Boston.

Todo eso le contaba no sin cierto orgullo y Paula, a su vez, no dejó de recordar que le había pedido salir y que ella lo rechazó. Era guapo y agradable, pero también le había parecido demasiado superficial, uno de tantos «hijos de papá» que conocía, vestido a la moda con ropa de marca y conduciendo un deportivo que, por supuesto, le había comprado su padre, pues él no había dado un

palo al agua en su vida.

En ese momento, entre el alto volumen de la música y la masa de gente, la mayoría con varias copas de más, Roberto le acabó diciendo que trabajaba en la empresa familiar, que ocupaba un puesto de responsabilidad, y que le iba muy bien. A parte de eso, recordando que ella era pintora y que para él la pintura era una pasión, le contó que desde hacía unos meses era el dueño de una galería.

—Sigue gustándome el arte, aunque no tenga talento para crearlo. —Y sonreía orgulloso, sintiéndose una especie de mecenas.

Ella, por su parte, le habló de su trabajo, que se dedicaba a hacer retratos a amigas y conocidos. No le iba del todo mal, aunque era evidente que le encantaría exponer, y hacerlo en una galería formaba parte de sus retos como pintora. Él ofreció la suya de inmediato y acordaron una cita esa misma noche.

A partir de entonces volvieron a verse con frecuencia, y Paula percibió que su interés por ella no se limitaba al mutuo amor por el arte; su intuición le decía que iba a intentar un acercamiento más íntimo que fue esquivando. Cierto que había cambiado, que ya no era el *pijito* de años atrás, pero continuaba considerándolo un amigo con el que, además, tendría tratos comerciales.

La noche del 26 de junio, después de haber estado en la galería donde expuso por primera vez tres de sus retratos y dos bodegones, Roberto le propuso ir a tomar algo para celebrar la buena acogida de su obra, los encargos y la venta de un bodegón.

—Hace una noche estupenda, podríamos ir dando un paseo hasta Malasaña —sugirió él; la galería estaba en la zona de Alonso Martínez, así que los pillaba cerca.

Ella accedió. No tenía mejor plan y se sentía eufórica. Había vendido un cuadro y eso superaba sus expectativas para una primera vez; no habría podido dormir si hubiese vuelto a casa.

—Un antiguo compañero del instituto toca en un bar —dijo Roberto—. Se llama Víctor Sotero, no sé si lo conoces.

—No —repuso ella—. Tampoco estoy muy al tanto en música moderna; tengo los gustos de mi padre y cuando pinto prefiero la clásica.

—Pues vamos, te gustará.

Caminaron hacia el barrio de Malasaña, que se había puesto muy de moda en los últimos años, según le contaba Roberto, donde había muchos locales de copas. Y mientras se dirigían allí, empezó a hablarle de su conocido.

—Es un año mayor que yo, pero coincidimos en bachiller. Era

un tío bastante raro, no se apuntó nunca al equipo de futbol, estudiaba piano en el conservatorio y sabía tocar muy bien la guitarra. Dejé de verlo antes de acabar el instituto y luego me enteré de que su padre se había ahorcado. Según los rumores, fue el propio Víctor el que lo encontró, y que el motivo del suicidio se debió a una historia de dinero, fraude creo, en el banco donde trabajaba. No sé los detalles, solo que él dejó los estudios y estuvo en tratamiento psiquiátrico.

Paula estaba impresionada por aquella historia.

—No es de extrañar, debió ser terrible.

—Sin duda, y no supe de él hasta que años después vi su cara en la portada de un disco. Lo reconocí, aunque Sotero es su segundo apellido.

—Quizá lo cambió por lo ocurrido con su padre.

—Seguramente.

—¿Y cómo volviste a tener contacto con él?

—Me lo encontré en el Comercial, cuando me despedía de un cliente. Enseguida me reconoció, nos saludamos y volvimos a entrar. Estuvimos tomando una cerveza, hablando del instituto, de los compañeros, los profesores… y acabó contándome que había tocado en el metro donde mal sacaba para vivir. Yo no lo sabía, pero tras la muerte del padre se quedaron en la ruina. Su madre enfermó y en un par de años murió también, por lo que se quedó solo. Luego las cosas le fueron mejor: un productor musical le propuso incorporarse a un grupo nuevo que estaba formando, Los Escalabrumas.

Paula se encogió de hombros; tampoco los conocía.

—El grupo se disolvió y ahora toca en solitario o compone para otros. Me dijo que daba conciertos y actuaba en pequeños locales porque le gusta más.

El semáforo parpadeaba y la tomó del brazo para cruzar deprisa la calle de Fuencarral a la altura de Tribunal.

—Sigue siendo un tío raro —continuó—, demasiado introvertido para estar metido en ese mundo, aunque quizá, y es una apreciación mía, se ayuda con algo.

—¿Te refieres a drogas?

—Exacto.

Llegaron a una calle estrecha donde varias personas se arremolinaban para entrar en un local con la fachada pintada de azul. Ellos se quedaron al principio, donde estaba la barra, y Roberto se hizo un hueco enseguida para pedir. Entre tanto, Paula pasaba la vista por encima de las cabezas de los clientes,

contemplando las fotografías de los artistas que decoraban las paredes, en su mayoría desconocidos para ella.

Al volver de nuevo la vista hacia Roberto vio que había conseguido que lo atendieran y tenía dos vasos en la mano, sin embargo, no se movía. Entonces se percató de que hablaba con un hombre de pelo liso un poco largo, y no mucho más alto que ella, aunque ese día llevaba tacones. No le pareció especialmente guapo, pero cuando se acercó se dio cuenta de que poseía cierto atractivo, sobre todo por sus ojos marrones ligeramente rasgados que se quedaron fijos en los suyos cuando Roberto se lo presentó. Era Víctor Sotero.

Tenía un cigarrillo en la comisura de los labios y se lo quitó para saludarla con un «hola» y una tímida sonrisa como de adolescente, a la vez que inclinaba la cabeza. Ella, no supo por qué, también se sintió cohibida y acabó haciendo lo mismo.

—Esto está a tope, no sé si tendremos sitio —le dijo Roberto.

—Venid por aquí.

Cogió una botella de cerveza del mostrador y les hizo un gesto para que lo siguieran mientras bebía un trago. Se acercó a un camarero que servía en las mesas y, después de hablar con él, ese mismo camarero les hizo una seña para que lo acompañaran. Sacó dos sillas de detrás del escenario y las colocó al lado.

—Primera fila —dijo Víctor con un guiño.

Luego sonrió, y lo hizo hacia ella, que se la devolvió con una mezcla de sensaciones que en ese momento no pudo calibrar. Y siguió mirándolo mientras subía los tres peldaños de un escenario de reducidas dimensiones, donde cogió la guitarra que tenía apoyada contra la silla en la que se sentó. Había dejado la cerveza en el suelo después de dar un último y largo trago, pero siguió con el cigarrillo entre los labios.

Empezó a tantear las cuerdas, muy despacio, como si estuviera despertando con cuidado aquel instrumento dormido. Ni ella podía oír, pese a la proximidad, los sonidos que salían hasta que se hizo el silencio. Víctor se quitó el cigarrillo y metió la colilla por la boca de la botella. Entonces se oyó la guitarra, nítida y vibrante, junto con su voz suave, ligeramente ronca. Todos escuchaban y él lo inundó todo de pronto, cantando con la cabeza baja, como si lo hiciese para sí mismo y su guitarra.

Paula no recordaba la letra, solo había podido concentrarse en su tono de voz y su cuerpo medio encorvado sobre el instrumento, con aquellos mechones que le caían sobre la cara. Se fijó también en la muñequera de cuero negro que llevaba en la derecha y luego en

sus manos; eran bonitas, de dedos finos y a la vez fuertes, rasgando las cuerdas con delicadeza, como si las mimara…

Los aplausos irrumpieron entre algunos gritos de «bravo». Víctor Sotero levantó la vista hacia el auditorio y esbozó una leve sonrisa.

—Es estupendo —no pudo evitar decirle a Roberto.

—Sí, hay que reconocer que es bastante bueno.

—Pero me da la impresión de que no está cómodo del todo, como si le avergonzara.

—Al contrario, seguro que está encantado. Todos los artistas tienen el ego por las nubes y él es bastante conocido, sobre todo como compositor, aunque imagino que ganará más como intérprete.

Paula echó un vistazo al local.

—¿Tocando en sitios como este?

Roberto sonrió.

—No te engañes, estos sitios son la antesala del éxito, y por mucho que vayan de bohemios ganan pasta y se promocionan. Víctor ha sacado cuatro discos, tres de ellos en solitario, sin contar los temas que ha compuesto para otros, da conciertos y no solo en locales tan pequeños como este.

Guardaron silencio, pues había empezado otra canción, y esa vez Paula se concentró en la letra: una historia sobre un amor perdido, pura poesía que mezclaba belleza y desesperación.

Cuando terminó, alzó el rostro y la miró. Fue un segundo, pero sus pupilas parecieron clavarse como fuego en las suyas. Algo que nunca le había sucedido le ocurrió en ese breve instante; supo que iba a enamorarse irremediablemente de él.

Después de la actuación Víctor se sentó con ellos a tomar una cerveza y charlar, aunque al principio apenas hablaba y era Roberto el que llevaba el peso de la conversación. Paula tampoco dijo mucho, hasta que salió el tema de la pintura y se atrevió a ser más locuaz. Así, a la pregunta de Víctor sobre cuáles eran sus artistas favoritos, nombró a Velázquez y Botticelli, junto a los Madrazo y Sorolla que tenía como referentes e inspiración en su faceta de retratista.

—¿Y a ti? —le preguntó a su vez.

Se tomó unos segundos antes de contestar.

—Las pinturas negras de Goya, Munch, Kandinsky y los surrealistas, sobre todo Magritte y Ernst.

Paula estaba sorprendida y Roberto, por su parte, apuntó que no le entusiasmaban las vanguardias, que prefería el Renacimiento y el Barroco, y que si tenía que elegir a alguien posterior al impresionismo sería a Van Gogh y a Picasso.

—Pero en el mercado del arte vale lo que se vende, no los gustos personales —concluyó.

—A mí el cuadro que más me llamó la atención la primera vez que lo vi fue *El triunfo de la muerte* de Bruheguel —siguió Víctor como si no hubiese escuchado lo que acababa de decir Roberto—. Estuve una hora contemplándolo porque cada porción del cuadro me sugería una historia terrible. Los incendios, la tierra arrasada al paso de la muerte cabalgando sobre un caballo rojo, el ejército de esqueletos… Nadie se salvaría de ella, no importa lo mucho que corras o la situación social que tengas, siempre te alcanza porque el destino real del ser humano es la muerte.

—También me gustan los pintores flamencos, pero ese cuadro en concreto me parece deprimente y prefiero a El Bosco, sobre todo la tabla de *El carro del Heno*; es admirable como representa el afán de poder y la avaricia —dijo Roberto.

—«Toda carne es heno y toda gloria efímera como las flores del campo» —recitó Víctor mostrando una tenue sonrisa.

Eran casi las tres de la madrugada cuando salieron del bar y Víctor comentó que no vivía lejos de allí, por lo que decidieron acompañarlo.

Al llegar frente al portal, y mientras sacaba la llave del bolsillo del pantalón vaquero para abrir, les dijo:

—Vivo en el ático, por si alguna vez pasáis por aquí.

La mirada a Roberto fue rápida hasta detenerse en la suya, y Paula sintió que la invitación iba expresamente dirigida a ella.

—No sé qué se ha creído —dijo Roberto cuando se encaminaban hacia la calle Fuencarral para buscar un taxi—. En este barrio y a estas horas solo hay traficantes y drogadictos.

—Habrá de todo —repuso ella un tanto ofendida.

—En eso tienes razón, la clientela es de lo más variado.

De un bar vieron salir a una pareja. Sus ropas no podían ser más elegantes y se metieron a toda prisa en un Mercedes aparcado sobre la acera.

—Seguro que han venido a comprar droga —murmuró Roberto.

Y mientras levantaba el brazo para detener a un taxi que se aproximaba, de no muy lejos les llegaban los gritos y las voces de una riña de borrachos.

Una semana después fue a llevar otro cuadro a la galería.

Magdalena le dijo que Roberto no iba a pasarse, y le comentó que el día anterior alguien había preguntado por ella.

—Solo pude enseñarle los retratos porque el otro bodegón se vendió, y los estuvo mirando tanto tiempo que tuve que decirle que no estaban en venta, que si le interesaba lo pondría en contacto contigo. Pero como si oyese llover, se marchó sin más.

Magdalena describió al misterioso cliente, aunque Paula ya sabía de quién se trataba. Se despidió de ella y anduvo hasta que, sin darse cuenta, al menos conscientemente, se encontró recorriendo las mismas calles por las que había ido con Roberto. Dejó atrás la zona de Alonso Martínez, cruzó la calle Fuencarral a la altura de Tribunal, e hizo el mismo itinerario desde el bar de copas, después de atravesar una calle larga y estrecha.

Eran casi las doce del mediodía y la luz clara y deslumbrante se irradiaba hasta la acera en sombra por la que iba para huir del calor. Veía las fachadas de los edificios en su mayoría antiguos y viejos, en gran medida descuidados, con las tiendas de aspecto sombrío o pequeños locales como de otro tiempo: una mercería, una panadería, la frutería con una parte de su mercancía expuesta en la acera, una pescadería completamente abierta a la calle y la clientela esperando fuera su turno… Los mismos lugares por los que había pasado aquella noche sin detenerse y que ahora parecían cobrar vida.

Cuando empezaba a pensar que se había perdido, se encontró en una plaza a la que ya no iluminaban las farolas, sino el ardiente sol del verano. Los árboles y el lateral de una iglesia proyectaban una sombra exigua sobre los bancos donde había unos viejos sentados. Se fijó en la fuente central y en el charco de agua que se había formado, en el que se refrescaban los gorriones y bebían las palomas. Unos niños jugaban con una pelota, dos niñas saltaban a la comba, y un hombre paseaba a un gran perro blanco que olisqueaba entre la hierba reseca. El puesto de periódicos con toda la prensa y revistas desplegadas en anaqueles se encontraba muy cerca del principio de la calle, donde hacía esquina un restaurante de menú asequible. Justo después se encontraba el portal. Estaba abierto y entró en el interior oscuro que contrastaba con la luz cegadora de fuera, por eso se sobresaltó cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Una mujer mayor y bastante gorda pasaba la fregona por las baldosas del suelo.

Paula dio los buenos días que ella no se molestó en devolver; la miraba con las manos apoyadas en el mango de la fregona, y sin más preámbulos avanzó dejando la hilera de buzones a un lado.

Había un pasillo más oscuro aún y se giró hacia la mujer que seguía observándola sin disimulo.

—Por favor, ¿dónde está el ascensor?

Ella soltó una carcajada tan estruendosa que pareció revotar contra las paredes aumentando su sonoridad.

—No hay, bonita. —Y con una mueca de sonrisa preguntó—: ¿dónde vas?

—Al ático —contestó, disponiéndose a subir la escalera.

—¿Pero a cuál? —volvió a preguntar ella—. Hay cuatro.

Paula se quedó inmóvil. Eso no lo sabía, y retrocedió para echar un vistazo a los buzones, pero la mujer, antes de que lo hiciera, se adelantó para facilitarle la tarea.

—Está el de los estudiantes, el del marica… —La recorrió de arriba abajo—. ¿Vienes a donde la Desi?

—Víctor Sotero —se apresuró en responder.

—¡Ah, el músico! Ese vive en el C.

Le agradeció la información, y sin más demora comenzó a subir los cinco pisos con sus correspondientes tramos de madera desgastada hasta que se encontró en el distribuidor de la zona de áticos, y ante la puerta C, con su mirilla redonda de latón.

Una música folklórica llegaba de alguna parte mezclada con un olor a fritura, y Paula alzó la vista hacia la claraboya que, a pesar de la suciedad, repartía una tenue luz por aquel espacio. Luego escuchó como abrían y cerraban de golpe, y unos pasos precipitados se perdieron escaleras abajo.

Su respiración era más reposada después de aquella subida, aunque sentía los latidos de su corazón que parecían ir a mil por hora cuando alzó la mano para pulsar el timbre. Pero le asaltaban las dudas al pensar en Roberto y su aprensión por ese barrio. También en Graciela, a la que le había hablado de Víctor junto con las sensaciones que le había producido. Y su hermana no había dudado un segundo al aconsejarle que no se le ocurriera volver a verlo. Ella había tenido que preguntarle el porqué de tan drástica opinión, pues no lo conocía para emitir semejante dictamen. Entonces le había salido con aquella manida respuesta llena de prejuicios: que todo el mundo sabía que los músicos eran gente extraña, que vivían enganchados a vicios y quizá perversiones. Era un discurso indigno de su hermana mayor a la que siempre pedía consejo, además de ser la persona en la que más confiaba. Sin embargo, lo entendió enseguida: Graciela le había presentado a Roberto, sabía que la ilusionaba que lo aceptase como pareja, por eso le había dicho aquello de los músicos.

Pero ella no podía dejar de pensar en Víctor, y lejos de disuadirla con sus palabras, le interesó más. No tenía miedo y mucho menos creía en los estereotipos. Había salido con hombres de su entorno, de familia adinerada y con carreras universitarias, y dos de ellos, a pesar de su apariencia impecable, habían resultado un auténtico fracaso: uno le había propuesto un trío al mes de salir y el otro, demasiado aficionado al whisky y a los porros, le había dado un bofetón por celos infundados. No sabía por qué Víctor, a causa de su profesión, iba a ser peor que ellos. Además, en esos días no había podido olvidar la mirada que le había dirigido, ni su invitación y el saber que había estado en la galería preguntando por ella. Así que debía averiguar por sí misma si merecía la pena, y desde luego no conocía otra forma de hacerlo que pulsando aquel timbre.

Transcurrieron unos segundos, puede que hasta algún minuto, pues la espera le pareció eterna hasta que sintió moverse la mirilla. Enseguida se abrió la puerta, lo justo para ver parte de su cara con los ojos aún más entornados.

Antes de que ella empezara a percatarse de la situación, de que él debía estar durmiendo y le había interrumpido el sueño, de sentirse completamente absurda y estúpida por presentarse sin avisar… Justo a punto de dar un paso atrás y marcharse, él sonrió como no lo había visto hacer hasta ese momento.

—¡Hola! —exclamó con entusiasmo.

Ella titubeó antes de hablar.

—Pasaba por aquí cerca… —empezó a media voz y, lejos de aquellas cuatro palabras, no supo qué más decir.

Él volvió a sonreír y abrió del todo echándose a un lado para invitarla a pasar. Ella lo hizo, pero se sobresaltó un tanto al percatarse de que estaba en calzoncillos y desvió rápido la vista, mientras Víctor cerraba la puerta, actuando con naturalidad, como si no fuera la primera vez que lo veía así.

Anduvo tras ella por el estrecho pasillo con el suelo de linóleo que amortiguaba sus pisadas, hasta el salón-cocina. Sobre la encimera había vasos, botellas vacías o a medias de vaciar de diferentes tipos de bebidas, en especial cerveza, junto a un cenicero con colillas consumidas. Olía a tabaco y por la ventana abierta que daba a la plaza se colaban las voces de la gente y el ruido del tráfico.

—Me acosté tarde, vinieron unos colegas y tomamos algo —comentó al percatarse de que su mirada se posada en aquel desorden.

Ella no solo veía eso, también la cama revuelta que se vislumbraba tras una cortina medio corrida.

—Perdona, no debí venir… me dijeron que habías ido a la galería y… bueno, es mejor que me vaya —balbuceó volviéndose, pero se encontró frente a él.

—¿Por qué te vas a ir? —preguntó casi en un murmullo.

No se atrevía a mirarlo y dirigió la vista al piano vertical que había a un lado, junto a un pequeño sofá. Luego al estante con libros, carpetas, objetos similares a premios con su chapa metálica en la base… Y de pronto no hacía más que pensar que debía irse, que estar allí era una locura. Pero algo superior a ella la pegaba al suelo. Igual que sus ojos recorriendo su cuerpo medio desnudo, dándose cuenta de que, aunque delgado estaba bien proporcionado y tenía las espaldas anchas.

—¿Sabes que he soñado contigo? —le dijo mientras llevaba las manos a su pelo.

Paula no supo qué responder; tampoco se movió cuando él continuó.

—Iba andando por el borde de una piscina, viendo a la gente chapotear alegre en el agua, y de repente resbalé y me caí. No sabía nadar y me aferré al borde, pero me escurría, sumergiéndome una y otra vez, alzando los brazos y pidiendo ayuda sin que nadie se diese cuenta. Entonces sentí que me agarraban de la mano, miré y eras tú diciéndome no me soltase, que ibas a sacarme del agua… Y eso fue todo, me desperté.

Su voz sonaba ligeramente ronca y había empezado a acariciarle el pelo; lo tenía largo y los rizos alisados, recogido en una coleta con una goma que él deslizó despacio hasta que su melena quedó suelta y la echó hacia adelante.

Sus manos mesaban su cabello y de ahí pasaron a los hombros.

—Quizá te apetecería ir a algún sitio a comer —logró decir, aunque se sintió absurda y no se atrevía a mirarlo.

—Tengo un plan mejor —susurró él.

Lo miró entonces a los ojos. Era incapaz de articular palabra y él tampoco habló. Le quitó el bolso que llevaba colgado del hombro y lo tiró a un lado, sobre el sofá. Luego recorrió sus brazos, lentamente, hasta que llegó a las manos y tiró de ellas.

Paula se dejó llevar, atravesando el dintel de la puerta y la cortina que él apartó con su cuerpo.

Antes de darse cuenta, incluso antes de caer en la cama, su vestido estaba en el suelo y se abrazaban besándose apasionadamente.

Desde ese día se veían a menudo, siempre en el ático. Paula subía corriendo las escaleras, jadeando por el esfuerzo y sobre todo por la excitación de volver a estar con él. Llamaba y nada más abrirle la puerta, desde la entrada hasta el dormitorio, Víctor le quitaba la ropa como si no pudiera perder un solo minuto mientras ella se reía por su impaciencia. Los dos se entregaban al amor, con sus cuerpos enredados y sudorosos, entre suspiros de placer, gozando como no creían haberlo hecho antes. Después él se quedaba dormido, lo que para ella era imposible; el calor a veces asfixiante, el ruido de la plaza y los coches que a Víctor no parecían molestarlo, a Paula la irritaban. La ventana de la habitación no podían abrirla porque daba al patio interior y a esas horas del mediodía se veían inundados por el olor a guiso del restaurante de abajo, además de la voz chillona de alguna folclórica sazonada con excesiva frecuencia por las disputas y broncas del vecino con alguno de sus amigos de turno.

Del ático contiguo, que era el de los estudiantes, apenas les llegaba ruido, aunque los fines de semana por la noche «montaban la juerga», le decía Víctor, ya que ella no solía quedarse a esas horas.

Por último, en el ático del extremo, el de la misteriosa Desi, oía el abrir y cerrar de la puerta, el sonido de tacones en el descansillo y hacia la escalera. A veces se había cruzado con una mujer que usaba gafas oscuras, con ropas sencillas que no encajaban con sus caros zapatos, y a la propia Desiré no supo si llegó a verla algún día o la confundió con sus visitas.

Ese mundo, en principio extraño para ella, iba envolviéndola poco a poco, pero claramente diferenciado como lo estaba Víctor a su vez del suyo. A nadie le había hablado de su relación, ni siquiera a su hermana Graciela. En cuanto a Roberto, le daban pena sus continuos y constantes esfuerzos por conquistarla, lo que la hacía sentirse culpable por no ser sincera y decirle sin ambages que no tenía nada que hacer porque amaba a otro hombre, precisamente al que él mismo le había presentado.

Hasta que acabaron enterándose todos a la vez y de una forma casual, por una fotografía en una revista sobre un evento musical al que acompañó a Víctor, donde le entregaron un premio por una de sus composiciones. En la reseña a pie de foto podía leerse: «El cantante y compositor Víctor Sotero con su novia, la pintora madrileña Paula Guevara».

No solo la vieron su madre y sus hermanas, también sus amistades entre las que estaba Roberto. Cuando se encontró con él

en la galería notó el gesto de su mirada, no sabía si de tristeza o decepción, porque no hizo ni el más mínimo cometario; bajó la vista y se disculpó marchándose. Ella siguió llevando cuadros a la galería, en eso nada había cambiado, aunque su trato se volvió distante y cualquier cosa que surgía se la solucionaba Magdalena. Y Paula no sabía qué hacer. Estaba enamorada de Víctor y cuando se encontraba entre sus brazos desaparecía todo.

Graciela, por el contrario, fue incisiva al exponerle la situación matrimonial de Víctor, con los trámites de separación que duraban ya dos años, en un proceso difícil y complicado del que su hermana, como abogada, no le había costado averiguar en sus miserables detalles. La mujer de Víctor lo había acusado de ser alcohólico y drogadicto, de cometer un robo e incluso de trastornos mentales, con lo que había pedido en su demanda no solo la separación, sino también la declaración legal de completa incapacidad para compartir la custodia de la hija de tres años que tenían en común. Pero todo eso ya lo sabía, se lo había contado él, incluido el episodio del robo.

—Fue un golpe bajo por su parte denunciarme por eso; entonces yo estaba con el tratamiento de desintoxicación y… nadie que no lo haya vivido sabe, ni siquiera puede imaginar lo duro que es, lo que te pasa cuando… —Llevó la vista al suelo como si estuviese demasiado avergonzado para mirarla y continuó—: no se me permitía tener dinero, ni que nadie de mi entorno me lo diera. Me vigilaban como a un crío y yo solo pensaba en pillar lo que fuera, por eso cuando Amalia llevó a la niña a la guardería me llevé la tele y la cambié por una papelina y una botella de vodka.

Paula no supo qué decir. Era cierto que no lo entendía ni podía ponerse en su lugar, aunque sí sabía una cosa, que lo amaba como nunca había amado a nadie y que estaba dispuesta a hacer lo que fuera por ayudarlo.

—Llevo más de un año sin meterme nada —dijo mirándola—. Bebo mucho menos y fumar… eso igual, pero es un mal menor, una droga socialmente admitida, y algo tienes que echarte al cuerpo si no quieres convertirte en un paria.

—¿Y por qué? —tuvo que preguntar.

Él se alzó de hombros antes de contestar.

—No lo sé, quizá por la vida que llevamos tan diferente, fuera de horarios razonables, nocturna, de acá para allá, sin lugar fijo… Si vas a un sitio a tocar, hay alcohol y acabas bebiendo porque lo hace todo el mundo y no quieres ser un tío raro. Lo mismo que con otras cosas, porque si en un concierto alguien te ofrece una raya de

coca te la metes… Y no voy a mentirte ni negarlo, en el fondo me gusta porque en la noche está lo que soy y lo que siento, aunque sé que también es más fácil caer, perderse… Todo es posible amparado en las sombras, como dice el título de una de mis canciones.

Se quedó un momento en silencio y ella notó la intensidad de su mirada cuando dijo:

—Ahora el día ha adquirido otro sentido para mí, es especial porque vienes tú.

La abrazó entonces, besándola.

—No sé si acabarás entendiéndome —murmuró sin dejar de besarla.

Paula no pretendía entenderlo. Sabía que siempre sería extraño, que nunca compondría las piezas de ese mundo que llamaba suyo. Para empezar, ella necesitaba luz, y cuanto más, mejor. Pintar rodeada por todas partes de la claridad del día, sin cielos nublados porque entonces le resultaba más difícil trabajar. Tampoco fumaba; beber solo si salía o una copa de vino durante las comidas. Y nunca había tomado drogas a excepción de haber probado una vez un porro en su época universitaria. Nada de eso le gustaba ni le atraía en lo más mínimo, aunque la enloquecían sus besos por mucho que en ocasiones le supieran a cerveza y a tabaco.

Volvía el verano. A pesar de tener todas las ventanas abiertas no corría ni una brizna de aire y en la habitación reinaba una penumbra espesa en la que se colaban los sonidos de la plaza. Además de los coches, a esa hora de la tarde lo que más se escuchaba eran las voces de los niños que estaban de vacaciones, hasta que sintió unos pasos en el rellano y sonó un timbre con el abrir y cerrar de la puerta. Imaginó que sería en el piso de la misteriosa Desi, pues el de los estudiantes permanecía vacío desde que se había acabado el curso, y Alfredo, como supo que se llamaba el vecino en una de sus acaloradas discusiones, tampoco debía estar pues hacía días que no se oían ni sus gritos ni las canciones de sus folklóricas a todo volumen.

Entonces notó que Víctor se movía; estaban destapados y desnudos, con los cuerpos pegados el uno contra el otro.

—Tengo el presentimiento de que moriré antes de cumplir los cincuenta, y no por una enfermedad, sino un suicidio, como mi padre.

Paula lo miró asustada. No era la primera vez que le oía hablar de ello; la muerte era algo que le atraía poderosamente y estaba muy presente en sus canciones, además de la soledad, el amor contrariado o la vida casi siempre con un tono de desesperanza, de destino trágico e ineludible. Sin embargo, hablar así de su propia muerte y de ese modo sí era la primera vez, aunque con el tiempo se dio cuenta de que era una constante en su mente.

—No sé por qué piensas eso —musitó nerviosa—, además tienes a tu hija, ¿o no te gustaría verla crecer?

—Mi padre tenía un hijo —repuso con tristeza—. Yo era ese hijo y sé que me quería como yo quiero a Nerea y también que amaba a mi madre. Sin embargo… se colgó de una viga del garaje y yo lo sostuve, gritando para que alguien viniera a ayudarme, con los brazos doloridos de aguantar su peso porque creía que podía estar vivo. Pero no, hacía horas que estaba muerto, se había levantado de madruga y por eso llevaba puesto el pijama.

Durante unos segundos guardó silencio.

—¿Y sabes lo que más me dolió? ¿Incluso más que las pesadillas que me atormentaron durante meses? —Su pregunta parecía retórica y Paula esperó la respuesta—. Que no dejara una carta, ni siquiera una miserable nota… Y lo odié con todas mis fuerzas por no haber sido capaz de luchar, de enfrentarse a sus problemas por graves que fueran. Pero con los años he acabado por comprender que no podía, que era un hombre débil y su personalidad no le permitía actuar de otra manera. Lo sé porque yo soy igual que él.

—No pienses en ello —le dijo sin dejar de acariciarlo y añadió emocionada—: me tienes a mí y no quiero que… No quisiera perderte por nada del mundo.

Él la besó despacio.

—Mi dulce Paula… mientras sigas queriéndome me tendrás, pero sé que algún día dejarás de hacerlo.

—¡No, nunca! —exclamó incorporándose.

Víctor se echó a reír, envolviéndola entre sus brazos y apretándola contra sí. Pero Paula notó un deje de amargura en aquella risa y volvió a tumbarse sin decir más, hasta que al cabo de unos minutos volvió a escucharlo.

—No me quejo, he tenido suerte en la vida a pesar de todo, y más de la que creí merecer porque te tengo a ti, mi dulce Paula. No sé cómo pudiste enamorarte de mí cuando Roberto es mucho mejor que yo.

Paula le cubrió los labios con los suyos para que no siguiera hablando. No le gustaban las cosas tristes ni los dramas, y mucho

menos quería meter a Roberto en aquella conversación. Sin embargo, se dio cuenta de que estaba rodeada por un ambiente que suscitaba y propiciaba esos pensamientos.

—¿Por qué no te vienes a mi piso? —Se le ocurrió de pronto—. Aquí hace un calor insoportable en verano y te hielas en invierno, no podemos abrir la ventana sin oír esa música o el olor a ajo y col, luego las voces del vecino…

Le contó que unos días antes había tenido que pasar por encima de las piernas de un joven que se había metido en el portal a pincharse, pues ya conocía los rituales de los heroinómanos: la cuchara, la llama del encendedor, la jeringuilla, la goma para el brazo o la pierna… Y continuó hablando de los borrachos, de los vómitos que manchaban la acera, de las veces que llegaba la policía y cacheaba a un presunto traficante. Tampoco le gustaba que al salir, si ya había anochecido, les ofrecieran droga y las prostitutas o los travestis se les insinuaran. Sin contar que muchos fines de semana era difícil conciliar el sueño por culpa de las voces y las peleas de los que se pasaban con la bebida o la alarma de un coche que no dejaba de pitar durante horas…

Pero acabó el verano, y la que se mudó de piso fue ella. Alquiló el que habían dejado los estudiantes y montó su casa y su estudio. Tenía una habitación más que daba al otro lado de la calle, más silenciosa y agradable, sin olor a guiso ni el ruido de la plaza. Cierto que aquello hizo variar algunos aspectos de su trabajo, pues la mayoría de los que le solicitaban un retrato eran reticentes a ir por aquella zona y se veía obligada a desplazarse a sus casas. Aunque había empezado a tener otro tipo de clientela, gente del mundo discográfico que desde luego no eran tan remilgados. Se los presentaba Víctor, y no como amigos, pues con el tiempo comprobó que no los tenía, que solo eran conocidos o «colegas», como los llamaba él, con los que mantenía una buena relación.

Por su parte, Víctor siguió conservando su piso. Lo usaba para ensayar y componer, en especial cuando ella tenía algún cliente, ya que le molestaba la gente y más si estaba en plena efervescencia creativa. También lo utilizaba cuando iba a alguna actuación y llegaba de madrugada; decía que no quería despertarla y ella no se entrometía en sus costumbres. Aun así, a veces se preocupaba, en especial cuando sus ausencias se volvieron más habituales a los dos años de vivir juntos. Unas ausencias precedidas por crisis depresivas que se apoderaban de él como un virus. Entonces recorría los bares de Malasaña para apaciguarla aunque, antes de acabar sin sentido en cualquier rincón, regresaba a su piso para dejarse caer en la

cama y dormir durante horas.

En esos días de ausencia, Paula pintaba sin descanso como el único alivio que apaciguaba sus nervios. Salvo una noche, que se le ocurrió entrar a buscarlo.

Todas las luces estaban encendidas y había una silla volcada en el salón que enderezó antes de correr la cortina que daba paso a su dormitorio. Estaba en la cama, completamente vestido y sin descalzar, con el pelo sucio y pegajoso en medio de algo que se había extendido sobre la sábana; entonces percibió un olor tan desagradable que la hizo retroceder precipitada.

Volvió a su piso y durante unas horas estuvo confusa, sin saber qué hacer, incluso se planteó si debía llamar a urgencias. Pero él apareció a media tarde, limpio y aseado como si no hubiese pasado nada. Ella tampoco le dijo que había estado en su piso pues comprendió que si no acudía a su lado cuando se encontraba mal era para que no lo viera ebrio. Sabía que se avergonzaba, que habría hecho cualquier cosa antes de que ocurriera. Así, cuando aparecía después de aquellos lapsus, y nunca fueron más de dos días seguidos, estaba más delgado y sus ojos tardaban en poder fijarse en los suyos. Ella se mordía los labios para no increparlo, para no gritarle ni echarle en cara lo que pensaba o pedirle explicaciones; comprendía que sería inútil y callaba, y él acababa tomándola en sus brazos.

—Te quiero, mi dulce Paula, te quiero —la oía repetir una y otra vez mientras a ella se le empañaban los ojos al apretarse contra su pecho.

La crisis había pasado y volvían a ser felices y amantes, con unas semanas de tranquilidad. Él componía, tocaba la guitarra y le cantaba sus nuevos temas, y ella pintaba, sintiéndose otra vez dichosa. Se olvidaba de los malos momentos, como si solo hubiesen sido un mal sueño, aunque hicieran mella en su corazón sin darse cuenta.

Pasaron seis años en los que lo convenció para que volviera a la clínica de desintoxicación, donde estuvo a su lado y acabó con éxito el tratamiento, dejó la bebida por completo y redujo el tabaco a la mitad. Gracias a eso, pudo reanudar la relación con su hija, al menos podía verla dos tardes de sábado al mes, lo que lo hizo albergar esperanzas de que esas visitas se ampliarían hasta

conseguir todos los fines de semana.

Fue sin duda la mejor etapa su vida y la de él. La expresión melancólica se le borró del rostro, sonreía fácilmente, hacían planes y su carrera musical continuaba creciendo, sobre todo como compositor, lo que le había permitido reducir las actuaciones a pequeñas salas o cortas giras a las que Paula solía acompañarle. A la par, ella había alcanzado cierto prestigio como retratista, sobre todo en el ámbito musical, y tenía más encargos de los que podía realizar, con lista de espera. Además, el proyecto de la exposición en solitario se iba a llevar a cabo en la galería de Roberto, él mismo se lo había propuesto y debía agradecerle su ayuda después de su decepción cuando se fue con Víctor.

Todo iba bien hasta ese día, el siguiente al de la exposición, cuando quedó en El Suizo y él pidió un vodka con hielo después de años sin probarlo.

Lo bebió despacio, pero era indudable que estaba nervioso. Se movía inquieto en la silla y Paula había dejado de hablarle de la exposición, sin atreverse a preguntar, menos aún pedirle explicaciones de por qué había pedido aquello. Algo parecía estrujarle las entrañas y la espera, el que él dijera cualquier cosa, evidenciaba el fracaso. Hasta que no pudo más y después de que la bebida hubiese pasado a su garganta, habló: se trataba de su hija, se iba con su madre y la pareja de esta al extranjero. No le había consultado y por ello había discutido con ella.

Estaba furioso mientras se lo contaba, y Paula se percató enseguida, al oírlo hablar a trompicones, que aquel no era el primer vodka que había tomado ese día.

—No quiere que me vea… le ha dicho cosas horribles de mí, como siempre ha hecho… y también le ha enseñado recortes de prensa… debió guardarlos durante años por si acaso, para convencerla de que soy un mal padre… que no merezco su cariño porque soy un drogadicto y un borracho…

Y no pudo aguantar más, se derrumbó apoyándose contra la mesa. Paula acarició su pelo y le habló con calma.

—No se irá, no tiene derecho a apartarte de tu hija y Nerea te quiere.

—Tiene la custodia, así que tiene todo el derecho —dijo alzándose—. Pretende evitar un nuevo juicio, sabe que Nerea puede comparecer ante el juez y dirá que quiere verme. Pero ella no lo consentirá.

—La denunciaremos, haremos lo que sea —inquirió ella—. Mi hermana es abogada, nos asesorará y nos recomendará un buen

profesional, el mejor.

Él la miró; tenía los ojos vidriosos y enrojecidos.

—Se irá y no volveré a ver a mi hija, dejaré de existir para ella, como si hubiese muerto.

—No te rindas, Víctor, y aunque se fuera puedes escribirle o llamarla por teléfono. Mientras, lucharemos y conseguiremos que vuelva.

—Será inútil y no sé si podré soportarlo.

Paula sintió un escalofrío. Ese fue el principio de una crisis más profunda, otra depresión y la vuelta a la bebida, que le hicieron encerrarse más en sí mismo, ser desconfiado y susceptible; todo le ofendía o alteraba su sensibilidad. Comía poco y adelgazaba a ojos vista, apenas hablaba si no era después de haber tomado unas copas, y que decir tiene que su relación se deterioraba, en especial la sexual.

Paula no pudo más y, sin decirle nada, averiguó la dirección de su exmujer y se plantó ante su puerta a la hora en que su hija debía estar en el colegio.

—Eres la novia de Víctor, la pintora —dijo antes de llegar a presentarse, haciendo referencia a que la había visto con él en una revista.

—No es una visita de cortesía —se apresuró en decir cuando la hizo pasar.

—Lo supongo —repuso ella.

Estaban en el recibidor, Amalia se había apoyado en la consola y se cruzó de brazos. Detrás tenía un espejo, y Paula se ladeó para no verse reflejada, a la vez que recordaba por un momento que aquel había sido el piso que habían compartido y que ella había obtenido en la sentencia de divorcio, además de la custodia de la niña, en tanto él vivía de alquiler en aquel ático pequeño y miserable.

—¿Te ha mandado Víctor? —Le saltó con un deje de insolencia en la voz—. Porque ya tengo bastante con sus historias.

—Vengo por mi cuenta, él no sabe nada.

—¿Y se puede saber para qué? —volvió con su tono de acritud.

La brusquedad de sus palabras le hizo cambiar el discurso que llevaba días pensando y que razonó en su cabeza cuando iba en el tren de cercanías. Tenía la convicción de que todo saldría bien si apelaba a los rescoldos que pudieran quedarle del amor que alguna

vez había sentido por él, incluso a un sentimiento de piedad por un hombre enfermo y, en especial, por el cariño que tenía Víctor por su hija y que ella sabría apreciar como madre.

—Creo que lo sabes —habló con tranquilidad y contundencia—. No sé si te das cuenta de lo que vas a hacer, que alejar a Nerea de su padre, por mucho que lo odies…

—¡Oye, oye! —La interrumpió, gesticulando con las manos—. Antes de nada, no sé qué te ha hecho pensar que tienes derecho a venir a mi casa a decirme lo que tengo que hacer, empezando porque no me conoces por mucho que Víctor pueda decir…

—Víctor no me ha hablado de ti, ni bien ni mal.

Ella puso un gesto de incredulidad, pero Paula siguió.

—Aunque no lo creas, él te respeta como madre de su hija, cosa que tú deberías hacer también.

—Me parece que te equivocas. Lo primero es que si vienes a decirme que acceda a que un borracho…

Paula no pudo dejar que continuara y casi le gritó:

—¡Es el padre de tu hija! ¡¿Es que eso te da igual?!

—Desgraciadamente, no puedo cambiarlo —repuso sin inmutarse.

—Pues si no accedes de buena fe a que la vea lo llevaremos a los tribunales.

—¿Quién lo llevará a los tribunales? ¿Víctor? —Y soltó una carcajada—. Él no hará tal cosa. Lo conozco, es un pusilánime y antes de luchar por nada se beberá lo que pille.

—Está enfermo —musitó como una súplica.

Amalia se separó del mueble en el que estaba apoyada, y dio un paso hacia ella.

—Mira, chica, de verdad que me conmueve que lo quieras tanto a pesar de todo, pero te lo digo yo que lo conozco bien, que lo he visto caer una y otra vez. —Hizo una breve pausa en la que pareció meditar sus palabras—. Médicos, sicólogos, centros de desintoxicación… da igual lo que hagas, en él no funciona y al final acaba volviendo a las andadas. Por eso no quiero que vea a Nerea, porque sé que de su padre no sacará nada salvo encontrárselo cualquier día tirado en el retrete, borracho perdido, con la mente ida por sus depresiones o muerto por una sobredosis.

—¿Es mejor, según tú, que no vea a su padre? —logró preguntar.

—Sí, lo creo.

Le contó que había dejado el trabajo y el piso en alquiler, pues se iba en el plazo de una semana con su pareja, un periodista

argentino, a Buenos Aires.

—Ya se lo dije a él, y tendrá que aguantarse como yo aguanté muchas cosas cuando vivíamos juntos.

Paula se había quedado sin palabras, mientras Amalia mostraba sin disimulo su impaciencia para que se marchara de su casa. Sin embargo, ella insistió con las pocas convicciones que le quedaban.

—¿Le has preguntado a tu hija si quiere eso? ¿Si prefiere dejar de ver a su padre?

Amalia pareció por un momento desconcertada.

—Es una niña de diez años, menor de edad, soy su madre y tengo su guarda y custodia ante la ley.

Fue la tristeza la que nubló por un instante su mente.

—Puede que algún día te lo reproche porque lo que vas a hacer va a acabar con él. —Y tragó saliva antes de decir—: si tenía alguna posibilidad de salir adelante, tú se la vas a cortar.

Se dirigía a la puerta para marcharse, cuando Amalia se adelantó.

—No me hagas sentirme culpable porque no lo soy. El que sea de esa forma no viene de mí, ni siquiera por lo que pasó en nuestro matrimonio. Yo no le puse una botella en la mano ni le metí las cosas raras que tiene en la cabeza. Él es así, siempre lo ha sido, y cuando me di cuenta era demasiado tarde… Y también lo quise, como tú ahora, y estuve aguantando hasta que no pude más, o quizá sí pude y no lo hice, no sé… Pero si he sido mala, si según me parece que crees soy una bruja sin corazón ni sentimientos… —Hizo una pausa y estiró bien el cuerpo para decirle aquellas palabras frías y cortantes—. Víctor no tiene remedio y nadie, ni Nerea ni tú, haréis que lo tenga.

Esa frase seguía golpeándole en el cerebro como el traqueteo incesante del tren sobre los raíles cuando regresaba. Sin embargo, no pensaba rendirse, y fue a hablar con su hermana para pedirle consejo profesional o que le dijese quién podía dárselo. Pero con Graciela tampoco encontró lo que buscaba. Más aún, se enfadó con ella por haber ido a ver a la exmujer, pues si Víctor quería recuperar la custodia de su hija, Amalia podía alegar aquella visita como un intento de amenazas, no solo por parte de él, sino también de ella como actual pareja suya. Y a Paula nadie le quitaba de la cabeza que, si Nerea se iba del país con su madre, él se derrumbaría irremediablemente.

Su hermana acabó cediendo ante sus súplicas y le concertó una cita con un abogado, pero con el poco tiempo disponible resultó imposible solicitar un nuevo juicio, ni siquiera algo provisional para

impedir que se fueran, cosa que ocurrió en el día fijado. Así, el asunto quedaría en manos del tiempo, para cuando la niña pudiera decidir. Y el tiempo corría en contra suya.

Transcurrieron casi dos años desde aquella tarde en El Suizo, los más duros de su relación y también de su vida. El deterioro físico y mental de Víctor avanzaba inexorable, hasta llegar al punto que temía, el de que no pasaba un solo día sin que se plantease dejarlo a pesar de que lo amaba. Y algo debían notar su madre y sus hermanas cuando le mostraron, de una forma velada al principio y más tarde con total claridad, que la convivencia con Víctor no tenía futuro, que iba derecho al abismo y que si continuaba a su lado acabaría cayendo con él.

—Estás desperdiciando los mejores años de tu vida con ese hombre —sentenció su madre.

Y ella había empezado a creerlo.

Mientras tanto, Víctor permanecía en un estado de seminconsciencia, con periodos de largas crisis regadas con alcohol y a veces drogas, en medio de otros de tranquila serenidad donde se arrojaba en sus brazos pidiéndole perdón. Le habló incluso de casarse y tener un hijo, y lo decía tan convencido, que llegaba a creer que podía ser el comienzo de una recuperación como había ocurrido unos años atrás. Pero Paula no sabía qué decir; presentía que solo era un parche para ocultar sus dramas, una medida desesperada para atarse a la vida y por tanto a ella. Porque los dos sabían que el remedio no era tan sencillo, y Paula, al final, lo había tenido que admitir. Aquellas palabras que pronunció al año de conocerse, el que llegaría un día que dejaría de quererlo… Ese día se acercaba, hasta que pasó el accidente y lo precipitó todo.

Lo había acompañado a un concierto y tras la actuación, tuvieron que quedarse unas horas para que él se despejara porque había bebido. Pero en cuanto se encontró mejor, no pudo evitarlo y criticó su conducta, lo llamó irresponsable y, por primera vez, dijo aquella palabra: «borracho». Acto seguido se alejó hacia el hotel en el que se habían hospedado, dispuesta a pedir que llamaran a un taxi que pasara a buscarla. Sin embargo, retrocedió. La expresión de su cara le había parecido más triste y desolada que nunca, y se arrepintió de todo lo que acababa de decirle; comprendía que era un enfermo, que todo lo que le ocurría estaba fuera de su control. Y

ante todo no sería como su exmujer, ni iba a ensañarse tan cruelmente. Por eso abrió la puerta del coche y se sentó a su lado.

—¿Vas a dejarme? —preguntó antes de poner en marcha el vehículo.

Ella bajó la vista antes de contestar.

—No tengo otra alternativa, Víctor, si sigues así yo… no puedo más. —Y lo miró con los ojos a punto de romper en llanto.

Él acarició su mejilla y se inclinó hacia ella, besándole los párpados humedecidos por las primeras lágrimas.

—Te quiero —murmuró.

—Entonces, si me quieres de verdad, demuéstramelo. Vuelve a la clínica, hazlo, por favor.

Víctor sonrió débilmente.

—Siempre serás el amor de mi vida y no quiero que sufras por mi culpa, no lo soportaría… Después de ti no hay nada ni podré amar a nadie más… Mi preciosa, mi dulce Paula que llamó un día a mi puerta y todo lo inundó de luz. —Y la besó en los labios.

Fueron sus últimas palabras, las que compuso en una canción para ella, y ese beso, el último y el mejor que le había dado en esos diez años. No le supo ni a alcohol ni a tabaco, era cálido, sincero, lleno de un amor que acabó inundándola a ella.

Puso el coche en marcha. A los pocos kilómetros, a la salida de una curva, las ruedas patinaron, un camión venía por el carril contrario y en décimas de segundo… aquel ruido espantoso, el dolor… Miró hacia un lado y vio sus labios entreabiertos de los que aún conservaba el sabor del beso de unos minutos antes… Y se dio cuenta de que todo había acabado.

En la prensa, la noticia decía que el cantante y compositor Víctor Sotero había muerto en un accidente de tráfico mientras su novia, Paula Guevara, quedaba mal herida, con pronóstico reservado.

Días después, mientras ella salía adelante tras la primera operación, los rumores fueron creciendo, alimentando la curiosidad pues, como anunciaban algunas publicaciones, del conocido artista se sabía que había sido adicto al alcohol y las drogas, que había estado varias veces ingresado en centros de desintoxicación, y cuyo carácter depresivo hacía creer que podía haber provocar su propia muerte, un acto suicida.

Paula no podía decir ni pensar nada, no lo sabía porque todo había pasado demasiado rápido. Aunque de una cosa estaba segura: Víctor la amaba y jamás le habría hecho daño a propósito. Y fue entonces, después de lo sucedido y con los años trascurridos,

cuando le asaltó el recuerdo de aquel sueño que le había contado la primera vez que había ido a verlo: Él paseando al borde de la piscina, resbalando y cayendo al agua mientras ella trataba de sujetarlo de la mano para que no se sumergiera. Sabía que, a pesar de haberlo intentado, nada podía hacer para salvarlo.

Capítulo 3

La primera quincena de la rehabilitación fue lenta, no progresaba apenas y le dolía, pero a partir de entonces no hizo más que avanzar, por lo que al cumplir el mes andaba con normalidad, sentía sus piernas a tono, y dejó de necesitar las muletas. Del accidente le quedarían las dos cicatrices que evitaba mirar con detenimiento, no porque le resultaran antiestéticas, sino por lo que significaban: un recuerdo vivo y palpable del terrible día en el que había muerto Víctor. Y era penoso que su memoria se detuviese constantemente en aquel momento sin penetrar en otras vivencias que solo ella poseía, ya que a su alrededor todos parecían actuar como si nunca hubiese existido. Hasta la prensa, que en un principio llenó páginas y dedicó algún especial televisivo, había agotado el tema y dejó de encontrarse frente al portal a periodistas planteándole inoportunas e indiscretas preguntas. Sin embargo, supo que se había vuelto a reactivar el interés por Víctor con el regreso de la exmujer a España para arreglar los asuntos referentes a su herencia. Él no había hecho testamento, por lo que resultaba evidente que su hija Nerea sería la heredera universal de sus bienes, con su madre como albacea al ser menor de edad.

¿Y quién era ella?, se preguntaba. Si por casualidad veía alguna noticia sobre Víctor en la televisión, cambiaba de canal; si aparecía en prensa o revistas las dejaba, pues no quería saber nada de las miserias que se contaban. Solo oía sus canciones y hasta eso le dolía. Sin embargo, su hermana Graciela se plantó ante ella recriminándola y hablándole como abogada. Le dijo que debía reclamar parte de los derechos de autor de las creaciones que había

compuesto mientras convivían y que, «desgraciadamente» y a consecuencia de su trágica y prematura muerte, iban a subir «como la espuma».

—Así de morbosos somos los humanos, nos encanta una buena tragedia. —Y acabó añadiendo que era sencillísimo demostrar esa convivencia.

Por un momento su hermana, avalada por su profesión, la instaba a defender una relación que no se había cansado de criticar. Además, le contó que al ir con su marido a recoger las cosas que le pidió para guardarlas en su trastero, había dado la casualidad de que estaba allí su exmujer.

—Como tenía la puerta abierta la oía perfectamente, no paraba de decir «esto se queda» o «separe eso que algo valdrá». Vi como bajaban cajas y luego sacaron el piano por la ventana; parecía un circo, la plaza se llenó de gente para ver descender aquel cacharro. Me recordó a las hienas de los documentales, merodeando para conseguir la mejor tajada de algo que no han cazado, y si Salva no me lo hubiese impedido, habría ido a decirle que no tenía derecho a llevarse nada sin contar contigo. Al menos moralmente debió…

Miró a su hermana antes de continuar y Paula, con absoluta calma, le dijo algo que no daba opción a réplica.

—De él tengo su recuerdo, las hojas donde escribió la canción que me dedicó y la guitarra que tenía para ensayar en mi piso. El resto es de su hija.

Graciela no pudo evitarlo e insistió.

—Deberías pensarlo, Paula, además la niña es menor y la arpía de la exmujer hará lo que le salga de las narices. Tú has convivido con ese hombre casi diez años, has sufrido por su culpa, incluso el accidente. Si se demostrara que fue un suicidio o lo que podía ser un intento de homicidio involuntario contra ti… —Paula la miró espantada—. Bien, eso último olvídalo, pero al menos los derechos de las canciones…

No la dejó continuar.

—Zanjé el tema, no hay más que hablar.

Su madre y su hermana Abigail estarían fuera, no un mes como habían planeado en un principio, sino dos, y así se lo comunicaron por teléfono, que prorrogaban su estancia por la amable insistencia de sus amigos, lamentando no estar con ella. Paula las disculpó, se

encontraba bien, más aún, gozaba de una tranquilidad que le había sentado de maravilla. El buen tiempo le permitía pasar horas en la terraza, en esas tardes que avanzaban hacia el verano, percibiendo el calor suave, dejando caer los párpados para oír el sonido de trinos de pájaros, coches y transeúntes, una mezcla que a veces imaginaba como el rumor de algún arroyo lejano.

También tenía visitas de amistades, de sus sobrinos con su cuñado Salvador, y el que no faltaba ni un solo día a parte de su hermana Graciela, Roberto. Muchas veces había ido a buscarla para llevarla en su coche a la rehabilitación o se presentaba a recogerla a la salida, aunque ella insistía en que no era necesario, pues un taxi pagado por el seguro lo hacía. Pero él no cejaba en sus atenciones. Al principio todo eso, incluidas las visitas, lo percibía como algo agobiante, sobre todo cuando la agasajaba con ramos de rosas, bombones, revistas de arte, libros… Había llegado al punto de que no podía nombrar nada que quisiera o apeteciera porque al día siguiente lo tenía allí. Le había pasado con las napolitanas de crema de la Menorquina; cuando dijo que le gustaban se presentó con un paquete. Otro día le comentó que su situación le permitía leer libros que no había tenido tiempo, como el favorito de su padre, *El Quijote,* que estaba a punto de terminar y del que además le encantaban las ilustraciones de Gustavo Doré. Por eso no le extrañó cuando se presentó con un libro del que a veces le había hablado: *Cartas a Theo* de Van Gogh, en una lujosa edición con reproducciones de sus bocetos. Sabía que era una de sus más apreciadas posesiones y se negó a aceptarla como regalo, aunque sí como un préstamo.

Y sus atenciones no parecían tener límite, cosa que comprobó ese mismo día, el de la víspera del regreso de su madre y su hermana Abigail de Estados Unidos.

—No creo que aguante mucho sin discutir con ellas —le decía a Graciela—. Tengo que buscar un piso, si pudieras echarme una mano…

—¿Eso significa que, aunque puedas subir escaleras, no piensas volver al ático?

Paula negó con la cabeza.

—Si es necesario, venderé la parte de las acciones que me dejó papá, así podré comprar algo de segunda mano en un buen barrio.

—Debes pensarlo bien, Paula, si vendes no hay marcha atrás.

—Lo sé, pero no tengo mucho que pensar. Tampoco voy a seguir aquí eternamente ni quiero pedirle dinero a mamá, además, en septiembre caduca el contrato de alquiler y no voy a renovarlo.

—¿Y las cosas que aún te quedan?

—Tú guardaste en tu trastero lo que más me interesa, porque el colchón voy a dejarlo y casi todos los muebles eran del piso. De todas formas, no hay prisa hasta final de verano, ese es el tiempo que tengo para decidirme y situarme.

—¿Y esa decisión o situación cuál será? —preguntó Graciela.

Paula se inclinó para echarse un poco de agua de la jarra que tenía al lado, en la mesita de cristal.

—Si he de ser sincera, no tengo ni idea. —Y bebió un poco antes de continuar—. A veces me levanto con ganas de trabajar, animada con proyectos, dándole vueltas a la cabeza sobre si hacer bodegones o seguir con los retratos… Hay gente que me ha llamado para encargarme alguno y he acabado diciendo que no puedo, que tengo mal la muñeca, cuando en realidad está perfectamente. Entonces me doy cuenta de que no me apetece hacer nada, que es como si me hubiese saturado de repente, y esa sensación me hace sentir mal porque es mi profesión, a eso me dedico desde hace años. —Y suspiró al decir—: creo que estoy perdida, Graciela.

—Es cuestión de tiempo volver a encontrarte.

—Puede que sea así —repuso ella—. Entre tanto me distraigo leyendo y dejando pasar las horas, sobre todo desde que terminé la rehabilitación que me ocupaba toda la mañana. Y no sé qué voy a hacer, en especial cuando lleguen mamá y Abi. Si no decido algo me veo saliendo con ellas, yendo a sus citas o de compras, haciendo en suma lo que odiaba, lo que dejé años atrás… Bueno, no quiero marearte otra vez con esto, ni ser una pesada contándote siempre lo mismo.

—Pues por hacerlo ha surgido la solución —sonreía, y Paula la miró intrigada—. Aunque no sé si decírtelo yo, es algo de lo que me habló Roberto.

No pudo evitar dar un respingo al oír su nombre.

—No digas nada hasta que te cuente —atajó su hermana.

—Es que…

—Espera, Paula, tú escucha primero. —Tomó aliento y empezó —: no sé si sabes que Roberto tiene una casa en un pueblo de Toledo.

—Sí, era de sus abuelos.

—Pues se quedó con ella porque sus padres pasaban, se han ido como todos los jubilados ricos a la costa, y como estaba bastante estropeada, la restauró. Salva y yo fuimos un fin de semana, la ha dejado estupenda, tiene un terreno enorme y el pueblo es bonito y tranquilo.

—¿Me estás insinuando que me vaya allí, a esa casona de pueblo?

—¡No! —exclamó riendo—. Es que aún no he terminado, lo de la casa no es lo importante. Pero debería dejar que Roberto te lo explique, él sabe mejor que yo…

—¿Quieres soltarlo de una vez? —casi le gritó—. Mejor o peor, cuéntamelo porque me estás poniendo nerviosa y no sé qué intentas decirme.

—Algo que ni te imaginas.

Paula se había levantado y caminó despacio. Ya no cojeaba, pero realizaba instintivamente los movimientos de rotación y extensión de la pierna, sujetándose al antepecho de la terraza mientras miraba las copas de los árboles del Retiro.

En cuanto había podido caminar sin las muletas había ido con Roberto. Entraban por la puerta que llevaba al paseo de las estatuas, bordeaban el lago y solían sentarse a tomar una cerveza en una de las terrazas. Luego, a medida que se sintió con más fuerza, llegaban hasta el Palacio de Cristal donde se acomodaban en un banco para contemplar la arquitectura del hermoso edificio concebido como un invernadero. También hablaban de cualquier tema, desde pintura, libros o cine clásico que era el que a ambos les gustaba, pasando por el trabajo de él en la empresa y la galería, o haciendo divagaciones de porqué se empeñaban algunos patos en acercarse tan peligrosamente al chorro que se elevaba varios metros en medio del estanque. Y el día anterior se había atrevido a más, llevó su bloc de bocetos y fueron a la rosaleda. Estaba deseando ver las flores que inundaban de color los parterres y no se cansó de admirar extasiada aquel rincón del parque y de dibujar como si le hubiese entrado una especie de fiebre creativa, sin percatarse de que lo mismo le pasaba a Roberto al observarla a ella. Y cuando se despidieron en el portal no fue con el acostumbrado beso en la mejilla, sino en los labios. Fue rápido, casi como un descuido del que él no se disculpó. Tampoco ella dijo nada. Conocía de sobra sus sentimientos, mientras que los suyos… Lo único que sabía era que le gustaban sus visitas, que incluso las ansiaba porque no había nadie con el que se sintiese mejor que con él. Sin embargo, continuaba dudando, preguntándose si su relación no pasaba de ser una buena amistad.

De improviso, una idea le cruzó la mente, la más estrambótica y absurda, al menos para ella: ¿acaso iba a pedirle que se casase con él?

—Tiene un trabajo para ti y te va a encantar, estoy segura —dijo

Graciela y se volvió a mirarla, desconcertada.

—¿Un trabajo en su casa?

—No, en la casa no, es en la iglesia del pueblo.

Aquello le dejó sin palabras. No entendía nada.

—Pero será mejor que te lo explique él; yo no sé los detalles y a lo mejor me lio y te digo algo que no es —repuso consultando su reloj—. Me dijo que venía a las nueve, que no preparases nada porque traía comida del restaurante italiano que tanto te gusta. Y yo tengo que irme ahora mismo a arreglarme para la cena, ya te conté que Salva y yo quedamos con unos amigos.

Paula afirmó con la cabeza. A pesar de la sonrisa que le dirigió no podía dejar de pensar que aquella podía ser otra de sus «encerronas» para acercarla a Roberto, y volvió a mirar los árboles que mecían sus hojas con la suave brisa que comenzaba a levantarse.

—Roberto se preocupa por ti, deberías ser amable con él.

Ella se volvió de nuevo; su hermana la observaba con gesto serio.

—Soy amable con él —replicó enseguida—, pero tengo la impresión de que lo que tú quieres… Y no puedo, Graciela.

—Dale una oportunidad; está enamorado de ti y no creo que haya un hombre como él.

—Te dije hace años…

—Antes sí, tenías razón al decir que era un poco pijo, pero nada tiene que ver ahora. Es un hombre que sabe estar, inteligente, trabajador, educado… Ha tenido a muchas tras él, yo misma si me hubiese hecho caso antes de conocer a Salva, y por eso, porque es mi amigo desde hace años y lo conozco bien, sé lo que vale.

Paula se sonrió, pues recordaba el día que su hermana se lo había presentado.

—Iba en su deportivo rojo, vestido de blanco y con las gafas oscuras de estilo piloto… Parecía salido de un anuncio, y para remate su forma de hablar, tan presuntuoso, dándoselas de entendido en arte. Me dijo que mi perfil era como el de *Giovanna Tornabuori* de Ghirlandaio, y yo solo pude pensar que era un cretino y un pedante.

—Tenía veinticinco años, estaba acostumbrado a que todas se le tiraran al cuello e iba de *play boy* por la vida. Pero han pasado muchos años, no puedes seguir pensando que es el mismo, lo conoces lo suficiente para saber que no lo es. Y no solo es una excelente persona, también tienes que reconocer que con cuarenta y cinco años sigue estando muy bien.

Ella sonrió.

—Sí, todo eso no te lo discuto. También yo lo considero un gran amigo porque gracias a él mi carrera despuntó; en su galería tuve mis mayores éxitos y me apoyó siempre, incluso cuando lo rechacé y me fui con Víctor. Y no ha dejado de ser generoso y encantador conmigo.

—Sin embargo… —empezó su hermana, observándola con fijeza.

Habían entrado en el salón y Graciela se acercó al sofá para colgarse su bolso del hombro mientras esperaba sus palabras.

—Sé lo que es estar enamorada —dijo con cierto pesar—, y no siento eso por él. Al menos ahora mismo no.

Graciela tardó un poco en digerir aquella respuesta.

—A veces el amor llega despacio y acaba siendo más fuerte que los flechazos.

Ella no comentó nada al respecto y Graciela tampoco insistió.

—Me pasaré el sábado a ver a mamá y a Abi, a ver que me cuentan —dijo desde la salida.

Paula se quedó en el rellano viendo como pulsaba el botón de llamada del ascensor. Cuando estuvo arriba y se abría la puerta, su hermana se volvió para despedirse de nuevo.

—¿No te habrás enfadado por lo de Roberto?

—Claro que no, Paula. ¡Hasta el sábado!

Roberto llegó puntual a las nueve con las dos cajas de comida, además de una botella de vino. Entre los dos pusieron la mesa y, en cuando acabaron de cenar, Paula tuvo que preguntarle por lo que su hermana le había contado sobre un trabajo para ella.

—Es en la iglesia del pueblo de mis abuelos, donde tengo la casa —dijo como distraído, aunque notó que ansiaba contárselo—. He financiado un mural en una de las capillas laterales, había uno hace un siglo y por un problema de humedades la pintura se desprendió hasta estropearse casi por completo. Quisieron restaurarla durante el tiempo en que mi bisabuelo fue alcalde, pero entre que resultaba caro y estalló la guerra civil, no se hizo. Mi tía sabe que me gusta el arte y que me dedico a ello, por eso me enseñó unas fotos de cómo era y me pidió si podía hacer algo. La verdad es que me atrajo la idea, por eso contraté a Bruno Blanchet; no sé si lo conoces.

—Sí, he visto algo suyo en tu galería y es muy bueno.

Paula recordó el aspecto de aquel colega. Mediana estatura con tendencia al sobrepeso, el pelo rojizo echado a un lado para disimular la incipiente calva, las gafas redondas… Todos en su mundo sabían que le gustaba el juego y las mujeres, por lo que el dinero que ganaba lo gastaba deprisa.

—Ha hecho varios murales —continuó Roberto—, así que tiene bastante experiencia. Preparó la pared que estaba muy mal y luego esbozó el tema partiendo de las fotos antiguas que representan la adoración de los Reyes Magos.

—Entonces es algo en lo que llevas tiempo.

Aquel era un comentario directo, y él pareció dudar.

—Sí… bueno, ha sido un proyecto raro, no sabía si lo iba a hacer y prefería que estuviese más avanzado para contártelo.

Ella tuvo que conformarse con la explicación y le preguntó:

—¿De qué tamaño estamos hablando?

—De aproximadamente cuatro metros de ancho, por unos tres metros de alto a partir del zócalo de piedra que está a noventa centímetros del suelo; tiene forma de bóveda siguiendo la estructura de la capilla.

Paula escuchaba con verdadero interés, sin interrumpirle.

—Bruno es un tipo con mucho talento, pero bastante informal, va a su aire y cuando le sale algo se larga. A parte de sus pinturas se dedica al diseño de decorados para el teatro, así que estuvo un mes sin aparecer, hizo otro poco y volvió a irse, y cuando me enteré de que se había marchado por tercera vez… Entonces pensé en ti, en que podía interesarte. —Y casi tartamudeaba al insistir—: tómatelo como un reto… y tendrás tiempo… no te meteré prisa.

Ella se echó hacia atrás en el asiento con el rostro vuelto hacia el ventanal; las luces de la calle parecían ascender y reflejarse en la terraza mientras seguía notando su mirada. De repente se sonrió al imaginarse subida en un andamio, haciendo santos, vírgenes, ángeles… Y encima no era creyente.

—Nunca he pintado un mural —habló volviéndose hacia él.

—Lo harás estupendamente, y lo más complicado para alguien que no ha trabajado el medio es la preparación de la pared y eso ya lo hizo Bruno.

—¿Y qué tipo de pintura se usa?

—Acrílicos. Ya conoces la técnica, y como te he dicho, sería continuar…

Antes de seguir se levantó. De la fina chaqueta de entretiempo que había llevado sacó un sobre con unas fotografías que le mostró. Primero le enseñó unas antiguas en blanco y negro donde se podían

distinguir las pinturas del mural en conjunto, y otras dos en detalles de una cabaña con los Reyes Magos postrados de espaldas, así como el cielo al que atravesaba una estrella fugaz con un ángel sobre una nube.

—¿Se sabe quién lo hizo?

—No había ningún nombre, aunque imagino que debió hacerlo algún artista contratado por el sacerdote de turno —y añadió—: la idea es hacer el mismo aportando talento, el de Bruno y ahora el tuyo, para que sea más colorista y mejor realizado que el original que en realidad era bastante tosco. Yo me imagino el estilo del Renacimiento, no sé si a ti te parece bien…

Paula analizaba en ese momento las fotos a color. Era el mismo espacio, pero solo estaban trazadas las líneas que encajaban el tema con una capa de pintura azul en el cielo y tonos verdes y ocres en el resto, además de la cabaña con un fondo oscuro donde se perfilaban los personajes. Los vio en otra de las fotografías más detalladamente: la mula y el buey parecían terminados, pero la Virgen, San José y el niño estaban apenas esbozados.

—Cuando lo traté con Bruno quedamos en inspirarnos en Rafael —habló por encima de su hombro.

—A mí también me gusta Rafael —aprobó ella.

Volvió a pasar las fotos más despacio, tanto las antiguas como las nuevas, y al cabo de unos minutos se las devolvió.

—Tendré que pensarlo —dijo quitándose las gafas que se había puesto para verlas.

—Por supuesto.

—Aunque no me has dicho nada de las condiciones y de los plazos.

Él pareció recuperar el optimismo.

—Es un trabajo difícil de calibrar, Bruno me dijo que dos o tres meses, pero no sé su concepto del tiempo. Además, a ti no quiero agobiarte, tarda lo que quieras.

—Pero debes ponerme alguna condición.

—Para mí si te gusta el trabajo y sirve para recuperarte…

—No me hables así, Roberto, parece que lo haces para mí, que todo esto lo tenías preparado.

—No, Paula, ha sido una casualidad. Y, por cierto, he olvidado decirte que puedes instalarte en mi casa.

—Entonces no solo serías mi jefe, también mi casero, con lo que estoy completamente en tus manos.

Roberto obvió su comentario y ella se apresuró en decir:

—Me descontarás el alquiler.

—No pensaba cobrarte ningún alquiler.

—Si acepto, tendrás que hacerlo o al menos tenerlo en cuenta.

—De acuerdo. —Y alzó su copa— ¿Brindamos y así sellamos nuestro acuerdo?

—Aún no te he dicho que sí. No he visto el sitio, ni siquiera me has dado tiempo para pensarlo ni estoy segura de que pueda hacerlo.

—Podrás —dijo él que seguía con la copa en alto.

Paula tomó la suya y las chocaron. Sonrió con discreción al llevársela a los labios, mientras en los ojos azules de él se reflejaba el brillo del cristal.

Faltaban pocos días para irse al pueblo de Roberto cuando recibió aquella llamada y concertó la cita. Pero al salir, el portero le advirtió que había periodistas esperándola y le sugirió que llamara a un taxi. No lo creyó necesario si caminaba deprisa hacia el metro, pero fue un error pues al poner el pie en la calle se vio acorralada por un joven que le colocó un micrófono ante la boca después de preguntar:

—¿Qué opina de que la exmujer de Sotero aparezca en un programa de televisión?

No contestó y volvieron a preguntarle:

—¿Le dará la réplica si hace declaraciones contra Sotero?

Se trataba de una chica con un cámara al lado y que seguía haciéndole preguntas que le alteraban por momentos. E iba a retroceder hacia el portal, cuando sintió que la tomaban del brazo; era Roberto.

—Tengo que ir a un sitio —le susurró al oído y él la condujo hasta meterse en su coche.

A su espalda volvió a escuchar otra de aquellas inoportunas cuestiones.

—¿Va a reclamar la herencia? —E incluso se atrevió a más— ¿Ha rehecho su vida sentimental como la exmujer de Sotero?

Roberto cerró la puerta y enseguida se puso en marcha, confundiéndose entre los demás vehículos.

—Creí que todo había terminado, que a nadie le importaba la vida de Víctor y mucho menos la mía.

—Si hay donde sacar… Creo que su exmujer va a ir a un

programa de televisión para contar sus trapos sucios, sin duda previo pago.

—Sí, lo ha dicho ese periodista, pero me da igual, no quiero saber nada al respecto.

—No te preocupes, ya se cansarán.

Paula asintió al tiempo que se volvía a mirarlo.

—Por cierto, gracias, has llegado en el momento oportuno.

—Venía a traerte los libros y las láminas que me pediste para el trabajo del mural.

Roberto seguía conduciendo sin rumbo, hasta que le preguntó dónde iba.

—Puedes dejarme en Atocha, cogeré el tren.

—¿El tren? ¿Dónde vas?

—A Fuenlabrada.

—Te llevo.

—No es necesario.

—Sí, te llevo.

No hablaron apenas y ella agradeció que no le preguntase nada; tenía la cabeza ladeada hacia la ventanilla, mirando sin ver a los vehículos que circulaban a su lado, pensando en aquella extraña llamada.

Tuvieron que preguntar varias veces hasta que después de una maraña de calles muy parecidas entre sí, vieron el parque medio oculto entre los edificios. Aún faltaban unos minutos para su cita, pero estaban en el lugar acordado, no una sino dos chicas.

—Te espero —dijo Roberto, y ella bajó del coche sin ni siquiera mirarlo.

Una de las dos chicas se marchó en cuando Paula se aproximó al banco. La que se había quedado vestía vaqueros y un niqui rosa, tenía el pelo castaño largo y liso, y su cuerpo delgado de niña contrastaba con los rasgos de madurez de su rostro, igual que su voz cuando hablaron por teléfono. Aunque recordó que no tendría más de trece años.

—Eres más guapa en persona que en las fotos de las revistas —fueron sus primeras palabras al tomar asiento a su lado.

Paula sonrió agradecida a la vez que sentía un estremecimiento; Nerea la miraba y sus ojos rasgados eran iguales a los de su padre.

—Le pedí a Juan Luis que averiguara tu número sin que se enterase mamá —le dijo con un ligero acento argentino que dulcificaba sus palabras—. Juan Luis es mi padrastro, bueno, cuando mamá se case con él, que será pronto. Es muy bueno y ha convencido a mamá para que no vaya a ese programa de cotilleo.

Paula escuchaba sus explicaciones, y cuando acabó le formuló la pregunta:

—¿Por qué querías verme?

—Nos vamos a ir otra vez a la Argentina y no sé si volveremos porque mamá ha vendido el piso. —Pareció por un momento triste, pero sonrió—. Tengo muchos amigos allí y me gusta Buenos Aires, aunque no me acostumbro a eso del vos y del usted. —Se produjo un silencio antes de añadir con una ligera mueca de sonrisa—: quería conocerte y pensé pedirle a mamá que te invitara, pero creo que no le gustas mucho.

—Me parece que no —sonrió ella también.

—Yo tenía muchas ganas —insistió con entusiasmo—. Eras la novia de papá y si te hubieses casado con él habrías sido mi madrastra, y no como las malvadas de los cuentos. Papá lo decía, me acuerdo, aunque yo era muy pequeña, que eras la mujer más maravillosa del mundo y que después de mí eras a quien más quería.

A Paula se le mezcló la sonrisa con un nudo que pareció atravesarle la garganta.

—También a mí me lo decía, que te quería mucho.

—¿Por qué entonces…?

Nerea formuló aquella pregunta a medias y ella la entendió.

—Las personas enferman de cosas que todo el mundo entiende: una gripe, una úlcera, un cáncer… Y tu padre estaba enfermo, pero era del alma, y nadie lo comprendía, puede que ni siquiera él; por eso era tan difícil ayudarlo. Aun así, no debes olvidar que te quería, pase lo que pase y oigas lo que oigas, tu padre te quería muchísimo y luchó por ti, todo lo que sus pocas fuerzas pudieron.

—Mamá dice que era un egoísta, que lo que le pasaba es que solo se miraba su ombligo, y que lo único que le importaba era su música, beber y drogarse.

—No es verdad —dijo con calma, aunque hubiese querido increpar a aquella mujer por decirle esas cosas a su hija

Entonces le contó, sin ahondar en detalles, lo difícil que había sido la vida de Víctor después de la muerte de sus padres, cuando se quedó solo y tuvo que ganarse la vida cantando en el metro.

—No lo sabía —dijo la niña en un murmullo.

—Es que para juzgar a las personas hay que conocer lo que han sufrido —opinó ella—. Y sí, tu padre tenía defectos y debilidades como tenemos todos, pero también era un artista, y como tal, su visión del mundo lo hacía especial, con una sensibilidad superior para captar cosas que nadie percibía. La música fue su tabla de

salvación en los momentos más difíciles de su vida, por eso la antepuso a todo y sobrepasó límites que no pudo controlar. —Respiró hondo; sin duda aquel discurso carecería de sentido para ella y terminó diciendo—: no intentes entenderlo ahora, puede que cuando seas mayor…

Enmudeció al ver que los ojos de Nerea empezaban a llenarse de lágrimas, y que casi en un hilo de voz volvió a preguntar:

—¿Qui… quiso matarse?

—No —contestó enseguida—. No creas a quien lo diga, yo iba con él, fue un accidente, un terrible accidente.

Y le pasó un brazo por los hombros.

Durante unos minutos guardaron silencio, con los sollozos de la niña de fondo; parecía como si hasta ese momento no hubiese podido derramar todas las lágrimas que tenía guardadas en su interior.

—Tú también lo querías mucho —dijo al fin.

—Sí, Nerea, lo quería mucho.

—Mi madre no lo sabe, pero todas las noches pongo alguna de sus canciones y las escucho con los cascos, sobre todo la de *Pequeña hada* que compuso para mí —dijo limpiándose los ojos con el dorso de la mano—. Logré convencerla para que no vendiera una de sus guitarras y me la diera; practico por mi cuenta, aunque a ella no le gusta. —La miró de pronto con esa expresión profunda que tanto le recordaba a Víctor—. ¿La mujer de la canción *Llamaste a mi puerta* eres tú? ¿Es verdad que pasó así?

Paula no pudo evitar recordarlo y tarareó por unos instantes el estribillo, hasta que se interrumpió, ruborizada ante aquella chiquilla que la observaba con los ojos ávidos de saber todo lo que pudiera sobre su padre.

—Sí, algo parecido —acabó contestando.

—¿Fuiste feliz con él? —volvió a preguntar.

Ella se sintió aturdida. Podría darle una respuesta manida, decir que no conoció la felicidad hasta que estuvo entre sus brazos, que cada instante fue supremo, que estar con él sería lo más sublime que le ocurriría en la vida… Pero se daba cuenta de que era una chica inteligente que había tenido que madurar antes de tiempo.

—No voy a mentirte y decir que todo fue un camino de rosas, hubo momentos muy complicados, sobre todo en los dos últimos años.

—¿Las cosas que dice de él mi mamá son ciertas?

Sin duda era la pregunta más difícil que quería formularle, y también la más difícil de responder por su parte.

—Aunque lo fueran… tu padre era un ser maravilloso que te quería y que sufría por no tenerte a su lado.

Nerea apretó los labios al tiempo que asentía. Luego se puso en pie.

—Tengo que irme, mamá debe estar a punto de llegar, fue a lo de los papeles del piso.

La chica con la que había estado esperando se asomó entonces por la esquina, pero no se movió.

—Me ha gustado mucho conocerte y hablar contigo.

—A mí también —dijo Paula—. Y si alguna vez quieres volver a hablar, si necesitas cualquier cosa… en ese mismo número de teléfono podrás localizarme o te dirán dónde hacerlo.

—Me encantaría, pero será difícil estando tan lejos y con mamá en contra.

—Lo comprendo, no te preocupes.

Y no pudo evitar hacerle una caricia en la mejilla, mojándose los dedos con sus lágrimas. Se inclinó entonces hasta su altura y le dio un beso en la frente. Nerea, como en un arrebato, se abrazó a ella.

Fueron unos segundos intensos en los que creyó abrazar al propio Víctor porque aquella chiquilla era una parte de él. Hasta que la oyó balbucear:

—Gracias por haber querido a mi papá.

Se soltó y anduvo unos pasos, luego echó a correr. Pero antes de doblar la esquina se volvió, y con una sonrisa infantil le hizo un gesto de adiós con la mano. Paula le devolvió el saludo y se encaminó hacia el coche en el que aguardaba Roberto.

Era probable que no volviese a verla; sin embargo, no se sentía triste. Al contrario, aquella conversación le había devuelto la misma paz que también ella necesitaba.

—¿Era la hija de Víctor? —preguntó Roberto.

Paula afirmó con la cabeza. No podía hablar por la emoción que la embargaba, hasta que, al entrar en el casco urbano de la capital, dijo en voz alta:

—Es una chica estupenda; Víctor estaría muy orgulloso de ella.

Capítulo 4

La casa estaba en una calle ancha y ocupaba toda la manzana, con dos entradas de acceso independientes. La que daba al extremo contrario era la que conducía también al garaje, pero Roberto aparcó su coche junto a la puerta de la fachada principal, toda de piedra, con las ventanas bajas cubiertas con rejas de forja.

Nada más entrar se encontraba el zaguán, con techo de vigas y suelo de losas de granito. Tenía un zócalo de azulejos de colores, y colgados en las pareces algunos platos de cerámica de Talavera mezclados con aperos de labranza.

A la izquierda estaba la entrada al cuerpo principal de la vivienda, con ventanas a los lados, y mientras Roberto abría, ella miró al fondo. Había un patio rodeado de naranjos y limoneros, con una escalera al lado por cuya barandilla se enroscaba una parra con las uvas aún pequeñas y verdes.

—Por ahí se sube a la terraza, está conectada con el piso de arriba —le informó él—. Tengo unas tumbonas y las saco sobre todo por la noche, luego te lo enseño.

Roberto pasó tras ella con las dos maletas de su equipaje. Una chimenea de embocadura de granito era la imponente protagonista del salón, rodeada por dos sofás enfrentados, la televisión en un rincón como si fuera un objeto irremediablemente necesario, y en el centro, un trillo cubierto con un grueso cristal que hacía las veces de mesa.

—No me entusiasma —comentó enseguida—, aunque tiene su gracia, sobre todo porque se usó de verdad, era de mi bisabuelo.

Al salón daban tres ventanas, dos a la calle y la tercera al

zaguán, y en el lado derecho había una entrada en forma de arco por la que se veía un espacio rectangular, con un mueble aparador y una gran mesa central rodeada por ocho sillas con asiento de enea.

—Todo lo del comedor es herencia de mis abuelos, incluso la mesa que en realidad era una puerta que se quitó del piso de arriba. Un carpintero de la zona la transformó, ¿a qué queda bien?

Le dio la razón y dejaron por un momento el equipaje para acercarse a la cocina. Era también de estilo rústico, sobre todo por la chimenea cubierta con azulejos blancos bajo la que había una cocina de fogones con sus respectivas puertas de fundición; no se usaba pero, según le dijo Roberto, funcionaba.

El resto del mobiliario era nuevo, siguiendo la misma línea, con frontales de madera de castaño como la mesa de trabajo que debía ser antigua al igual que algunos objetos que colgaban de la pared.

—Cuando vengo solo hago café o traigo comida preparada para calentar en el microondas, también voy a comer a un bar del pueblo o a casa de mi tía. En la nevera debe haber algo, llamé a Josefina y le dije que comprase para la cena.

Abrió, y, efectivamente, tenían jamón serrano, queso y yogures, y unas peras y melocotones en el compartimento de la fruta.

—Le encargas lo que necesites y te hace la compra —comentó cerrando la nevera—. Me preguntó si tenía que cocinar y no supe que decirle.

—Prefiero hacerlo yo, además tendré que ocuparme de algo.

—Pintar, ese es tu trabajo.

Ella no repuso nada, pues le había llamado la atención el lavavajillas con el precinto de la garantía pegado en el frontal. Pero Roberto le hizo reparar en una puerta situada al lado contrario a la ventana; era más baja y tuvieron que agacharse para entrar.

—Es una cueva —le dijo Roberto, que pasó primero para encender la luz e indicarle que bajara con cuidado; la escalera daba un giro y al final encendió otro interruptor.

Debía medir unos quince metros cuadrados, con el techo abovedado en ladrillo, por lo que tenía menos altura a los lados y debían inclinarse, sobre todo él, para no dar con la cabeza. El suelo era de pizarra y por las paredes se abrían hornacinas con botellas tumbadas, colocadas en perfecto orden, salvo en una más ancha donde se apilaban latas de conservas sobre las que llamó su atención.

—Me gusta tenerlas, resuelven cualquier emergencia. Usa las que quieras, hay de todo.

Un ventanuco con una malla metálica hacía de respiradero y de

vista al exterior.

—Se nota más fresco aquí —observó Paula cogiéndose los brazos.

—Sí, es una cueva estupenda, nunca ha tenido humedades ni se ha inundado como otras que me han comentado.

—¿Y eso para qué es? —señaló unos gruesos ganchos que recorrían la parte más alta del techo.

—De ahí se colgaban los productos de la matanza: jamones, chorizos, morcillas… Cuando no existían los frigoríficos las cuevas eran el mejor sistema para conservarlos y que además siguieran su proceso de curación, al estar bajo el nivel del suelo la temperatura no varía apenas con las estaciones.

Cuando subieron fueron directo hacia el pasillo al que daban dos habitaciones, el baño y la escalera que llevaba al piso superior.

Los dos dormitorios estaban separados por el baño en el que a Paula le impresionó la bañera exenta de líneas curvas.

—Dan ganas de meterse en un baño de espuma.

—Pues adelante —repuso él sonriendo.

Ella siguió con la vista hacia el mueble acristalado en el que se guardaban en perfecto orden las toallas, y en un perchero donde colgaba un albornoz blanco y nuevo que aún tenía las marcas de los dobleces.

—Lo tienes todo pensado —no pudo evitar decir.

Como el resto de lo que había visto hasta entonces, estaba impecable, y siguió a Roberto que abrió la puerta de la habitación en la que metió sus maletas. También tenía la ventana con la persiana subida y cubierta por un visillo, por lo que entraba la suficiente luz para distinguir la cama, el armario, las mesillas con sus lamparitas de cristal, una banqueta a los pies de la cama y una cómoda.

—La colcha de ganchillo era del ajuar de mi abuela, se la regaló a mi madre, pero a ella no le gustan estas cosas de pueblo, así que me la quedé yo; creo que es perfecta para esta casa.

Paula movió la cabeza aprobando sus palabras, recordando a su vez lo que le había contado su hermana Graciela, que la decoración de la casa fue obra de Natalia, una interiorista con la que Roberto había estado saliendo algo más de dos años. Y recorrió con la vista el suelo de tarima de madera que según le decía sustituyó al antiguo de ladrillo, mientras que las vigas del techo eran las primitivas de la casa.

—La habitación de al lado es muy parecida, salvo que tiene dos camas y las paredes, en lugar de este color azul, son amarillas. Yo

duermo aquí cuando vengo, pero trasladé mis cosas arriba, hay otra habitación completa y un baño.

—No hacía falta que te molestaras, me vale cualquiera.

—Esta es la mejor y quiero que te sientas cómoda, como si estuvieras en tu propia casa.

Sus palabras la turbaron, pero no añadió nada y se dirigieron hacia la escalera.

—Es lo que llamaban la troje —le decía mientras ascendían los peldaños de madera—. Antes no se habitaba, servía de almacenaje para el grano, trigo y cebada principalmente. Fue lo que más cambió con la reforma, se quitaron las separaciones y se dividió el espacio en tres habitaciones y un baño más pequeño que el de abajo; en lugar de bañera, tiene ducha.

Una larga galería se extendía hasta llegar a una puerta que dijo comunicaba con la terraza.

—Esto es el solanero, está orientado al sur y en tiempos de mis abuelos lo acristalaron porque se metían las palomas y las golondrinas anidaban en los travesaños del techo. Sin embargo, tiene su inconveniente, en verano es un horno y hay que abrir las ventanas… Creo que encargaré unas persianas o cortinas, ya veré.

Pasó a enseñarle las habitaciones. La primera era la suya y dejó su bolsa, y luego la que, según le informó, utilizaba como trastero.

Encendió la luz, pues las ventanas estaban cerradas con contraventanas de madera, y Paula vio a un lado muebles apilados, sobre todo sillas de distintos tipos puestas unas sobre otras, cestos de mimbre colgados de ganchos y alguno de cobre, incluso un par de tablas de lavar, y que, pese al desorden, parecían formar parte de una estudiada decoración. También contra la pared se apoyaban dos armarios, uno con la puerta torcida, donde le comentó que tenía cosas como su traje de esquí con las botas y los esquíes.

—Hace años que no voy, pero nunca se sabe —concluyó.

Por último, bajo las ventanas, cuatro baúles de buen tamaño colocados uno tras otro.

—Son muy bonitos —dijo ella al fijarse en sus diseños, auténticas antigüedades que debían tener bastante valor.

—He pensado que podría llevar alguno a la galería, pero están atestados, hay desde un traje regional a mantas. También he visto crucifijos, fotos enmarcadas y montones de papeles que no he tenido tiempo ni ganas de revisar —sonrió como para sí—. Puede que haya algo interesante, como suele decirse que ocurre en todas las familias, algún secreto o un cadáver en el armario… en este caso en el baúl.

Cerró, y se dirigían a la última puerta cuando Roberto se detuvo.

—Ahora te enseñaré algo muy especial.

Abrió despacio, sin dejar de mirarla, mientras ella esperaba.

Lo primero fue la luz que parecía inundarlo todo, una claridad que además de la ventana procedía de dos tragaluces en el alto techo abuhardillado, entre vigas de madera y paredes blancas. Luego, en medio de aquel espacio, se encontró con su propio estudio, o al menos con sus cosas: la mesa con la silla, el caballete con la banqueta, y una estantería con la parte baja de cajones en la que estaba colocado todo el material de pinceles, pinturas, libros, cuadernos y lienzos.

—Pero… —balbuceó, pues se había quedado de repente sin palabras, y además no sabía si debía enfadarse o, por el contrario, agradecérselo.

Roberto, por su parte, seguía mirándola, expectante primero y luego, ante su silencio, se le empezó a borrar la sonrisa de los labios.

—No te habrá importado… —empezó como si adivinara la dualidad de sus sensaciones.

—Es que… no sé qué decir ni qué pensar… Creo que es demasiado… todo es demasiado, Roberto, y encima esto.

Él titubeó también, pero enseguida se repuso.

—Si lo miras desde el punto de vista de que soy una especie de jefe, que pintes me interesa para la galería, y para pintar necesitas los medios. Si además de lo de la iglesia te apetece hacer algo, lo tienes todo, no habría problema.

—¿Y cuándo has hecho esto? —preguntó.

—Al día siguiente de nuestro brindis sellando el acuerdo me llamó Graciela para preguntarme si habías aceptado; también me comentó que ibas a dejar el ático, y entonces tuve la idea. —Vaciló de nuevo antes de seguir—. Si estabas aquí un mínimo de dos meses podrías trabajar en otras cosas si te apetecía. Y pensaba decírtelo, pero tu hermana me convenció para que no lo hiciera; dijo que así te llevarías una sorpresa.

—¡Oh, la voy a matar cuando la vea! —exclamó sin poderlo evitar, como tampoco reírse mientras lo hacía; estaba visto que Graciela no quería dejar que se le escapara la presa, y esa «presa» era ella.

—¿Entonces te parece bien? —preguntó él, tímidamente.

—¡Qué le voy a hacer, ya está hecho!

Se acercó al caballete manchado con múltiples colores, los tarros con los pinceles de diferentes tamaños, la última paleta que había

usado con la pintura seca sobre la mesa… Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que Roberto la observaba, con una mano en el bolsillo y la otra tocando el borde de la banqueta, haciéndola girar.

—Así que Graciela y tú… —dijo volviéndose.

Su tono expresaba cierta sorna que hizo que se encogiera de hombros, cohibido.

—¿Me enseñas el resto de la casa?

Él sonrió más tranquilo y salieron a la terraza que tenía dos hamacas con una mesita baja al lado. Parecía que estaban esperándolos, y Roberto se excusó adivinando sus pensamientos.

—Josefina es muy eficiente, lo tiene todo pensado.

—Sí, ya veo.

Entre los tejados de las casas sobresalía la iglesia, de color ocre y tejas grises, con ventanas en arco de medio punto en la torre. Se distinguían perfectamente las campanas al igual que el nido de las cigüeñas, y a lo lejos el campo, entre verde y amarillento, con árboles y rocas además de la hilera que formaban los montes perfilados a lo largo del horizonte.

—Hace años que no pinto un paisaje, quizá me anime y haga este —y se giró—. Podría quedar bien en el comedor, ¿qué te parece?

—Me encantaría —contestó él— ¿Ves? Graciela y yo teníamos razón al traer tus cosas.

Paula sonrió y volvió la mirada hacia el lado del terreno que correspondía a la casa. Un camino de arena lo dividía, con árboles y plantas a uno y otro lado, y al fondo, lo que se apresuró Roberto a explicarle:

—Son los antiguos corrales para las mulas, los cerdos, las gallinas… incluso hubo vacas.

—¿Dentro de la casa?

—Casi todo el mundo tenía los animales en sus casas, una cuestión práctica, supongo, y aquí al menos había una gran distancia. —Se apoyó con los antebrazos en la barandilla—. He pensado que si tirara los corrales podría hacer una piscina, pero aún no sé si merece la pena invertir más.

—Pues es un sitio fantástico —opinó ella—, y el que esté dentro de un pueblo tiene muchas ventajas, podría ser un lugar perfecto para cuando te jubiles.

—Si te jubilas conmigo, yo encantado.

Paula no continuó con la broma y bajaron al terreno donde vio un pozo con su brocal de hierro, cubierto por una plancha de metal que Roberto apartó para que se asomara. A no mucha profundidad,

el agua reflejaba el cielo y las sombras de sus cabezas.

—Es potable y tiene buen sabor —comentó volviendo a bajar la tapa—. Cuando hay algún corte de agua viene bien, y el verano pasado hubo dos, además, también se usa para regar.

—Parece increíble que estemos dentro de un pueblo —observó ella al fijarse en los árboles que les rodeaban y que Roberto fue nombrándole: higueras, un nogal centenario, dos membrilleros, algún peral, encinas, sauces, y las zarzamoras que parecían envolver los corrales entre las plantas silvestres.

—Matías, que es el marido de Josefina, viene a cuidarlo, hace lo que puede y a mí me vale por ahora. —Le señaló el corral más alejado—. Ahí detrás hay un trozo de terreno donde ha plantado tomates, lechugas y pimientos… ¡ah! también me dijo que pepinos. Es para él, aunque siempre me da algo, y no te preocupes, entra por una puerta que hay detrás, ni te enterarás de que está.

Un ruido los hizo girarse a ambos. Se trataba de un gato blanco y negro que se escondía tras la maleza mientras otro gris continuaba tumbado al sol, en actitud vigilante, como si estuviese preparado para salir corriendo si se acercaban.

—La última vez que vi a esa gata estaba preñada, así que puede que nos encontremos algún gatito correteando por aquí.

—Entonces tienes mascotas.

—Más bien *okupas*, pero me gusta que estén, así darán cuenta de los ratones. —Al ver la expresión horrorizada de Paula la tranquilizó—. No te preocupes, yo al menos no he visto ninguno.

Siguieron caminando en silencio hasta que Roberto lo interrumpió.

—Les he dicho a Matías y a su mujer que vengan esta tarde para presentártelos. Son buena gente y muy trabajadores; ella es como Encarna, se parece un poco incluso, y si tienes algún problema, te los resolverán. También puedes contar con mi tía y mi sobrino.

—¿Tu sobrino? —preguntó extrañada, pues sabía que era hijo único.

—Tengo tres, uno es el hijo de mi primo Nicolás y los otros dos de mi primo Ismael. El más joven es el que está aquí ahora, preparándose unas asignaturas que le quedaron. —Le señaló un lugar arenoso junto a la puerta de garaje—. Ahí deja su coche porque mi tía, que es su abuela, vive en una calle estrecha y no tiene sitio para aparcar. Este fin de semana iba a Madrid, por eso no puedo presentártelo. Es un buen chaval; no puedo decir lo mismo de su padre, que es un auténtico cabronazo.

Consultó entonces su reloj.

—Debemos apresurarnos, falta poco para que se acabe la misa y quedé con mi tía y el cura.

—¿Tanta prisa hay? —preguntó ella mientras andaban a paso ligero.

—Tenemos mucho que hacer y si me voy hoy…

Paula se detuvo en seco.

—¿Hoy? —Se sintió de pronto desamparada, como si fuera a abandonarla en aquel pequeño bosque.

—Solo necesitas que te enseñe la iglesia y el trabajo que tienes que hacer y, por supuesto, presentarte a mi tía y al cura.

—Pensé que te ibas mañana por la tarde —dijo ella con pesar.

—No quiero ser una molestia.

—No lo eres. Además, es tu casa.

—Solo a medias, y los caseros no deben…

—Quédate hoy —lo interrumpió—. Vete mañana, así podrás enseñarme el pueblo.

Paula supo que su petición le había gustado, aunque solo asintió con un gesto de cabeza.

En cuanto anocheció, se acomodaron cada uno en una hamaca, con una copa del vino que Roberto había subido de la cueva para celebrar su acuerdo de trabajo, y bajo la luna creciente que empezaba a alzarse despacio en medio de la oscuridad; solo el canto incesante de un grillo rompía aquel silencio. Entre tanto, Paula observaba la silueta iluminada de la iglesia que le parecía casi tan hermosa como una catedral, y sonrió al acordarse del andamio al que debía subirse y cómo, al correr la cortina de color granate, pudo ver en vivo lo que conocía por las fotografías que había examinado hasta casi saberse de memoria: el cielo azul con la estrella fugaz, las figuras de los personajes y el propio paisaje. Quedaba mucho por hacer, pues la mayoría eran esbozos, aunque bien sabía que lo realizado por Bruno Blanchet era clave y apreciaba su esfuerzo al convertir esa pared en algo parecido a un lienzo dispuesto para contar una historia. Y lo que había visto le gustaba, en especial la composición y los toques de inspiración renacentista que le había comentado Roberto.

También se acordó del material dispuesto sobre la mesa que le había mostrado la tía de Roberto, que además de ser con la que debía tratar, también era la encargada de la llave y de todo lo

referente a los asuntos de la iglesia. Respecto al cura, Paula calculó que no tendría más de treinta y cinco años a pesar del tono de voz como de viejo cansado. Pero había estado poco tiempo, lo justo para hablar de normas, como que tuviera seriedad y que si llevaba algún equipo de música o radio no lo pusiese a un volumen alto como al parecer hacía su antecesor, para concluir con que no debía olvidar que aquel era un lugar de oración, «la casa del Señor». Un discurso que le sonó anticuado viniendo de un hombre joven que se suponía sería más moderno y tolerante. Aunque no debía sorprenderla, vestía completamente de negro, con el típico alzacuellos blanco.

La tía de Roberto se llamaba Manuela, y desde el principio le gustó. Pequeña y de apariencia frágil, se movía con agilidad a pesar de sus ochenta y dos años, enseñándoles todo y orgullosa de su cometido.

—Don José María tiene razón —dijo cuándo el cura se hubo marchado—, ese pintor no tenía educación ni respeto. Además, era un puerco, más de una vez tuve que recoger bolsas vacías de patatas y colillas; fumaba, aunque escondía el cigarro en cuanto me oía entrar, como si yo no me diera cuenta. Hiciste bien en echarlo.

Paula miró a Roberto al escuchar la última frase de Manuela, pero él fue tras los pasos de la anciana que los condujo a la sacristía.

Le mostró la pila más grande y profunda que había visto en su vida, de granito gris que más bien parecía un sarcófago con un grifo de cobre. A un lado había unos jarrones de cerámica y unos tallos cortados que empezó a recoger y dejó en un cubo metálico con vestigios de flores marchitas.

—Vete a tirar esto, y no te entretengas —le dijo al niño que había hecho de monaguillo, y volvió a dirigirse a Paula—. En ese armario están los trastos de limpieza.

Ella seguía mirando con interés, pues aparte del pequeño aseo había un cuarto con la puerta entreabierta por el que se vislumbraba un mueble grande y sobre él un cuadro de un santo en tonos oscuros. Manuela le dijo que era donde don José María se cambiaba para las misas, que ella y otras mujeres se encargaban de las ropas sacerdotales y del cuidado de la iglesia en general.

—Si es algo de fuerza, nos ayuda Leandro que es muy apañado, y también cambia las luces cuando se funden porque este cura dice que le da vértigo subirse a la escalera. —Sonrió estirando apenas sus finos labios—. Y hablando de luces, hay un foco si lo necesitas, es el que usaba el otro pintor, está detrás de la escultura de San Blas

que hay al lado, puedes engancharlo en el andamio, así hacía él.

—Yo prefiero trabajar con luz natural, pero si lo necesito lo tendré en cuenta.

—Como quieras. Y qué duda cabe que cuando haya misa no podrás trabajar. Las fijas son los sábados a las ocho de la tarde y los domingos, a las doce. Luego entre semana puede haber misas de difuntos, los jueves por la tarde rosario, y si hay funeral puede ser tanto por la mañana como por la tarde y, desgraciadamente, de eso siempre tenemos.

El niño había regresado con el cubo y en cuanto Manuela le dio la moneda que debía estar acostumbrado a recibir, salió corriendo.

Ellos también abandonaron la sacristía y sus pisadas resonaron en el suelo de piedra haciendo eco. Manuela se quedó atrás, colocando algo que no le pareció bien en el altar y enderezando un banco torcido. Cuando volvió a reunirse con ellos, continuó dando sus instrucciones.

—La llave vendrás a buscarla a casa y me la devuelves cuando termines. —La miró con sus pequeños ojos grises rodeados de arrugas y sonrió débilmente—. No es que no me fíe de ti, pero es mi responsabilidad, hay cosas de mucho valor y no queremos que pase ninguna desgracia, ya me entendéis.

Paula lo consideró de un celo excesivo, pero aquella anciana era la encargada y había que seguir sus normas. Además, su casa, como pudo comprobar, la pillaba de camino, así que no le daría más problemas que sentirse hasta cierto punto controlada.

Paula sonrió para sí al recordar todo aquello en medio de esa noche tranquila. Se enderezó un instante y bebió un poco de vino, luego volvió a recostarse en la hamaca.

La luna se había elevado a lo más alto del cielo y se quedó como hipnotizada mirándola.

—¿Qué estás pensando? —oyó que preguntaba Roberto.

—Recordaba la visita a la iglesia —contestó—. El cura es un poco anticuado pero tu tía me ha caído muy bien.

—Me alegro de que te guste.

Ella se rio entonces, y antes de que le preguntara se lo contó.

—Me estaba imaginando lo que diría mi madre o Abigail si me vieran con gente auténtica de pueblo, sin sus preocupaciones por estar a la moda ni amigos en los Hamptons o de la buena

sociedad… Mi madre me dijo que pasaba de ser una *hippie* a convertirme en una campesina, y no sé cuál de las dos cosas le horrorizará más.

—No será para tanto.

—O más. Cuando les conté tu proyecto y que lo aceptaba, se quedaron sin habla, y eso es difícil en ellas. Seguramente porque nada les encajaba, creerían que volvería al buen camino que es el suyo después de lo de Víctor, y esto les pareció otra de mis rarezas y locuras. Me miraron con lástima y debieron pensar que estaba echada a perder sin remedio. —Y volvió a reírse con ganas—. El vino se me ha subido a la cabeza.

—Has bebido muy poco.

Fuera o no el vino, estaba contenta y animada, le gustaba la misión que emprendía y además la noche era tan hermosa… Se sentía bien, y si era producto del alcohol que actuaba en su cerebro y lo trastocaba todo volviéndolo más amable, sin tristezas ni debilidades… Porque era fuerte y audaz, y podría afrontar una nueva etapa en su vida, dejando atrás los peores recuerdos.

—Si tuviéramos música, bailaría —se le ocurrió entonces.

—También se puede bailar sin ella.

Roberto se levantó, y con una profunda reverencia le tendió la mano. Paula sonreía al incorporarse, y no dejó de hacerlo al enlazarle los brazos cuando comenzaron a bailar.

—La luna es el foco de la sala de baile y los grillos la orquesta —murmuró él, y la aproximó más hacia sí.

—¡Es verdad! —exclamó divertida.

Apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

Él le trasmitía calma, tranquilidad, sosiego… lo percibían sus sentidos, incluso podía olerlo, y se acurrucó aún más, dejándose mecer entre sus brazos. Hasta que notó que se adormilaba y volvió a abrir los ojos. Las luces que iluminaba la iglesia se habían apagado y fue como si el templo se hubiese esfumado en medio de la noche aunque, si se fijaba bien, distinguía su contorno. Entonces desvió la vista hacia él; también era como una sombra, mientras a ella le daba de plano la deslumbrante luz de la luna.

—Qué preciosa eres —oyó que le susurraba, y sintió un estremecimiento.

—Víctor me decía preciosa… fue lo último que me dijo… «mi preciosa y dulce Paula».

Una pena inmensa pareció penetrar de golpe en lo más hondo de su ser y creyó que se desvanecía, pero Roberto la sujetó con sus brazos.

—No pienses en ello —hablo a media voz—, él no está y yo…

—Calla, no digas nada —lo cortó tapándole la boca con la mano.

Roberto tomó aquella mano y la besó, luego la dejó en su pecho y besó sus labios, despacio, pero con decisión, sin que ella hiciera nada por evitarlo, dejándose llevar porque de verdad lo necesitaba. Y durante unos segundos sus bocas, sus alientos compartidos y el deseo se apoderaron de ella, hasta que se separó como impulsada por una sacudida.

—No, aún no. —Y su voz era casi un gemido.

—Te quiero desde que te conocí y lo sabes.

—Ahora no, Roberto —volvió a decir, esta vez como una súplica.

—¿Cuándo entonces?

—No lo sé… más adelante quizá… dame unas semanas, al final del verano.

—¿Me dirás que sí?

—No me preguntes más, por favor.

Y se soltó de sus brazos, encaminándose a la escalera que bajó a toda prisa. Iba a abrir la puerta de la casa, pero estaba muy oscuro, el techo del zaguán no dejaba penetrar esa luz de luna y empezó a tantear a ciegas en busca del interruptor.

—Está aquí —escuchó a su espalda a la vez que sonaba un chasquido tras el que se iluminó y pudo ver el picaporte. Lo giró y entró apresurada, cruzando el salón con los resquicios de claridad que le llegaban de fuera hasta que ella misma encendió la del pasillo que conducía a las habitaciones. Pero antes de entrar se volvió; Roberto cerraba la puerta y avanzaba despacio, con la vista en el suelo.

—Buenas noches —le dijo.

Él alzó la mirada.

—Buenas noches —repuso también.

Entró en el baño y se quedó inmóvil, apoyada contra la pared. Oía sus pasos dirigiéndose hacia la escalera donde sus pisadas al subir hicieron crujir algunos de los peldaños.

Cuando se despertó a la mañana siguiente tuvo que concentrarse para recordar dónde estaba, que esa habitación y esa casa serían su hogar durante un tiempo. Y fue al ir a la cocina cuando escuchó el sonido de un motor arrancando. Aquello la sobresaltó y corrió a la

calle, justo en el momento en que el coche empezaba a avanzar.

No lo pensó, se precipitó poniéndose delante, y Roberto tuvo que dar un frenazo para no atropellarla.

—Casi… —empezó nervioso a la vez que abría para salir del vehículo.

—¿Te ibas sin despedirte? —preguntó ella, procurando no parecer alterada.

—Te dejé una nota en la cocina, junto a…

—¿Estás enfadado conmigo por lo de anoche? —le cortó.

—No podría enfadarme contigo —contestó él.

Aquellas palabras condescendientes la irritaron y exclamó molesta:

—¡No me vengas con eso, Roberto! Lo estás; por eso te marchas como a hurtadillas.

—Es cierto, pero no me enfadé por lo que sucedió anoche, en todo caso me defraudó y sobre todo me entristeció. Sin embargo, lo he pensado y tienes razón al pedirme que espere porque necesitas curar tus heridas. Las físicas sanaron, pero aún te quedan las más dolorosas, y yo debo retirarme para que lo hagas, sin atosigarte como he hecho hasta ahora.

Llevó una mano a su pelo y tocó sus rizos por un momento. Ella habría querido decirle que, a pesar de lo que le había dicho, prefería que se quedara, pero solo hizo un gesto afirmativo.

—Vendré dentro de quince días, y si necesitas algo me llamas.

Ella volvió a afirmar con la cabeza.

—Hasta pronto, Paula.

Le dio un beso rápido en la mejilla y entró en el coche.

Ella se apartó pegándose contra la pared, sonriéndole cuando se volvió un momento a mirarla. Y allí se quedó durante unos minutos, observando la calle y la esquina por la que había desaparecido.

De vuelta a la casa vio la nota. En dos líneas escuetas leyó:

Debo irme para que encuentres tu respuesta.
La mía ya la conoces.

Capítulo 5

La puerta estaba entornada y al abrirla para pasar produjo un quejido grave y prolongado. Una voz gritó al instante un «¡ya voy!» que la hizo quedarse en la misma entrada, un zaguán que tenía al lado una escalera de piedra que no debían utilizar pues unas macetas con geranios ocupaban parte de los escalones bajos. Los azulejos del zócalo eran más sencillos que los de la casa de Roberto, y las macetas colocadas en línea sobre un suelo de losas de granito llegaban hasta el fondo, donde entre dos ventanas se ocultaba la puerta tras la cortina de varillas de plástico verde. Y mientras se fijaba en la balconada del piso superior, notó que algo le rozaba las piernas haciéndole sentir un escalofrío. Bajó la vista y se encontró con que un gato blanco y anaranjado se restregaba de nuevo e hizo un movimiento para apartarlo. No era que le desagradasen esos animales, pero sus ojos vidriosos y su mirada fija la inquietaban, y aquel no dejaba de hacerlo desde los suyos, de un verde casi transparente. Y desde luego no se parecía a los gatos esquivos que deambulaban por el terreno de la casa de Roberto, pues a pesar de su indiferencia continuaba rondándola como si fuera un perro solicitando una caricia.

La cortina se abrió y apareció Manuela; traía en la mano una llave grande de hierro pulido que debía pesar bastante; sin embargo, retrocedió de pronto como si olvidara algo. Solo asomó la cabeza a través de la cortina y gritó:

—¡Dani, voy un momento a la iglesia!

—Vale, abuela —se oyó desde el interior.

Paula salió primero y el felino fue detrás.

—¡Qué empachoso es este gato! —murmuró Manuela, y le dio con el pie para apartarle antes de cerrar.

El ritmo de sus pasos era tan rápido que casi le costaba seguirla, sobre todo porque desde el accidente no había caminado tan ligera, además llevaba la mochila cargada con pinceles, la vieja camiseta para ponerse y sobre todo los libros: uno de Rafael, otro de la pintura religiosa del Renacimiento y otro de Murillo, con las láminas que había recopilado para hacer el trabajo y su cuaderno de bocetos. También una botella de agua y una manzana.

Aceleró el paso para seguir a la anciana y no quedarse atrás, mientras ella balanceaba la gran llave, alzándola a modo de saludo cuando se cruzaba con alguien; parecía que con eso daba a entender que tenía prisa y una labor importante que no podía esperar.

Unos niños jugaban en los bancos de piedra que recorrían una parte del pórtico de la entrada y se quedaron mirándolas mientras bajaban la escalera, como hacía ella alzando la vista al imponente templo y su torre. Recordaba que Roberto le había dicho que era de estilo románico, que databa de finales del siglo XVI y que había sido ampliada en el XVIII. La planta era de cruz latina y había sufrido reformas por daños de incendios, por la Guerra Civil y por el propio paso del tiempo, como había ocurrido con el altar central de madera policromada.

Al correr la cortina que ocultaba la capilla, el potente chorro de luz que entrada por las ventanas altas iluminó el muro y no pudo evitar exclamar:

—¡Es fantástico! Me gusta la luz del día para pintar.

—¿Necesitas algo? —preguntó Manuela.

Ella echó un vistazo a la mesa improvisada con unos caballetes y apartó la sábana que la cubría. Allí tenía todo, lo había revisado cuando había estado con Roberto y, salvo los pinceles que llevaba en la mochila, no se le ocurría nada, y así se lo comunicó a ella.

—Bueno, ya sabes cómo se abre y cierra la puerta.

Paula asintió, y antes de marcharse le dijo que, al día siguiente, a las doce, había un funeral y que duraba entre la misa y el pésame, casi una hora.

—Lo tendré en cuenta.

—Pues me voy, te dejo aquí la llave. —Y la puso en un lado de la mesa mientras preguntaba—: ¿hasta qué hora piensas estar?

Paula se alzó de hombros para acabar diciendo:

—Mientras dure la buena luz.

No oyó sus pasos, solo el golpe seco de la gran puerta al cerrarla y el sonido retumbó por todo el espacio hacia la alta bóveda. Paula

se fijó en las imágenes de los cuatro evangelistas en cada extremo de la cúpula central, luego bajó la vista por la gruesa cadena que sostenía la pesada lámpara de forja, hasta el altar con las figuras de santos que se sucedían en varios niveles.

¿Cuánto hacía que no pisaba una iglesia? se preguntó. Si no tenía en cuenta las que visitaba para ver sus tesoros artísticos, unos cinco años, en la boda de una amiga, y era una de esas iglesias modernas. No tenía imágenes salvo un crucifijo sobre el altar y una Virgen, y las paredes eran de tosco ladrillo con sosas vidrieras de colores. En nada se parecía a aquella iglesia de piedra gris con techos abovedados que se elevaban enlucidos en blanco. ¡Y qué silencio! Los trinos de los pájaros y las voces de los niños que jugaban fuera apenas le llegaban sino como un rumor lejano. Comprendió entonces porque su predecesor ponía música a todo volumen, probablemente para «matar» ese silencio.

Entró en la sacristía. Sobre la mesa donde se hacían los arreglos florales dejó la mochila y se quitó la camiseta que llevaba para ponerse una de las amplias blusas que le gustaba usar para trabajar, al igual que la cinta para sujetarse el pelo y las gafas que aún se dejó de diadema. Luego sacó la botella de agua, la manzana y el resto de las cosas, entre ellas las láminas que reproducían los cuadros de Patinir que había en el Prado y en las que pensaba inspirarse para el paisaje junto al del arte del Renacimiento. Porque había decidido que debía seguir por ahí antes de meterse de lleno en las figuras.

En la improvisada mesa fue apartando todo el material: los tubos y botes con todos los verdes, el carmín, el azul de Prusia, el amarillo cadmio, los tonos tierra y el blanco. Escogió pinceles de tamaño medio y brochas más grandes, y empezó a mezclar en la paleta.

Eran las dos menos cuarto cuando dejo la llave en casa de Manuela. La mujer regaba las plantas seguida por el incansable gato al que debía apartar con el pie para que no le hiciese tropezar.

—¿Qué tal te fue? —preguntó enseguida.

—Bien, pero me he dado cuenta de que llevará más tiempo del que creía.

—Ya te dijo Roberto que no te agobiaras; si ha estado así setenta años, bien puede estarlo uno más.

—¡Oh, no creo que sea tanto como eso!

Manuela había terminado de regar y revisaba las plantas para arrancar las hojas secas o estropeadas que iba oprimiendo en la mano. Y Paula, antes de irse, le hizo una pregunta que llevaba varios días formulándose.

—¿Qué pasó con el pintor que estaba antes?

—¿Pasar? —interpeló como si no entendiera la pregunta.

—Sí, usted dijo que Roberto lo despidió…

—Pues, si lo hizo, tendría sus razones. Además, cuando estuvo tanto tiempo sin venir, creí que se iba a quedar sin acabar. Pero Roberto me tranquilizó cuando me dijo que tenía a alguien mejor para terminarlo.

—¿Y eso cuándo fue?

—Deja que piense… —Meditó unos segundos—. Hará unas tres… no, ya me acuerdo, fue la semana antes de San Juan, que vino a algo de su casa, y como tenía prisa no quiso quedarse a comer.

Paula no indagó más ni supo si la anciana se percataba del significado de su interrogatorio. Se despidió de ella hasta el día siguiente y Manuela volvió a recordarle que antes de las doce debía dejarlo.

Caminó despacio, cobijándose por la sombra de las casas de aquel sol abrasador del mediodía, pensando en que las fechas no le cuadraban. Seguía sin entender si Bruno se había ido por propia voluntad o Roberto anuló su contrato para que ella pudiera sustituirlo. Si era así, no solo sería una encerrona orquestada por él y su hermana, también un plan para tenerla cerca. Y sonrió a pesar de todo, pues «el que la sigue la consigue», como decía a veces Encarna con su refranero. O en el pequeño verso que leyó de las cartas de Van Gogh y que recordó en ese instante:

Estoy decidido a
Amarla hasta que ella
Termine por amarme.

Estaba limpiando los pinceles cuando escuchó abrirse la puerta y los primeros pasos sobre las losas. Entraba gente a pesar de que faltaban veinte minutos para el funeral, y algunos curiosos se acercaron a mirar, incluso le preguntaron por «el otro pintor». Ella no tenía interés en entablar conversación y menos aún dar explicaciones que no conocía, así que esquivó la cuestión con una sonrisa amable, corrió la cortina y se dirigió a la sacristía.

Pero allí tampoco tuvo tranquilidad, pues justo cuando salía, entraban cuatro mujeres que Manuela se encargó de presentarle.

Tres de ellas debían rondar los setenta y cinco años. Benita, la más gruesa con el pelo gris y gafas, era soltera. Hortensia y Aurelia tenían un aspecto similar, baja estatura, pelo corto y ondulado

teñido de un tono caoba; la primera era viuda y Aurelia dijo que su marido estaba muy enfermo, aunque no especificó de qué. Y, por último, la más joven, que tendría alrededor de los cincuenta; se llamaba Sofía y era hija de Hortensia. Tenía el pelo a media melena y con mechas rubias, y sin ser guapa resultaba atractiva, pues sabía arreglarse tanto en la ropa como en el maquillaje. Paula supo que había vivido varios años en Madrid, por eso no tenía el acento del pueblo tan marcado como las otras.

Las cuatro se interesaron por su trabajo, incluso estaban emocionadas pues formaban parte de una asociación llamada La Adoración, y como su nombre sugería, estaba relacionada con el pasaje bíblico que ella pintaba.

—Eras la mujer de ese cantante que se mató —saltó de pronto una de ellas, no supo si Hortensia o Aurelia.

Ella solo afirmó con la cabeza; no quiso desmentir ni explicar que no había estado casada con Víctor.

—¡Qué lástima que se te muriera tan joven! —Fueron las palabras de condolencia de la viuda.

—Ya tiene otro, y también es rico —dijo Sofía con un deje de sarcasmo en la voz.

—¿Qué está insinuando? —preguntó desconcertada.

—Lo que sabemos todas —se apresuró en responder—. Que estás aquí por ser la amiga de Roberto Alarcón, porque no tenía motivos para despedir a Bruno salvo, claro está, que tuviese a una guapa pintora de repuesto.

No solo le molestó su tono y que la tutease cuando ella no lo había hecho, sino aquella insinuación que le lanzaba sin conocerla. Buscó las palabras para responder, y fue Benita la que salió en su defensa.

—Deja en paz a la chica, ya sabemos lo que te gustaba el zarrapastroso ese. —Y miró a Paula con simpatía—. No hagas caso, la pobre se hacía ilusiones, se creía que le hacía caso, pero era por las chucherías que le traía. El hombre era de buen diente.

—Qué sabrás tú, vieja gorda —murmuró Sofía por lo bajo.

Afortunadamente, la conversación se vio interrumpida por la entrada del cura que, como un torbellino, dio los buenos días igual que si los soltara al aire, y Manuela le entregó un papel que leyó antes de cruzar la puerta del cuarto en el que se cambiaba.

—¿Se llamaba Heliodoro Aquilino? —preguntó volviéndose.

—Sí, pero en el pueblo se le conoce como Lino, así que diga eso también porque si no muchos se van a creer que es otro el que se ha muerto.

—Heliodoro Aquilino, conocido por todos como Lino. —Oyeron repetir a don José María antes de cerrar la puerta.

Paula aprovechó para despedirse a toda prisa, y con su bloc de dibujo bajo el brazo, tomó la empinada calle que subía a lo alto del cerro de la ermita. El único sitio, a parte de la iglesia, que le había enseñado Roberto ya que desde allí se dominaba una excelente vista del pueblo con la sierra de Gredos recorriendo el horizonte. Se sentó a la sombra de un árbol, sobre un muro bajo de piedra, y contempló el panorama a la vez que la brisa suave que soplaba entre las hojas le rozaba la cara.

Pensaba, como en todo el trayecto desde la iglesia, en las palabras tan desagradables que le había dicho aquella mujer y que le habían hecho confirmar lo que intuía: que Roberto había despedido a Bruno por ella. Pero debía esperar a que volviera, entonces le pediría explicaciones.

Puso el cuaderno sobre las rodillas, y con el lápiz de punta blanda empezó a trazar el paisaje que tenía delante: un árbol en primer término, los tejados de unas casas, la torre de la iglesia y la nave central con los contrafuertes…

—No estoy tan desentrenada como creía —se dijo tras examinar los primeros bocetos.

Desde su época en la Escuela de Bellas Artes no había practicado mucho el paisaje pues siempre le había atraído más la figura humana y las naturalezas muertas con su enorme variedad de texturas. Le gustaba reproducir la rugosidad de los objetos de barro, la tersura de la fruta fresca, la delicadeza de la seda o los múltiples pliegues de una tela, la transparencia y el brillo del cristal… Y sobre todo le fascinaban los ojos y la expresión de una cara, lo que captaba del interior de una persona además de sus rasgos. Sin embargo, recordaba el libro de las cartas de Van Gogh, las alusiones que hacía a la naturaleza, la importancia que tenía para él pues en el paisaje encontraba la belleza, la vida, incluso su propia alma.

Hizo dos bocetos más y decidió bajar.

Por la hora ya habría terminado la misa, pero no le merecía la pena volver, y doblaba una esquina cuando alguien se chocó con ella. Escuchó una rápida disculpa antes de darse cuenta de que se trataba de un joven vestido tan solo con un pantalón corto de color azul y con algo amarillo en la mano que corría calle abajo. Su cuerpo era fibroso y fuerte, con la piel bronceada que parecía deslumbrar bajo el sol, y se quedó absorta contemplándolo, preguntándose si por delante su aspecto no desmerecería a como era de espaldas antes de perderlo de vista.

Continuó por calles desconocidas, perdida hasta que divisó la torre del ayuntamiento; sabía que allí estaba la plaza y desde ella podía llegar sin problemas a la casa. Así que fue hacia la zona cuando se fijó en el bar, el mismo donde había estado con Roberto tomando unos pinchos y una cerveza después de la visita a la iglesia. Recordó que el dueño era un hombre mayor que se llamaba Anselmo y que con él atendía su hija que también cocinaba.

De pronto sintió sed, le apetecía algo fresco y decidió entrar.

El aire acondicionado fue una sensación agradable después del calor de la calle y, nada más acercarse a la barra, el dueño se aproximó a atenderla; se acordaba de que era amiga de Roberto Alarcón y la saludó sonriente. Ella pidió un refresco y mientras esperaba echó un vistazo rápido al local. A su lado había una pareja de mediana edad, luego dos hombres mayores, y justo al final un grupo de jóvenes hablando bastante alto. Cogió un periódico de los que estaban apilados en una balda y empezó a pasar las hojas sin demasiado interés.

Cuando Anselmo le sirvió la bebida acompañada por un platito con aceitunas, tomó un buen trago. No tenía hambre, pero sí estaba sedienta, y al dejar el vaso volvió a alzar la vista, pasándola por la clientela hasta que miró de nuevo a los chicos del otro extremo de la barra. Seguían hablando casi a voces, de futbol creyó entender, y entre ellos había uno sentado en un taburete, de perfil, con un vaso en la mano y que no parecía tan alborotador como los demás. Era moreno, con el pelo corto un poco más abundante arriba y algo de barba, y que mostró una dentadura perfecta al reírse de lo que decía uno de sus amigos. Desde entonces no pudo dejar de mirarlo con disimulo a la vez que pasaba las hojas del periódico; le parecía tan guapo y sus facciones tan correctas que le habría gustado echar mano a su bloc para dibujar su retrato. Hasta que vio que se ponía de pie apartándose un poco del resto y pudo comprobar que vestía pantalón corto azul y una camiseta amarilla. Y por el aspecto no le cupo duda; era el mismo que se había chocado con ella en la zona de la ermita.

Volvió a bajar la vista al periódico pues él la había mirado a su vez, y le incomodó pensar que se hubiese percatado de su interés. Bebió un último trago de su consumición, y después de pagar salió apresurada del bar.

Casi estaba llegando a su calle cuando alguien le dio alcance por detrás.

—Perdona un momento. —Escuchó.

Se volvió. El chico de la camiseta amarilla la miraba con sus ojos

oscuros mientras esbozaba una discreta sonrisa.

—Eres la amiga de mi tío. —Y sin esperar su confirmación continuó—: me dijo que vendrías, te llamas Paula, ¿verdad?

Ella afirmó con un gesto, fijándose en la pequeña cicatriz del pómulo derecho como única imperfección en su cara.

—Yo me llamo Daniel, bueno, todos me llaman Dani. El día que viniste no estaba, pero me lo había comentado mi tío, y al verte en el bar te he reconocido, te vi una vez con Víctor Sotero en el *Vía Láctea* y otra en el *Penta*, hará unos tres años.

—También hace poco —dijo ella y él la miró extrañado—. Cerca de la ermita, te chocaste conmigo.

—¿Eras tú? Lo siento, no me di cuenta.

Paula le tendió la mano.

—Pues encantada.

Dani se la tomó algo nervioso, pero con firmeza.

—Mi tío me habló mucho de ti y estaba deseando conocerte. —Y sonrió con timidez, bajando por un momento la cabeza—. Tengo que irme, mi abuela debe estar esperándome para comer y le gusta que sea puntual. Ya nos veremos otro día.

—Supongo que sí.

—Hasta luego entonces —y repitió—: ya nos veremos.

Todos los días seguía la misma rutina: empezaba a pintar a las nueve, con un breve descanso para comer algo, y terminaba sobre las dos. Y habían transcurrido cuatro días en los que había hecho bastante del fondo, en especial la parte de las nubes, para lo cual tuvo que subirse a lo más alto del andamio. Pero no le supuso ningún problema para su pierna; era fácil apoyarse en las barras como si fuese una escalera. Tampoco le daba miedo ni vértigo, y resultó más cómodo de lo que al principio creía.

Le quedaba poco para dar las últimas sombras en la nube donde iría el ángel, cuando sintió abrir y cerrar la puerta. Solo deseó que no fueran las cuatro «damas» de la asociación que habían estado en pleno el día anterior, y que no dejaron de prodigarle elogios; salvo Sofía, que desde la había conocido le ponía un gesto desdeñoso que le desagradaba.

Se giró mirando hacia abajo porque alguien avanzaba por el pasillo. Pero no eran ellas, sino el sobrino de Roberto, enfundado en sus pantalones cortos, deportivas y una camiseta blanca con unas

letras grises desdibujadas.

—¡La hostia! —exclamó alzando la vista hacia el mural.

Paula no pudo evitar reírse.

—A tu abuela no le gustaría que dijeras eso.

—Es cierto, y como mínimo me tiraría de las orejas, tiene mucha fuerza, aunque no lo parezca.

Ella se quitó las gafas que llevó hacia el pelo, se sentó en el borde y desde ahí se apoyó para bajar con los pinceles sujetos entre los labios.

Dani se apresuró en ir a ayudarla, pero ella rechazó su ofrecimiento.

—Bajo y subo muchas veces —le dijo una vez en el suelo, y se dirigió a la mesa para limpiar los pinceles.

—Mi abuela no iba a estar en casa y me pidió que esperase hasta que fueras a llevar la llave. Sentía curiosidad por ver como pintas y decidí pasarme, quizá te he interrumpido…

—No, ya iba a dejarlo. Si esperas un momento me cambio y te doy la llave.

—Tarda lo que necesites, no tengo prisa.

Paula entró a cambiarse en la sacristía y salió con el bolso y su cuaderno de apuntes. Dani estaba mirando e incluso tocando las pinturas y los pinceles con expresión curiosa, hasta que la vio y juntos se encaminaron por el pasillo central hacia la salida.

Antes de llegar a la puerta, Dani se detuvo frente a otra de las capillas laterales, la que tenía un Cristo yacente en un ataúd de cristal.

—Cuando era niño me daba miedo; si alguna vez me sentaba cerca no podía evitar mirar y luego tenía pesadillas.

—¿Eres del pueblo? —le preguntó.

—No, de Madrid, aunque mis antepasados sí lo son —le contó apartando la vista de aquel ataúd—. Mi padre se fue con catorce años a estudiar, pero al quedarse mis abuelos veníamos todos los veranos mi hermano Isma y también mi primo Quique. Mi abuela, como lo has podido comprobar, es muy religiosa y nos obligaba a venir a misa; yo obedecía, pero ellos al ser más mayores se escaqueaban y he tenido que esperar a los veintiséis para que me dejara por imposible.

Volvieron a reanudar sus pasos hacia la salida cuando Dani le señaló la pequeña puerta que había al fondo, bajo el coro, y que dijo conducía al campanario.

—Durante una temporada fui monaguillo, los amigos que tengo son de esa época y lo pasábamos genial haciendo gamberradas. Una

vez tocamos las campanas y hubo un revuelo enorme, la gente venía preguntando que qué pasaba, si había un incendio o si se había muerto alguien. Por supuesto don Gracián, que era el cura que había entonces, al enterarse que habíamos sido nosotros nos dio la charla y nos puso como castigo limpiar las escaleras. Eran la tira de escalones y la mayoría llenos de cagadas de paloma; tuvimos que usar cepillos y restregar con fuerza para que aquello saliera.

—Entonces les vino bien vuestra trastada.

—Eso creo yo.

Al salir a la calle, Paula tiró de la puerta, y Dani se apresuró a ayudarla.

—Cuesta un poco —observó ella—, aunque tu abuela lo hace mejor que yo.

—Es la costumbre, y como te dije, es más fuerte de lo que parece.

Caminaron juntos. Paula procuraba ir por la sombra, mientras que él no parecía importarle que le diera el sol y siguió a su lado, balanceando la llave igual que hacía su abuela, hasta que se detuvieron ante la puerta de la casa. E iba a despedirse cuando notó que se quedaba mirándola fijamente, pero antes de que empezara a incomodarla señaló:

—Tienes pintura azul en el pelo, y también blanco en la frente.

Alzó la mano como si fuera a limpiarla y ella se apartó.

—Gracias… ya lo haré yo.

Se despidió de él y continuó su camino, contenta porque el trabajo había ido bien y además le había gustado hablar con ese chico tan guapo de ¡veintiséis años! Comparado con ella era un crío, le sacaba nada menos que quince. Si algún pensamiento extraño cruzó por su mente solo tuvo que recordar que, cuando ella había empezado la carrera en la universidad, él lo hacía en párvulos.

Ese sábado no iba a trabajar en el mural y a las diez subió al estudio. Quería encontrar un lienzo apropiado y revolvió entre los que tenía apilados contra la pared, tres de formato figura y dos de paisaje, y escogió el 12 P de 61 por 46 centímetros. Habría preferido uno más grande, pero le servía para la vista de la iglesia desde la terraza que empezó a encajar, aunque comprobó que la luz que recibía apenas producía sombras, y que el momento perfecto para hacerlo sería unas horas más tarde.

El motor de un coche distrajo sus pensamientos, sobre todo porque se había parado en su misma calle. Por un instante se le ocurrió que podía ser Roberto, que al final habría cambiado de idea y se presentaba para sorprenderla. Se inclinó sobre la barandilla cuando se abría la puerta y del zaguán salió Dani con su indumentaria deportiva de pantalón corto y camiseta.

—Otra vez te pillo en las alturas —dijo haciendo visera con la mano para que no le molestara el sol que le daba de pleno.

—Hola —lo saludó ella.

—¿Te gusta navegar? —preguntó mientras ella bajaba las escaleras.

—Sí…

—¿Entonces te vienes?

—¿Pero dónde?

—Al pantano. Está a unos diez kilómetros pero, si te decides, tiene que ser ya mismo.

—No sé… en todo caso debería cambiarme.

Llevaba un vestido camisero sin mangas y sandalias.

—Vas bien así, solo te faltaría una gorra y tengo en el barco.

Un coche gris bloqueaba la entrada con el motor en marcha. Le abrió la puerta y rodeó el vehículo para entrar mientras consultaba su reloj.

Paula no le preguntó nada. Ni siquiera entendía porque se había dejado arrastrar por aquella precipitación mientras salían del pueblo y se adentraban por una carretera estrecha con innumerables curvas y cambios de rasante.

—En el embarcadero tenemos amarrado un barquito de cinco metros de eslora, con un motor fuera borda de veinte caballos; no es muy potente que digamos, pero sí lo suficiente para navegar por allí. El último día que estuve vino mi tío, no tuvimos suerte porque empezó a llover y nos volvimos antes de lo previsto.

—¿Tienes mucha relación con él? —le preguntó.

—Sí, sobre todo cuando éramos pequeños. Vive cerca de nuestra casa y mi hermano y yo íbamos montones de veces a jugar al tenis con él, y desde que estoy en el pueblo también nos vemos, incluso lo ayudé a colocar tus cosas de pintora. —Y la miró un segundo—. ¿Lo dejamos bien?

Ella afirmó con la cabeza y le preguntó acto seguido por el tiempo que llevaba en el pueblo.

—Desde el treinta de abril, aunque algunas veces voy a Madrid. Me conviene estar en el pueblo porque es un lugar tranquilo, sin distracciones, así puedo estudiar mejor las dos asignaturas que me

quedan para acabar la carrera.

—¿Qué carrera?

—Derecho. Voy algo retrasado porque el primer año no di palo y solo aprobé una —sonrió sin complejos—. Fue cuando me apunté a Greenpeace y me dediqué a buscar injusticias por el mundo como dice mi padre. Pero la carrera me aburría y si no la abandoné en ese momento fue porque habría sido una tragedia en mi familia. Así que al final llegamos a un consenso, seguiría con los estudios después de un año sabático en el que viajé; estuve en Canadá, Noruega y Australia. También me metí en algunos líos, pero fue la mejor experiencia de mi vida. Luego, cuando volví seguí con la carrera, aunque se me atragantó el derecho financiero y tributario que estudio ahora.

—¿Lo llevas bien?

—Creo que sí, al menos me lo sé de memoria, las preparé en una academia y ahora sigo por mi cuenta. Ha sido un año entero con ese rollo y es cuestión de chapar hasta el dos de septiembre que es el gran día.

—Espero que tengas suerte.

—¡Más me vale! Porque si cateo volveré a ser la decepción. Otro año perdido en el que mi padre dirá que a mi edad él llevaba dos años trabajando y mi hermano había sacado la oposición más difícil. Y para mí lo peor es no poder empezar el máster que quiero hacer sobre derecho internacional en París.

—¿Por qué en París?

—Tengo familia; mi tía se casó con un parisino y mi madre vive allí ahora; podré trabajar mientras desempolvo el francés, y como sé inglés, malo será que no encuentre algo, aunque sea de camarero.

Paula lo miró extrañada y él se sonrió.

—Soy la oveja negra de la familia. Mi hermano Isma fue el primero de su promoción, sacó el número uno en las oposiciones y ahora es juez.

—O sea que vas un poco tras los pasos de tu hermano.

—¡Qué más quisiera yo! No soy tan listo como él, más bien voy a remolque.

El paisaje mezclaba campos verdes y amarillentos, con encinas y olivos en una sucesión de cerros y colinas a uno y otro lado de la carretera. Hasta que llegaron a un alto.

—Ya se ve el pantano —le comunicó Dani.

Paula vio en el horizonte una franja azul, de un brillo resplandeciente que se extendía por delante de las montañas color violeta. Pero enseguida perdieron de vista el agua tras la sucesión

de curvas pronunciadas que acabaron en un llano. Seguían los árboles a ambos lados, tierras en barbecho o cultivadas, con la carretera en un trazado más recto. Entonces volvieron a divisar el pantano; era lo más parecido a la superficie de un gran lago quieto y azul.

Pero antes atravesaron un pueblo y pasaron junto a una pequeña iglesia y una casa abandonada en cuya pared había unas pintadas en las que Paula leyó: «Fuera la especulación. Vuelven los caciques del pantano». Cuando salieron del casco urbano y cruzaron un puente, volvió a ver las mismas palabras dibujadas en el asfalto. Después torcieron a la derecha y continuaron por otra carretera corta y recta que terminaba en una valla con una caseta al lado. Dani detuvo el coche y saludó al vigilante.

—¿A dar una vuelta con la novia? —preguntó el hombre.

—Sí, hace un día estupendo —contestó él.

La valla se alzó y al arrancar se volvió un instante.

—Perdona por no desmentirlo; no tenía ganas de dar explicaciones.

A pocos metros tomó un camino que los llevó a una explanada justo antes del embarcadero. Había dos coches aparcados, y Paula se fijó en las barcas que se disponían a lo largo del pantalán: no eran muchas y todas de un tamaño similar.

El barco al que se acercó Dani tenía escrito en el casco «Río 500» y era de color blanco con una franja roja. Él subió primero y le dijo que esperase, que iba a preparar no entendió qué y, mientras lo hacía, se quedó mirando a una embarcación que se deslizaba por el pantano levantando una larga estela tras de sí.

—Puedes subir.

Dani le tendía la mano y ella se dejó ayudar. Aunque la barca apenas se movía, su vestido resultaba demasiado estrecho para saltar con seguridad y se desabrochó un par de botones. Una vez a bordo, él abrió la tapa del asiento de popa y le dio una gorra con el logotipo de Greenpeace.

—También hay chalecos salvavidas, pero no creo que los necesitemos.

Ella lo había visto mirar el reloj de pulsera varias veces desde que habían salido del pueblo, y volvía a hacerlo antes de acomodarse delante, en el asiento del piloto, y arrancar el motor fuera borda. Sacó la lancha de la zona del embarcadero, maniobrando despacio para no chocar con la que tenía al lado, pero en el momento que dejó atrás el pantalán aceleró tanto que tuvo que agarrarse con las dos manos al asiento después de quitarse la

gorra para que no saliera volando.

—¿Qué tal? —chilló él girándose.

El ruido del motor era ensordecedor, la lancha planeaba sobre las aguas y el viento le daba en la cara haciendo que su pelo rizado volara completamente descontrolado. Pero Dani volvió la vista al frente y siguió al mismo ritmo. Ella no se atrevió a protestar, aunque por su mente pasó la idea de que quizá fuera uno de esos jóvenes amantes de la velocidad y el peligro. Y cuando empezaba a temer que podía acabar estrellándose contra la orilla, aminoró la marcha hasta que acabó parando del todo en medio del pantano.

Su pelo volvió a su sitio y al apartar los mechones de la cara vio una piragua que se acercaba; en ella iban un hombre y una mujer, remando.

Era evidente que se conocían y que además estaban citados allí mismo, pues Dani se disculpó por haber llegado tarde.

—Sigo sin encontrar nada —les dijo.

—Sin eso va a ser difícil seguir —habló el de la piragua.

—Lo imagino; de todas formas, hasta el uno de octubre no puede hacer nada, tenemos tiempo para buscar algo. —Y sacó un papel doblado del bolsillo del pantalón que le tendió inclinándose por encima de la borda—. Son los artículos que te comenté y la jurisprudencia relacionada con casos parecidos; me los dio un profesor de la facultad que entiende de estos temas, si no encontramos otra cosa a lo mejor puede servir.

—Gracias de todos modos —dijo la mujer.

—A propósito, ¿sabes si va a venir? —preguntó el hombre.

—Creo que sí, ya os avisaré.

Y se despidió de ellos.

La pareja siguió remando, separándose del barco, y Dani volvió a poner en marcha el motor.

—Ya no voy a correr tanto —dijo mirándola con una sonrisa, y señaló con el brazo extendido—. Subiremos río arriba, hay un viejo molino.

Paula no se atrevió a preguntar sobre lo que acababa de suceder. Él conducía la embarcación más despacio, por lo que pudo fijarse en el paisaje de las orillas que confluían hacia la desembocadura, donde le llamó la atención una piedra puntiaguda que emergía del agua.

—Era el remate de la torre de una iglesia —le explicó él—. Debajo de nosotros están las ruinas de un pueblo que fue anegado a principios de los sesenta para hacer el pantano. El guarda de la entrada me ha dicho que van a poner una carga de dinamita, no

quieren que haya problemas con ninguna embarcación.

Y continuaron hasta meterse en el curso del río, encajonado entre montes saturados de vegetación y rocas de granito.

—Te estarás preguntando por lo que ha pasado antes. —Lo oyó decir sin apartar la vista del frente.

—La verdad es que sí.

—No puedo hablar de ello por ahora; te lo diré en su momento.

—¿Y no conoces a ninguna más joven para hacerla pasar por tu novia? —le preguntó divertida.

Él se rio también.

—Más joven sí, pero no más guapa.

—Gracias por el cumplido —repuso turbada.

—No es un cumplido; es la constatación de un hecho *enimvero.* —Y se giró un instante—. Es un latinajo, significa verdadero.

—¿Necesitas un cómplice? —volvió a preguntar.

—Más o menos.

—Espero entonces que sea por una buena causa.

—Lo es, te lo aseguro.

Llegaron al molino, una construcción de piedra bastante deteriorada en el margen izquierdo, con una línea de rocas donde el agua chocaba formando una espuma revuelta que les cortaba el paso.

—No podemos seguir, el nivel está bajo. En invierno es todo lo contrario, el molino se cubre casi por completo y se puede navegar varios kilómetros río arriba.

Maniobró para dar la vuelta, pero en lugar de continuar, paró el motor y se levantó del asiento para mirar al monte; por encima de sus cabezas volaban alto unos buitres.

—Anidan en los riscos que dan al río —le dijo—. He llegado a contar hasta treinta sobrevolando el pantano. Luego, al atardecer, se pueden ver gamos y jabalíes que bajan a beber; antes había gente que venía en barco a cazarlos con sus escopetas de mira telescópica… unos auténticos asesinos, aparte de que es ilegal. Afortunadamente, ahora hay más control y la guardia civil está al tanto.

—Veo que te preocupan los temas ecológicos.

—Me gustaría dedicarme a la defensa del medio ambiente, y espero hacerlo, aunque sea de forma altruista.

—¿No quieres ser juez como tu hermano?

—¡Ni en sueños! Además, no podría; él es un fenómeno, uno de los jueces más jóvenes de España. Su meta es el Supremo y lo conseguirá.

—¿Tenéis buena relación?

Él se alzó de hombros.

—Pasa bastante de mí, pero es lógico, está casado y tiene un niño, además me saca cinco años y no nos interesan las mismas cosas. Ahora me está echando una mano con el derecho financiero y me corrigió un trabajo que tengo que presentar. Es buena persona y honrado, cosa importante en su profesión; sin embargo, mi padre…

No continuó y Paula se quedó expectante hasta que dijo:

—No sé si mi tío te habrá contado algo sobre mi padre.

Ella negó con la cabeza, aunque recordaba perfectamente que Roberto había llamado a su primo «cabronazo», y eso no iba a decírselo a él.

—Es abogado y también se dedica a otros negocios de tipo especulativo.

—Y tú eres el hijo rebelde —se le escapó a ella.

Dani soltó una carcajada.

—No tanto como quisiera —dijo al rato.

Paula volvió a mirar el paisaje, hasta que al llevar la vista a él se dio cuenta de que se fijaba en sus piernas; tenía desabrochados los últimos botones y al cruzarlas se le veía la cicatriz que empezaba en el muslo y subía hacia la cadera.

—¿Te lo hiciste en el accidente? —preguntó.

Ella descruzó rápido las piernas y las movió a un lado.

—Sí —contestó tan solo.

—Me gusta su música, y lo hacía muy bien en directo. Lo vi actuar en el Pentagrama.

Ella no quería hablar de Víctor, y como la sombra que les proporcionaba el monte se había desplazado y les daba el sol, se quejó de no haber llevado sus gafas oscuras.

—Tengo unas aquí —dijo Dani.

Se agachó para abrir una portezuela bajo los mandos y el volante. Sacó varias cosas, entre ellas la caja del botiquín, una toalla y una botella de agua de dos litros.

—Suelo traer una bolsa térmica con hielo para tener la bebida fresca, pero no pensé que fuera a alargar el paseo. —Había localizado las gafas guardadas en su funda y se las pasó, luego miró su reloj—. Es la una y veinte; si nos vamos ya, en una media hora estaríamos en el pueblo, aunque podríamos quedarnos, hay un bar donde se come bastante bien… ¿Te apetece que vayamos?

Paula no lo pensó, tenía hambre y sobre todo sed, así que aceptó, incluso se le ocurrió exclamar:

—¡Soy tu novia, qué menos que invitarme a comer!

Durante la comida Dani habló sobre ecología, de lo que había hecho en su año de actividad en Greenpeace, del miedo que había pasado cuando persiguieron a un ballenero japonés, y que de aquella aventura tenía la cicatriz en la mejilla. Entonces ella le preguntó el motivo por el que se había metido en la asociación.

—Por culpa de una canadiense muy guapa que fue a reclutar adeptos a la facultad. Luego me di cuenta de que me interesaba, que era un medio de lucha contra los abusos y la injusticia.

Y entre sus objetivos encontró uno muy cercano, concretamente la problemática de los habitantes del pueblo que se había inundado para hacer el pantano, cómo habían tenido que buscarse la vida, pues apenas les dieron indemnización.

—Los molinos del río y una fábrica de luz dejaron de funcionar —siguió contándole—, y con ellos se quedó mucha gente sin trabajo, incluyendo los negocios subsidiarios de todos los pueblos de la rivera. Las tierras que se anegaron eran las más fértiles para el cultivo de la zona, tenían mucha producción y, por todo eso, la población bajó drásticamente, hasta un tercio o más en algunos sitios… A parte de eso, también había restos arqueológicos de una ciudad romana, y fue una vergüenza, se hizo el paripé sacando un par de cosas, pero la mayoría quedaron en el fondo como los recuerdos de cientos de personas que tuvieron que abandonarla.

—¿Y no se pudo hacer nada para impedirlo, o al menos ser más justos?

—Eran los tiempos del franquismo —dijo él—; los políticos hacían lo que les daba la gana y nadie defendía los derechos de los pobres; no es que ahora no pase, pero no es tan descarado y a veces se puede hacer algo.

Le contó que la mayoría había tenido que emigrar a otros pueblos o ciudades, incluso al extranjero, Alemania y Francia principalmente.

—Por desgracia ya nadie se acuerda —acabó diciendo.

Paula, por su parte, le habló de su hermana que también era abogada.

—¿Y con mi tío? —preguntó él.

No sabía bien qué quería averiguar, y contestó lo menos comprometido.

—Somos amigos desde hace años.

—No me lo ha dicho con claridad, pero hay que estar ciego para no darse cuenta de que le gustas mucho, cosa que no me extraña.

Paula sonrió levemente, sin saber qué decir hasta que le preguntó:

—¿Tienes novia?

—¡Claro, tú! ¿O no te acuerdas?

—No, en serio ¿Tienes novia… de verdad?

Él negó con la cabeza antes de añadir:

—Tuve rollitos, y con la que me habría gustado algo más serio, la canadiense que te comenté, no me hizo caso. De todas formas, es difícil congeniar con alguien hasta el punto de querer compartir tu vida para siempre.

—¿No crees en las relaciones duraderas?

—Sinceramente, no. —Acababan de pedir café y tomó un poco antes de seguir—. Como ejemplo están mis padres: después de veinticuatro años de matrimonio, todo se fue a pique.

—¿Tus padres están divorciados?

—Sí, y mi madre lo pasó fatal, estuvo en tratamiento psiquiátrico más de dos años por culpa de ese… —Se mordió los labios para no decir algo seguramente desagradable—. Dejémoslo y hablemos de otra cosa.

—Como por ejemplo…

Meditó unos segundos antes de preguntar:

—¿Por qué te hiciste pintora?

Paula sonrió. Era lógico que alguien que tuviese los pies tan anclados en la tierra como él no comprendiese la necesidad de expresar el mundo de una forma distinta a vivirlo. No lo habría preguntado Roberto, que consideraba el arte un disfrute, y menos aún Víctor, que llevaba el arte de su música tan dentro de sí como la sangre que corría por sus venas.

—Desde que pude sostener un lápiz no hacía otra cosa que emborronar hojas haciendo garabatos, y me encantaba colorear, podía pasarme horas y no me salía ni un milímetro de la línea.

—A mí me aburría, y para acabar cuanto antes rallaba con un color y desde luego sin fijarme; prefería salir a la calle y jugar con mis amigos.

—Pues yo no, y me fastidiaba perder el tiempo en el colegio cuando podía estar con mis dibujos, aprendiendo a usar todas las técnicas que existían. Les dedicaba casi todo el tiempo libre que tenía, hasta que al acabar el instituto me matriculé en Bellas Artes.

—Conocí a uno que la empezó, pero la dejó a los dos años. Decía que después del aprendizaje del uso de las herramientas no había más que enseñar en el arte, que el que tiene talento corre el riesgo de perderlo o contaminarlo.

Dani había planteado un tema controvertido del que hablaba muchas veces con otros compañeros de profesión.

—Es muy posible —empezó—. Yo no me considero ningún genio, más bien soy como un artesano que conoce su oficio, por eso aprendí mucho en la facultad. Pero también había gente muy buena que acabó sucumbiendo a las corrientes de moda y perdieron su esencia. Aunque, como dice Roberto, el arte también es negocio.

Continuaron hablando hasta que Paula se fijó en el dueño del bar que ya había recogido las mesas de los últimos clientes. Solo quedaban ellos y se apresuraron en pagar para regresar al pueblo.

Eran más de las seis cuando Dani metía el coche por la parte del garaje y lo aparcaba, pero al bajar se dio cuenta de que podía haberla dejado a ella en la entrada principal.

—No importa, y gracias por el paseo y la comida.

—¿Te apuntas si voy otro día?

—Si me necesitas de tapadera…

—Por eso y por la compañía —repuso antes de salir.

Paula volvía hacia la casa cuando oyó un ruido detrás una de las antiguas cuadras. Pensó que sería alguno de los gatos o las crías que aún no había llegado a ver, pero escuchó un carraspeó y se acercó. Matías picaba con la azada en su pequeño huerto y lo saludó.

—¿Quiere unos tomates?

No esperó respuesta, cogió unos pocos de una banasta y se los dio. Ella olió el fruto, y con ellos entre los brazos, se despidió agradecida, paseando tranquilamente en medio de la sombra que proyectaba la arboleda.

Aunque era domingo se levantó temprano para trabajar en el óleo. Pretendía acabar el cuadro esa semana, e hizo algunos detalles a pesar de que no era la luz que quería captar, concretamente dar color en algunas fachadas. Hasta que a las doce empezó a molestarle el calor y continuó en el estudio.

Cuando hora y media después dejó el trabajo y entraba en la cocina, sintió que alguien manipulaba la puerta de la calle. Se trataba de Dani, que vestía igual que la primera vez que lo había visto, con aquella camiseta amarilla humedecida por el sudor, por lo que imaginó que vendría de correr.

—Me manda mi abuela para que te invite a comer; ha hecho migas.

—¿Migas?

—¿No sabes lo que son las migas? —se sorprendió él.

—No.

—Pues están buenísimas, se hacen con el pan que va sobrando y se ha puesto duro, luego se trocea y… no sé qué más, el caso es que están de muerte, a mí me encantan y a mi abuela le salen genial.

—Si están tan buenas como dices, no me queda más remedio que aceptar. ¿Y a qué hora?

—A las tres. Los domingos consigo que mi abuela retrase la comida, a los dos nos interesa: a ella por la misa y a mi porque me voy a tomar algo con mis amigos.

—Allí estaré entonces.

Ayudó a Manuela a poner la mesa en el comedor mientras Dani seguía sin aparecer.

—Qué raro, suele ser puntual —comentó la anciana.

Miraba el antiguo reloj de pared que estaba junto a la vitrina donde se exhibían copas, vajilla, un juego de café y platos de cerámica, con algunas figuritas de Vírgenes y postales de santos, todo ello intercalado entre retratos familiares. También tenía colgadas de las paredes fotografías enmarcadas, y Paula distinguió las de dos parejas de novios, a niños vestidos de primera comunión y a bebés.

—Tengo dos biznietos —dijo Manuela orgullosa—. El más pequeño es el hijo del hermano de Dani, el mes que viene cumple el año.

Y empezaba a decirle los nombres y edades de cada uno de ellos, cuando se oyó la puerta de la calle con aquel largo quejido. Al momento apareció Dani, saludó sonriente y se acercó a su abuela para darle un beso en la mejilla.

—Perdona, abuela, me entretuve por culpa de César. Se ha comprado un coche y nos llevó a dar una vuelta para probarlo.

—No te apures, hijo, las migas no se pasan como el arroz.

La comida le gustó mucho a Paula, y en cuanto terminaron le preguntó a Manuela por aquel plato típico de la zona.

—Viene de antiguo, cuando la gente sabía aprovechar las cosas, no como ahora que hay tanto despilfarro y todo es tirar. —Se

dirigió entonces a su nieto—. Tu padre llamó esta mañana, justo cuando me iba a misa. Sabe de sobra a la hora que es y siempre me hace lo mismo, para no entretenerse en hablar conmigo porque está demasiado ocupado con sus cosas.

—¿Va a venir? —se apresuró en preguntar él.

—El domingo.

—¿Y dijo a qué venía?

—A unos asuntos de sus tierras, y que se pasaría por aquí para comer con nosotros. Por eso se me ha ocurrido que, como viene también Roberto, podríamos comer todos —y miró a Paula—. Tú también, así evitaremos que se pongan a discutir.

—Abuela, no vamos a discutir, a no ser que quiera hacerlo él.

En ese instante, cuando ya habían terminado y se disponían a recoger la mesa, sonó el teléfono y Dani salió al pasillo, donde estaba el aparato.

—Por la hora debe ser su madre, llama casi todos los domingos.

Paula oyó como se cerraba una puerta y el timbre del teléfono dejó de sonar.

—Lástima que se separaran —empezó Manuela hablando en voz baja—. A Dani le afectó mucho, pero mi hijo… Desde crío tuvo ese temperamento, nadie le tosía, ni siquiera su hermano y eso que es veinte meses mayor. Y la pobre Olga es tan delicada… Ahora está con su hermana que vive en Francia, después de lo que pasó bien merece un descanso la pobrecilla. —Y suspiró, refiriendo aquello como si Paula estuviese al corriente de las vicisitudes de su vida familiar—. Por eso Dani está a gusto en el pueblo; con su padre no puede aguantar mucho, se llevan como el perro y el gato desde el divorcio —suspiró de nuevo—. Dios bendito, lo que me costó acostumbrarme a esa palabra. Cuando era joven estaba prohibido mentarla porque nos decían que era pecado, y ahora mi propio hijo… Son los tiempos que corren, hay que apechugar con ello y resignarse.

Entre las dos habían llevado todo a la cocina y Paula insistió en que ella fregaba los platos.

—Dani lo hace, friega y recoge la mesa mientras yo me echo la siesta. También tiende la ropa muchas veces y me va a buscar las bolsas de la compra a la tienda para que no cargue con peso. Se levanta todos los días a las siete para estudiar hasta las doce que se va a correr con toda la calor… Le he dicho mil veces que le va a dar una insolación, pero no me hace caso. Luego, por la tarde, vuelve a los libros, aunque algunas veces va al pantano. —Manuela hizo una pausa antes de decir—: de mis nietos es el único que venía a verme

o me llamaba sin ser mi cumpleaños, y ahora que está aquí me hace mucha compañía.

—¿Estabas hablando de mí a mis espaldas? —irrumpió él, entrando en la cocina.

—Le decía a Paula que a ver si te convencía para que te afeitases esa barba —Y la miró guiñándole un ojo.

—Sigue intentándolo, abuela, a lo mejor un día lo consigues —dijo él, haciéndole una carantoña que la hizo reír.

—¿Qué tal está tu madre? —le preguntó ella.

—Bien, me dio recuerdos para ti, y me ha dicho que vendrá unos días para el cumpleaños del niño de Isma.

—Entonces irás a verla.

—Claro, y además soy el padrino de Raúl.

Se fijó en Paula que seguía con la tarea de fregar los platos.

—Deja, en la casa me ocupo yo de fregar y tú eres una invitada.

—Ya estoy terminando.

Aun así, se puso a ayudarla y Manuela se retiró a echarse la siesta.

—¿Te gustaron las migas? —preguntó mientras secaba los platos y los guardaba en la alacena.

—Me han encantado, y me ha sorprendido lo bien que van acompañadas con melón, aunque no es un plato del que se pueda abusar.

—Son contundentes, ideales para acumular energía e irse a segar o cavar zanjas.

Paula rio. Habían terminado de recoger y Dani puso la cafetera.

—Mañana sobre las cuatro voy al pantano.

—¿Quieres que vaya contigo?

Él afirmó con la cabeza.

—Y de tus amigos, ¿no podría acompañarte alguno?

—Todos trabajan, y prefiero no meterlos en…

Se interrumpió de pronto y ella no pudo evitar una carcajada.

—Está bien, si me necesitas para ese misterioso asunto que te traes entre manos y del que no sé si acabaré en Chirona por cómplice…

Dani rio también, y ella se quedó mirándolo mientras apartaba la cafetera del fuego y le preguntaba si lo quería solo o con leche.

Esa noche se acostó más tarde de lo que pensaba, pues estuvo

hablando por teléfono con su madre y con Abigail. Las dos le confirmaron lo mismo, que iban a pasar el resto del verano en Marbella, en casa de Carlota y Marc. No era ninguna novedad, ya que lo venían haciendo desde hacía años y ese, además, contaba con el aliciente de que también iría Howard, el admirador de Abigail, que había alquilado un chalé por la zona. Al final se despidieron compungidas y apenadas por ella, esperando que no se estuviera aburriendo mucho en ese «pueblecito», y que acabase pronto «lo que estuviese haciendo», a ser posible cuando ellas volvieran, y que tenían «planes». No le dijeron cuáles ni ella quería saberlos y, como de costumbre, no se interesaron por lo que hacía y menos aún se les pasó por la cabeza ir a verlo.

La última llamada fue de Graciela.

—He estado muy liada en el despacho, por eso no pude llamarte antes —empezó—. Como se acercan las vacaciones parece que nos hemos vuelto histéricos de repente y hay que dejarlo todo listo antes de irnos. Y tú, ¿cómo te encuentras? ¿Te va bien? ¿Te gusta el trabajo?

Le formuló todas las preguntas a la vez y Paula respondió risueña:

—Bien, bien y sí.

—Vi a Roberto antes de que saliese de viaje, lo noté raro y creo...

—¿Qué crees? —se apresuró en preguntar.

—Pues que tiene que ver contigo, Paula, y si sigues pasando de él lo vas a perder.

—No es justo lo que me dices.

—¿No? —Y le oyó soltar una especie de bufido antes de decir—: conozco a dos que andan detrás de él y no disimulan, sin contar que Natalia sigue ahí…

—¿Tengo que echarme en sus brazos para que no me lo quiten? —la cortó casi enfadada.

—No seas sarcástica, no te estoy diciendo eso, solo que podrías ser más receptiva.

—No sabes si soy o no receptiva —replicó al recordar la última noche, cuando se besaron—. Y no es por nada, Graciela, pero no quiero que me estés diciendo todo el rato lo mismo de Roberto.

—Es que estáis hechos el uno para el otro y no te das cuenta; te quiere y vas a echarlo a perder.

—Me atosigas más que él.

Su hermana se calló por un momento.

—Tienes razón, perdona que sea tan entrometida.

—¿Hablamos de otro tema? —propuso en un tono más jovial—, ¿como por ejemplo lo de traer aquí mis cosas del estudio sin consultarme?

Graciela se carcajeó.

—Me habría gustado ver tu cara cuando te encontraste con ese panorama.

—Pues te habría sorprendido porque lo primero que pensé fue en estrangularte, y lo habría hecho si hubieses estado aquí.

Su hermana volvió a reírse igual que ella, para terminar hablando de sus hijos; habían aprobado sus respectivos cursos, y en cuanto a ellos, tenían las vacaciones en agosto.

—No nos ponemos de acuerdo, Salva quiere los Fiordos y yo un sitio de playa, me da igual la que sea con tal de poder tumbarme al sol como una lagartija, que estoy blanca como la leche.

—¿No decías que habías empezado a tener sofocos y te molestaba mucho el calor?

—Sí, por culpa de la menopausia, pero supongo que habrá algún sitio que no sea un horno; creo que en las islas Canarias el clima es bastante suave. —Y acto seguido le preguntó—: ¿tú vas a seguir ahí todo el verano?

—Al menos hasta que acabe el mural, y tengo para el verano entero si todo va bien. De todas formas, acuérdate, ya descansé demasiado; desde febrero concretamente.

Se iba a despedir cuando su hermana volvió a preguntarle con tono preocupado:

—¿De veras estás bien ahí? —E insistió—. ¿No te sientes sola?

—En absoluto, no me importa la soledad, incluso me viene bien para el trabajo. Además, no estoy sola, me relaciono con la tía de Roberto que es muy amable conmigo; hoy me invitó a su casa a comer una especialidad típica de la zona.

Le contó en qué consistían las migas, e iba a hablarle también de Dani y la navegación por el pantano, pero en última instancia se calló; no sabía muy bien qué decir y prefirió no nombrarlo.

Capítulo 6

Devolvió la llave a Manuela y se apresuró en la comida, por lo que a las tres y media ya había

terminado y se vistió con unos pantalones cortos y una blusa con algo de manga. También fue precavida y se puso crema protectora, pues en la excursión anterior había estado a punto de quemarse la piel de los hombros y del escote. Y mientras aguardaba, se recostó en el sofá con la televisión encendida.

Casi se dormía, cuando de la calle le llegó el pitido de un claxon. Fuera esperaba Dani, con la puerta del coche abierta para que subiera, y enseguida se pusieron en camino. Paula, al ver que conducía deprisa, preguntó:

—¿Vamos tarde?

—No lo sé aún —contestó misterioso, y ella no volvió a decir más.

El de la piragua estaba en el pantano, esa vez solo, empujando la embarcación por la arena. Cuando oyó el motor del barco acercándose, se adentró en el agua hasta las rodillas y Dani, a grito pelado, le dio un mensaje escueto.

—¡El domingo por la mañana!

El de la piragua alzó el brazo en señal de conformidad, y Dani puso rumbo al otro lado del pantano.

—Hablabas de tu padre —le dijo Paula—. Algo de ese misterio tiene que ver con él.

Dani se giró.

—No te preocupes, no he contratado a ningún sicario para liquidarlo. —Y sonrió apenas, volviendo de nuevo la vista al frente.

Ella no sabía qué pensar mientras surcaban las aguas tranquilas sin que se viese a nadie, salvo al de la piragua que debió subirla al remolque y empezaba a alejarse con el coche.

Cuando Paula creía que iban a la desembocadura para meterse por el cauce del río como la vez anterior, paró en el margen derecho, bastante cerca de la orilla, y echó el ancla. Empezó entonces a quitarse las zapatillas con los calcetines y por último la camiseta, quedándose con el pantalón corto que también hacía las veces de bañador. Ella observó su torso moreno casi tan fijamente como si estuviera estudiando sus proporciones para plasmarlo en el papel, igual que había hecho en la Escuela de Bellas Artes con las esculturas de escayola o los modelos del natural.

—Voy a nadar, ¿te animas?

Su pregunta la desconcertó durante un instante y respondió:

—No tengo bañador.

Él se llevó la mano a la cabeza.

—¡Qué despiste, debí avisarte!

—No te preocupes, báñate tú.

—¿No te importa?

—En absoluto.

Y no le comentó que, aunque le hubiese avisado, habría dado igual; no metió bañador en su equipaje, pues no pensaba usarlo por culpa de la cicatriz.

—¿De verdad que no te importa que te deje sola? —volvió a preguntar.

—Estaré bien, tomaré un poco el sol y… ¿tienes radio?

En la zona de los mandos se puso de inmediato a sintonizar una emisora de música.

—¿Te vale esta?

—Sí, gracias.

Acto seguido, se subió en la proa del barco y, con los brazos extendidos, se lanzó al agua. Unas gotas le salpicaron y Paula se quedó mirando como braceaba deprisa, alejándose cada vez más. En ese momento sonaba *Here comes the sun* de los Beatles, a la vez que el guapo nadador era un punto en la lejanía.

Paula se ajustó la gorra con la visera hacia los ojos después de sacar uno de los chalecos salvavidas para usarlo de almohada, y se recostó en el asiento. El sol le daba de pleno y procuró que no lo hiciese en la cicatriz, aunque sí se desabrochó la blusa para recibirlo en el pecho. Cerró los ojos y se concentró en la música, un popurrí de temas que iban de los años setenta a los ochenta y noventa.

No supo cuánto tiempo había trascurrido, incluso se adormilaba

mecida por el suave balanceo del barco, cuando sintió que se movía más. Era Dani que subía y a toda prisa volvió a abotonarse la blusa.

—El agua estaba estupenda —dijo con el aliento aún jadeante—. Es una pena que no quieras bañarte… aunque para eso no hace falta bañador, yo no miro.

Ella sonrió al comentar:

—Parece un poco turbia.

—Sí, pero está bien y yo la prefiero a las piscinas con el cloro.

—Entonces, cuando vienes a navegar también nadas.

—Depende del tiempo.

Paula veía como las gotas de agua resbalaban por su cuerpo, dejando que el sol lo secara, aunque se preguntó si en realidad lo hacía por eso o porque se percataba de su atractivo y le gustaba llamar su atención. Y cuanto más concentrada estaba en ese dilema, una música conocida sonó en la radio y no pudo evitar que la tristeza le cayera encima como una losa. Ya no veía la belleza del joven que tenía delante, solo sentía la voz de Víctor, tantas veces escuchada, con tantas lágrimas derramadas.

—Recuerdo el día que compuso esa canción —murmuró en cuando finalizó.

Dani estaba sentado en el borde mismo del asiento del piloto, con la toalla que acababa de sacar del compartimento en los hombros, atento a sus palabras.

—Habíamos estado en una actuación de Los Secretos, y como no llevábamos coche regresamos en metro. Justo cuando se iban a cerrar las puertas unos chicos lograron entrar por poco, pero al ponerse el tren en marcha uno de ellos gritó: «¡Mi zapato!». Se le había caído y había quedado atrás, en el andén. Tuvo que bajarse en la próxima parada para ir a recuperarlo; lo vimos por la ventanilla con uno de los amigos que lo acompañaba, andando a pata coja, mientras que los que se habían quedado no pararon de reír en todo el trayecto.

Hizo una pausa. Veía en su mente toda la escena como si hubiese ocurrido el día anterior, aquella hermosa noche de verano en el auditorio del Parque de Atracciones, la música, la gente, el ambiente inmejorable, la sensación de encontrarse a gusto y feliz…

—Fue de ahí de donde salió la canción *En el andén* —continuó—. Al llegar a casa, Víctor cogió la guitarra y enseguida empezó a tocar y tararear el ritmo que ya venía sonando en su cabeza. Cuando la inspiración le llegaba, se subía a ese limbo de artista creador y el resto del mundo desaparecía por completo.

Sin querer tarareaba la música que acababa de escuchar, una

música que le recordaba sus mejores momentos.

—Tiene un ritmo diferente al de otras canciones suyas —opinó Dani—. Suena un poco a rumba, sobre todo en el estribillo.

—Es cierto, decía que asoció el zapato al baile y de ahí…

Volvió a quedarse callada, contemplando la extensión de aquel lago con ellos y el sonido de la radio. De nuevo eran los Beatles, esta vez la voz de George Harrison y la balada *Something*. Alzó la vista y se fijó en dos buitres volando, alcanzando altura para dispersarse por el cielo en busca de alimento, y al bajar la mirada se topó con los ojos oscuros de Dani. No supo si era culpa de aquella música, pero apartó los suyos enseguida; le había recorrido una sensación muy parecida a la que experimento años atrás, cuando había visto a Víctor por primera vez.

—¿Nos vamos? —le propuso.

—Como quieras.

Se calzó las zapatillas y se levantó para vestirse la camiseta. Recogió el ancla y puso el motor en marcha.

Fue al subir al coche para regresar al pueblo cuando Paula no pudo evitarlo por más tiempo y le preguntó:

—¿Me vas a decir lo que pasa? ¿Quién es el de la piragua y qué tiene que ver tu padre en todo eso?

Dani no contestó; condujo en silencio hasta que salió de la carretera y tomó un camino arenoso lleno de piedras y socavones por los que el coche circulaba despacio, dando tumbos. A un lado había una plantación de altos eucaliptus que balanceaban sus largas ramas, y al ir a preguntarle qué dónde iban, se detuvo. Unos metros más adelante, una valla con el cartel de «Propiedad privada», les cortaba el paso. Justo al lado, en un trozo del muro de ladrillo en el que se apoyaba, estaban pintadas unas letras borradas y vueltas a pintar con el mismo lema: «Fuera la especulación».

—Hace años el abuelo de mi padre y su hermano compraron estas tierras, se llaman Los Cañizos —dijo Dani y señaló el terreno que se extendía tras la valla, con el límite del pantano por la izquierda y un llano que se perdía de vista salpicado de encinas a la derecha—. En el reparto de la herencia le tocó a mi abuelo; luego mi padre le compró a su hermano su parte, y tuvo que hacer escrituras de propiedad nuevas porque se habían perdido. Pero lo importante no eran las escrituras, sino algo que anexionaron a ellas.

Paula escuchaba expectante, mirándolo mientras él no apartaba la vista del frente a la vez que le contaba que esas tierras no podían explotarse porque estaban protegidas por una ley aún vigente del año 1931 sobre monumentos histórico-artísticos y arqueológicos.

Aparte existía un edicto que lo prohibía expresamente en las actas del ayuntamiento del pueblo al que pertenecían, que no era otro que el que se había inundado para la construcción de la presa y del pantano.

—¿Y por qué no se puede? —preguntó ella.

—Porque hay un yacimiento arqueológico de la época romana, un importante enclave fronterizo con el río que luego se convirtió en una ciudad comunicada por una vía con Mérida. El paso de los siglos y posteriores asentamientos hicieron que muchas cosas del yacimiento quedaran sepultadas, pero no tanto como para que no se supiera de su existencia y se dictara esa prohibición.

—¿Y tus parientes lo sabían?

—No lo sé; mi abuelo tenía ovejas y para usarlas de pasto no creo que le estorbasen ni las ruinas ni el edicto. Sin embargo, al comprarlo mi padre, la cosa cambió. A él le da igual todo, está habituado a tratar cosas más complicadas, así que fue fácil acallar a los políticos locales, hacer desaparecer las actas que achacaron a la época de la construcción del pantano, como si los de antes fueran imbéciles y hubiesen dejado los papeles olvidados para que se los tragara el agua.

Tomó un poco de aliento antes de seguir.

—Mi padre lo compró para especular y vender caro a la menor ocasión, y esta se presentó cuando se hizo el complejo deportivo con el embarcadero, sobre todo ahora que se venden fincas para construir chalés en la zona y subieron los precios. Le ha salido un comprador para Los Cañizos que va a hacer un campo de golf de dieciocho hoyos y no sé qué más. Y necesita esta parte, así que traerán maquinaria, arrasarán las encinas que estorben, allanarán donde sea necesario... En pocas palabras, lo que aún queda del yacimiento se irá a la mierda como hace años el pueblo.

—Entonces…

Dani la miró un momento.

—La gente se enteró y se armó un buen revuelo. Sobre todo, fueron los de la Universidad, en las cátedras de Historia y de Arqueología, que interpusieron una petición a la Junta para que se abriera el yacimiento y no se permitiera la venta para el campo de golf. Crearon una Plataforma en favor de las excavaciones y Jenaro, el que viste con la piragua, es el promotor de todo, da clases en la Universidad y también le une algo sentimental: nació en el pueblo sumergido y aún lo recuerda porque sus raíces parten de aquí. Pero mi padre lo tiene todo bajo control y nadie puede entrar sin su permiso en la finca.

—Según me dices, la existencia del yacimiento puede tomarse como algo posible, no real.

—Ahí está el problema, que de los papeles solo se sabe que existieron, no si están perdidos o alguien los destruyó. Jenaro me contó que se falsificaron datos y planos para demostrar que las únicas ruinas están bajo el agua.

—¿Crees que tu padre destruyó las pruebas?

Dani negó con la cabeza.

—Si lo hubiese hecho, no estaría tan ansioso por vender cuanto antes, ni se habría cabreado tanto cuando los de la Plataforma consiguieron un aplazamiento para la venta.

—Ese uno de octubre que mencionaste.

—Exactamente. Si antes de ese día no hay algo que lo impida, se venderá y empezarán las obras, y con ello ¡adiós Historia!

—Y por eso entraste tú…

—En realidad fue una casualidad —aclaró él—. No tenía ni idea del tema hasta que conocí a uno de Greenpeace. Me informó del estudio que se hizo hace unos años sobre el impacto medio ambiental y social que causó la creación del pantano y me interesó, en especial por la destrucción de más de seiscientas encinas, muchas centenarias. Luego supe lo del yacimiento, y a partir de entonces, me puse en contacto con los de la Plataforma. Al principio desconfiaron porque el dueño era mi padre, y con la condición de mantener el anonimato empecé a pasarles información de sus movimientos, busqué papeles… También en cada rincón de la casa de mi abuela y en la casucha que tiene en la zona de la ermita que es donde voy a estudiar; era la antigua casa de mi bisabuela, pero tampoco encontré nada, aunque la revolví de arriba abajo. Así que tengo la certeza de que mi padre venderá. Nada lo convencerá para no hacerlo porque lo único que le interesa es la pasta y va a sacar un buen pico.

—Pero tú quieres sabotearlo —dijo sorprendida.

—Puede que te suene mal; sin embargo, estoy convencido de que se equivoca porque nadie, ni siquiera él, tiene derecho a destruir algo por el único afán de ganar más dinero. Es un especulador como pone en esa pintada de ahí.

—¿No habría forma de obligarlo, aunque no haya documentos?

—Podrían aplicarse algunas leyes, pero la Plataforma no tiene medios para ello. Hay gente influyente interesada en el negocio, políticos incluidos porque, según me han contado, el dueño de la empresa que se encargaría de las obras es primo o cuñado de uno del gobierno de la Comunidad. Ya ves, todo es complejo, habría que

meterse en denuncias, pleitos y todo ese rollo, y la Plataforma solo cuenta con un par de abogados jóvenes bien intencionados y sin ninguna experiencia, mientras que mi padre tiene un bufete que trabaja exclusivamente para él y sus chanchullos. Si se meten en juicios, a los pobres se los comerán vivos nada más abrir la boca.

—Desde luego parece complicado.

—Lo es, y como no consentirá la más mínima excavación porque, si encuentran algo, lo expropiarían y pasaría al Patrimonio Histórico, arrasarán con todo y ya no tendrá remedio. Lo que se llama la política de hechos consumados.

—Todo apunta a que se venderá.

—Si no aparece algo o los de la Plataforma consiguen apoyos más sólidos, así será.

—¿Qué pasará el domingo cuando venga tu padre? —preguntó al rato.

Él se alzó de hombros al responder:

—No lo sé; ya veremos.

No vio a Dani hasta el jueves, cuando fue a llevarle la llave a Manuela. Hablaron unos minutos, y él le dijo que esa tarde iría a navegar y nadar al pantano. La invitó y Paula denegó la oferta; quería avanzar lo máximo posible en el cuadro para Roberto.

—¿Viene mañana? —preguntó él.

—Sí —contestó tan solo y se despidió.

Estuvo desde las cuatro hasta las siete pintando, aprovechando al máximo la luz perfecta que se reflejaba en su modelo. Sin embargo, no le dio tiempo para acabarlo y los últimos detalles deberían esperar al día siguiente.

Limpió los pinceles, guardó los botes en el maletín, y se disponía a llevarlo todo al estudio cuando oyó el ruido lejano de la puerta del garaje. Desde la terraza veía, en medio de la densidad de los árboles, el coche gris entrando despacio y yendo hacia el lado donde siempre aparcaba. No podía ver a Dani, pero imaginó que se iría y continuó recogiendo.

—¡Hola! —le oyó al poco tiempo y se asomó por la barandilla.

—¿Qué tal la navegación y el baño? —le preguntó.

—Bien, y mejor si te hubieses animado a venir. Me sobrevolaron una bandada de patos y fue alucinante, sobre todo el sonido que hacían con las alas.

—¿De veras no tienes a ninguna de tu edad para que te acompañe?

—Ya te dije, no tan guapa como tú.

A Paula no le quedó más remedio que sonreír ante su cumplido.

—¿Puedo ver el cuadro que estás haciendo?

—Sí, claro.

Subió las escaleras a toda prisa, y al llegar a su lado se quedó mirando el lienzo, llevando la vista de la pintura al natural, la iglesia rodeada de tejados con el paisaje lejano de las montañas.

—Las nubes no están —observó él.

—Es una licencia que me permito, dan sensación de profundidad.

Él asintió y ella le preguntó:

—¿Te gusta entonces?

—Mucho. Cuando trabaje te encargaré uno, aunque no sé si es caro.

—Podremos llegar a un acuerdo —repuso sonriendo.

Ambos guardaron silencio mientras miraban el óleo, hasta que Dani lo interrumpió.

—Cuando me habló de ti no lo tuve claro… él sí, pero tú…

—No sé qué… —empezó confusa.

—Si estás enamorada de él.

Aquello la pilló desprevenida; no sabía qué responder salvo que su pregunta le resultaba inapropiada.

—Es algo personal —acabó contestando.

—Por eso te la hago.

Volvió a desconcertarla, y fue ella la que lo interrogó a su vez:

—¿Cuántos años crees que tengo?

—Ya sé que eres mayor que yo.

—Dime —insistió—, ¿cuántos crees?

—Unos treinta y cuatro como mucho.

Ella negó con la cabeza a la vez que se reía.

—Es muy halagador, pero he de decirte que no eres un buen fisonomista porque tengo cuarenta y uno.

Dani puso una expresión de incredulidad que ella pasó por alto.

—Si no te importa, tengo que recoger todo esto.

Él, sin ofrecerse a ello, se ocupó del caballete y el maletín con las pinturas, en tanto Paula llevaba con cuidado el lienzo. En el estudio volvió a colocar el cuadro sobre el caballete, y Dani salió a buscar los botes de aceite y trementina.

—Esto ha quedado muy bien —comentó él mientras cerraba la puerta—. Lo conocí cuando estaban los silos para los cereales y

ahora tiene dos dormitorios.

—Solo uno —apuntó ella—. El otro lo usa de trastero, guarda cosas antiguas, unos armarios y cuatro baúles grandes muy bonitos, dice que están llenos de…

De pronto enmudeció, detenida ante la puerta de aquel cuarto. Le había venido a la mente algo que le había dicho Roberto al enseñárselo, cuando bromeó al decir que podría haber «secretos de familia» encerrados allí dentro.

—Papeles antiguos, muchos papeles… —murmuró, y miró a Dani, que la observaba sin comprender.

—No sé cómo no lo había pensado antes —dijo en alto.

—¿El qué?

—En esta habitación —señaló—, hay papeles antiguos, Roberto me lo comentó, y puede que… quizá esté ahí lo que buscas.

—¡Claro! —exclamó enseguida—. Los hermanos que compraron las tierras vivían en esta casa…

—Y puede que las escrituras se quedaran aquí —añadió ella.

—Es cuestión de averiguarlo.

—¿Quieres que las busquemos?

Él asintió con un gesto rápido.

—Pero deberíamos decírselo a Roberto.

—Es mejor no hacerlo, sobre todo porque, si no encontremos nada, sería absurdo molestarlo, y por echar un vistazo…

Se quedó mirándola y ella solo tardó unos segundos en contestar:

—De acuerdo.

Como era tarde y entraba poca luz por la ventana, encendieron la iluminación de las bombillas desnudas que colgaban del techo de vigas. De los cuatro baúles, dos de ellos tenían ropa y mantas. En los otros se mezclaban objetos diversos y con aspecto de haber estado allí mucho tiempo: láminas enmarcadas de temática religiosa, dos crucifijos, libros, cajas de cartón y metálicas con cromos, botones, monedas antiguas… También objetos de cerámica, ovillos de lana, agujas de punto y ganchillo… Varios álbumes de fotos llamaron la atención de Dani, que no pudo resistir echarles una ojeada. No reconocía a nadie, pero muchos de aquellos rostros debían pertenecer a sus antepasados y los dos, sentados en el suelo de madera en medio de aquel caos, estuvieron más de media hora viéndolas, riéndose con las poses estáticas, los gestos un tanto asustados de sus caras, fijándose en la indumentaria…

—Sigamos o nos dará la noche —tuvo que decir ella.

Fue en el segundo baúl donde encontraron más carpetas con

papeles envueltos por la pátina del tiempo, amarillentos y medio rotos, y que acabaron llenando el suelo. Paula empezó a pensar que no iban a encontrar nada, además se avivaba en ella la sensación de estar cometiendo una especie de delito, al menos moral, por estar hurgando en las pertenencias de Roberto sin su permiso y a sus espaldas. Se sintió ruin, alguien que no solo abusaba de su confianza en su propia casa, además de jugar, según su hermana Graciela, con sus sentimientos.

De una carpeta vieja de color pardo, Dani había sacado unos papeles que empezó a leer en alto.

—«Docena y media de pañuelos blancos de hilo, un capotillo, dos enaguas negras, dos sayuelos, dos gorgueras…». ¿Qué narices será una gorguera? ¿Y un sayuelo?

Y mientras él seguía leyendo entre risas aquel inventario, Paula encontró otra carpeta con más documentos. También estaban escritos a mano con la caligrafía de un buen escribano y hojeó esas páginas arrugadas por los bordes, manchadas como si alguien hubiera derramado café en ellas. Fue entonces cuando vio «Los Cañizos» sobre un plano de trazo tosco y «*Castra stativa ripa*», con un sello ilegible y la fecha del 21 de octubre de 1932.

Se echó las gafas hacia el pelo y llamó a Dani con voz temblorosa. Él levantó la vista cuando ella le tendió aquellos papeles. Su mirada se intensificó y pasó las hojas, inquieto.

—Es esto… —musitó al principio para en un tono normal seguir diciendo—. «Castra stativa ripa» significa campamento permanente de la rivera o río, y aquí está la prohibición de explotación o lo que es lo mismo, el reconocimiento de que hay algo que no se puede destruir.

Se puso en pie de un salto, igual que ella.

—¡Lo encontraste! —exclamó de pronto, abrazándola y aupándola a la vez.

Casi la estrujaba y Paula se reía dejándose abrazar, viendo su rostro exultante de felicidad, emocionado como un niño. Y sintió en la cara el roce de su barba porque de repente le daba un beso en cada mejilla.

—Anda, bájame —protestó.

Él lo hizo, pero no la soltó de sus brazos. Se encontró de improviso con sus labios en los suyos, notando como buscaba su lengua con avidez y ella se la daba… En ese momento se olvidó de todo. De Víctor y sus sufrimientos. De Roberto y sus esperanzas. Solo Dani y ella, iguales en su arrebato y en el deseo que sentían, sin existir el tiempo ni la edad, hasta que se apartó despacio,

desprendiéndose de sus brazos, y volvió a la realidad como si la hubiesen tirado desde un precipicio, brusca y brutalmente.

—Tenemos que volver a dejar todo en su sitio —dijo a media voz, agachándose.

Entre los dos fueron guardando las cosas, evitando cruzar sus miradas, hasta que al acabar salieron cerrando tras sí.

—No hay que decirle nada a mi tío —habló él mientras bajaban la escalera, y Paula en un principio creyó que se refería al beso—. Si se entera de que encontramos estos papeles en su casa podría tener un lío con mi padre.

—¿Se los darás a los de la Plataforma?

—Sí, y con esto pedirán los permisos para la excavación y no podrá venderla para destruirlo. —La miró intensamente—. Todo gracias a ti; a mí nunca se me habría ocurrido que pudiesen estar aquí aunque, si se piensa, es bastante razonable, la gente no hacía mucho caso de los papeles, se fiaban de la palabra y al guardarlos acababan olvidándose de su existencia.

—¿Cuándo se los darás? —preguntó de nuevo.

—Hasta el lunes no puedo quedar con Jenaro, y el domingo al venir mi padre… Pero lo llamaré por teléfono para decírselo, iré a la cabina de la plaza, por seguridad no lo he hecho antes y la noticia los animará.

—No a tu padre —dijo seria.

Él no pareció oír, guardaba los viejos documentos en la bolsa que ella le había dado, y se dirigían al zaguán cuando se detuvo.

—Antes, lo que pasó… no he podido evitarlo y sé que tú tampoco.

—No volverá a suceder —musitó avergonzada.

—Pero…

—No, Dani, no digas nada.

Lo hizo salir, cerrando la puerta sin esperar más.

Capítulo 7

Esa mañana, Paula dio los últimos retoques al cuadro: el reflejo de la luz en la campana, un poco de brillo con el blanco de zinc en las nubes, la sombra tostada en algunas tejas, algo de amarillo claro en la fachada de una casa…

¿Por qué estaba intranquila? ¿Por qué a cada momento miraba el reloj y al ver acercarse la hora se ponía más y más nerviosa? Y, sobre todo, ¿por qué evitaba tener en su mente el recuerdo de Dani? Pensaba recibir a Roberto como se merecía y su presencia sería la tabla de salvación que la liberaría. Porque él era real, tangible, apropiado y perfecto para ella como no paraba de decirle su hermana. Y por encima de todo, la quería, y a alguien que te quiere así hay que corresponderle, dejarse de sueños y quimeras.

Sintió un motor que se detenía y apagó la televisión, soltando el mando sobre la mesa mientras seguía pendiente de los ruidos: la puerta y el maletero del coche, la de la calle, y a la vez que se giraba desde el sofá se encontró con sus ojos mirándola con ternura. Llevaba la bolsa de viaje negra y habló casi a media voz.

—Hola, Paula.

—Hola —repuso ella sonriéndole y se levantó—. Me alegro de verte.

—Yo también a ti… ¿Qué tal te fue? —preguntó más seguro de sí.

—Bien, estoy deseado que veas lo que he hecho.

—Subo esto y me lo cuentas. —Pero antes de seguir se volvió—. Te he traído las pinturas que me encargaste, el amarillo de Nápoles y los dos de blanco, también el catálogo que te comenté del

Thyssen, y aproveché para visitar la exposición, me acordé mucho de ti; sobre todo al ver el retrato de *Giovanna Tornabuori*.

Paula sonrió discretamente; no olvidaba que le había dicho al conocerse que se parecía a aquella dama del Renacimiento, y que desde entonces el cuadro de Ghirlandaio era su favorito del museo. Pero no comentó nada al respecto, solo abrió la bolsa y sacó el paquete con las pinturas y el grueso libro que ella empezó a hojear.

—Voy a subir esto —dijo refiriéndose a su equipaje.

Mientras pasaba las páginas, oía sus pasos por la escalera, con el crujido de los peldaños de madera, y sin pensarlo soltó el libro sobre la mesa.

—¡Roberto! —lo llamó.

Él ya estaba en lo alto de la escalera y se quedó esperando a que subiera. Al llegar arriba lo miró; sus ojos azules le recordaron el color del agua, el cielo en un día claro en el pantano… Y de pronto, el torso desnudo de Dani, su beso emergiendo en sus labios… No quería pensar en él y lo desechó de su mente; volvía a ver a Roberto frente a ella.

—Dime —lo oyó decir.

Ella no repuso nada, lo abrazó y él dejó caer la bolsa al suelo.

—Paula… —murmuró, envolviendo su cara con las manos y repitiendo su nombre.

—Bésame —pidió como una súplica.

Quería quitarse el sabor del otro beso, y cuando lo hizo se apretó fuerte contra su pecho hasta sentir como él se estremecía. Sus manos fueron de su cara a la espalda, recorriéndola ansiosas.

—Amor mío —le susurraba al oído.

Ella no pensaba ni quería hacerlo, solo sentir, darse a él como en un sacrificio supremo. Pero al cerrar los ojos no pudo evitar que su mente creyese que era otro; un joven al que no podía, o más bien, no debía amar.

Se separó despacio y Roberto pasó de nuevo las manos por sus mejillas, tocándola como si creyese que no estaba allí.

—¿Estás segura? —preguntó.

Fue incapaz de responder, como si se arrepintiera de su arrebato.

—No hace falta que me digas ahora que me quieres —dijo él sin dejar de acariciarla—. Sé que aún necesitas tiempo, y yo estoy satisfecho con haber conseguido que me beses y que me eches de menos. El fin de semana que viene o el otro… entonces será el momento para hablar de nosotros.

Paula sonrió asintiendo con la cabeza, sintiéndose en cierta

forma aliviada.

—Cuando dejes la bolsa en la habitación vienes al estudio, quiero enseñarte algo.

Anduvo con paso acelerado, percibiendo su mirada hasta que desapareció tras la puerta. A los pocos segundos, él entró y le sonrió satisfecha mientras le mostraba el cuadro.

—¿Lo hiciste para mí? —Y se aproximó, visiblemente emocionado.

—Quizá falte algún detalle, pero puede decirse que está terminado.

Roberto miró con ojos expertos un buen rato, luego se volvió hacia ella.

—Me gusta mucho.

—¿De verdad? No sé si conseguí un buen contraste entre los diversos planos, si se aprecia la profundidad…

—Sí, lo has hecho.

La abrazó, y cuando parecía que iba a besarla de nuevo, ella se retiró.

—También hice unos bocetos —le enseñó los apuntes que había realizado del pueblo.

—Trabajaste mucho —comentó examinándolos uno por uno.

—Además del mural. Mañana vamos a verlo y me darás tu opinión, si mereció la pena la apuesta que hiciste por mí.

Roberto la observó extrañado.

—¿Despediste a Bruno Blanchet para darme a mí el trabajo? —le preguntó, y él se quedó por un instante desconcertado.

—No sé quién te ha dicho…

—Roberto, no te hagas el despistado; sabes bien a lo que me refiero. Lo despediste por mí, ¿no es cierto?

Y lo miró fijamente hasta que él lo admitió.

—Sí, le pagué lo que me pidió por dejarlo cuando tú aceptaste.

—Porque cuando me lo ofreciste estaba trabajando en ello.

Él afirmó con un gesto de cabeza.

—Supongo que querías hacerme el favor, o quizá controlarme…

—No es del todo así —se apresuró él—. Yo solo utilizaba los medios que tenía a mi alcance para ayudarte a salir de esos momentos bajos. Tampoco fueron mentiras lo que te conté de Bruno; no me resultó difícil despedirle porque ni a mi tía ni al cura les gustaba, y cuando le pagué se conformó enseguida. —Y continuó mirándola a los ojos—. Lo que sí es cierto es que quería acercarte a mí, que el miedo de perderte de nuevo me atormentaba porque si no lograba que me dieras la oportunidad de amarte… no sé si iba a

poder soportarlo.

—No digas eso —musitó asustada.

—Es lo que siento. A lo mejor es una cursilada romántica, pero no puedo evitarlo: me importas tanto que haría lo que fuera por ti. —Y la abrazó—. ¿Me perdonas, Paula?

—¿Qué tengo que perdonarte?

—El no haber sido del todo sincero con lo de Bruno.

—No te preocupes —sonrió dejándose abrazar—. Y te perdono porque me gusta el trabajo.

Tras la cena salieron a dar un paseo. Bordearon la iglesia iluminada para seguir por la calle que ascendía hasta llegar a la ermita, y se sentaron al lado de una de las altas cruces de granito, mirando en silencio la vista nocturna del pueblo. Se respiraba tranquilidad, pero a Paula no dejaban de agitarle los remordimientos. Y no era el recuerdo de Víctor como intuía Roberto, sino el de Dani, que había irrumpido como un vendaval para sacarla del letargo. Un joven rebosante de vida, un cuerpo sano y un alma con ideales y sin tortuosos pensamientos que quería luchar para mejorar el mundo en lugar de encerrarse en sí mismo. Era tan diferente a Víctor… casi su opuesto en todo.

Un roce en sus cabellos la asustó y la sacó de sus pensamientos.

—Estás muy callada, ¿te preocupa algo? —preguntó Roberto acariciándole el pelo.

—No… nada.

—Creo que sí, te has quedado… como triste.

—No sé —volvió a decir.

—Cariño, no te apenes —dijo continuando con su caricia—. Lo quisiste y fue muy importante en tu vida, pero ahora empezaremos otra tú y yo, y te haré feliz, Paula, muy feliz.

Ella no habló. Se levantó para continuar el paseo y que así no se diera cuenta de que sus ojos se empañaban pues no sabía que le provocaba más sufrimiento, si aquel sentimiento de atracción hacia Dani o el amor de Roberto al que no podía corresponder como se merecía.

Paula corrió la cortina sin importarle el resto de los que estaban congregados allí: Manuela, don José María, Leandro y las cuatro *cabecillas* de La Adoración. Sus ojos solo miraban a Roberto, intentando adivinar lo que traslucía la expresión de su cara sin

lograrlo porque él recorría el mural, el fondo del cielo con las nubes, el ángel, la estrella fugaz que cruzaba el firmamento… y por último el sencillo paisaje.

Como Roberto seguía examinándolo sin hablar, no pudo más y rompió su silencio.

—La semana que viene empezaré lo más laborioso y que estoy deseando, las figuras. Las más lejanas tendrán naturalmente menos detalle y lo que son los reyes en primer plano… Ya te comenté que iba a inspirarme en los ropajes de la tabla de *El Descendimiento* de Van der Weyden, me gustan los colores que salieron a la luz cuando se restauró: el verde, el rojo y sobre todo el azul con esos pliegues rotundos, e intentaré copiar las texturas, a ver si lo consigo. En cuanto a las ofrendas que en el original apenas se veían, les daré más protagonismo aprovechando que se me dan bien los bodegones.

Continuó nombrándole detalles, consultándole ideas de cómo haría tal o cual personaje mientras él continuaba con la vista fija al frente.

—¿No me dices nada? ¿No te parece bien? —preguntó temerosa.

Él se volvió a mirarla.

—¡Cómo no me va a parecer bien! Está genial, Paula.

Ella sonrió satisfecha. Entonces tuvo oídos para las palabras de los demás, los ánimos y felicitaciones, incluso los comentarios de Sofía y don José María, más críticos que el resto.

—Bruno iba a hacer más paisaje —dijo Sofía.

—Si destaca mucho, distraerá a la gente de la misa —comentó el cura por su parte.

—Es al principio —apuntó Roberto—, luego se acostumbran y la pintura pierde fuerza con el paso del tiempo.

—¿Estaría terminado para el día de la Asunción? —le preguntó Manuela.

—¿Cuándo es?

—El quince de agosto.

—Imposible, es demasiado precipitado.

—Si aprovecharas más el tiempo y te pasearas menos con el nieto de Manuela…

Aquel comentario tan impertinente había salido de la boca de Sofía, y desconocía si tenía algún trasfondo malicioso o simplemente expresaba su disgusto por el despido de Bruno. El caso es que a ella la hizo sonrojar y no supo qué decir.

—Tampoco va a estar el día entero metida aquí —se apresuró a defenderla Benita.

Paula había mirado a Roberto que no parecía reflejar en su

rostro sospechas ni ideas extrañas. Solo al salir a la calle, después de despedirse de los demás, le comentó curioso:

—No me habías dicho que conociste a Dani.

—Sí… y me llevó dos veces a navegar al pantano.

El segundo que tardó en darle la réplica le pareció eterno.

—Por eso estás más morena, y te sienta muy bien. ¿Tomamos algo? —acabó proponiéndole al pasar por la plaza.

El local estaba bastante concurrido. No había sitio en la zona de mesas y se fueron hacia el extremo de la barra, junto a la ventana. Pidieron cerveza, y mientras Roberto hablaba con el dueño del bar, ella pasó distraída la mirada entre la gente, hasta que la detuvo en los ocupantes de una mesa: dos chicas y tres chicos, y uno de ellos era Dani; lo reconoció enseguida, aunque estaba de espaldas. Él, como si lo hubiesen llamado sus ojos, se giró, cruzándose por un momento sus miradas. Pero ella la desvió enseguida. Roberto hablaba ahora con un hombre que se había acercado a saludarlo, no oía su conversación pues había mucho ruido y además la televisión estaba puesta con un partido de tenis al que nadie hacía caso.

—Hola, tío.

Dani le tocaba en el brazo y Roberto se volvió.

—¡Ah! ¿Qué tal, Dani? —Le chocó la mano—. Veníamos hablando de ti, me ha dicho Paula que la llevaste al pantano.

Él la miró fugazmente.

—Sí, fuimos por la parte del río que te enseñe cuando viniste tú.

—O lo que me dio tiempo. —Y se dirigió a Paula—. Tuvimos que volvernos pitando porque empezó a llover.

Ambos continuaron hablando mientras ella los examinaba y comparaba, aunque al hacer aquel ejercicio absurdo sentía una mayor necesidad de mirar al joven, más alto y guapo que su tío. Hasta que la mano de Roberto rodeó su cintura y se sintió incómoda, deseando que la quitase y que Dani no se diera cuenta de ello.

—Mañana nos veremos en casa de tu abuela, me ha dicho que viene tu padre.

—Sí, eso parece.

—No te veo muy entusiasmado con la visita.

Ambos sonrieron, y Dani se volvió porque uno de sus amigos lo llamaba para avisarle de que ya se iban.

Paula lo vio abrirse paso entre la gente hacia la salida, donde se giró un segundo, no supo si a mirarla porque ella apartó precipitada la suya.

Por la ventana vieron al grupo de amigos que se dirigía a un

coche rojo. Una de las chicas parecía bromear con Dani: una morena de pelo largo y bonitas piernas sin cicatrices que le agarraba del brazo antes de entrar todos en el vehículo. Sin poder evitarlo, Paula sintió celos y deseos de ser aquella jovencita.

—Es raro que aguante tanto tiempo en el pueblo, pero parece que se relaciona bien. —Escuchó decir a Roberto.

Ella apartó la vista de la ventana y se llevó la bebida a los labios.

Aunque habían quedado a las tres, Paula sugirió ir un poco antes. No quería que la anciana se ocupara sola de la comida y a Roberto le pareció buena idea, salvo que eso lo obligaba a estar más tiempo con su primo.

—Su hermano mayor, Nicolás, es una persona estupenda y muy divertido, pero hace mucho que no lo veo, vive en La Coruña y trabaja en la administración del puerto. Sin embargo, Ismael… no es que nos llevemos especialmente mal, pero no me cae bien.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Te lo cuento en otro momento —repuso él, pues ya estaban cerca de la casa.

Nada más atravesar la puerta se lo encontraron en el patio fumando. Alto, de pelo oscuro y engominado peinado hacia atrás, tenía un gran parecido con su hijo, pero la expresión seria y adusta de su cara le restaba atractivo.

Roberto le presentó a Paula, y al ir ella a tenderle la mano, Ismael se adelantó para darle dos besos.

—Mucho gusto —dijo cortés, con una voz grave y segura, y después se dirigió a su primo chocando vigorosamente su mano—. Quién lo iba a decir, encontrarnos aquí, en el pueblo. Hacía mucho que no te veía y eso que somos vecinos.

—Ahora vengo mucho, por la casa.

—Ya me comentó mi madre que la habías reformado. En menudo lío te habrás metido.

Roberto solo se encogió de hombros.

—Me tengo que ir nada más comer, otro día me la enseñas.

—Por supuesto.

Paula se excusó entonces, iba a ayudar a Manuela en la cocina y antes de entrar oyó a Ismael, aunque había bajado el tono:

—Tienes una novia muy guapa.

Ella se volvió un segundo; Roberto sonreía orgulloso tras el comentario de su primo.

Manuela estaba preparando la ensalada y agradeció su ofrecimiento diciendo que ya acababa. Pero Paula no hizo caso, se lavó las manos y le ayudó a terminar.

—En cinco minutos está hecho el arroz —le comentó.

—Pondré la mesa.

—Lo hizo Dani antes de irse. —Y miró hacia el reloj de la cocina que marcaba las tres—. Espero que no se retrase mucho, Ismael me ha dicho que tiene que irse pronto, como siempre, con sus prisas.

Ella volvió la vista hacia la ventana. Los dos hombres hablaban no entendía de qué, pues la campana extractora de humos hacía mucho ruido, pero su charla parecía animada y cordial mientras el gato, curioso, los observaba desde el peldaño más alto de la escalera.

—Dios quiera que todo vaya bien —habló Manuela, que dejó escapar un suspiro—. Ismael a veces tiene un carácter endemoniado, y Dani no se queda atrás, si tiene que discutir, discute.

—¿No se llevan bien? —tuvo que preguntar.

—No hija, desgraciadamente, no. Y me duele en el alma que sea así, que no se perdonen. Mi otro nieto lo ha hecho, pero Dani es distinto, más parecido a su madre, aunque en lo testarudo salió al padre, por eso chocan siempre.

Justo cuando apagaron el extractor de humos porque estaba listo el arroz, escucharon el vozarrón de Ismael.

—¡Hombre, por fin apareces!

Fue una clara exclamación de reproche, como si todos llevaran media hora esperándolo cuando no habían pasado ni cinco minutos.

Paula miró por la ventana. Dani saludaba a su padre y al hacerlo percibió su frialdad.

—Podéis pasar al comedor —les avisó Manuela.

Mientras la anciana se llevaba la ensalada, Paula cogió la cazuela del arroz, pero antes de salir oyó de nuevo a Ismael:

—¿Piensas sentarte a comer en pantalón corto como si estuvieses en un chiringuito de playa?

Dani no contestó y entró en la cocina donde casi se chocaron.

—Hola —saludó.

—Hola —repuso ella, y sintió que algo se interponía entre ellos, no solo aquella pesada cazuela.

—Deja, la llevo yo.

La cogió, enredándose los dedos entre el paño que preservaba el

calor del asa con los suyos.

—Tengo que hablar contigo —le dijo en el instante que se volvía a buscar el cestillo del pan.

—Nos esperan —fue su excusa para esquivarlo, y se coló precipitada entre él y la puerta.

La comida transcurrió tranquila. Ya habían terminado el plato principal y solo quedaba el prostre cuando Manuela, al hablar del nuevo alcalde elegido en las últimas elecciones, hizo sacar a colación a Ismael que había estado en el ayuntamiento del pueblo cercano al pantano para tratar los asuntos de sus tierras. Dijo que había sido una reunión concertada entre ellos de la que nadie, en teoría, debía enterarse. Sin embargo, no había salido como pretendía.

—Los hijos de puta me estaban esperando, y no creo que estén día y noche montando guardia con sus pancartas por si aparezco.

Ninguno de los presentes dijo nada, a excepción de Manuela, que lo recriminó por aquella palabrota. Dani, por su parte, comía como si tal cosa mientras le preguntaba a su tío:

—¿Llevaste el coche al mecánico para ver de dónde era ese ruido?

—Sí, era de la correa de distribución y hubo que cambiarla.

Durante un rato hablaron de coches, sin la participación de Ismael, que comía en silencio. Hasta que se quedó con la mirada fija en su hijo. Paula se percató de ello, al igual que Manuela que no paraba de llevar la vista de un lado a otro de la mesa, o lo que era lo mismo, del padre al hijo. Los observaba con expresión temerosa, como si adivinara que se desataba una tormenta al ver los nubarrones que se cernían en el horizonte; y no tuvo que esperar mucho para que acabara estallando.

—¿Fuiste tú el que les avisó? —saltó Ismael interrumpiendo la conversación con aquella voz fuerte que más bien semejó un trueno.

Y no era una pregunta, más bien una acusación al añadir:

—Nadie sabía que venía salvo tu abuela y tú.

Dani sostuvo la mirada desafiante que le lanzaba su padre.

—¿Por qué va a ser él y no alguno de la reunión? —opinó Manuela.

—Porque nos conocemos de sobra —replicó Ismael con sorprendente frialdad.

—Sí, fui yo —confesó Dani sin inmutarse, dejando a su abuela con la boca abierta, mientras los ojos de Ismael despedían chispas y el ceño se le fruncía más si cabía.

—¿Hasta cuándo me vas a estar haciendo la puñeta?

—Solo si creo que no tienes derecho…

—¡Qué cojones sabes tú si tengo o no derecho! —gritó.

—Ismael —murmuró Manuela, intentando apaciguar los ánimos y el lenguaje poco apropiado de su hijo.

—Lo siento, madre, no diré más palabrotas.

—Y no discutáis —dijo ella, haciendo un gesto donde le expresaba que debía comportarse delante de aquellos invitados.

Pero resultaba evidente que a Ismael no le preocupaba lo que pensase su primo o la mujer que acababan de presentarle, y volvió a hablar en el mismo tono.

—¿Intentas reventarme los planes para defender a unos andrajosos y sus tonterías? ¿Crees que van a sacar algo que merezca la pena? Porque si lo encuentran, serán cuatro piedras y algunos cacharros rotos iguales a los que hay a cientos en los sótanos de los museos. ¿Por eso tiene que pararse el mundo? Vamos, abogado de pleitos pobres, contéstame eso.

—No sabes lo que hay porque no te has molestado en averiguarlo, en que se haga un estudio siquiera.

Ismael soltó una carcajada.

—¡No me vengas con bobadas! Si cada vez que salen piedras hay que detener el progreso…

—¿El progreso es un campo de golf?

—No, Daniel, el progreso es avanzar y sacar beneficios de un bien; da igual el que sea. Ese es mi trabajo, el que ha hecho que vosotros viváis como Dios.

—Hijo, no blasfemes —atajó Manuela.

—Perdona, madre —se excusó él, pero continuó—: tú, sin haber trabajado en tu vida, tienes coche, un barquito para pasearte, has tenido una educación privilegiada que te has tomado con tranquilidad porque te fuiste a jugar a salvar el mundo con otros barbudos, mientras el malo de tu padre pagaba las facturas… ¿De dónde crees que ha salido todo eso? ¿De un sueldo?

Dani no respondió.

—Te puedes permitir suspender todas las veces que se te antojen porque tu papá, el especulador, pagará lo que necesites o te buscará un trabajito para que no sudes mucho.

Paula vio como el rostro de Dani se alteraba hasta enrojecer.

—No te preocupes que no te pediré que me busques nada. Terminaré en septiembre la carrera y cuando tenga trabajo te devolveré lo que has gastado en mí, haces la factura y me la pasas.

Ismael se enfureció más.

—¡Vete a hacer puñetas! No necesito que me sermonees como si

fueras un maldito revolucionario igual que esos sarnosos con los que te juntas.

Y se levantó de la silla, dando un portazo al salir.

Los demás permanecieron callados y en el ambiente se quedó flotando la tensión.

—Dani —dijo Manuela casi a media voz—. Ve a hablar con tu padre, no os pongáis así, se va a ir y…

—Abuela, no podemos hablar, no estamos de acuerdo.

—Da igual, es tu padre y sabes que muchas de las cosas que dice no las siente.

Él no hizo ningún comentario.

—¿Quieres acabar como él y el abuelo? Estuvieron años sin hablarse por ser tan cabezones.

—Lo del abuelo no tiene nada que ver con esto.

—Para el caso es lo mismo… —empezó ella, pero Dani la interrumpió.

—El abuelo no hizo lo que mi padre, no amargó la vida a su mujer, ni la hizo enfermar y que intentara… —No continuó y bajó la vista.

—Por eso debes hablar con él; se arrepintió y debes perdonarlo.

Dani siguió callado, momento que aprovechó Roberto para decir que se iban. Paula se sentía mal por dejar todo en la mesa sin ofrecerse a recoger, pero la tensión de la discusión la hizo comprender que era mejor irse.

—Gracias, tía, la comida ha estado muy buena.

Manuela sonrió agradecida y Roberto le dio dos besos de despedida. A Dani le tocó el hombro.

—Hasta pronto.

Él dijo lo mismo tras mirar a Paula, que le dedicó una escueta sonrisa.

Al fondo del pasillo encontraron a Ismael hablando por teléfono, que apartó un segundo de la oreja para despedirse.

—Ya nos veremos, primo —le dijo en un tono jovial, chocándole la mano y luego se dirigió a Paula—. Encantado.

Cuando lo dejaron volvió a su conversación. Hablaba fuerte, visiblemente enfadado, y por eso oyeron lo que decía antes de cerrar la puerta. Algo carente de sentido para Roberto y que a Paula la hizo estremecer.

—Me han insinuado que tienen algo, no sé qué es ni cómo lo han conseguido, pero la cosa está jodida y mucho…

Regresaban a casa cuando Roberto profirió indignado:

—Es increíble, solo al idiota este se le puede ocurrir echarle en

cara a su hijo que le ha costado dinero su educación. Y habla del coche y del barco como si hubiese pagado una millonada, cuando el barco fue una ganga de segunda mano y si lo usa Dani es porque ellos no vienen. En cuanto al coche, tiene ya ocho años; está podrido de dinero y encima se queja.

—¿Y qué pasó con su mujer? —preguntó ella.

—Que le puso, como vulgarmente se dice, los cuernos —contestó—. Mi primo es un engreído y cuando quiere algo no le gusta que se interpongan en su camino, y con las mujeres hace lo mismo. Pero se pasó de la raya al acostarse con la de su socio que era además la mejor amiga de Olga. Lo que no se esperaba es que ella, al enterarse, le pidiese la separación. Sus historias no tenían importancia para él, así que no hizo más que ponerle trabas para que no consiguiera un duro de más porque es un tacaño de cuidado. Estuvieron de juicios más de dos años, los recurría todos y ella acabó llegando a un acuerdo bastante ventajoso para él. Luego se pilló una depresión y tomó una sobredosis de pastillas que casi la mata. El capullo de Ismael sacó un poquito de compasión, lo justo, no vayas a creer, y soltó dinero, sin duda para que sus hijos no lo repudiaran… La última vez que vi a Olga parecía que tenía diez años más.

—No me extraña que Dani esté molesto con él —comentó en alto.

Roberto la miró; no se había dado cuenta del tono con el que había pronunciado esas palabras, como si aquello la afectase personalmente. Pero no dijo nada y le propuso tomar un café en el bar de la plaza.

Paula era sincera cuando se echó en sus brazos y le pidió que no se marchara.

—Debo hacerlo —dijo Roberto—, pero volveré en dos semanas.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Por trabajo: el martes voy a Londres y estaré hasta el sábado que cojo otro vuelo para Barcelona, tengo una reunión el lunes a primera hora —y la besó con ternura—. Hoy me voy contento, mejor dicho, feliz de que me eches de menos.

—¿Y si me llevas contigo?

—También tienes trabajo, acuérdate, el mural. —Sonrió acariciando su mejilla—. Después de estas dos semanas hablaremos

más despacio de nosotros, habrá pasado el tiempo suficiente para que lo hayas pensado y estés segura.

Paula iba a decirle que lo estaba, pero se contuvo. De pronto sintió que algo la acechaba y tuvo miedo, por eso volvió a pedirle que se quedara como un último intento por salvarse de sí misma.

—No puedo —repitió él, y cogió la bolsa, que guardó en el maletero junto al cuadro que se llevaba para enmarcar—. Te llamaré, no todos los días, que si no vas a pensar que soy un pesado.

Volvió a acercarse para asirla de la cintura y besarla, depositando en su oído aquellas dos palabras:

—Te quiero.

Ella sonrió, dudando si debía decirle lo mismo, pero él habló antes de que intentara pronunciarlas.

—No, ahora no me digas nada, cuando vuelva.

Subió al coche, lo arrancó e hizo un gesto de adiós con la mano antes de irse.

Caía la tarde, pronto anochecería, y entró en la casa.

Capítulo 8

El lunes, Paula trabajó sin descanso desde las nueve hasta la una y media que empezó a notar la pesadez en los hombros y el cuello, incluso sintió calambres en los tendones de la mano y la muñeca. Entonces decidió dejarlo, y se disponía a salir cuando se topó de cara con Dani, enfundado en su ropa de deporte, que entró haciéndole retroceder.

—¿Qué quieres? —preguntó confusa.

—Hablar contigo.

—Pues bien, di.

Estaban en la zona que separaba la gran puerta principal con la interior que comunicaba con el templo.

—Aquí no, prefiero esta tarde, voy a navegar al pantano y a darle a Jenaro los papeles que encontramos, luego…

—No voy —lo interrumpió.

—¿Por qué?

—Es lo mejor.

—No hacemos nada malo; mi tío ya sabe que vienes y me pidió que te invitara. —Ella lo miró interrogante—. Me lo encontré cuando iba a comprar el periódico, hablamos un momento y me lo pidió; dijo que así te distraerías un poco.

Paula no sabía que pensar. Roberto no le había comentado nada y no tenía idea de cómo tomárselo. Entonces se dio cuenta de que alguien pasaba muy cerca del muro que rodeaba la iglesia, y que ese alguien era Sofía.

—Que no te vea —susurró empujándole para que entrara dentro, mientras ella empezaba a cerrar con llave, con la esperanza de que

solo saludaría y seguiría su camino. Pero Sofía bajó las escaleras y se acercó.

—¿Ya te ibas? —le preguntó.

—Sí.

—¿Se la llevas a Manuela? —Se refería a la llave y ella afirmó con la cabeza; había terminado de cerrar y de improviso se la quitó —. La llevo yo, iba a su casa a decirle que el marido de Aurelia se ha puesto peor.

Paula no dejaba de mirar la llave que ahora estaba en poder de Sofía, que a su vez le hablaba del marido de Aurelia, diciéndole que llevaba seis años enfermo y que en los últimos meses no había podido moverse de la cama ni se valía por sí mismo.

—La verdad, habría sido preferible que se muriese porque el pobre no se entera de nada, es como un vegetal.

Paula apenas atendía al relato de las penurias de aquel hombre porque se acordaba de Dani, encerrado en la iglesia. Necesitaba idear algo para volver a rescatarlo, y ese algo se le ocurrió cuando estaban a punto de llegar a casa de Manuela. Abrió su bolso donde en el fondo tenía las gafas en su funda, y exclamó:

—¡Vaya, olvidé las gafas! Tengo que volver a buscarlas.

Con un movimiento rápido le arrebató la llave de la mano y dejó a Sofía sin más explicaciones, dirigiéndose a la iglesia a paso ligero, pensando si habría visto a Dani entrar y hacía aquello para comprometerla.

Cuando entró no lo vio por ninguna parte, hasta que al adentrarse casi hasta el altar lo descubrió subido en el púlpito, con los brazos apoyados en el antepecho.

—Creí que pasaría aquí la noche —dijo riendo.

Ella tampoco pudo evitar reírse.

—¿Has visto la película de *Robín Hood*? —preguntó él.

—¿A qué viene eso ahora?

—Es que fue en esa, o en otra por el estilo, donde el protagonista trepaba por los muros de un castillo para escapar de sus perseguidores, y se me estaba ocurriendo que desde aquí podría subirme a la cornisa. Luego seguiría hasta el saliente donde están las ventanas, abriría si es que tienen picaporte, sino tendría que romper una, y llegaría al tejado.

—También podrías esperar o aporrear la puerta pidiendo ayuda.

—Quedaría ridículo y se enteraría todo el pueblo. Me gusta más lo de trepar, aunque necesitaría una cuerda, seguro que podría fabricar alguna con lo que encontrase en la sacristía.

—¿Y no crees que llamaría la atención algo semejante?

—Pensarían que había sido un ladrón.

—Anda, déjate de escenas medievales y planes absurdos —dijo riendo—. Le he dicho a Sofía que olvidé las gafas, así que no podemos quedarnos más tiempo, no sea que vuelva.

Él bajó en dos zancadas la escalera, y cuando pasó junto al mural que no tenía las cortinas echadas pues ese día no habría ningún acto religioso, le comentó:

—Va muy bien tu pintura, y me gusta el lago que has hecho en el horizonte, me recuerda al pantano.

Lo había terminado esa mañana; no estaba en el original ni en los trazos que había hecho Bruno, pero la franja de un azul blanquecino y brillante con las montañas detrás, era una clara inspiración del pantano. Y le sorprendió que Dani se hubiese dado cuenta. Sin embargo, no dijo nada; solo le sonrió levemente, dándole las gracias.

Al salir a la calle, Paula le sugirió que sería prudente no seguir juntos, que debía irse por otro lado mientras ella le llevaba la llave a su abuela. Dani no preguntó el motivo de tal prevención, aunque antes de separarse volvió a pedirle lo mismo, que fuera a navegar con él esa tarde.

—Tengo otras cosas que hacer, gracias de todas formas.

Y apuró el paso, conteniendo las ganas de echarse atrás y decirle que sí, que aceptaba.

A lo que se dedicó esa tarde fue a sentarse en la hamaca con su cuaderno de dibujo en el regazo, haciendo apuntes de lo que veía a su alrededor: los tejados de una casa, la torre de la iglesia, las ramas de la parra que habían logrado trepar por la barandilla de la terraza… Pasó a otra hoja y empezó a trazar un óvalo, unas líneas, y cuando quiso darse cuenta, su mano iba sola para dibujar un rostro. El de Dani. La forma de sus ojos almendrados con las pupilas oscuras, la nariz recta, las cejas anchas sin exagerar, los labios carnosos y sensuales con un gesto de sonrisa… No podía ser de otra forma, le gustaba esa sonrisa. Y se dio cuenta de que en su dibujo parecía más joven, hasta que hizo los trazos de su media barba, que le daba un aire más adulto. Se acordó entonces del comentario de su abuela para que se afeitara; a ella tampoco le gustaban las barbas; sin embargo, a él le sentaba bien porque tampoco era tupida, más bien parecía que llevaba unos días sin afeitarse.

Acabó gastando toda la punta del lápiz en hacer su pelo oscuro y corto con patillas estrechas, algo encrespado por arriba, y por último la cicatriz del pómulo que debía tener poco más de medio centímetro, pero que destacaba, como si hubiese sido de una herida profunda. Retocó algunos trazos hasta que lo dio por finalizado y se quedó observándolo. No resultaba increíble que pudiera hacerlo, se había dedicado profesionalmente a ello durante años y si conocía al modelo era capaz de realizarlo con los recuerdos de su memoria. Y era evidente que lo conocía, que sabía sus rasgos y que los tenía bien presentes. Eso le hizo rememorar la extraña conversación que había tenido un día con Víctor, cuando quiso hacerle un retrato y se negó a posar.

—¿Es que lo hago tan mal? —le había preguntado un tanto ofendida.

—No es eso —contestó él.

—¿Entonces qué?

—Es que no me gustaría que me mirases sin que pudiera hacerlo yo; que prefiero que lo que veas de mí esté en tu mente y no en un cuadro o una fotografía. —Ella seguía sin entender y él continuó—. Lo que quiero decir es que si miras una imagen te obligas a pensar en esa persona, la haces regresar a tu presente una y otra vez, aunque ya la hayas olvidado.

—Si todo el mundo pensara como tú tendría que cambiar de profesión.

—No te preocupes, solo yo pienso así porque soy un retorcido.

Ella se había reído cuando le había dicho aquello, aunque evocar esas palabras le provocó una mueca de amargura y volvió a mirar el dibujo que tenía delante. Era cierto que al observarlo sentía más viva la presencia de Dani, incluso tuvo deseos de besar sus labios dibujados y lo retiró avergonzada. Recogió la caja de lápices y el cuaderno con la lata de Coca Cola ya vacía, y fue a llevarlo al estudio.

El cuaderno había quedado sobre la mesa con el resto de las cosas y el retrato a la vista. Volvió a mirarlo, pero de un tirón violento separó la hoja de las anillas; iba a rasgarla por la mitad, pero no pudo. Y observó de nuevo los ojos que había dibujado, y los labios de los que conocía su sabor… Entonces abrió uno de los cajones del mueble y la metió entre los bocetos y cuadernos, ocultándola como si estuviera escondiendo las pruebas de un delito.

Terminó lo último que le quedaba con unos toques de verde vejiga y amarillo cadmio, oscureciendo un poco con azul de Prusia y algo de sombra tostada. Así daba por finalizado el fondo, a la una y cuarenta y cinco de su reloj. Se alzó un momento las gafas y descendió de la parte más baja del andamio, echándose atrás para ver el conjunto con los espacios vacíos de las figuras; las nubes que estaban terminadas al igual que su lago en el horizonte, el que le había inspirado el pantano. Y se encontraba en esas reflexiones cuando se abrió la puerta y supo que era Manuela, pues nadie como ella entraba con aquella energía. También le acompañaba Benita que, por primera vez desde que la conocía, no mostraba una sonrisa. Algo lógico cuando le comunicaba que el marido de Aurelia había muerto.

—Vamos ahora a su casa —dijo Manuela—, así que no estaré para recoger la llave y Dani se fue a estudiar a la casa Del Alto, no sé si vendrá pronto… De todas formas, si vas a seguir trabajando te diré donde vive Aurelia.

—No hace falta, puedo dársela ahora, en un minuto limpio los pinceles y me cambio.

—¡Qué bonito está quedando! —comentó Benita sonriendo por un momento—. No va a haber nada parecido en todos los alrededores.

—El entierro es mañana, a las siete de la tarde —le informó Manuela cuando salían de la iglesia—. Quizá quieras venir, aunque no conocías a Camilo, por Aurelia; sería un buen detalle.

No le quedó más remedio que aceptar después de lo dicho, y ambas continuaron por la calle que subía, a paso ligero y cogidas del brazo, como si llegasen tarde a alguna cita.

Cuando al día siguiente fue a por la llave, no estaba Manuela; acababa de irse a la casa de Aurelia, y Dani la esperaba para dársela.

—Me dijo que ibas al funeral. Yo también, Camilo era el abuelo de un amigo mío y antes de ponerse enfermo íbamos mucho a su finca, tenía un caballo y nos dejaba montar siempre que queríamos.

Paula asintió, dejando caer la mano con aquella pesada llave.

—Les di los papeles —dijo cuando se disponía a irse.

—¿Te dijeron algo?

—Les gustó, por supuesto, y el viernes como muy tarde, mi padre tendrá sobre su mesa un escrito redactado por ellos con una fotocopia del documento. —Se alzó de hombros—. Y ya está, veremos qué pasa luego.

—Si averigua que fuiste tú… —empezó ella.

—No tiene por qué, solo he tratado con Jenaro y su mujer, los que viste en el pantano, y me fio de ellos, al resto no los conozco. En cuanto a mi padre… no creo que se le pase por la cabeza que yo haya encontrado ese documento, y tampoco pienso confesárselo, así que pensará que es obra de alguien de la oposición. Está acostumbrado a hacer chanchullos, no le parecerá tan raro que se los hagan a él.

—¿Y a Roberto?

Dani tardó un poco en contestar.

—Él no sabe nada del asunto y meterle en ello lo obligaría a tomar partido, y si no está de acuerdo… Pero si tú crees que debemos decírselo…

—Lo pensaré —dijo a media voz.

El gato, que se había aproximado a ellos, empezó a rozarle las piernas y Paula se apartó diciendo que debía irse.

—¿Podemos quedar luego? —preguntó cuando se encaminaba a la salida.

—Ya te diré —contestó tan solo, y atravesó a toda prisa el dintel de la puerta.

Desde la muerte de su padre hacía diecinueve años, no había ido a un funeral. Sí había estado dos veces en un tanatorio con Víctor por la muerte de un amigo y la de un compañero de su primer grupo, los dos a causa de una sobredosis de droga. En cuanto al suyo… era obvio que no había podido ir, estaba en el hospital recién operada. Supo que había sido emotivo, que había asistido mucha gente del mundo de la música, pero ni ella ni su hija, las dos personas que más quería, habían podido hacerlo.

Ahora entraba en la iglesia y le sorprendió verla tan llena. No sabía hacía donde dirigirse ni si quedaría algún sitio libre, por lo que se detuvo junto a la pila del agua bendita. Entonces Sofía pasó a su lado y se dejó llevar asida de su brazo por uno de los laterales, viendo como saludaba a quién le decía algo, y un par de veces pudo oír:

—Es la pintora, la amiga de Roberto Alarcón.

Todo sin detenerse ni darle tiempo a digerir aquello de «la amiga de Roberto Alarcón», hasta que llegaron a los bancos más cercanos al altar, los de la izquierda, donde estaban Manuela y Benita. Había un hueco y allí se sintió *colocada*, esperando como el

resto mientras a sus oídos le llegaban comentarios de sus vecinas sobre el fallecido. En el primer banco vio a la viuda vestida de negro, apoyando la cabeza en el hombro de la que estaba a su lado.

—Es su hija mayor, que vive en Madrid —le susurró Sofía—. La otra es la que tiene la tienda de la calle principal y los dos niños son sus hijos.

Ella recorrió la mirada por el resto de la concurrencia, en medio de ese runrún de voces susurrantes que le hacía parecer un sitio tan distinto a cuando estaba sola, concentrada en la pintura, en silencio. Y la luz era diferente, más cálida y sin la nitidez que se reflejaba por las mañanas.

—También tiene un hijo y otro nieto más mayor —continuaba susurrándole Sofía—, son esos dos de ahí.

Entonces se giró hacia el otro lado, el que ocupaban en su mayoría los hombres en contraposición a donde estaba ella con las mujeres; fue al fijarse en el joven que le decía Sofía, cuando descubrió a Dani. En ese instante la observaba también, haciendo un gesto de saludo con la cabeza, muy breve, que ella correspondió un tanto sorprendida pues era la primera vez que lo veía ataviado con pantalón largo y camisa.

La celebración le pareció larga. Oír a don José María era pesado, con su voz monótona, muy apropiada para ese acontecimiento sin duda. Pero lo que más le llamó la atención fue la emotividad de los familiares, los llantos silenciosos de las hijas y de Aurelia, y ver llorar a los niños le hizo sentir ganas de hacerlo también a ella, aunque no conociese al fallecido.

Cuando terminó la misa funeral y se disponía a marcharse, Sofía volvió a tomarla del brazo, diciéndole que les quedaba dar el pésame, y sin poder evitarlo se encontró haciendo cola en una fila que avanzaba hasta llegar frente a las hijas y a la viuda. Hizo lo que vio, que era una inclinación de cabeza, pues no tenía la confianza para un abrazo o besos como hacían los más allegados. Luego le dijo que debía hacer lo mismo en la parte de los hombres donde estaban el hijo, los dos yernos, el nieto que debía ser el amigo de Dani, y los sobrinos. Pero le pareció excesivo, no los conocía y aprovechó que Sofía la soltaba al acercarse su madre para escabullirse. Sin embargo, le costó sortear aquella confusión, abriéndose paso entre las personas que acababan haciendo grupos, saludándose o hablando de si habían dado ya el pésame.

Una vez en la calle vio a Dani sentado en uno de los bancos de piedra adosados a la fachada, que se levantó enseguida para ir a su encuentro.

—¿Cuándo puedo verte?

—Ya me estás viendo —contestó en un tono sarcástico, imbuida por aquel ambiente.

—A solas —dijo él sin darle importancia—. Mañana voy al pantano, podemos nadar…

—No tengo bañador —repuso, dejando entrever en aquel comentario una negativa.

Empezaba a salir cada vez más gente y el coche fúnebre daba marcha atrás para situarse ante la entrada del templo.

—Necesito hablar contigo cuanto antes, no puedo esperar —insistió.

Ella iba a contestarle cuando sintió a alguien cerca, casi pegado a su espalda.

—¿Vienes al cementerio? —le preguntó Sofía que volvía a cogerle del brazo.

—Tengo que irme —fue su respuesta y se soltó.

Mientras se alejaba pensaba que había sido brusca con Dani, pero lo que más le preocupaba era que Sofía los hubiera escuchado.

Al llegar a la casa se preparó un sándwich que comió de pie en la cocina. Eran las ocho y media, estaba cansada y pensó en darse una ducha. Luego vería un rato la televisión y se acostaría temprano para empezar antes el trabajo.

Fue a la habitación y acababa de quitarse la ropa cuando le pareció oír una puerta. Se puso rápidamente la bata y se quedó por un momento expectante, analizando en su cabeza que había cerrado con llave la puerta de la calle, que Josefina tenía una, pero solo iba los lunes y los jueves por la mañana.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en alto, temerosa, sin saber qué hacer salvo apretarse con fuerza la bata al cuerpo.

Sonaron pisadas y ante la puerta se presentó Dani.

—Perdona… —dijo apenas, y retrocedió desapareciendo de su vista un instante, pues enseguida volvió sobre sus pasos.

Ella, que por un momento había sentido miedo, lo increpó.

—¿Por qué entras así? Me has asustado.

—Lo siento, no era mi intención…

Paula esperaba que se marchase, no obstante, contempló con estupor que hacía todo lo contrario. E instintivamente volvió a apretarse la bata al cuerpo, aunque la tela le pareció tan fina que

creyó que se trasparentaría revelando su desnudez.

—Llevo días intentando hablar contigo y no haces más que esquivarme —dijo avanzando hacia ella.

—Hablaremos lo que sea, pero deja que me vista.

—No.

Su voz sonó tan rotunda y sus ojos la miraban tan fijos, que Paula temió que se hubiera trastornado de repente y le habló lo más amable que pudo.

—Espera en el salón, yo voy ahora mismo.

Pero él siguió sin moverse, como si no hubiese oído.

—Volverás a echarme; me he dado cuenta de que no quieres hablar de lo que pasó y no puedo dejarlo por más tiempo.

Y recorrió la distancia que los separaba para aproximarse.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó a la vez que retrocedía, hasta que sus piernas se toparon con la cama.

—Voy a besarte como el otro día.

—No lo hagas… —musitó.

Pero él se acercó aún más, llevó ambas manos a su nuca y la besó en los labios.

Aunque quería huir no se movió, salvo sus brazos que cayeron rendidos. Igual que su cuerpo al dejarse caer en la cama, mientras él se desprendía de la camisa y las deportivas tirando con el pie contrario del talón.

—¿Qué quieres de mí?

Era una pregunta absurda viendo que se inclinaba sobre ella. No obstante, hizo un último intento por incorporarse. Pero volvió a tener su boca en la suya y notó sus manos abriéndole la bata y acariciándole los pechos. Y no pudo más. Le enlazó los brazos al cuello y lo besó también, con toda la pasión que la inundaba sin poderlo remediar.

—Sabía que me correspondías —le susurró él.

—Es una insensatez.

—No lo es.

Lo acariciaba, recorriendo su mano por su torso hasta llegar a su vientre donde notó su propia excitación y la de él, y sin poder resistirlo más, empezó a desabrocharle el pantalón.

No llegó a la cremallera. El timbre del teléfono la sobresaltó y se detuvo.

—Olvídalo —murmuró Dani sin dejar de besarla.

Continuaba sonando y Paula se había separado; sabía quién era, quién llamaba para impedir que siguiera con aquel delirio. Se deshizo de su abrazo y salió atándose el cinturón de la bata,

recorriendo descalza el espacio que la separaba del salón para descolgar el teléfono.

—Hola, Paula —saludó Roberto—. ¿Cómo estás?

—Bien… estoy bien.

—Tenía ganas de oír tu voz, de hablar contigo… Dime que tal te va, como llevas el trabajo.

Ella le contó que había empezado a pintar los pastores, y que al estar en un segundo plano y hacerlos sin muchos detalles le llevaría poco tiempo.

Se encontraba sentada en el sofá, apretándose con la mano libre la bata y con la vista en el suelo mientras oía hablar a Roberto de sus negocios, que iban bien, que tenía que levantarse a las cinco y media y, sobre todo, que la echaba mucho de menos. Y ella sintió la garganta seca y le sonaron falsas sus propias palabras cuando dijo: «Yo también».

—¿Volviste con Dani al pantano? —le preguntó entonces.

Ella notó como se sobresaltaba; afortunadamente no podía verla.

—No… he estado muy ocupada.

—No trabajes tanto —dijo él y percibió que sonreía—. No te entretengo más; mañana si puedo vuelvo a llamarte.

—Hasta luego… —se despidió ella y esperó a que hiciera lo mismo.

—Te quiero —dijo él tras un breve silencio y colgó.

Durante unos segundos se quedó con el teléfono pegado al oído, con aquel pitido que indicaba el corte de la conexión, hasta que lo dejó en su sitio. Pero era incapaz de levantarse del sofá, el cuerpo le pesaba y se quedó allí, quieta, cuando sintió a Dani y se giró. Tenía solo los pantalones con el botón desabrochado, estaba descalzo y la miraba.

—Deberías irte —dijo tan solo.

Él caminó hasta sentarse a su lado, llevando su mano hacia la pierna que se le había destapado y que empezó a acariciar.

—¿Por qué debo irme? Me deseas tanto como yo a ti.

Ella retiró la pierna, tapándose.

—Sabes que no puede ser, no solo por Roberto; tengo quince años más que tú, soy casi una vieja para ti.

—La vieja más guapa, sexi y con los pechos más bonitos que he visto en mi vida. —Y sonrió, deslizando la mano hacia ellos.

Por un instante se dejó tocar, sintiendo el placer que le producía su contacto y como sus pezones se endurecían respondiendo a la caricia. Pero lo apartó bruscamente, levantándose.

—Tenemos que dejarlo antes de que… y es imposible… lo sabes

tan bien como yo.

—¿Es por él? ¿Lo quieres? Porque si me dices que lo quieres…

Ella no contestó, solo se cruzó de brazos apretándose la bata aún más.

—Vístete y vete. Olvidemos esto, como si no hubiese pasado.

—Yo no pienso olvidarlo.

Y volvió a su lado, abrazándola, pero Paula lo apartó de nuevo.

—No me eches —rogó él.

—Por favor, Dani, no lo hagas más difícil.

Fue directa a su habitación, recogió sus zapatillas y la camisa, y se las dejó junto al sofá, después se encerró en el cuarto de baño. Esperó varios minutos, y cuando sintió la puerta de fuera y que todo había quedado en silencio, abrió el grifo de la bañera y dejó correr el agua mientras los ojos se le inundaban de lágrimas.

Capítulo 9

Temía encontrarse con Dani cuando fuera a buscar o dejar la llave, pero no lo vio, ni siquiera supo si había ido a buscar el coche para ir al pantano. Sin embargo, Manuela le hizo el comentario, sin que le preguntara, de que se pasaba las horas en la casa que llamaba Del Alto.

—Yo rezo todos los días para que apruebe, está estudiando mucho y se lo merece.

Paula sonrió; era lógico que estuviera ocupado, ya que se acercaba la fecha del examen, y también era mejor así; de esa forma olvidaría lo sucedido ente ellos. Pero el domingo, a media tarde, cuando menos lo esperaba, oyó el motor de un coche que se detenía y al momento llamaron a la puerta principal. Había cerrado con llave y al abrir se encontró con él.

—¿Puedo pasar? —preguntó tímido.

Ella dudó un segundo antes de retirarse para dejarlo entrar.

—Te traía esto. —Y le alargó una carpeta—. Jenaro me dijo que las escrituras no eran necesarias, se quedaron solo con el edicto del ayuntamiento; es suficiente para que no permitan las obras.

—¿Y tu padre que ha dicho?

—Aún no lo sé; el jueves voy a Madrid al cumpleaños de mi sobrino y me enteraré con solo verle la cara.

Tenía una de las manos en el bolsillo del pantalón corto e hizo un gesto de agradecimiento antes de que ella hiciera el amago de cerrar la puerta.

—¿Quieres que lo suba y lo guarde en su sitio? —se ofreció dando un paso al frente.

—No te preocupes, me encargo yo.

Le habló sin mirarlo, porque sabía que si lo hacía él notaría la turbación que le producía verlo. Pero al ir a decirle que se marchara se quedó muda; no era capaz de pronunciar esas simples palabras. Entonces lo miró a los ojos y fue imposible no pensar en las caricias que le había prodigado y en cómo deseaba su cuerpo que, aunque su mente le gritaba que no era posible, cada fibra de su piel temblaba ansiando su proximidad.

Él debió percibirlo, darse cuenta de lo que sentía, porque de repente tenía su aliento pegado al suyo y sus manos la recorrían sin que ella hiciera nada por impedirlo. Y no pudo más. Dejó caer la carpeta al suelo y lo abrazó, metiendo las manos entre su camiseta para tocar la piel de su espalda, apretándola con fuerza, clavándole las uñas… Y él hacía lo mismo, la recorría de la boca al cuello hasta que murmuró en su oído:

—Sal y cierra la puerta.

Ella no comprendía, pero obedeció. Cerró con llave y entró en su coche.

No dijo ni preguntó nada, solo se dejó llevar, con la vista fija en las calles hasta que subieron por la que llevaba a la ermita. Aparcó al lado de una casa con la fachada bastante deteriorada y un letrero que indicaba que se vendía debajo de un número de teléfono.

El interior estaba oscuro y de su mano recorrió el pasillo donde casi tropezó con una silla baja de enea, luego pasaron por un cuarto vacío y al final a una habitación. En el lateral, junto a la ventana sin cortinas, se apoyaba una mesa grande repleta de libros y papeles, y en el lado contrario un sofá de cuero granate medio cubierto por una sabana que se quedó mirado.

—¿Es aquí donde traes a tus rollitos, como los llamas tú? —preguntó nerviosa.

—Aquí estudio, y tengo este sofá porque a veces me gusta tumbarme, pero no he traído a nadie.

—¿Ni a esa morena de pelo largo? —Y no supo por qué la mencionaba.

—Solo a ti —contestó estrechándola con fuerza entre sus brazos.

La luz de la tarde era cálida como la temperatura, aunque no tanto como el ardor de sus deseos cuando se dejaron caer en aquel sofá que crujió como si fuera a derrumbarse bajo su peso. Pero ninguno hizo caso. Él se desprendía de su ropa y ella de la suya, y enseguida las manos de uno y otro se movían ansiosas por palparse, dejándose llevar por la pasión, besándose y acariciándose en lo más profundo.

—¿Tienes condones? —consiguió preguntar.

Dani se incorporó y del pantalón sacó un pequeño sobre.

Ella tuvo que sonreír cuando se lo ponía a toda prisa. Hacía tanto que no se sentía tan deseosa y deseada, que creyó que sucumbiría con aquel delirio de puro placer, de la dicha de tenerlo y de fundirse con él. Y nada le importaba en el mundo salvo ese instante.

Había cerrado los ojos y permanecía muy pegada a su cuerpo, no solo por la estrechez del sofá sino por sentirlo a él, pensando solo en la percepción de su olor y su presencia, en que la había hecho gozar… Entonces notó que le tocaba el muslo en la parte de la cicatriz y se tapó a toda prisa con la sábana. Él la apartó, se incorporó un poco y fue besándola centímetro a centímetro, muy despacio. Continuó hacia su cintura, sus pechos, los pezones que se endurecieron al contacto de su lengua y sus labios, mientras el pelo de su barba le cosquilleaba la piel. Hasta que subió a su boca y la besó largamente.

—No querías que sucediese en su casa —musitó en voz baja.

Él continuaba besándola.

—Hemos sido considerados —volvió a decir e hizo que la mirase a los ojos—. Dani, lo he engañado… He engañado a Roberto contigo, eres su sobrino y confiaba en ti… Somos despreciables… yo, mucho más.

Y se encogió como si de pronto le hubiese entrado frío.

—El amor nunca es despreciable —dijo él, abrazándola.

—¿Amor?

—Sí, amor, porque estoy enamorado de ti, aunque él lo esté también y me sienta mal por ello.

—Creo que confundes el amor con el deseo sexual, y eso es lo que ha pasado.

—Yo no lo veo así. Lo que siento por ti es tan intenso… nunca antes lo había experimentado, y si no es amor, no sé lo que es.

Paula tardó unos segundos en poder hablar.

—¿Y Roberto? Él no se lo merece.

—Si te quiere respetará tus sentimientos.

Ella se incorporó un instante.

—¿Y cuáles son mis sentimientos?

—Que me quieres como yo te quiero a ti —contestó y la atrajo hacia sí.

—No puede ser, soy muy mayor para ti o tú eres demasiado joven.

—No vuelvas a decirme lo de la edad. Solo tienes seis años más

que la primera mujer de la que me enamoré, la canadiense por la que empecé a dejarme barba para parecer mayor.

—O sea, que te gustan las maduritas. —Y no pudo evitar reírse.

—Me gustas tú —dijo serio—. Desde que te vi en el Vía Láctea no dejé de pensar en ti, y al conocerte me enamoré sin poderlo remediar. Además, suponte que vamos en un barco que naufraga y acabamos los dos solos en una isla desierta. Tú y yo seríamos un hombre y una mujer, para nada importaría la edad que tuviésemos.

Paula se carcajeó con su ocurrencia.

—Creo que estás loco… no existe esa isla ni estamos nosotros en ella.

—Pero sí lo es que te quiero, y que tú sientes algo por mí, no puedes negármelo.

Ella tardó unos segundos en poder hablar.

—Solo sé que me atraes hasta el punto de haber traicionado a Roberto porque no podía evitarlo.

—Ni yo, Paula, ni yo.

Se abrazaron besándose, y cuando de madrugada se despedían frente a la puerta de la casa, Dani le dijo en un susurro:

—Te espero en el mismo sitio, a partir de las tres y media.

Escuchó el motor del coche al ponerse en marcha cuando atravesaba el zaguán.

No pensaba volver; no debía hacerlo.

De nada le sirvieron las profundas reflexiones que se había hecho a sí misma, el sentirse culpable, odiarse, poblar su mente de remordimientos… Al día siguiente, a las cuatro, subía la cuesta de la ermita a pleno sol, con su bloc de dibujo bajo el brazo para disimular si lo necesitaba. Sin embargo, estaba igual de impaciente y deseosa que años atrás, cuando subía los peldaños desgastados hasta el ático para ver a Víctor.

Llamó a la puerta y Dani abrió enseguida, asiéndola por la cintura para hacerla entrar y echar el cerrojo.

—He venido —murmuró como si fuera una rendición.

Acto seguido no pudo resistirlo más, se arrojó en sus brazos, besándolo y dejándose besar, entregada a esa pasión sin freno porque ya no tenía voluntad. Lo único que la dominaba era el deseo que la arrastraba con una fuerza que creía olvidada y perdida para siempre.

Desde el sofá veía a través de la ventana el horizonte de un campo agreste salpicado de olivos con sus viejos troncos retorcidos hasta perderse en un fondo de montañas; ninguno de esos días vio aparecer una sola nube en el cielo, quizá porque todas estaban en su cabeza, agazapadas para colmarla de desasosiego. Parecía que iba a acabarse el mundo, que después de aquello todo desaparecería y dejaría de existir. Porque cuando lo tenía a su lado no se cansaba de mirarlo ni acariciarlo, y si hablaba lo escuchaba atenta porque era maravilloso estar con alguien al que las dificultades no le amedrentaban ni acobardaban, que estaba lleno de pasión e ilusión. Y sobre todo de vida. Tanta, que a veces le contagiaba su entusiasmo y le habría seguido en sus sueños con tal de que esos días intensos durasen. Pero, aunque no lo quisiera reconocer, sabía que no encajaba en ellos, que era demasiado tarde.

En ese momento, en el silencio de la iglesia, mientras mezclaba los colores que iba a utilizar, no dejaba de pensar en Dani. Se había ido a Madrid la tarde anterior y lo echaba de menos; por eso se quedó absorta mirando las imágenes y dorados del altar, y no se enteró de que alguien entraba hasta que vio a dos personas avanzando por el pasillo central.

Le costó un poco ubicarlos juntos, a Sofía con un hombre algo entrado en kilos, de mediana estatura, pelo rojizo y escaso peinado hacia un lado… Bruno Blanchet fue derecho hacia el mural, recorriéndolo con los ojos tras las gafas redondas, mientras a su lado pululaba Sofía como si de su sombra se tratara.

Después de unos minutos de exhaustivo examen, Bruno se dio la vuelta.

—Tenía curiosidad por ver cómo iba y conocer a mi sucesora. —Y tendió la mano a Paula que la chocó con desgana—. Nos presentaron en la galería de Roberto, durante la exposición de Javier Cerro, y no se me olvida una cara, menos aún si es hermosa.

Intentaba ser galante, aunque a ella en nada la alagó su comentario.

—Sí, lo recuerdo —dijo con frialdad.

Bruno volvió a mirar el mural durante unos segundos y empezó a comentarlo, señalando con gestos autoritarios, como si fuera un profesor ante su alumno.

—Yo tenía pensado un paisaje más elaborado, en esta parte unas

plantas, ahí quizá un arroyo… y en ningún caso el mar a lo lejos.

—Es un lago —corrigió ella.

—También iba a prescindir del pastor de la izquierda —continuó — y en cuanto al segundo plano…

—Siento que no le guste —lo interrumpió—, pero ahora soy yo la que está trabajando en ello y tengo mis ideas.

—Que supongo aprobará Roberto.

—Sí —repuso tajante.

—Él no tiene porqué ser el único que opine —metió baza Sofía —, también don José María, las de la asociación y el propio Arzobispado.

—A mí me ha contratado Roberto y es a él a quien tengo que rendir cuentas. Si alguien tiene alguna queja debe hablarlo con él.

—¡¿Acaso te va a discutir a ti algo?! —casi le gritó y su voz retumbó por la alta bóveda.

Bruno soltó una risita socarrona y Paula lo miró perpleja.

—Mi querida Sofía —empezó el pintor—, el que paga manda, y se entiende perfectamente porque la prefiere a ella. Roberto tiene buen gusto, no cabe duda.

Su mirada la recorrió de arriba abajo, y le repugnó lo que parecían expresar sus ojos.

—¿Ha venido para criticarme? —preguntó de inmediato.

—No, por supuesto que no.

—Entonces, si no le importa —y se dirigió también a Sofía—, tengo que seguir trabajando.

Les dio la espalda y continuó con lo que estaba haciendo, que era poner un poco de amarillo con un toque de carmín y mezclar con el blanco para la cara de la Virgen.

—No te enfades —oyó la empalagosa voz de Bruno—. De colega a colega es normal que nos metamos un poco, que surjan críticas y rencillas. Reconozco que deseaba haber hecho este mural, sudé la gota gorda para dejar la pared perfecta, luego saqué las proporciones de las fotos… Vamos, hice lo que se dice el trabajo sucio, y para qué negarlo, que Roberto me echara del proyecto cuando empezaba lo mejor, lo que se luce… no me sentó bien.

Paula se volvió; estaba cansada y lo tuteó.

—Eso háblalo con él, aunque tengo entendido que te pagó lo acordado.

Bruno tardó en darle la réplica.

—Tenía derecho a ello, la excusa que me dio fue injusta; tuve que ir a hacer un trabajo que tenía comprometido…

—No quiero entrar en eso —lo cortó—, no me concierne; es a

Roberto al que tienes que dar las quejas, no a mí.

Y volvió a darle la espalda para seguir, pensando que por fin se irían, cuando le escuchó decir:

—No creo que me hiciera mucho caso. A no ser que, por casualidad, llegara a sus oídos que su querida amiga anda tonteando con cierto joven… quizá entonces cambiaría de idea.

Se había quedado paralizada y el bote de blanco se le escurrió de la mano cayendo al suelo. Justo entonces sonaron voces; entraba Manuela con otras tres personas que no conocía y Sofía se pegó a su lado para hablarle al oído.

—Esta tarde, sobre las cinco, pasamos a verte y terminamos esta conversación.

Ambos se fueron cruzándose con los que entraban, mientras a Paula un sudor frío le recorría la espalda.

Manuela le presentó al alcalde y a los dos concejales que se interesaron por la pintura, le hicieron preguntas que respondió como pudo pues seguía aturdida, y dejó que la anciana llevase la voz cantante. En cuanto se fueron se sentó en el banco más cercano; no podía aguantar un minuto más en pie.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Manuela sentándose a su lado.

Ella negó con la cabeza.

—Pues no lo parece… estás blanca como la cal.

—Solo estoy cansada —pudo decir—. Voy a dejarlo por hoy.

A duras penas se levantó, y tuvo que sacar fuerzas para ordenar las pinturas y limpiar los pinceles.

—¿Qué hacía ese con Sofía? —le preguntó Manuela mientras cerraba la gran puerta de la iglesia.

—Quería ver cómo iba el mural.

—Y con Sofía —volvió a decir meneando la cabeza—. Va tras él y me parece que no es trigo limpio.

Paula no añadió nada al respecto y la anciana continuó:

—Sofía se fue a trabajar a Madrid cuando la dejó el novio después de varios años de relaciones, y tuvo mala suerte porque se echó otro peor que le sacó todo el dinero que tenía ahorrado en la cartilla. Por eso volvió con su madre y durante mucho tiempo fue la comidilla del pueblo. La gente es cruel con las desgracias ajenas y en los sitios pequeños como este no se perdona el orgullo después de haber caído tan bajo. Pero Hortensia consiguió que se metiera en la asociación, le buscó un trabajo de cocinera en el bar de Simón, y con todo eso pareció quedarse más tranquila después de tantos desengaños. Hasta que apareció el forastero ese.

Manuela saludó a un hombre que se cruzó con ellas y acabó

concluyendo:

—Con cincuenta años que tiene va detrás de él como si fuera una mozuela, y va a salir otra vez trasquilada.

—¿No pueden ayudarla su madre y sus amigas? —preguntó ella.

—Lo intentaron, le pillaron el aire enseguida porque no hacía más que soltarle toda clase de zalamerías que por supuesto ella se creía. Incluso puede que le haya hecho promesas, ya que está con él. —Suspiró profundamente, alzándose de hombros—. En fin, no podemos hacer otra cosa que esperar, será lo que Dios quiera.

Paula se despidió de Manuela frente a la puerta de su casa y continuó su camino.

Seguía sintiendo escalofríos, aunque el sol del mediodía calentaba con intensidad.

La puerta no estaba cerrada con llave y Sofía entró sin llamar, tan desenvuelta como si lo hiciera en su propia casa.

—Bruno tuvo que irse, pero yo sola me vasto para tratar el asunto. —Y la miró con arrogancia al decir —: ¿nos sentamos? Llevo todo el día de pie y estoy muerta de cansancio.

No esperó su ofrecimiento. Caminó patio adelante hasta hacerlo en una de las sillas de forja blanca que rodeaban la mesa donde Paula desayunaba muchas mañanas, bajo la parra que se enredaba entre los barrotes de la escalera y la terraza.

—No está nada mal este sitio —dijo mirando en derredor.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó impaciente—. O, mejor dicho, ¿qué queréis Bruno y tú?

Sofía puso un gesto que Paula no supo interpretar; sus ojos eran pequeños y claros, la nariz larga y afilada, y los labios tenían un rictus desdeñoso a pesar del carmín rosa.

—Es algo muy sencillo —habló con tranquilidad, cruzando las piernas—. Tienes que dejar de trabajar en lo de la iglesia.

—¿Dejar el mural?

—Eso es. Dirás que tienes molestias en la mano, algo que no extrañará a nadie porque, según tengo entendido, a causa del accidente no pudiste trabajar durante meses.

—Pero… tú y Bruno estáis… No pienso dejarlo.

—Sí lo vas a hacer.

Aquella seguridad y contundencia la desarmaron y la dejaron sin palabras, y Sofía prosiguió:

—Don José María y Manuela, que en el fondo es la que manda en todo el tinglado de la iglesia, quieren que se acabe para la Asunción o al menos no más allá de finales de agosto porque se van los veraneantes y hay menos gente en el pueblo. Su intención es hacer una especie de inauguración, vendría el arzobispo y además el canal autonómico haría un reportaje. Por eso, al dejarlo tú, tendrán prisa y no les quedará otra solución que recurrir a Bruno, y puede que tu Roberto hasta se lo suplique.

—Lo que pretendéis es… —empezó, pero se quedó cortada.

—Algo muy sencillo —continuó ella—. Bruno tiene que venir y tú largarte, al menos del trabajo; puedes seguir en esta casita de princesa que te ha puesto tu querido.

Y volvió a mirar a su alrededor, estirando el cuello.

—¡No haré tal cosa! —saltó ella y se levantó ofendida.

—Tranquila, chica…

—Estoy tranquila, eres tú la que no sabe lo que dice… Roberto confía en que yo lo haga y voy a hacerlo.

—Pobre hombre, sí supiera… pero el sobrinito es tan mono...

Paula sintió que se ahogaba.

—Quizá te interese saber cómo me he enterado de lo que te traes con el nieto de Manuela —dijo con sorna—. Me lo pusiste fácil, no solo te vi con él en el coche saliendo del pueblo, lo que me confirmó todo fue el día que lo vi entrar en la iglesia y se escondió, o lo escondiste para que no lo viera y luego hiciste el paripé de que olvidaste las gafas. Fuiste rápida en recuperar la llave para sacarlo cuando lo habías encerrado.

Se carcajeó con ganas antes de añadir:

—Al contarle a Bruno mis sospechas me pidió que lo siguiera para que no quedasen dudas y lo hice, por eso sé que el día del entierro de Camilo estuvo aquí después de la conversación que os oí a la salida de la iglesia… Y también que os veis en la casa que tiene Manuela cerca de la ermita.

Podía protestar, decirle que eso no significaba que hubiese algo entre ellos, pero no se atrevió por miedo a delatarse aún más.

—Creo que me has entendido por fin —dijo levantándose, con la expresión satisfecha reflejada en el rostro—. Les dices que te molesta la mano, que temes una recaída, incluso que llevas unos días mal y no mejoras. Así, como quien no quiere la cosa, le sugieres a Roberto que le dé el trabajo a Bruno, que es el mejor para terminarlo, ya que él lo empezó. O lo que se te ocurra con tal de que vuelva.

Seguía en silencio y la miró.

—¿Está claro?

—Totalmente —contestó ella—. Pero si Roberto no quiere contratarlo…

—Querrá, tú te encargarás de ello.

—¿Puedo preguntarte por qué haces esto?

—No es nada personal contra ti —dijo en un tono casi amistoso—. Incluso me caes bien, pareces maja, pero cuando una está enamorada se hace lo que sea… No voy a explicártelo, tú debes saberlo como yo.

Pasó por alto su indirecta para preguntarle:

—¿Estás enamorada de Bruno?

—Es evidente.

—¿Y él? ¿Crees que lo está de ti?

—Lo estará —replicó con gesto altivo—. Por eso lo ayudo; comprenderá lo que siento y cuando acabe el mural me llevará con él y dejaré este pueblo de mierda.

Sus últimas palabras las dijo con rencor, incluso con un matiz de desesperación.

—En nuestro mundillo del arte tiene fama de ser un sinvergüenza y…

—¡No te consiento que le insultes ni hables mal de él! —gritó como si se hubiese vuelto loca de repente—. Y menos alguien como tú que no puede presumir de ser una santa.

Paula se quedó muda; no podía objetar nada porque en el fondo sabía que tenía razón.

—Este fin de semana viene tu amigo —continuó con más calma—. Le empiezas a decir lo de la mano, que te molesta un poco, pero sigues la semana, sin avanzar porque te duele cada vez más. Bruno está libre a partir del viernes y podrá venir a ocupar tu puesto. —Y sintió su mirada gélida cuando le decía—: si no haces lo que te he dicho, me presentaré y le diré a tu amigo Roberto que te entiendes con su sobrino.

Parecía que aquella entrevista se había terminado, sin embargo, al llegar a la puerta voceó:

—¡Una recaída, no lo olvides! Tienes como máximo hasta el viernes que viene.

Capítulo 10

Eran los últimos rayos del sol de la tarde y, aunque no le molestaban, no se quitó las gafas oscuras. Estaba en la terraza, tumbada en una de las hamacas, escuchando indolente a los pájaros que se refugiaban en la arboleda en espera de que cayera la noche, con sus trinos incesantes y alborotados, como si antes de que el último resplandor desapareciera tuvieran que contarse los pormenores del día.

Y ella volvía a recordar el suyo.

Cuando había estado ante el mural esa mañana lo había contemplado durante una hora, pensando en cada pincelada, cada color empleado, cada mezcla hasta conseguir el tono que buscaba, y con ello las semanas de trabajo con las ilusiones que de pronto se desplomaban. Y sintió el mismo vacío que dejaba en aquel muro y que ya no le correspondía a ella terminar… Entonces colocó los botes alineados, limpió bien todos los pinceles, vació los tarros de agua, tiró a la basura los trapos manchados y unos papeles que no servían, y dejó tan solo los apuntes que había realizado por si a Bruno le interesaba aprovecharlos. Después volvió a echar otro vistazo a la mesa, comprobó que todo el material estaba en orden, y lo cubrió con la tela.

En la sacristía dejó parte de sus cosas; no convenía interrumpir el trabajo abruptamente, tenía que disimular y seguir el guion marcado por aquella pareja de conspiradores. Sin embargo, no sería el lunes el inicio del «primer acto», sino en ese momento. El principio de la comedia que debía interpretar comenzaba. Por eso, al entrar en la casa de Manuela a dejar la llave, esta se sorprendió al

verla tan temprano pues eran apenas las once y le preguntó por ello.

—No me encuentro bien. Tengo molestias en la muñeca y he preferido dejarlo.

—Es lo mejor —repuso la mujer—. Has trabajado mucho y no deberías exigirte tanto después de lo que pasaste con el accidente. Descansa y no te preocupes, que veo que eres de las que se agobian por todo.

Paula hizo una mueca, aprobando con un gesto de cabeza sus palabras, mientras ella le sonreía pasándole la mano por el brazo en un gesto cariñoso.

Los trinos habían cesado y dejó las gafas de sol sobre la mesita para contemplar la puesta de sol. Parecía reflejar los últimos rescoldos de un incendio, con los colores naranjas y amarillos disolviéndose en el azul oscuro donde vio aparecer la primera estrella. En ese momento le llegó con nitidez el sonido del motor de un coche. Se había detenido y, al instante, empezó a percibir los latidos de su corazón. Se incorporó nerviosa y oyó el abrir y cerrar de puertas, más de una, y voces, por eso supo que no era solo Roberto el que llegaba.

Bajó apresurada la escalera y a la primera que vio fue a su hermana Graciela.

—¡Sorpresa! —le gritó abriendo cómicamente los brazos.

Y no paraba de reír, lo que contagió a Paula, que se fundió con ella en un fuerte abrazo.

—¿A que no me esperabas?

—No, ni Roberto me comentó nada.

—Tampoco lo sabía él. La idea se me ocurrió ayer y nos plantamos en su casa con la maleta.

Salvador entraba en ese momento y saludó a su cuñada después de dejar el equipaje en el suelo. Se preguntaron mutuamente cómo estaban, hasta que por último entró Roberto. Llevaba su habitual bolso negro y un paquete grande envuelto en papel. Los dos se miraron y ella notó como sus ojos eran incapaces de disimular el amor que sentía, que si sus amigos no hubiesen estado allí, habría soltado lo que llevaba en la mano para ir derecho a estrecharla entre sus brazos. Sin embargo, parecía cohibido y se acercó despacio, dándole un beso rápido en los labios, sin dejar de mirarla, en tanto ella no se atrevía a fijar los suyos; creía que, si lo hacía, él leería como en un libro abierto todo lo que le pasaba por la cabeza, en especial su traición.

—He traído el cuadro enmarcado —dijo refiriéndose al paquete

y, aproximándose a su oído, le susurró—: habría preferido estar a solas contigo.

Aun así, la enlazó por la cintura un instante para darle otro beso precipitado antes de que Graciela se volviera. Una prevención inútil, pues ella los vio y en tono cómplice le guiño un ojo a su hermana.

—Veo que la cosa marcha, ya me contarás —le dijo cuando Roberto pasaba delante para indicarles su habitación.

Cuando terminaron de cenar, los cuatro se instalaron en las hamacas de la terraza, para tomar un vino que Roberto había subido de la cueva.

Graciela acababa de informarle a su hermana que sus vacaciones empezaban ese lunes, y estarían fuera dos semanas. También le habló de sus hijos, que se quedaban solos «y encantados de la vida», matizó.

—Luego Emma va con unas amigas a Málaga, y Hugo de acampada a la costa gallega. Como ves, cada uno por un lado y de punta a punta del mapa.

Se rio tomando un poco del vino que alabó, y la conversación siguió por ahí, pues Salvador le preguntó a su amigo por la cosecha y demás detalles, para acabar hablando de nuevo de las vacaciones, en concreto de Tenerife que era su destino; Roberto lo conocía y le pidieron consejo de los lugares para visitar.

—Está, por supuesto, el parque nacional del Teide, luego Masca, que es un pueblo muy bonito con paisajes espectaculares y que al parecer era una zona perfecta para que se escondiesen los piratas, y no os perdáis una excursión en velero por la zona del acantilado de Los Gigantes para ver ballenas...

—Haremos lo que nos dé tiempo —atajó Graciela—, porque lo que yo estoy deseando es tumbarme al sol como una lagartija y ponerme morena.

—Para eso te encantará la playa de las Teresitas, cuando yo estuve acababan de sustituir la arena negra por una que llevaron del Sahara.

Continuaron hablando de las islas, en especial de la gastronomía que aparte de las playas era lo que más le interesaba a su cuñado, mientras Paula miraba la iglesia iluminada. No escuchaba y apenas había bebido dos sorbos de vino; no le apetecía, aunque estuviese bueno, y agradeció el amparo de las sombras nocturnas que no dejaban ver con claridad su rostro, pues de lo contrario habría tenido que aparentar un interés que no sentía. Como le había ocurrido durante la cena, fingir alegría y ánimo, bajo la constante

mirada de Roberto que no dejaba de estar pendiente de ella. Afortunadamente, una parte de la conversación giró en torno al cuadro que colgaron en el comedor y que destacaba con el marco de madera de estilo rústico, en consonancia con el resto de la decoración. Lo demás fue simular tiernas sonrisas tras sorprenderla con una caricia bajo la mesa, mientras luchaba en su interior para no dejar traslucir los pensamientos que le traían el recuerdo de Dani. Volvió por eso la cabeza hacia la oscuridad de la arboleda, preguntándose si habría llegado y si su coche estaría aparcado donde siempre.

—Podríamos ir a dar una vuelta y tomar algo —sugirió Salvador.

—Estoy cansada —repuso su mujer—. Hoy madrugué más que nunca para dejar listo el expediente de un caso y luego el equipaje, el de aquí y el del viaje.

—Pero mañana nos levantamos tarde —dijo él.

—Da igual, Salva, estoy molida y no me apetece nada. Si vosotros queréis salir, yo me voy a la cama encantada.

—Si tú no vienes, paso —acabó diciendo su marido.

—¿Quieres salir tú? —le preguntó Roberto, extendiendo la mano y tocándole el brazo.

Paula sabía que aquel ofrecimiento podía ser una excusa para estar a solas y tuvo miedo de ello.

—Prefiero quedarme —contestó.

La charla había continuado hasta que Paula se dio cuenta de que su hermana no hablaba porque se había quedado dormida y se lo dijo a su cuñado. Él se levantó y tiró despacio de ella.

—Vamos, bella durmiente, a acostarse.

Ella refunfuñó, pero se dejó llevar y bajaron abrazados. En ese momento la iluminación de la iglesia se apagó.

—Yo también me voy a la cama —dijo Paula, que se volvió y distinguió a Roberto en las sombras, con la copa en la mano—. ¿Te quedas?

—Sí, un poco más, voy a terminarme esto.

Sabía que lo correcto habría sido esperarlo, pero no lo hizo. Le dio las buenas noches y se apresuró en ir a encender la luz para que su cuñado viera por donde andaba con su mujer colgada del cuello, tan dormida que apenas entendió su respuesta cuando se despidió hasta el día siguiente.

Pensaba que sería la primera en levantarse, pero al entrar en la cocina se encontró a Roberto poniendo la cafetera sobre la placa. Nada más verla se acercó, rodeándola con los brazos, y después de retirarle el mechón de pelo que le caía sobre la cara, la besó despacio. Ella no hizo nada, solo dejó sus labios cerrados para que él posara los suyos.

—¿Dormiste bien? —preguntó enseguida y ella inclinó la cabeza afirmando.

No dejaba de abrazarla ni mirarla, haciéndola sentirse cada vez más incómoda.

—Estas dos semanas se me hicieron eternas —dijo casi en susurros—. A veces me costaba concentrarme en el trabajo pensando en ti, en que debí haberte hecho caso y llevarte conmigo como me pediste, aunque el mural se quedara sin hacer.

Ella sonrió. Sí, habría sido lo mejor, porque entonces nada de lo sucedido con Dani la atormentaría, ni siquiera esas caricias en su cabello. Hasta que empezó a salir el vapor de la cafetera y la soltó.

—Esos se levantarán tarde, ¿qué te parece si desayunamos en el patio?

Ella aceptó y entre los dos llevaron el café, la jarra de la leche y dos vasos con zumo de naranja, además de algo cubierto con papel de aluminio.

—Ha pasado mi tía y ha traído un bizcocho, tiene una pinta estupenda.

Lo había dejado sobre una fuente y en verdad parecía exquisito. También se estaba bien sentado a la mesa en el patio y bajo el sol templado de la mañana.

Paula se llevó el zumo a los labios, mientras Roberto se servía un café con leche.

—Cuéntame qué tal estos días —le pidió mientras empezaba a cortar un trozo de bizcocho.

—Ya lo hice cuando hablamos por teléfono —repuso en un tono apático que a Roberto no le pasó desapercibido.

—¿Te ocurre algo? —preguntó soltando el cuchillo.

Ella tomó un poco de café que le supo amargo; había olvidado poner azúcar.

—No me ocurre nada —contestó sin mirarlo, y se echó una cucharada de azúcar, removiéndolo.

—Mi tía me preguntó por ti cuando trajo el bizcocho. —Hizo una pausa como si esperase algún comentario, pero ella no supo qué decir y continuó—: no sabía que tuvieses molestias en la mano y que por eso ayer lo dejaste. Además, me comentó que te notó

cansada o que algo te preocupaba.

Paula tardó unos segundos en contestar. Sentía su mirada clavada mientras la suya seguía en la taza de café.

—Tuve algunas molestias —habló al fin, alzando la vista hacia él.

—No me lo dijiste cuando te llamé, y no deberías esforzarte demasiado si te duele.

Ella no replicó y él pareció entender su silencio.

—No te preocupes. —Echó el cuerpo hacia adelante para llevar la mano a su rostro, acariciándolo—. Si no te encuentras bien lo dejas y descansas lo que necesites.

—Este fin de semana será suficiente.

—Cómo te parezca, pero no hagas nada si no puedes, a la mínima paras, ¿de acuerdo?

Ella asintió, mirándolo durante un segundo, y él terminó de partir un trozo de bizcocho que le ofreció. Mordió un poco y, ciertamente, no podía estar más bueno, pero sentía que el estómago se le había cerrado de repente y era incapaz de tomar bocado. No obstante, disimuló y se lo comió todo para que no notara su inapetencia y volviera a preguntarle si le pasaba algo.

Al terminar el desayuno, Roberto le propuso dar una vuelta por el terreno para hacer tiempo mientras esperaban a que el matrimonio se levantase. Iban a ir luego a la iglesia a ver el mural, después de la misa de las doce, y Paula no pudo negarse a que la cogiera de la mano para recorrer el sendero principal.

—Ahora va a ser precipitado, mejor el fin de semana que viene, estaremos solos y podremos hablar tranquilamente.

Ella lo miró como si no comprendiese a qué se refería.

—No voy a agobiarte —la tranquilizó él—. Quiero que todo vaya sin que te sientas presionada.

—Aún no sé si estoy preparada —logró decir casi a media voz.

La expresión que leyó en sus ojos fue de temor.

—¿Te arrepientes de cómo va lo nuestro o piensas que te atosigo demasiado?

—No… solo que… ya te dije, que debíamos ir despacio.

Roberto se detuvo.

—No me importa ir todo lo despacio que quieras si al final estamos juntos.

—Ten paciencia conmigo —dijo, sin saber ni ella misma lo que significaba.

—Toda la del mundo, Paula —repuso él y la miró con calidez—. Aunque tengo a mi madre bastante preocupada. Creyó que sentaría

la cabeza con Natalia y cuando rompimos me soltó con que si no me interesaban las mujeres, que si ese era el motivo por el que no me casaba ni duraba mucho con ninguna. Me reía oyéndola argumentar que por eso vestía bien, me cuidaba y me gustaba el arte. Y lo cierto es que sería más fácil de entender que intentar explicarle que llevo esperando a la misma mujer desde hace años, que estoy enamorado de ella… y cada día lo estoy más. —Alzó la mano que le tenía cogida y se la llevó a los labios, besándola—. Nos irá bien, amor mío.

Sonrió y ella también, aunque en su fuero interno sintiera una inmensa amargura, junto al deseo de que fuera como él decía. Quería amarlo sin dudas, porque cualquier mujer en sus circunstancias lo haría al tener a un hombre semejante en lugar de perder el tiempo con un chico al que sacaba quince años.

Continuaron el paseo hasta que vio aparcado el coche gris de Dani y notó que el corazón se le aceleraba.

—Llegó al poco de iros a acostar —comentó Roberto.

Todos alabaron su trabajo, en especial su hermana, a la que no le sorprendió que Paula le dijese que aún serían dos meses de trabajo.

—Entonces te queda tiempo de estar aquí.

—Sí —murmuró apenas.

Al salir de la iglesia fueron derechos al bar de la plaza, bastante concurrido, aunque encontraron una mesa libre junto a la ventana.

—La vez que estuvimos aquí no había tanta gente —comentó Graciela mientras observaba a su marido y a Roberto que se hacían un sitio en la barra para pedir la consumición.

—Es verano y son vacaciones, además el miércoles empiezan las fiestas.

—Podías tomarte unos días, pero supongo que no te interesa para no alargar el trabajo…

Paula le dio la razón con un gesto.

—Oye, ¿y qué tal con Roberto? —preguntó sonriente.

—No quiero decirte nada aún.

—Pues él está muy ilusionado; nunca lo he visto mejor, está feliz y no puede evitar que se le note lo colado que lo tienes…

Graciela se calló; ellos se acercaban con las bebidas que dejaron sobre la mesa, y Paula bebió un poco a la vez que miraba por la ventana. Veía la plaza, los banderines colgados como preludio de

las fiestas que se aproximaban, y había más coches de lo habitual, con gente deambulando de un sitio a otro o entrando y saliendo del bar. Como los tres jóvenes que se encaminaban hacia la puerta, entre los que distinguió a Dani, que fue el último en entrar. Había seguido a sus amigos hacia el lado contrario al que se encontraban ellos, y se perdió entre la concurrencia que llenaba el local.

Graciela estaba en ese momento hablando de su madre y de Abigail, y Paula no podía concentrarse. Oía su conversación a fragmentos, ya que no le interesaban las andanzas de su hermana pequeña y de su madre con sus amistades de la alta sociedad marbellí. Tampoco las sospechas que le comunicó sobre Abi y la relación que se consolidaba con su amigo americano, pues estaba pendiente de distinguir a Dani entre la masa de gente. Hasta que lo vio y se pasó varios minutos sin quitarle ojo; sin embargo, al darse la vuelta, se dio cuenta de que no era él y se sintió estúpida. No volvería a hacerlo y puso su atención en su cuñado y en su hermana, que le preguntaban sobre la pintura y su estancia en el pueblo. Ella empezó a relatarles su rutina diaria, incluso que había asistido a un funeral, y se creyó de pronto tan libre de angustias que miró a Roberto y correspondió sinceramente a la sonrisa que le dirigió.

—Ahí está mi sobrino —dijo él de pronto, alzando el brazo para captar su atención.

Paula miró en esa dirección y lo vio abriéndose paso entre la gente, hasta llegar a la mesa.

Roberto se lo presentó a Salvador y a Graciela.

—Siéntate un rato con nosotros —lo invitó.

Él aceptó, aunque antes fue a decírselo a sus amigos y volvió con su bebida, acomodándose en la silla entre su tío y ella. Solo entonces desvió un momento la vista y le sonrió con un «hola» amistoso que Paula sintió como el más tierno de los abrazos.

Dani le contó a Roberto que había estado en Madrid en el cumpleaños de su ahijado y que también había ido su madre.

—Me dio recuerdos para ti.

—¿Y qué tal está?

—Bastante mejor; va a quedarse una temporada en París, aunque dice que no es capaz de decir más de tres palabras en francés, así que no va a ningún sitio sin su hermana.

Continuaron hablando y con ello salió a colación que le quedaban dos asignaturas para terminar Derecho.

—A mí tampoco me gustaba el derecho financiero —dijo Graciela—. Una compañera mía tardó tres años en sacarlo.

—Yo espero hacerlo antes de que cambien el plan de estudios —observó Dani.

Al igual que había hecho ella, Dani estudiaba en la Complutense y durante unos minutos estuvieron hablando de los profesores que habían tenido en común, hasta que Graciela se percató de que conocía a su hermano.

—Presidió uno de los juicios que llevó mi despacho y es muy competente; tiene gran reputación a pesar de lo joven que es.

—Sí, es el cerebrito de la familia.

El bar se había ido vaciando poco a poco y los amigos de Dani se acercaron para decirle que se iban. Él se levantó, pero antes de marcharse los invitó a ir al día siguiente a navegar al pantano.

Salvador aceptó enseguida, igual que Roberto. No así Graciela, que se excusó y dijo que fueran ellos solos, pero a Roberto se le ocurrió una idea.

—Podríamos ir todos a comer a un sitio que hay en el pueblo de al lado, luego nos damos la vuelta en el barco y si vosotras no queréis venir, por allí cerca se puede pasear; siempre que no os importe esperar.

—Unas dos horas como mucho —informó Dani.

—Me parece buena idea —dijo Graciela, y se dirigió a su hermana—. Podemos tomar un poco el sol.

En eso quedaron, y cuando Dani salía con sus amigos a la calle, Graciela comentó:

—Es simpático tu sobrino, y muy guapo, bastante más que su hermano el juez.

—Me voy a poner celoso —protestó su marido.

—No seas bobo —repuso ella dándole con el codo—, si es un crío.

Habían quedado con Dani a la una, y en cuanto estuvieron listos partieron en el coche de Roberto hacia la carretera de curvas pronunciadas que Paula ya conocía, y de la que Graciela no dejó de decir que la mareaba.

—Espero que vengamos con la digestión hecha porque si no voy a echar la pota.

—¿Quieres ponerte delante? —le ofreció su marido.

—Déjalo, quizá a la vuelta.

Dani estaba en el asiento trasero, junto a la ventanilla y al lado

de Paula, que ocupaba el del medio, por eso sintió su pierna pegándose a la suya; ambos vestían pantalón corto y percibía el contacto de su piel, igual que los dedos de su mano rozándole el brazo que por un segundo acarició. Ella se sobresaltó al notarlo, echándose bruscamente hacia adelante, tanto que creyó que todos se habían dado cuenta de su turbación, y solo fue Dani, que no volvió a intentarlo cuando se recostó de nuevo en el asiento.

Enseguida llegaron al pueblo. Hacía bastante calor y el sol daba de pleno, pero en el restaurante pudieron sentarse bajo la sombra de una frondosa parra. Paula, antes de hacerlo, fue al baño situado dentro del local, después de un largo pasillo a la derecha como recordaba de la vez que había estado con Dani. Y con él se topó cuando salía. La esperaba, y sin decir palabra la sujetó de la cintura para besarla. Ella dejó que sus labios recorrieran los suyos, que le correspondieran mientras sus manos le apretaban contra su cuerpo.

—Va a entrar alguien —susurró miedosa.

—¿Cuándo nos veremos?

No contestó porque la puerta se abrió de golpe y entró un niño corriendo. Ellos ya se habían separado y, cuando el pequeño desapareció tras la puerta del baño, Dani se acercó de nuevo y habló en voz baja.

—En cuanto se vayan, te espero en la casa Del Alto.

Ella no dijo nada y se apresuró en volver a la mesa donde Graciela leía en alto la hoja plastificada del menú y las raciones.

—Lo que queráis, pero la tortilla de patatas que no falte —decía su cuñado.

Cuando regresó Dani del baño terminaron de decidir y, mientras traían la comida, Roberto le preguntó a su sobrino por su padre.

—La última vez parecía cabreado.

—Y sigue así —repuso él con una sonrisa—. Los planes que tenía para un negocio se fueron al traste, no sé si sabías que en Los Cañizos hay un yacimiento romano.

—Algo he oído, y creía que tu padre iba a vender la finca.

—Sí, a unos que iban a hacer un campo de golf. Pero se creó una Plataforma que ha conseguido una inspección y lo más seguro es que se declare de interés social.

—¿Una expropiación forzosa? —preguntó Graciela.

—Así es. Hay un enclave arqueológico y las únicas obras que se realizarán serán para ese propósito.

—Si se ha quedado sin la oportunidad de ganar más dinero, no me extraña que estuviese tan enfadado —dijo Roberto.

Dani contó a todos aquella historia, sin que ninguno pudiera

sospechar que tanto él como Paula habían sido partícipes decisivos en ella.

La comida continuó en agradable charla para todos, menos para Paula, que no habló apenas. Observaba a unos y a otros, en especial a Dani, sentado frente a ella. Sentía una mezcla de sensaciones y no podía remediar que a su mente le llegaran las imágenes de su cuerpo pegado al suyo, sus caricias y sus besos, incluso el último que se habían dado en el pasillo de los servicios. Y de repente pensó: «¿Qué pasaría si dijese que la atraía Dani? ¿La mirarían como si se hubiera vuelto loca? ¿Se hundiría sobre ella la parra que los protegía del sol… o el mundo entero? Y, sobre todo, ¿qué haría Roberto?». Una opresión le llegó al pecho, como si no pudiera respirar, y volvió a tener la misma sensación que por la mañana: el estómago se le cerró y no era capaz de comer. Afortunadamente nadie se dio cuenta de su inapetencia, los platos que habían pedido estaban dispuestos en el centro de la mesa para que cada uno se sirviera. Miró entonces a Dani y él lo hizo a su vez, un instante, con tanta intensidad que supo que notaba su angustia porque sus ojos le dijeron: «Yo también estoy asustado, pero no puedo evitar quererte».

La sobremesa debía ser breve para que no se les hiciera tarde para la navegación, y en cuanto terminaron se dirigieron al embarcadero.

—¿Conocías este sitio? —le preguntó su hermana mientras admiraba el paisaje.

—Vine dos veces. Es muy bonito, sobre todo la zona por la que se entra en el cauce del río.

—No lo dudo, pero si me sugieres que vaya en ese barquito paso, es demasiado pequeño y no me entusiasma navegar.

Esperaron a que Dani bajara el motor fuera borda y arrancara, y cuando Salvador y Roberto se situaron en el asiento de popa, Dani maniobró para sacarlo del embarcadero; solo cuando tomaban rumbo hacia lo ancho del pantano, se volvieron para decirles adiós con la mano.

Paula dejó que su hermana decidiera dónde se sentarían, por lo que anduvieron durante varios minutos, bordeando la orilla hasta una zona de eucaliptus. Allí extendieron la manta que les había proporcionado Roberto.

—Como no me esperaba que vendría a un sitio así y podía aprovechar para tomar un poco el sol, no traje bañador —dijo Graciela.

—Hazlo, por aquí no creo que pase nadie.

Sin pensárselo dos veces se quitó la camiseta y el sujetador y se tumbó boca abajo sobre la manta.

—Me avisas si viene alguien —logró entender que le decía.

Paula se había quedado en la parte sombreada, mirando la lancha deslizarse sobre las aguas. El ruido del motor acabó por desaparecer a la vez que su silueta se perdía en el horizonte, pero oyó otra embarcación, una que arrastraba a un esquiador acuático, y no muy lejos un pequeño velero con tres ocupantes, un adulto y dos niños que se afanaban por moverlo en aquella calma donde apenas soplaba el viento.

El agua casi cegaba con su resplandor, y Paula pensó si habría logrado captarlo en el mural. Pero se olvidó de ello al volverse hacia su hermana que parecía adormilada.

—Graciela —llamó muy bajo, deseando que realmente estuviera dormida.

—Humm… —respondió sin moverse.

En ese momento, sin apartar la vista del agua y con el aroma a eucalipto que le traía la cálida brisa, decidió que se lo contaría todo.

—Tengo… tengo un problema.

Ella levantó un poco la cabeza que tenía apoyada sobre los brazos cruzados.

—¿Un problema dices?

—Sí.

—¿Qué clase de problema? ¿Algo grave?

—Bastante.

Percibió la mirada asustada de su hermana que empezaba a incorporarse, y antes de que lo hiciera del todo lo soltó.

—Estoy… creo que estoy enamorada.

Graciela cambió su expresión y se echó a reír.

—¡Qué susto me has dado! Ya lo sé, y me alegro, por fin sientas la cabeza y era…

—No me refiero a Roberto —la cortó antes de que siguiera.

En décimas de segundo se incorporó del todo, y mientras se ajustaba el sujetador, Paula continuó:

—Tampoco se con seguridad si estoy enamorada o simplemente es una atracción física, y tengo que decírtelo porque no aguanto más.

Graciela había logrado encajar el cierre del sujetador que parecía resistírsele y preguntó.

—Pero ¿de quién me estás hablando?

—De Dani.

—¿El chico ese… el sobrino de Roberto? —Y se quedó boquiabierta, con la vista perdida en la lejanía; luego se volvió hacia ella—. No puedes estar… te lleva…

—Tiene veintiséis años, así que no hace falta que lo calcules, son quince.

—Tú no estás bien —repuso incrédula, moviendo la cabeza a un lado y otro—. ¿Cómo se te ocurre? Está muy bueno, de eso no cabe duda, pero de ahí a decir que a lo mejor te has enamorado…

—Y él de mí —aclaró.

—¿Cómo que él de ti?, ¿qué quieres decir con eso?

—Que tenemos una relación.

La miró con los ojos muy abiertos.

—¿Te has acostado con ese niñato?

—Con ese hombre —puntualizó ella—. Es más joven que yo, pero no es ningún niño.

Graciela seguía mirándola sin borrar de su cara la expresión de desconcierto, tanto que parecía una imagen congelada.

—¿Y Roberto? ¿Qué pasa con él? —Paula no contestó—. Está convencido de que lo quieres, me ha dicho que va a pedirte que te cases con él y está seguro de que aceptarás, cosa que no me extraña, pues parecía que tú… No lo entiendo… ni sé cómo has podido darle esperanzas haciéndole creer…

—Cuando pasó eso no había nada entre Dani y yo —se apresuró en decir.

—Aun así, Paula, tú y ese chico… quince años es mucho.

—Mamá era dieciocho años menor que papá.

—Aparte de que estoy en contra porque es una idea machista, lo cierto es que los hombres pueden hacerlo sin que se les critique como a nosotras. Y mamá se casó por interés, lo sabes tan bien como yo, mientras que tú hablas de amor.

Notaba que se le humedecían los ojos, sobre todo al ver el gesto de su hermana; no solo de reprobación, también le pareció adivinar cierto desprecio cuando suspiró:

—¡Pobre Roberto!

—¿Y yo? —preguntó angustiada—. ¿No te doy lástima yo?

—¡Claro que me la das! Porque tengo la impresión de que quieres estar con ese chico y sabes de sobra que no hay futuro con él, que si sigues, lo único que vas a conseguir es creer que tienes menos años de los que en realidad tienes. Porque eso de que la edad es un estado de ánimo son pamplinas y él es muy joven, Paula, tarde o temprano te dejará por otra, eso tenlo por seguro.

—Él dice que me quiere —musitó.

Graciela hizo esfuerzos para hablar con calma y no subir la voz.

—Vale, voy a admitir que sea verdad que te quiere, pero te repito, ¿hasta cuándo? —Al no obtener respuesta por su parte continuó—: no sigas con eso, te vas a hacer daño y no solo a ti, también a Roberto, lo vas a destrozar como se entere.

Ella se revolvió nerviosa.

—¿Solo te preocupa lo que pueda sufrir él? ¿Y yo? ¿O crees que no sufro por ello? Quería enamorarme de Roberto, que no existiera nadie más… Pero pasó, no sé cómo, solo que fue algo superior a mí, a nosotros.

Bajó la vista a la manta de cuadros donde estaban sentadas y habló como si lo hiciese para sí misma.

—Ojalá pudiera cambiar las cosas, porque si no puede ser, no sé qué sentido tiene todo. Para qué he tenido que… Si es imposible… ¿para qué?

Y se llevó las manos a la cara, tapándose.

—Paula, debes dejarlo ya, cuanto más tiempo pase será peor.

—No es tan fácil. —Y la miró—. No me lo puedo quitar de la cabeza.

Graciela se quedó por un momento sin palabras, contemplando cómo le corría una lágrima por la mejilla. Se acercó y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Lo ves, Paula? Ya estás sufriendo. Déjalo enseguida; dile que no puede ser. Es un chico inteligente, lo entenderá.

—Él quiere seguir, dice que no le importa la diferencia de edad.

—Porque debe ser la primera vez que se ha enamorado de verdad y tú eres estupenda, además pasarías por alguien diez años menor. Pero eso no te durará eternamente, la diferencia de edad sigue ahí, es implacable y se irá notando más porque él es muy joven ¿O vas a empezar a quitarte años como mamá? ¿Te harás la cirugía para estar a su altura?

Paula permaneció callada.

—Si no estuviera Roberto en medio de esta historia, te diría, ¡adelante, dale gusto al cuerpo mientras dure! Pero no es solo eso, también es su sobrino, sería humillante para él si se enterase.

Entonces, casi en un hilo de voz, le contó el chantaje al que se había visto sometida por parte de Sofía y Bruno Blanchet.

—¡Serán hijos de puta! —exclamó sin poder evitarlo, y acto seguido preguntó—: ¿Os han visto acaso?

—No.

—Pues niégalo.

—No sé si tendría fuerzas para hacerlo porque es verdad.

—¿Y qué vas a hacer?

—Dejaré el trabajo, no quiero que sean ellos los que se lo cuenten.

—¿Insinúas que se lo vas a decir?

Asintió con un gesto de cabeza.

—Pero si dejas a ese chico es mejor no hacerlo, y si esos dos pájaros cantan lo niegas.

—Tanto si dejo a Dani como si no, tiene derecho a saberlo.

Graciela se apartó un poco.

—Entonces lo perderás para siempre. —Cogió su camiseta, se la puso sin percatarse de que estaba del revés, y se levantó—. Pobre Roberto, vas a destrozarle otra vez… bueno, peor que la otra vez, muchísimo peor.

—No debió enamorarse de mí —murmuró ella.

Graciela se acuclilló un momento a su lado.

—Necesitarás apoyo. Los dos lo necesitaréis.

Se levantó de nuevo y caminó para adentrarse entre la arboleda hasta perderse de vista.

Paula se agarró las rodillas, abrazándolas y ocultando su rostro entre ellas. Solo alzó la cabeza al sentir el ruido del motor de una lancha; el esquiador acuático pasaba levantando una estela tras él.

No supo cuánto estuvo así, solo que faltaban pocos minutos para las dos horas cuando el barco apareció, a la vez que su hermana.

—Te pusiste la camiseta del revés —le dijo.

Ella se miró, y con un movimiento rápido se la quitó para volver a colocársela del derecho. Luego recogieron la manta y la doblaron entre las dos después de sacudirla, sin hablar, y al reunirse con ellos en el embarcadero Paula se percató de la fría mirada que Graciela lanzó al joven. Mientras, Salva no paraba de contarle a su mujer que Dani lo había dejado pilotar un rato y estaba entusiasmado como un niño. Incluso acabó diciendo que le encantaría tener un barco como aquél.

—No alucines —replicó ella.

Su tono fue bastante arisco y Paula percibió que había sido algo personal, no contra su marido, sino contra Dani. No obstante, Salvador continuó con el tema durante el trayecto de vuelta, preguntando cosas sobre navegación a las que Dani contestó con amabilidad.

Cuando llegaron al pueblo, Roberto se despidió de su sobrino con un apretón de manos, agradeciéndole el paseo.

—Supongo que descansarás un poco de los estudios ahora que empiezan las fiestas, recuerdo que me comentaste que estabas en

una peña que se llamaba Los animados.

—Los animaos —rectificó él.

—Pues pásalo bien, seguro que nos vemos el fin de semana.

Él asintió, y se despidió de Salvador y por último de Graciela, que le hizo un simple gesto con la mano antes de entrar en la casa.

Mientras ellos hacían su equipaje, Paula fue a sentarse en una de las sillas del patio.

Enseguida vio salir a su hermana que se acercaba diciéndole que ya tenía todo listo.

—Esos han bajado a la cueva para escoger unos vinos, seguro que van para rato, y como no salgamos pronto pillaremos un buen atasco.

Se sentó a su lado y empezó a hablar, con aquel tono casi maternal que solía emplear para darle consejos.

—Ya sé por qué te ha pasado esto. —Y arrastró un poco la silla para estar más cerca—. Es por Víctor, estar con él te ha trastornado, los años que has vivido junto a ese hombre, lo que has aguantado, sus neurosis y sus adicciones, el accidente que no sé si…

Se quedó un momento en silencio, como si esperase una reacción por su parte, pero Paula no abrió la boca.

—Debiste hacerme caso e ir a un especialista —prosiguió—, pero en lugar de eso te has encaprichado de un crío. Y no es que me parezca algo aberrante, yo también he fantaseado con darme un revolcón con un *yogurín* así, a las mujeres maduras también nos gustan los guapitos. El año pasado sin ir más lejos tuvimos un becario de veinticuatro añitos que estaba buenísimo, y a más de una se nos iban los ojos, aunque estuviésemos casadas y quisiésemos a nuestros maridos. Sin embargo, de ahí a enamorarse, como dices tú, hay una gran diferencia o, mejor dicho, una enorme diferencia.

Paula seguía sin decir una palabra, aunque en su fuero interno comprendió que su hermana tenía algo de razón al culpar a Víctor. Los dos años anteriores a su muerte habían sido un constante exprimir de sus sentimientos, de sentirse abandonada porque él había acabado por ceder y había dejado de luchar. Quizá él fuera el detonante de todo al haberla metido en su vida sabiendo que solo iba a ser la espectadora de su final. Y después de seis meses sin él seguía notando su ausencia, que sus sentimientos estaban a merced de los que tenía a su alrededor: Roberto, Graciela, Sofía, Bruno, Dani… Cada uno tirando de una parte de su ser, obligándola a decidir mientras ella se sentía cada vez más débil y quebradiza.

—De todas formas —siguió su hermana—, agradezco que me lo hayas contado, aunque no te entienda lo suficiente.

—No lo pretendo porque ni yo misma lo consigo entender —repuso ella.

—Y presiento que no te he servido de nada, tal vez para hacer que te sientas peor.

Paula no dijo nada porque así era.

—No puedo ayudarte —concluyó su hermana—. Lo único que puedo decirte es que pienses bien las consecuencias que traerá a tu vida.

—Y que no haga daño a Roberto —completó ella.

—Eso va a ser imposible, Paula, le vas a hacer daño de todas formas, a él más que a nadie.

Desde la puerta de la casa Salvador le gritó a su mujer que estaba listo, y ella se puso en pie.

—Espero que recapacites y hagas lo correcto —le dijo poniéndole una mano en el hombro.

—Y eso es dejar a Dani.

—Sí y, si necesitas de mí, me llamas.

Pareció meditar sus palabras, pero acabó diciendo:

—No debí contártelo.

—No digas eso —protestó ella—, somos hermanas y siempre nos lo hemos contado todo… O casi todo. Cuando fue lo de Víctor no me enteré hasta meses después y por una revista.

—Te lo dije, no directamente porque al saber que no te gustaba no me atreví.

—¡No me hagas sentirme una vieja gruñona! —exclamó sonriendo—. Lo que pasa es que tú eres demasiado apasionada; siempre te dejaste llevar por tus sentimientos. Por algo eres la artista de la familia y saliste a papá, y como él tienes mucho corazón y eso te pierde. Yo soy como Abigail y como mamá, más fría.

Se encaminaron juntas hacia la casa cuando salió Roberto con su equipaje, y Graciela los dejó solos. Él se acercó tomándola de los brazos.

—Te noto un poco ausente, ¿estás bien?

—Estoy bien —contestó ella.

Roberto la rodeó por completo para besarla, y ella se dejó llevar por su beso, cerrando los ojos.

—¿Y tú mano? —preguntó al apartarse; ella se la miró por un momento, sin saber qué decir—. Si vuelve a molestarte lo dejas, ¿de acuerdo?

Ella solo asintió.

—Haré lo posible por venir el jueves, entonces hablaremos de

nosotros.

Y volvió a abrazarla hasta que el matrimonio salió con el equipaje y se soltaron.

Paula los acompañó a la calle donde le dio dos besos a su hermana y un abrazo.

—Llámame si me necesitas —le susurró al oído antes de meterse en el coche.

Se despidió también de su cuñado, deseándole unas buenas vacaciones, y por último de Roberto.

—Me apena dejarte sola —dijo él, y volvió a abrazarla, besándola, sin importarle tener espectadores.

Acto seguido montó en el coche. Ella se apartó a un lado, viendo como su hermana le decía adiós con la mano desde el asiento trasero.

Capítulo 11

Solo tuvo que empujar para abrir, y Dani le salió al encuentro enseguida, como si hubiera estado esperando al lado.

—¿Se fueron? —preguntó.

Ella contestó que sí, y durante unos minutos permanecieron en silencio, mirándose. Muy a lo lejos se oían las voces de niños jugando entre las cruces de la ermita.

—Sé cómo te sientes —empezó él, abarcando su rostro con las manos—. Yo también pienso en lo nuestro, sobre todo al ver a mi tío; me costaba estar a su lado sin sentirme culpable por haberme enamorado de la mujer que quiere.

Le acercó su cara hasta tocarse, y Paula no se movió, sintió su boca en la suya y lo abrazó casi con desesperación, devolviéndole el beso con más ardor del que pensaba desplegar. Luego se acurrucó en su hombro, dejándose llevar de la cintura como un ser sin voluntad hasta el sofá donde extendió los brazos para acogerle en ellos. Allí estuvieron largos minutos, abrazados, hasta que Dani empezó a desabrocharle la blusa.

—Hoy no —susurró deteniéndolo.

Él no insistió, y tampoco la detuvo cuando media hora después se levantó y abandonó el cuarto y la casa.

Creyó que no volvería, pero no fue capaz. Al día siguiente estaba de nuevo allí y dejó que Dani la condujese al sofá. Sin embargo, lo había pensado detenidamente esa noche en la que apenas había podido conciliar el sueño; tenía que dejarlo, pero él tomó la palabra antes de que pudiese siquiera empezar.

—El mes que viene habré acabado la carrera por fin, y después

haré el máster en París. Lo compaginaré con un trabajo y seguro que la hermana de mi madre nos consigue algún sitio barato para vivir.

Paula se sobresaltó.

—¿Me estás diciendo acaso…?

—Que te vengas conmigo a París.

Ella se retiró un poco para mirarlo bien.

—No puedes hablar en serio, Dani, soy…

—Ya sé lo que me vas a decir, que eres mayor que yo —repuso él—. No me lo repitas más porque no voy a cambiar mis sentimientos por mucho que me lo recuerdes.

—¿Es que lo que ha pasado no te parece suficiente locura y quieres ir más allá?

—Sí —se precipitó él—. Y no es ninguna locura, estoy enamorado de ti.

No quería discutir sobre ello, pero no pudo evitar preguntarle:

—¿Y qué pasa con el futuro?

—No pienso en el futuro —dijo con tranquilidad, y al ver la expresión de ella continuó—: en la Amazonia hay unos indígenas que solo viven y hablan del presente, ni el pasado ni el futuro les importa, no creen más que en el día a día, sin planes, incluso no saben contar, no creo que sepan ni qué años tienen y son felices en su ignorancia.

—Nosotros no somos indígenas, y en nuestro mundo existe el futuro; mucho de lo que hacemos es precisamente por eso. Tú mismo no estudiarías si no pensaras en ello, ni te embarcarías en luchas justicieras por la salvación de una especie o un yacimiento arqueológico… Si lo haces, es porque te interesa el pasado y más aún el futuro.

—Nada de eso es incompatible con que te pida que te vengas conmigo. —Y su voz sonó como una súplica—. Si he llegado hasta aquí no es por capricho ni por hacerme el conquistador como mi padre, me gustas y quiero que lo compartamos todo.

Ella también se puso seria antes de hablar.

—Hace años pasé por encima de mi familia y mi entorno para irme con Víctor a pesar de que nadie lo aprobaba. Rompí con todo y no me arrepentí nunca porque lo quería.

—Vuelve a hacerlo por mí —saltó él, precipitado.

Paula sonrió melancólica, acariciándole la nuca mientras hablaba.

—Es distinto, Dani, ahora tengo miedo porque sé que si continúo me metería en algo que no sabría controlar, que cuanto más me

entregue a ti más hundida estaré… Y no tengo fuerzas; ya no soy la rebelde ni la valiente de entonces, no solo porque hayan pasado once años, también es por otras cosas…

—¿Los prejuicios sociales?

—Es una razón muy poderosa —contestó—. Antes no me preocupaban, pero sé que no me sentiría cómoda pensando en lo que la gente diría al verme con alguien mucho más joven.

Dani pareció enfadarse.

—Lo que piense la gente no debería importarte, como no me importa a mí la fecha de tu nacimiento cuando lo principal es que eres la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida y no quiero perderte. En el amor, Paula, solo cuenta eso, el amor, y no entiende de razas, de sexos ni de edades.

La besó largamente, y ella se dejó, acariciándole a su vez mientras pensaba en lo sencillo que sería dejarse llevar, olvidarse de todo lo que le rodeaba como sugería él, sin importarle que su historia durase dos meses o diez años. No obstante, hizo que la mirase a los ojos.

—Esta será la última vez que estemos así —acabó diciendo con voz ahogada.

—¿No me quieres? —Y parecía la pregunta de un niño.

—Si fuera así sería más fácil, pero…

—¿Pero qué?

—Ya lo sabes —contestó.

—Dímelo.

—Es mejor que no lo haga.

—Dilo, por favor, aunque sea por una vez.

Paula tragó saliva antes de hablar.

—Que me dan ganas de no pensar en nada con tal de disfrutar por poco que sea contigo, y si no me sintiera criticada y juzgada quizá...

Dani la abrazó con fuerza, besándola, y ella lo envolvió con los suyos cuando él la oprimía contra sí.

—Hagámoslo, ven conmigo —le decía emocionado.

Paula tardó unos segundos, hasta que pronunció un «no» como respuesta, y él aflojó sus brazos.

—Lo acabas de decir, que vendrías si olvidabas… Olvídalo todo y a todos, como yo.

—No puedo y no lo haré —reiteró ella—. Estos días han sido maravillosos, los recordaré el resto de mi vida y a ti con ellos, pero se acabó, me iré y no volveremos a vernos.

Dani la miró perplejo.

—¿No lo dirás en serio?

Ella afirmó al mismo tiempo que sus ojos se humedecían.

—Sí, Dani, es en serio. —Y esbozó una amarga sonrisa—. Si supiera que existía esa isla desierta que dijiste para naufragar juntos, o un filtro mágico que acercara nuestras edades… Pero todo eso son fantasías, no estamos en un mundo de ficción, sino en el real, donde lo nuestro no debió empezar siquiera.

Iba a protestar, pero ella no le dejó.

—Además de los prejuicios hay otras cosas. No solo nos separa la edad también, si lo analizas, tenemos poco en común. Yo ya hice mis locuras y ahora busco tranquilidad, mientras que tú te preocupas por todo lo que te rodea.

—¡Lo dejaría por ti! —repuso exaltado y ella sonrió.

—Acabarías arrepintiéndote y quiero que tengas un buen recuerdo de mí, de que nos amamos estos días de verano, que fue increíble lo que sentimos… Tampoco me gustaría defraudarte, que te dieses cuenta, como acabarás haciendo, de que estás junto a una mujer, digamos, madurita, y yo…

Le pasó las manos por el rostro y acarició el pelo de su barba, sonriéndole.

—Ha sido maravilloso conocerte, hacer el amor contigo, acariciarte, besarte… Eres el último recuerdo de una juventud que se aleja poco a poco.

—Tú eres joven —se apresuró él.

Ella volvió a sonreír, y lo besó.

—Mi chico… gracias por haberme amado.

—No me hables así, como si te despidieras —dijo casi en un gemido.

—Y me estoy despidiendo, Dani. Desde el día que empezamos sabía que acabaría, que solo existía un camino para lo nuestro, pero antes de tomarlo hice trampas, tomé un atajo y disfruté del manjar prohibido. No sé lo que tendré que pagar por haberlo hecho, y lo cierto es que ahora no me preocupa, no me arrepiento a pesar del sufrimiento que le causaré a Roberto. Es lo que más me apena: que por estar contigo le haré mucho daño.

—Eso es porque sientes algo por él; en realidad es a él a quien quieres.

—No voy a entrar en ello ahora. Solo sé que lo haré sufrir y no se lo merece.

—Sí me dejas también me lo harás a mí.

—Es cierto, solo que tú y yo sí lo merecemos.

Pensaba que nada de lo que pudiera sucederle en el futuro sería tan horrible como el accidente, cuando Víctor había muerto y ella soportaba su pérdida, las heridas, las operaciones, el tener que asirse a las muletas para andar… Ahora nadie había muerto y caminaba perfectamente; sin embargo, se sentía igual de mal al sacar sus cosas del armario y ordenarlas en la maleta. Repasaba las vivencias de esos días, en especial el último abrazo de Dani, y cómo la había mirado desde la puerta al decirle:

—Nunca podré amar a nadie como a ti.

Ella había sonreído al hablarle.

—Yo también pensé al morir Víctor que se había acabado todo, que nunca más sentiría nada por otro hombre, pero lo he sentido por ti. Y tú te enamorarás de otra, eso es seguro; y ese amor te hará, sino olvidar del todo, sí pasarlo a un rincón de tu corazón.

—No concibo que esto se acabe así, que no quede nada más…

Paula lo miró con ternura.

—Cuando veas la franja de agua pintada en el mural de la iglesia quiero que sepas que pensaba en ti, que en ese instante eras la persona que más me importaba.

—¿Ya no lo soy?

—Siempre me importarás, pero de otra forma.

Volvió de nuevo sobre sus pasos y le dio aquel último beso que aún le abrasaba los labios, mientras contemplaba el dibujo que había hecho de su rostro. Sin poder contenerse suspiró diciendo su nombre, despidiéndose de él igual que había tenido que hacer con Víctor, e hizo pedazos el papel antes de tirarlo.

Esa fue la primera parte de un calvario que continuaba, donde lo más sencillo fue disimular que el dolor de la muñeca no le permitía continuar con el trabajo. Llamó a Roberto y se lo dijo, sin olvidar mencionar a Bruno Blanchet para que fuera el continuador. Al principio se mostró reacio: no había quedado satisfecho con su comportamiento y su tía tampoco, pero ella insistió; dijo que solo debía fijarse en que conocía mejor que nadie el proyecto, y supo enseguida que su sugerencia había tenido éxito al ver a Sofía. Se dirigió a ella con una gran sonrisa y se lo agradeció como si hubiese sido un favor y no el producto de un chantaje como en realidad era.

Por último, le quedaba hablar con Roberto. Había telefoneado para comunicarle que adelantaba su llegada al jueves por la mañana, y ella había quedado con Matías que la llevaría a la estación de autobuses de Talavera pues al ser festivo no salía el del pueblo. Y Roberto se presentó a las diez, apenas tenía una hora cuando entró en la casa y ella estaba lista, con las maletas al lado.

Pero no se percató de ello, se acercó enseguida para abrazarla y notó su rigidez.

—¿Te encuentras mal?

—Estoy bien —dijo sin mirarlo porque si lo hacía no podría soportarlo y se echaría a llorar.

Entonces él reparó en las maletas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me voy a Madrid.

Roberto tardó un segundo en reaccionar.

—Bueno, si quieres nos iremos…

—Me voy yo —volvió a decir con un tono más decidido.

—No entiendo…

Paula sentía que le faltaban las fuerzas. Se sentó en el sofá, y sin poder resistirlo se cubrió la cara con las manos.

—Tengo que decirte algo —repuso al fin, y él se sentó a su lado.

Lo observó antes de seguir. Su rostro feliz de un momento antes se había transformado de pronto; ahora estaba desencajado y temeroso, como si adivinase lo que iba a confesarle.

—He sido… —empezó, y tuvo que hacer esfuerzos para hablar porque notaba un nudo oprimiéndole la garganta—. He sido ingrata contigo… te he traicionado y mentido… y…

Se quedaba sin voz, incapaz de continuar para pronunciar las palabras terribles que giraban en su cabeza: engaño, acostarse con otro, amar a otro, tu sobrino Dani…

—He estado con otro —dijo al fin.

El silencio fue total, no sabía cómo seguir hasta que él habló.

—¿Con Dani?

Ella lo miró.

—Ya se acabó —habló con apenas un hilo de voz.

Roberto, sin pronunciar una palabra más, se levantó y salió fuera, no supo si a la calle o quizá al terreno de su casa. Pasaron los minutos, uno tras otro y no oía más que los petardos que estallaban lejos de allí. Las fiestas del pueblo estaban en su plenitud y a esas horas daría comienzo la carrera ciclista que partía de la plaza; lo sabía porque había oído el pregón esa mañana anunciándola como parte del programa de festejos, con la batalla de globos de agua por la tarde.

Seguían pasando los minutos. Roberto no aparecía, y Paula era incapaz de reaccionar, por eso continuó sentada hasta que llegó Matías y aparcó junto a la puerta.

—¿Llegó don Roberto? —preguntó, aunque era obvio si estaba allí su coche.

Ella salió a la calle y vio a unos niños en bici, luego se volvió hacia el patio. No podía esperar si quería tomar el autobús de las doce y cogió la maleta más pequeña mientras Matías la ayudaba con la grande.

Fue justo al abrir el capó cuando se acercó Roberto por detrás.

—Deja, Matías, la llevo yo.

Cogió las maletas y las metió en el suyo.

Paula se quedó perpleja cuando él abrió la puerta para que entrara y cerró cuando tomó asiento. Al poco salían del pueblo, cuando la concentración de participantes en la carrera ciclista enfilaba por la calle principal engalanada con banderines de colores.

No hablaron durante los cuarenta y cuatro kilómetros que duró el trayecto, por eso le parecieron eternos. Y Paula esperaba que dijera algo de un momento a otro, que la increpase o pidiera explicaciones. Pero siguió impertérrito, y su silencio fue más duro que cualquier palabra. Conducía como si estuviera solo y ella no existiese, y continuó sin despegar los labios cuando abrió el maletero y le llevó las maletas hasta que sacó el billete.

—¿Cuál es tu autobús? —preguntó tan solo.

—El once.

Caminó tras él. Faltaban unos minutos para salir y metió su equipaje en el compartimento. Una vez hecho esto se volvió hacia ella. Paula no pudo evitar que se le humedecieran los ojos, aunque no podía llorar, tan solo implorarle un perdón que no merecía. Él la miró entonces, despegando los labios como si fuera a decirle algo. Pero no lo hizo, volvió a cerrarlos y lo vio perderse entre la gente que transitaba por la estación con sus equipajes.

El último aviso por megafonía anunciaba que el autobús con destino a Madrid haría su salida del andén once en breves momentos.

Capítulo 12

Encarna tenía unos días de vacaciones, y Paula no se molestó siquiera en cocinar, picaba cualquier cosa o pedía comida a domicilio, dejando pasar las horas y los días, levantándose tarde y tumbándose en la terraza sin hacer nada. Además, su madre y Abigail seguían en la Costa del Sol, y Paula no tenía ninguna prisa en que volvieran.

La que llegó después de dos semanas fue Graciela, y enseguida se presentó a verla, luciendo orgullosa un espléndido bronceado. Contestó a las preguntas de su hermana sobre cómo lo habían pasado y, después de dejarse caer sobre el sofá, disparó las suyas.

—Antes que nada, dime cómo te encuentras.

—Bien —dijo sin mucho convencimiento, aunque tenía una noticia importante que darle de esa misma mañana—. El próximo lunes empiezo a trabajar en la agencia de publicidad donde está mi amiga Menchu, ¿te acuerdas de ella?

—Sí, con la que compartiste piso en Cuatro Caminos.

—Trabaja en la agencia que dirige Lola Alvarado, una creativa y diseñadora muy conocida. Me contratan para una campaña, durante tres meses al principio, luego, si hay más proyectos y les gusto…

—Es estupendo, Paula, pero antes preferiría que me contaras cómo estás anímicamente.

Ella tardó unos segundos en contestar.

—A pesar de todo, no estoy mal.

Sonrió a medias, y Graciela no se dio por satisfecha.

—Vamos, cuéntamelo.

—Si es lo que quieres, que te diga que… —Se detuvo un instante

para respirar profundamente—. Pues sí, estoy mal, con una sensación de angustia que no se me va, como si la tuviese enquistada en el alma… No es un dolor físico, es casi peor porque no puedo aliviarlo ni sé explicarlo.

—Lo imagino, debió de ser muy duro. —Y miró con detenimiento a su hermana antes de decir—: esta mañana lo vi en la galería.

—¿Fuiste a verlo? —preguntó turbada.

—No pude resistirlo; Roberto es mi amigo y quería saber cómo se encontraba. Supongo que lo comprendes.

—Sí, claro.

—Me dijo que solo había pasado unos minutos para hacer o dejar listo unos asuntos, que enseguida iba a coger un taxi para ir al aeropuerto; se iba de viaje, imagino que por mucho tiempo a juzgar por la maleta grande que tenía y otra más pequeña de cabina.

—¿Y… y cómo estaba? —preguntó nerviosa.

—Mal, para que voy a ocultártelo; estaba muy delgado y tenía unas ojeras que no le había visto nunca. Ya te dije que si… pero es inútil volver a hablar de ello.

—¿No te comentó nada?

—¿De ti? —Negó con la cabeza—. Yo le hablé de que aún tenías las cosas de tu estudio en su casa, y que no podías llevártelas hasta que no encontraras piso. Lo saqué para ver como reaccionaba al hablarle de ti, pero solo comentó que no importaba, que lo hicieras cuando pudieras, que una tal Josefina te proporcionaría la llave para cuando fueras a buscarlas.

Paula estaba recostada contra el asiento y, por un momento, apretó los párpados.

—Tampoco parecía que tuviese ganas de hablar —continuó Graciela—; me dio recuerdos para Salva porque no podía despedirse de él, y le pregunté cuánto tiempo estaría fuera. Se encogió de hombros diciendo que no lo sabía; entonces llegó el taxi que había llamado y se marchó. La verdad es que me quedé hecha polvo, igual que cuando me contaste lo tuyo con su sobrino.

Las dos permanecieron en silencio, hasta que Paula habló, casi en un murmullo:

—Ojalá me hubiese matado con Víctor aquel día.

Graciela dio un vote en el asiento.

—¡¿Qué tontería es esa?! ¡No se te ocurra volver a decirlo… ni a pensarlo siquiera!

—Pues últimamente lo pienso mucho, que si hubiese sido así me habría ahorrado sufrimientos, como asimilar su muerte, los meses

de hospital con las operaciones… Tampoco habría llenado de ilusión a un buen hombre para destrozarlo después. Y Dani… no sé lo que acabará sintiendo.

—No, Paula —se apresuró ella—, si te hubieses matado habría sido muchísimo peor, a mí me habrías dejado sola y te echaría de menos cada día. En cuanto a ese chico, es joven, se le pasará el disgusto. Sin embargo, Roberto… aunque le hayas hecho eso, estoy convencida de que sigue queriéndote.

Ella sintió una inmensa amargura.

—Espero que no sea así y que me odie con todas sus fuerzas. Es lo que merezco y me gustaría que lo hiciera porque solo así podrá rehacer su vida con otra que no lo haga sufrir como he hecho yo. Puede que entonces me sentiría menos culpable.

Graciela la miraba intensamente.

—Quizá tengas razón —y respiró hondo antes de decir—: pero no lo hará; no te odiará nunca, y para su desgracia, no creo que encuentre a otra a la que quiera más que a ti.

El trabajo en la agencia era estresante, siempre iban a contrarreloj pues, como decían sus compañeros, «todo es para ayer», con lo que casi nunca salían a la hora prevista. Incluso los sábados tenía que pasarlos bajo los focos, en la mesa de dibujo, desarrollando las ideas de Lola, con Menchu e Iñaki diseñando el proyecto, los bocetos, lo que mandarían a la imprenta, las correcciones, los dibujos definitivos… Después de la primera campaña para la que la habían contratado, firmó otra, en la que se incluiría un desfile y cuya temática sería la Viena Imperial, con los estereotipos del lujo de Sissi y el emperador Francisco José, los cafés, el estilo *art-nouveau*, e inspirado en artistas como Alfhonse Mucha y Gustav Klimt. Un trabajo que le hacía llegar a su casa agotada, apenas le quedaba tiempo para pensar en otra cosa que no fuera aquella época de la historia en centro Europa. Aunque era imposible que en su mente no se metieran más veces de las que quisiera las vivencias del pasado, unas dolorosas, otras, tenía que reconocer, placenteras.

El comprar o alquilar un piso lo había postergado; no tenía tiempo para buscarlo, y convivir con su madre y su hermana acabó siendo llevadero. Casi nunca comía en casa y llegaba tarde pero, si cenaban juntas, su charla acababa distrayéndola o haciendo el efecto de un somnífero aletargante.

Ellas, al principio, se preocupaban por su escasa vida social y no dejaban de sugerirle planes a los que hizo caso omiso, hasta que acabaron desistiendo. Aun así, no se libró de los reproches de su madre, que ahora no sabía cómo calificarla; unas veces decía que era como una monja de clausura, y otras que acabaría amargada y sola en alguna buhardilla.

Abigail, por su parte, no se cansaba de lanzarle indirectas sobre su aspecto personal, para ella bastante desaliñado. Paula se reía, pues no sabía cómo quería que vistiese si iba a pasarse el día en el estudio, para lo que se enfundaba sus vaqueros, calzado cómodo y jerséis amplios, con la cinta color violeta que se colocaba para sujetarse el pelo y que no le molestase en la cara.

Hasta que hizo su aparición el amigo de Abigail, Howard, y dejó de ser un foco de atención para ellas. A Paula le cayó bien; le recordaba al actor Gene Kelly y era una fan de la película *Un americano en París*. Aunque cuando se fijaba en la relación que mantenían, más bien le parecía un trío pues él era tan amable y cariñoso con la madre como con la hija. Quizá fuera por eso por lo que su madre estaba dispuesta a aceptarlo como yerno; era indudable que le gustaba mucho más que Fernando, el ex de Abi. O porque, como apuntó Graciela, «estaba podrido de dinero».

Cuando el trabajo finalizó y se dispuso aquel escenario de ensueño, Lola les consiguió una invitación para la inauguración. A Paula no le apetecía ir, pero pudo más la curiosidad por ver el resultado de esos dos meses de intenso esfuerzo, y su hermana Abigail, al enterarse de que por fin asistiría a un acto social, no le permitió ponerse uno de sus «anticuados y discretos» vestidos. Le dejó uno de los suyos, de color violeta oscuro ceñido al cuerpo con finos tirantes y unos pliegues para resaltar el escote, y que según ella le iba muy bien con su tono de piel. Y debía estar atractiva, pues su compañero Iñaqui la miró de arriba abajo y la hizo reír cuando soltó un silbido de admiración.

El evento estuvo precedido por un desfile espectacular, seguido de una recepción en la que sirvieron una cena buffet y después bebidas. De fondo sonaba música clásica de la época, en especial valses, y Paula recorrió con Menchu y su marido Agustín los escenarios de aquel local reconvertido en la Viena imperial. Por una parte, el decorado palaciego y, por otra, añadiendo mesas y sillas

con estilo a café vienés donde solo faltaban los intelectuales hablando de poesía, filosofía o psicoanálisis.

Ciertamente parecían trasladados a un siglo atrás, y Paula bebió de su copa sin dejar de pasar la vista a su alrededor.

Había grupos de gente en amena charla, los diseñadores de la ropa, personalidades del mundo de la moda, el arte, del cine, la política… Hasta que vio a su jefa hablando con una pareja. Ella debía ser una de las modelos, o al menos era digna de serlo, pues estaba bellísima con un escotado vestido rojo. Pero fue al fijarse en el hombre que la ceñía del talle cuando estuvo a punto de derramar el contenido de su copa. Elegante, con el traje negro, muy atractivo… Y no era que se pareciese a Roberto, es que era él en persona.

Enseguida quiso salir y retrocedió hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó Menchu yendo tras ella.

—Es que… me voy.

Sentía que temblaba, que cada segundo que permaneciera allí sería peligroso.

—¡Si es prontísimo! —exclamó su amiga.

—Me está doliendo la cabeza —acabó diciendo como excusa.

—Te acompañaremos, ahora se lo digo a Agustín, y del bobo de Iñaki paso, mírale como va detrás de esa rubita.

Paula vio a su compañero, pero enseguida volvió a decir:

—No es necesario; pediré un taxi.

—¿Estás segura?

—Sí, quédate, así me cuentas el lunes.

No esperó más y salió precipitada hacia el hall. Debía bajar un tramo de escaleras, pero aquel estrecho vestido no le permitía ir todo lo deprisa que quería y acabó tropezando, cayendo sobre una rodilla. Se levantaba rápidamente cuando sintió que alguien la sujetaba del brazo para ayudarla. Se giró para dar las gracias y se quedó muda al ver a Roberto.

—¿Te has hecho daño? —preguntó enseguida.

Ella bajó la vista sin contestar.

—Mira a ver si puedes andar —le sugirió, y se lo decía sin soltarle del brazo.

Obedeció y caminó un poco; no se había hecho nada.

—Estoy bien, gracias —dijo en un susurro y quiso seguir su camino, pero Roberto habló de nuevo.

—Te vi y… estás muy guapa.

Ella sonrió desconcertada y agradecida a un tiempo.

—Me he enterado de que trabajas en la agencia de Lola

Alvarado —continuó—; la conozco desde hace tiempo y es una gran profesional.

—Sí, es una creativa brillante, tiene ideas estupendas.

Se quedaron en silencio, y ella iba a decirle que se iba cuando él preguntó:

—¿Te gusta trabajar en la agencia?

—Es distinto, pero sí, me gusta bastante.

—¿No vas a volver a pintar?

—No lo sé aún.

Roberto no dejaba de mirarla a los ojos y ella apenas podía sostener la intensidad de aquellas pupilas azules. Solo pensaba que lo había humillado teniendo relaciones con su sobrino, y le sorprendía que la siguiera tratando con amabilidad en lugar de mostrarle desprecio.

—Me alegro de haberte visto —dijo al fin, nerviosa, volviendo la cabeza hacia la puerta.

—¿Es que te vas?

—Sí… voy a buscar un taxi…

—¿Puedo acompañarte?

A pesar de su confusión, aceptó; recogió su abrigo en el guardarropa, y Roberto se apresuró a ayudarla.

La noche estaba serena y hacía bastante frío, por lo que se subió un poco las solapas del abrigo. Él solo iba con su traje, como si no le afectase el tiempo atmosférico, y caminaron por la ancha acera. Apenas había gente por la calle y tampoco transitaban muchos coches a esas horas de la media noche. Y por más que miraba, no pasaba ningún taxi.

—Debí llamar al taxi en la recepción —murmuró.

E iba a sugerir que volviesen dentro, cuando él se detuvo; tenía la cara vuelta hacia el final de la avenida.

—Al decirme lo de Dani —empezó de improviso—, fui a buscarlo a casa de mi tía y lo hice salir hasta un callejón cercano porque estaba tan furioso, tan… no sé… solo quería tenerlo ante mí para partirle la cara.

Paula se estremeció; su voz sonaba temblorosa, o quizá fuera por el frío.

—Y no pude. —La miró entonces—. No soy de esa clase de hombres que se sienten mejor si acaban a golpes, y menos me sentí con fuerzas para hacerlo contra alguien que actuó por amor. Lo vi en sus ojos y en los tuyos, y si te enamoraste de él… no soy quién para…

Respiró profundamente antes de seguir.

—No era tu dueño, Paula, ni lo sería, aunque fuese tu novio o tu marido. Tampoco tengo derecho a decirle a Dani que no se acerque a ti porque creyese que eras mía, como no pude en el caso de Víctor. Todo eso es absurdo, aunque me dolió y sigue doliéndome aún. Porque si los quisiste a ellos y no a mí… no me queda otro remedio que aceptarlo.

Su voz pareció quebrarse en la última frase y ella murmuró apenas.

—Lo siento.

—No hace falta que digas eso.

—Quiero hacerlo, y aunque tarde, pedirte perdón.

—No, por favor, no lo hagas. No te he dicho todo esto para que me pidas perdón; sería una especie de insulto para mí. Sin embargo, tengo que agradecerte tu sinceridad por contármelo antes de que lo nuestro hubiese llegado más lejos.

Aspiró el aire frio de la noche y un vaho blanquecino salió de su boca.

—No tenía intención de hacerte daño, en ningún momento, las cosas pasaron sin…

—Déjalo, Paula —la interrumpió—. No quiero saber nada, y si te hace sentirte mejor, acepto tus disculpas.

Miró hacia la puerta del local donde el portero se frotaba las manos para entrar en calor.

—Tengo que volver, no avisé a Rebeca.

Ella no preguntó si era la chica con la que lo había visto. Aunque antes de irse hizo una señal a un taxi que pasaba y él mismo abrió la puerta. Eso le hizo recordar la última vez que se habían visto en la estación de autobuses, aunque fue distinto porque esta vez sí habló.

—Me ha alegrado verte y espero que te vaya todo bien.

Le deseo lo mismo e indicó la dirección al taxista. Pero antes de recostarse contra el respaldo del asiento no pudo evitarlo y se giró para ver como entraba de nuevo en el local.

Cuando el domingo fue a comer a casa de su hermana y se quedaron solas recogiendo los platos, le contó su encuentro con Roberto. A Graciela no la sorprendió; sabía que había vuelto a Madrid, y además estaba enterada de que salía con una modelo de veinticinco años.

—A ti te criticarían si sigues con ese chico, yo misma lo hice y te llevabas menos años, mientras que él si se descuida le dobla la edad. Pero en la sociedad hipócrita y machista en la que vivimos puede hacerlo y es admirado, incluso envidiado. En cuanto a ella, puede que quiera pescar un marido con dinero, igual que hizo nuestra madre.

Paula no replicó nada y su hermana continuó hablando.

—De todas formas, no deja de sorprenderme en Roberto, irse con una modelo… Y es de lo más típica: guapa a rabiar, tipazo impresionante, y tonta de remate. Ni él es un ingenuo como papá que se creyó que lo querían por sí mismo y no por su dinero, ni ella parece tan lista como mamá. Aunque con su palmito no necesitará mucha inteligencia.

—¿La conoces? —tuvo que preguntar.

—Nos la presentó cuando nos encontramos en el restaurante al que fuimos Salva y yo el sábado pasado. Hablamos un rato, y cuando salió en la conversación que tenía un dibujo original de Van Gogh en su galería, la tía esa saltó entre carcajadas: «¡Ah, el que se cortó la oreja!». Y ya sabes que a Roberto le encanta ese pintor, así que no creo que le hiciese ninguna gracia. De todas formas, no sé si nuestro encuentro fue casual o lo hizo adrede para que te lo contara, y no pensaba hacerlo si no llegas a verlo tú.

Había terminado de meter los platos en el lavavajillas, y tras accionar el programa de lavado no pudo evitar añadir:

—Me parece despreciable por su parte si lo hizo por eso.

—Tiene derecho a vengarse —observó Paula con tristeza.

—Él no es así, pero vete a saber, a lo mejor ha cambiado.

—Y sería por mi culpa —murmuró ella.

Con Iñaki acabó de corregir las pruebas para la imprenta en el ordenador, y cuando lo apagó alzó la vista hacia la ventana por primera vez en todo el día. El cielo empezaba a cubrirse de nubes; no había llevado paraguas, aunque no parecía que fuese a llover de inmediato. Y se había puesto a pensar en ello, cuando oyó voces y se giró en la silla; su compañero la llamaba y, tras él, entraba Roberto.

Había pasado más de un mes desde que lo había visto en la fiesta del desfile, y se quedó tan atónita mirándolo, que Iñaki pareció esperar alguna señal por su parte que le indicara que aquel

hombre no era ningún extraño peligroso.

—Ya cierro yo —pudo hablar con calma, y su compañero se despidió hasta el día siguiente.

Roberto se acercó más, observando curioso la mesa de trabajo iluminada por los focos y repleta de cosas, entre ellas un boceto de gran formato bajo la escuadra y el cartabón.

—¿Es la columna de Trajano? —preguntó.

—Sí, la campaña está inspirada en la antigua Roma.

Roberto hizo un gesto de aprobación y continuó su inspección, ahora de un folio junto a la impresora con los tipos de letras que habían seleccionado: una *Helvetica*, la *Romic médium*, y la que más le gustaba a ella, aunque sería Lola la que tendría la última palabra, la *University Roman blond*. Pero en ese momento no podía pensar en eso; empezaba a ponerse nerviosa y no se atrevía a preguntarle qué hacía allí. Por eso, y para romper su silencio, se le ocurrió hablar de los muebles de su estudio que aún estaban en su casa.

—Sigo viviendo en el piso de mi madre, pero tengo pensado comprar algo en cuanto pueda.

Roberto alzó la vista de la mesa de trabajo.

—No te preocupes, no me molestan, hace meses que no voy al pueblo, desde…

No terminó la frase y Paula entendió que se refería al verano, y ya estaban a principios de abril. Casi ocho meses.

—Venía a verte precisamente por algo relacionado con el pueblo —le aclaró, y ella lo miró expectante—. Me llamó mi tía Manuela, aunque también me había llamado justo después del incidente con Bruno.

—¿Qué incidente?

—¿No lo sabes?

Ella meneó la cabeza a ambos lados.

—La historia corrió por los círculos artísticos, salió en los periódicos y creo que también en la televisión.

—Hace tiempo que no estoy al tanto de eso ni veo mucho la televisión. —Y le preguntó—: ¿Qué ocurrió con Bruno?

—Lo apuñalaron.

Paula se había quedado sorprendida, más aún con lo que le contó a continuación.

—Fue una mujer del pueblo, no sé si la recuerdas, era de la asociación…

—Sofía —dijo enseguida.

—Sí, así se llama.

—¿Y qué pasó?

—No conozco los detalles, solo que tuvieron una discusión. Él vivía en su casa, tenían una relación al parecer, y algo debió pasar entre ellos porque acabó clavándole un cuchillo de cocina que le atravesó un pulmón. Estuvo mes y medio en el hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte; como era fumador tenía los pulmones fastidiados y encima la puñalada…

—¿Y cómo está ahora?

—Bien, lo vi en la feria de ARCO. Llevó varias obras que vendió enseguida porque el suceso del apuñalamiento levantó su morbo y se cotiza como nunca en su vida, así que está encantado, aunque tiene que dormir con un aparato que le ayuda a respirar.

—¿Y Sofía?

—Él no presentó cargos, y al no tener antecedentes y con el atenuante de enajenación mental transitoria, solo pudieron decretar contra ella una orden de alejamiento de por vida. —E hizo una leve mueca de sonrisa al decir—: Bruno no volverá al pueblo, eso te lo puedo asegurar.

—¿Y cuándo ocurrió?

—No mucho después de irme a Londres, pero yo entonces no tenía ganas de resolver ninguna cuestión, dejé pasar el tema.

Paula se sintió mal por aquella referencia y no tuvo más remedio que preguntarle:

—¿No acabó el mural?

—Aún no lo he visto, así que no sé lo que le dio tiempo a hacer, porque volvió a las andadas, a aparecer y desaparecer según le convenía. Por sugerencia de mi tía pensaba despedirlo de nuevo y entonces pasó lo de esa mujer.

Paula quería preguntarle a qué venía contarle todo aquello y, en especial, su visita, pero seguía sin atreverse a hacerlo y él continuó:

—La semana pasada me llamó mi tía otra vez para pedirme que me pusiese en contacto contigo para que acabases el mural. Le dije que me encargaría de ello, por eso estoy aquí.

—¿Quieres… me estás pidiendo que vuelva al pueblo y lo acabe? —preguntó perpleja.

—Sí —respondió—. Es un favor que te pido por ella; quiere que lo acabes tú.

No sabía qué decir a sus palabras. Sentía como la miraba, incluso percibía en sus ojos la misma intensidad de los días en que lo sabía enamorado, aunque podía ser solo una apreciación suya.

—Si voy tendría que dejar este trabajo —empezó a excusarse.

—Hablé con Lola y me dijo que te daba vacaciones, un mes o más, lo que necesites.

Paula no pudo reprimir una sonrisa. Ese era Roberto. Si quería algo no le importaba mover los hilos que hicieran falta, y cuando le contaba sus planes tenía todo bajo control, para que no tuviera más opción que aceptar.

—No temas por tu trabajo en la agencia —dijo para tranquilizarla—. Lola me debe algunos favores de tipo profesional y esto sería una especie de intercambio.

—En tal caso… solo me queda decir que sí.

—Eso parece —repuso con una tenue sonrisa.

Ella se volvió de espaldas para ponerse el chaquetón y colgarse el bolso del hombro, y mientras lo hacía, también se le dibujó una sonrisa en los labios, sobre todo cuando le preguntó:

—¿Cuándo te dijo Lola que podía irme?

—Desde mañana, me comentó que tu trabajo estaba prácticamente terminado y que podían continuar sin ti.

Salieron juntos a la calle, e iba a despedirse cuando él, con voz tímida, le pidió.

—¿Te apetece tomar algo?

La invitación la pilló por sorpresa, pero aceptó encantada. Y fue la tarde más agradable que recordaba en mucho tiempo. Hablaron del proyecto del mural como de algo nuevo, y Roberto le contó anécdotas sobre las exposiciones y subastas a las que había asistido en Londres, de la feria de ARCO pues, como ella ya sabía, compartía stand con otra galería y le gustaba estar al corriente de las tendencias que surgían. También de la marcha de la galería con los artistas que tenía en esos momentos; del dibujo de Van Gogh con el que se extendió explicándole que se trataba de un boceto a lápiz de un campesino recogiendo la cosecha.

—Ya tengo un comprador, vendrá a recogerlo el jueves que viene. Te lo digo por si quieres verlo antes de que se lo lleve.

—Me encantaría, mañana por la tarde me pasaré.

Ella, por su parte, solo podía hablarle de su trabajo en la agencia, pues no había vuelto a ir a ningún acontecimiento artístico salvo un par de visitas al Prado.

—Hice mi recorrido por Velázquez y la pintura barroca, además de ver uno de mis retratos favoritos, *El Cardenal* de Rafael. La pena es que con las obras de ampliación cerraron el Casón y siempre me gustó darme una vuelta, echaré de menos a Rosales, los Madrazo, Fortuny…

—Dicen que hasta el dos mil seis o el dos mil siete no se podrán exhibir los cuadros.

Paula asintió, un tanto cohibida al pensar que no le había

comentado que, en esa rutina por el Prado, no dejó de ver los cuadros que más le gustaban a él, que incluso se fijaba en los visitantes con la esperanza de encontrarlo, y que había pasado largo tiempo ante la tabla de *El Descendimiento* de Van der Weyden, que desde que había trabajado en el mural parecía haberla unido a él.

Eran cerca de las once cuando salieron. Llovía y Roberto se ofreció a llevarla en su coche.

—No lo hemos hablado, pero puedes volver a mi casa, ya la conoces y yo no estaré —comentó antes de despedirse.

Iba a negarse, sobre todo por los recuerdos que podía traerle, y le preguntó si no sabía de alguna que se alquilase.

—Supongo que habrá, pero no merece la pena.

Repitió que no iría, como si aquello pudiese ser una molestia, a lo que ella no objetó nada más, salvo tenderle la mano. Roberto la tomó, no de una forma segura y firme, más bien la notó débil y la soltó enseguida, como si le quemase.

—Te llamaré y concretaremos —dijo tan solo.

Y caminó deprisa hacia su coche, escapando de la lluvia y arrancando antes de que ella atravesara el portal.

Capítulo 13

Manuela la recibió con cariño, dándole dos besos y acogiéndola en un abrazo.

—Me alegro de que hayas decidido venir.

—Gracias, yo también.

—¿Y cómo estás? ¿Se te curó la mano?

—Sí, ya está bien —contestó ella.

Y mientras se dirigían hacia la iglesia, le habló de lo sucedido entre Bruno y Sofía.

—Estuvo en su casa dándose la gran vida —empezó—. A Hortensia no le hacía ni pizca de gracia pero, ¡que le iba a hacer si a su hija le gustaba! Hasta que después de volver de una de sus correrías Sofía se enfrentó con él pidiéndole explicaciones. Entonces se dio cuenta de que la cosa se le iba de las manos y que él no tenía la menor intención de casarse con una palurda; así fue como la llamó, me lo contó su madre que los oyó discutir. Sofía se puso como una fiera, se le fue la cabeza sin duda como salió en el juicio. —Y suspiró hondamente—. No lo mató de puro milagro, gracias a Dios.

—Cuánto lo siento —dijo en voz baja.

Sin poder evitarlo, se sentía cómplice de aquel incidente tan desagradable que creía haber desatado, y Manuela, como si hubiese leído su pensamiento, acabó tranquilizándola.

—Si al final, las cosas tienen su razón y suceden por algo. Hortensia se llevó un disgusto tremendo, pero ahora está contenta, a su hija se le han ido todos los pájaros de la cabeza y no creo que vuelva a correr detrás del primer cantamañanas que aparezca.

—¿Y qué hace ahora?

—Volvió a trabajar en el bar de Simón, y me parece a mí que va a acabar casándose con él; es un buen hombre, mozo viejo, pero muy trabajador. Tampoco falta a misa y en la asociación es la primera dispuesta a hacer lo que se necesite. —Sonrió discretamente al añadir—: como dice la Biblia, los caminos del Señor son infinitos y misteriosos.

Estaba de nuevo en aquella capilla y lo primero que le llamó la atención fue la diferencia en la luz que entraba por las ventanas, con aquel sol primaveral más bajo y suave. Luego, al correr la cortina, vio que se habían llevado el segundo piso del andamio pues ya no se necesitaba, y observó con detenimiento cada detalle.

Bruno había hecho un paisaje más completo y elaborado al que había añadido olivos y arbustos entre las rocas. Tenía que reconocer que era un trabajo excelente, que ganaba mucho en el conjunto, y que a pesar de la crítica que había hecho cuando lo había visto, allí seguía su lago en el horizonte. No sabía si lo había dejado por respeto, porque le gustaba o simplemente por pereza; daba igual el motivo, también ella pensaba aprovechar todo lo realizado por él. Y se concentró en examinar lo que quedaba por hacer, que era justo lo que a ella más le interesaba, los protagonistas de la escena: los tres Reyes Magos que seguían perfilados como ella los había dejado, y la Sagrada Familia. Para terminar, se sorprendió al ver sus bocetos en la mesa con otros de sus apuntes, y con ello la idea de que Bruno pensaba utilizarlos.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta lo que hizo el cantamañanas? —preguntó Manuela, y ella se volvió afirmando con un movimiento de cabeza.

—Pues a seguir.

No dilató más la inspección, se vistió su camisa de trabajo, se ajustó las gafas y la cinta violeta en el pelo, y emprendió de nuevo la tarea.

Volvió a la rutina de meses atrás, con el trabajo ocupando casi todo su tiempo. Solo se permitía un paseo por las tardes, sin apenas contacto con nadie salvo Benita y Leandro, que solían pasar a ver cómo iba o si necesitaba algo. A Manuela la veía todos los días al ir a buscar y dejar la llave, y a la semana siguiente a su llegada, la invitó a comer. Pero ella se resistía, hasta que no pudo darle más

excusas y aceptó.

Entrar en la casa y ver el comedor, el sitio donde se sentaba Dani y pensar que su presencia seguía en cierta forma allí… fue duro, sobre todo cuando Manuela le habló de él y le mostró una fotografía reciente de su nieto.

—Por fin me hizo caso y se afeitó la barba.

Paula miraba aquella foto. ¡Qué joven parecía! Y tan guapo… No pudo evitar sentir cierta emoción al preguntarle si había aprobado las asignaturas que le habían quedado para acabar la carrera.

—Sí. Ahora está en Francia, donde su madre, haciendo un curso… no me acuerdo de qué. El caso es que está contento, dice que tiene buenos compañeros y que ha hecho amigos, pero no es de extrañar, es de buen carácter. También está en… no sé cómo dijo… algo de un sitio donde hay unos animales en peligro de extinción. —Y sonrió con cierto orgullo—. Siempre se mete en esos líos, como lo de su padre y Los Cañizos.

—¿Se hizo el campo de golf? —preguntó.

—No, se han puesto a desenterrar cosas antiguas y creo que tampoco van a dejar que se haga nada por el encinar. A mi hijo no le puedo preguntar; se pone hecho un basilisco si se lo miento, pero Dani se ríe, y yo creo que tiene que ver con ello más de lo que su padre imagina.

Paula sonrió para sí; aquello sería siempre un secreto entre los dos, como el pequeño consuelo a una relación que no pudo ser.

Casi habían terminado de comer y solo les quedaba el postre: el melocotón en almíbar que troceaba en esos momentos, cuando se percató de que Manuela se había quedado observándola y alzó la vista.

—Me acuerdo del día que vino Dani diciendo que te había conocido. Le sonreían hasta los ojos y no paraba de decirme lo guapa que eras y la suerte que tenía Roberto de que fueses su novia. —Paula se puso tensa y soltó los cubiertos sobre el plato—. Me pidió que te invitara a comer y al principio pensé que lo hacía para ser amable con la novia de su tío. Pero enseguida me di cuenta de que no era por eso, que le gustabas y que se había enamorado de ti.

Ella no sabía qué hacer, y menos qué decir. Salvo que se le ocurrió de pronto que aquella mujer había esperado para verla tranquilamente a solas e iba a pedirle cuentas.

—No voy a recriminarte —continuó—; si mi nieto te quería, yo no puedo meterme en ello.

Y notó su mano áspera y fuerte, con aquellas venas hinchadas

como las raíces de un viejo árbol, posada sobre la suya.

—A pesar de todo supo lo que es querer y sacrificarse, y eso siempre es bueno.

—¿Es… está bien? —logró preguntar.

—Sí, no te preocupes, y estará mejor con el tiempo que lo cura todo. Lo pasó mal, para que negarlo, era feliz cuando estaba contigo y cuando te fuiste… Pero no te apures por ello, hiciste lo que debías y él lo entendió. —Sonrió discretamente al ver su rostro compungido y volvió a apretarle la mano—. Ahora tendrías que volver con Roberto.

La mirada de Manuela al decirle aquello le hizo entender que no solo estaba allí para acabar el mural, y que la anciana tenía que ver más de lo que parecía.

—¿Quiso que viniera para arreglar lo mío con Roberto? —preguntó.

—Te llamé porque había que terminar la pintura, es algo muy importante, y después de los años, con lo que faltaba… Tanto don José María como yo y las de la asociación no queríamos a ningún extraño después de lo que pasó con Sofía, pero la idea de que volvieras tú no fue solo mía.

—¿De Roberto? —Se apresuró a preguntar, convencida de que acertaba.

Manuela negó con la cabeza.

—Fue Dani. Vino a verme y estuvo dos días; me acompañó incluso a misa y cuando terminó quiso ver el mural. Corrí la cortina y se quedó mirándolo un buen rato; entonces fue cuando me lo propuso y a mí me pareció buena idea.

Paula creyó que iba a echarse a llorar de un momento a otro.

—Mi nieto es muy especial —continuó Manuela, y en su tono de voz no podía disimular el orgullo—. Tiene un corazón muy grande, o como dice su padre, es el abogado de los pleitos pobres y el defensor de las injusticias. Por eso, cuando entendió que no podía estar contigo vio claro que tú y Roberto debíais volver. Él aprecia mucho a su tío y no podía quitarse el remordimiento de haberle hecho romper su relación contigo. —Hizo una pausa sin dejar de mirarla—. Sé que has querido a Dani como él a ti, pero tu sitio es con Roberto, siempre debió ser así.

A Paula le resbalaba una lágrima que se apresuró en limpiar antes de murmurar:

—No creo que pueda… después de lo pasado…

Manuela sonrió compasiva.

—Cómo sois los jóvenes, no os dais cuenta de lo corta que es la

vida, que es necesario olvidar y perdonar para seguir adelante.

—No debe hacerlo, no lo merezco.

—Te equivocas, hija, todo el mundo merece otra oportunidad, incluso los asesinos si se arrepienten y cambian, como la pobre Sofía que lo mismo acaba casándose y haciendo feliz al bueno de Simón… También Roberto lo hará, solo que tendrás que ser tú la que dé el primer paso, y para ello tienes que estar segura de que lo quieres.

Salió a la calle con ganas de airearse y caminó sin rumbo fijo, hasta que se encontró subiendo la cuesta hacia la ermita, el mismo trecho que había recorrido cuando iba a ver a Dani a la vieja casa Del Alto. La había esquivado conscientemente al igual que la comida con su abuela, y se sorprendió al darse cuenta de que ya no tenía esa sensación; no en vano habían transcurrido meses de duro esfuerzo por olvidarlo. Sin embargo, al llegar a aquel cerro sintió una conmoción. La casa había desaparecido, y en su lugar se encontró con un montón de arena, una hormigonera, ladrillos apilados… Unos obreros trabajaban levantando una pared y se quedaron mirándola. Ella continuaba paralizada e inmóvil como una estatua, pensando si habría sido un sueño, porque todo lo vivido allí pasó por su mente como una sucesión de imágenes cada vez más borrosas. Hasta que uno de los obreros dijo algo que no entendió y que la despertó de su letargo. Se volvió y echó a andar, bajando apresurada la cuesta.

Paula trabajaba sin descanso, incluso algunas tardes y los días grises y lluviosos como aquel, que tuvo que utilizar el foco para iluminarse. Y empezaba a recoger, cuando sintió abrirse la puerta. El ruido de unos pasos resonó entre el silencio del templo y el caer de la lluvia sobre la cubierta, pero esperó a tapar uno de los botes para volverse.

El agua se escurría por su impermeable y las botas altas, y del paraguas chorreaban gotas que iban formando un pequeño charco sobre las losas. Sabía que algún día podrían encontrarse, pero no pensó que fuera a visitarla.

—Hola —saludó mirándola y al mismo tiempo al mural—. Está quedando muy bonito.

—También quedó bien lo que hizo Bruno —apuntó en un tono irónico que no pudo evitar.

Sofía miró en derredor.

—Sí, pintaba bien el muy… —se calló un instante—. Lástima que estemos en la iglesia, de lo contrario diría mil palabras y a cuál peor para describir a ese hijo de Satanás.

Y se mordió los labios pintados de rosa, acercándose un poco más. La arrogancia que le recordaba de meses atrás parecía haber desaparecido convertida en sumisa amabilidad.

—Siento mucho lo que pasó, que por mi culpa… Y quería pedirte perdón, que sepas que lo que es por mi parte, nunca hablaré sobre ti y el nieto de Manuela, ni una palabra.

Paula solo hizo una leve inclinación de cabeza.

—Pero lo que diga el hijo de Satanás —continuó—, de eso no puedo prometer nada, aunque negaré todo lo que salga de su sucia boca, de eso no te preocupes, si le dice algo a Roberto Alarcón diré que es un embustero.

Paula sonrió apenas.

—Ya no importa; Roberto lo sabe, se lo dije yo.

Sofía la miró extrañada.

—Entonces…

—Prefiero no seguir hablando de ello.

—Vale, como quieras. Pero también he venido a decirte que fui una idiota y que tú tenías razón cuando quisiste avisarme… Tenía una venda en los ojos, creí todas sus mentiras y sus promesas —zarandeó el paraguas antes de exclamar—: ¡qué más da eso ahora!

Avanzó unos pasos hacia el mural, contemplándolo por unos momentos.

—Pintaba bien el hijo de perra —murmuró en voz baja, y se volvió de nuevo hacia Paula—. Me gustaría que fuéramos amigas.

La expresión de sorpresa que debió poner le hizo sonreír.

—Si no quieres, lo entendería, pero si necesitas algo de mí, lo que sea, ya sabes que cuentas conmigo. Y si se te ocurre algo para arreglar lo tuyo… podría decirle a Roberto que no tuviste la culpa, que fue el nieto de Manuela…

Paula sonrió negando.

—¿De verdad no puedo hacer nada por ti?

—Te lo agradezco, pero no hace falta —volvió a decir Paula que solo deseaba que se fuera.

Sin embargo, Sofía no se movió y continuó hablando.

—No lo hice por maldad hacia ti, de verdad; fue el cerdo ese… No lo maté, pero que me perdone Dios, no me arrepiento de haberlo apuñalado, ni me hubiese importado que hubiese muerto, aunque me pudriese en la cárcel por ello. Porque si hay justicia en este mundo él se lo merecía, y no solo porque me engañó a mí y me hizo ponerme en contra tuya, también a otras, recibí un montón de cartas de apoyo, incluso de su mujer.

Paula se extrañó.

—Sí, estaba casado el muy cerdo, y tiene un hijo, pero no le hace caso ni paga su manutención porque se gasta todo en sus vicios ¡Menuda alhaja! ¡Qué tonta fui, qué rematadamente tonta!

Miraba hacía el paraguas que apenas goteaba y alzó la vista hacia ella.

—Tengo que irme a trabajar, pero ya sabes, si me necesitas para cualquier cosa…

—Gracias —volvió a decir ella.

Cuando se marchó, se sentó en el primer banco, y durante unos instantes pensó en aquella mujer y en lo que habría pasado si no hubiese colaborado en el chantaje de Bruno. Y llegó a la conclusión de que su maquinación solo había acelerado los acontecimientos. Que, pese a todo, nada habría cambiado.

Pasaban tres días de la fecha prevista cuando dio la última pincelada y en un rincón del lateral derecho puso su nombre: Paula Guevara. También, a pesar de las protestas de Manuela y las de la asociación, el de Bruno Blanchet, con el mes y el año: mayo de 1999. Recogió todo el material con ayuda de Benita y Leandro, y unos obreros se encargaron de desmontar el andamio. Menos la cortina granate que se quedaría hasta su retirada definitiva, cuando se mostrase «oficialmente». Y ese día sería el domingo. Manuela le había contado que se celebraría una misa que oficiaría el arzobispo de la provincia, que iba a ir también la televisión autonómica a hacer un reportaje, y que el colofón sería una comida. Por eso era importante que estuviera como artista del mural; sin embargo, a Bruno —aunque era el artífice de un tercio del trabajo— nadie lo mentó y, por supuesto, no pensaban invitarlo.

Respecto a Roberto, no lo había visto el día que se acercó a ver el dibujo de Van Gogh a su galería, aunque le había dicho que iría. Tampoco había tenido noticias suyas después de la llamada que le

había hecho en cuanto llegó al pueblo para verificar que todo estaba en orden y no tenía problemas. Por eso no sabía si asistiría hasta que apareció unos minutos antes del comienzo del acto religioso, cuando se acercó a su tía para darle dos besos. Manuela lo hizo sentarse a su lado contraviniendo la costumbre, pues esa era la parte de las mujeres, y fue entonces cuando la saludó a ella con una inclinación de cabeza.

La misa resultó muy vistosa pero algo larga, y a Paula le chocó oír al arzobispo cuando pronunció su nombre y el de Roberto. En su discurso dijo que ambos eran «la unión de la generosidad y el talento en la obra que tanto habían esperado en el pueblo», lo que la hizo sentirse extraña, incluso se ruborizó un poco, y giró un momento el rostro hacia él. Estaba muy atractivo con aquel traje gris, y también demasiado serio, con la vista perdida al frente, como si nada de aquello le incumbiese.

Al terminar todo el mundo se agolpó en la pequeña capilla, apretujándose como si no tuvieran otra oportunidad de verlo, y a ellos les dejaron paso para que pudieran fotografiarse o ser captados por la cámara de televisión, junto al arzobispo y demás personalidades locales, los mismos que casi una hora después compartían mesa en el salón de comidas del bar de Simón. Era la primera vez que lo pisaba, y desde la puerta de la cocina, Sofía la saludó sonriente y ella le devolvió el saludo.

A un lado tenía a don José María y al otro al arzobispo, un hombre gordo y afable que comía con buen apetito mientras hablaba con ella sobre el trabajo en el mural. Una charla que le sorprendió pues sabía bastante de arte, de lo que habló también con Roberto, al que lanzó alguna indirecta, animándole a que siguiera invirtiendo para salvar el deterioro del patrimonio artístico, bastante descuidado en muchas iglesias. Y con un sentido práctico señaló: «Además desgrava». Él sonrió, escuchando con aparente interés, pues a Paula le dio la impresión de que estaba muy lejos de allí; quizá, pensó para sí, echaría de menos a su joven y guapa amiga y tendría ganas de largarse cuanto antes.

Sin embargo, la sobremesa se prolongó hasta la seis y media, y cuando se despedía en la puerta del bar fue cuando supo que no se iba hasta el día siguiente.

—Estoy cansado para conducir —le dijo a Manuela.

—Pues mañana te vienes a comer a casa —se apresuró ella a invitarlo.

—Gracias, tía, pero se me haría tarde.

—Anda, Roberto, hacía meses que no venías, por un rato…

—De acuerdo —acabó cediendo.

—Pues mañana os espero a los dos.

Volvieron andando. La tarde, después de un día radiante de sol, empezaba a estropearse y el cielo se cubría de gruesas nubes a la vez que se levantaba un viento frío.

—A lo mejor llueve —comentó ella.

—Sí, seguramente.

Alzó la vista, pero no hablaron más, salvo los saludos que devolvían a quienes los saludaban, y llegaron a su calle cuando empezaba a chispear.

Paula le ofreció un café y él accedió a su invitación. Se había sentado con gesto abatido en una de las sillas del comedor y, al llenarle la taza con el café, no pudo evitar mirarlo; removía con la cuchara después de añadir un poco de azúcar.

—Mi tía estaba contenta; la pobre empezaba a pensar que nunca se terminaría —dijo sin dejar de remover—. El arzobispo debió nombrarla a ella en la misa en lugar de a mí; si no hubiera sido por su empuje, ni se me habría ocurrido…

Se quedó callado, como pensativo, y ella habló en voz baja.

—No te he preguntado… y no sé si te ha gustado.

Él la miró un momento.

—Sí, está mejor de lo que imaginaba. —Volvió a poner la vista en la taza—. Lo de Bruno quedó bien, aunque se haya salido del original al hacer más paisaje y, por cierto, estoy de acuerdo contigo en haber puesto su nombre, al fin y al cabo, hizo una buena parte. Luego, respecto a lo tuyo… —La miró un poco de soslayo—. Está muy bien, me gustaron mucho los personajes, los ropajes de los reyes quedaron estupendamente y fue un acierto inspirarte en Van der Weyden. Las ofrendas también quedaron perfectas; todos decían que parecían reales, que casi se podían tocar.

Ella sonrió satisfecha con su comentario y volvieron a guardar silencio, hasta que él preguntó, como si fuera por compromiso, si iba a irse pronto del pueblo.

—Pensaba hacerlo mañana en el autobús, pero si voy donde tu tía, tendré que coger el del día siguiente.

—Puedes venirte conmigo si quieres, yo me iré después de comer.

Ella asintió agradecida. Tomó un poco de café, apenas un sorbo, mientras contemplaba el cuadro que presidía el comedor. Enseguida le llegaron a la mente los sucesos que ocurrían cuando lo estaba pintando; no quería recordarlos en ese momento y, para romper aquel silencio incómodo, le habló de sus cosas del estudio.

—Graciela me está ayudando a buscar piso; dice que se va a poner a la venta uno en su calle y seguro que me interesa, entonces me lo llevaré.

—Avísame y te lo mando —se apresuró él—, al fin y al cabo fui yo el que…

Se interrumpió y ella tomó la palabra.

—No te preocupes, ya embalé todo y le dije a Josefina lo que debían llevarse cuando mande a por ello.

Él afirmó con un gesto; se había tomado el café y jugueteaba con la taza, haciéndola girar.

—¿Vas a volver a la pintura? —preguntó mirándola de repente.

Ella no tuvo que pensar para responderle; lo había madurado durante las horas silenciosas de trabajo en la iglesia.

—Sí. Cumpliré un compromiso que tengo con Lola para acabar un proyecto y lo retomaré de nuevo. No sé cómo me irá; quizá no saque ni para comer como dice mi madre. —Y sonrió tímidamente —. Será como empezar de nuevo después de casi dos años, pero quien sabe si con lo del mural me hago famosa y me sale algo interesante.

Había sonreído con más amplitud al decir aquello, pero él solo hizo una mueca de aprobación antes de añadir:

—Me alegro de que lo hagas y, si necesitas la galería, sabes que puedes contar con ello, Magdalena te ayudará como siempre.

—Te lo agradezco.

Roberto asintió de nuevo y se levantó para llevar su taza con el plato a la cocina.

Al regresar no volvió a sentarse, se quedó de pie, a su lado, y Paula alzó la vista hacia él; la miraba de una forma distinta, mucho más intensa.

—¿Qué hice mal, Paula?

Ella se estremeció. No hablaba alto, pero su tono desgarrado le retumbó en los oídos, sobre todo cuando le lanzó aquella pregunta cargada de resentimiento:

—¿Voy a seguir haciendo el gilipollas toda mi vida?

Ella le escuchaba pegada al asiento, incapaz de mover un músculo.

—Y lo he hecho, Paula —continuó—, me he ido con una cría boba solo para que sufrieras como yo, por puro despecho. Pero lo único que he conseguido es sentirme peor porque en ningún momento dejaba de pensar en ti… A pesar de lo que me hiciste no podía dejar de amarte. ¿Verdad que soy patético?

No sabía qué responder porque tampoco sabía si quería una

contestación, pues su dolor le dolía también a ella, y en sus últimas palabras comprendía que aquella chica con la que lo había visto no significaba nada para él.

—Acabo de cumplir los cuarenta y seis —prosiguió en un tono más bajo—. Cuando tenía veinte imaginaba que a esta edad estaría casado y tendría uno o dos hijos, pero sigo soltero. No he podido hacer otra cosa porque desde que te conocí he estado esperándote, queriéndote y deseándote con toda mi alma para luego ver cómo te ibas con otro... Y no soy ni un poeta bohemio ni un joven idealista, solo un hombre normal y corriente que debió olvidarte y no volver a verte después de lo de Víctor, y mucho menos con lo de Dani.

—Roberto… —pudo hablar, y era casi una súplica.

—No, no digas nada ahora, quiero acabar de soltar todo lo que tengo aquí metido. —Y se tocó el pecho—. Porque estoy harto de ser correcto y razonable y, aunque es verdad todo lo que te dije la noche del desfile, no logro quitarme este sentimiento de rabia y frustración.

Bajó la vista y apoyó la mano sobre la mesa.

—Me educaron para saber estar, sin mostrar mis debilidades por mucho que me aplastasen. Pero tampoco soy de piedra, y todo esto ha sobrepasado con creces lo que creí que sería capaz de soportar, ver cómo volvías a alejarte de mí sin poder hacer nada. Solo quedarme como un bobo, incapaz de…

Había apretado el puño y golpeó la mesa con tanta fuerza que su taza saltó sobre el plato.

Paula se levantó. Él se había vuelto de espaldas y se quedó mirándolo, deseando hablar, aunque algo le oprimía la garganta y no la dejaba hacerlo. Hasta que se volvió; tenía el gesto contraído y sus ojos mostraban una tristeza infinita.

—No he podido pisar esta casa en todos estos meses, ¿y sabes por qué? —Ella no contestó—. No me quitaba de la cabeza que te habías entregado a otro en mi cama.

—No pasó aquí. —Se apresuró a decir, y él torció el labio en un gesto desdeñoso.

—Entonces debo agradecéroslo, aunque en nada me quita que me sienta un completo imbécil.

—No lo eres, Roberto, en todo caso lo he sido yo, y lo que pasó…

—Ya te dije que no quiero saberlo, ni te he hablado así para que me des explicaciones.

Pero estaba decidida a ello; se lo debía.

—Deja que lo haga —insistió.

Él había apartado la mirada de la suya, aun así, parecía dispuesto a escuchar.

—Lo he pensado mucho —comenzó—. Empezando por el accidente, la muerte de Víctor, y sobre todo lo que pasó en los dos últimos años de nuestra relación, cómo traté por todos los medios de ayudarlo, de impedir que volviera a caer… Y cuando sucedió lo inevitable, algo de mí se hundió también. Graciela dice que no me sienta culpable, que él ya era así antes de conocerlo, pero eso no impedía que me sintiera una fracasada. Luego volviste a aparecer tú…

Hizo una pausa esperando que la mirase, pero él no lo hizo, tampoco se movió.

—En mi interior había algo que no me dejaba darlo todo ni comprometerme como me pedías, borrando el pasado para empezar una nueva vida. Y sonaba bien porque tú eres maravilloso y me querías, sin embargo, tuve miedo. No me daba cuenta, pero lo tenía. Rehacerme de nuevo, vivir contigo, tener hijos… Me costaba hacerme a la idea porque no creía estar preparada para ello y necesitaba más tiempo. Entonces conocí a Dani y todo resultó fácil, me dejé llevar porque con él no había compromisos; solo existía el presente, sin más, y me gustaba que fuera distinto a Víctor, incluso a ti… Pero siempre acabo dándolo todo y él también; se enamoró de mí y volví a complicarme. —Tomó un poco de aliento para continuar—. Sé que nada de lo que te he dicho me excusa ni justifica. Tampoco lo pretendo y no puedo cambiar el pasado, solo que… a pesar de lo que sentí por Dani, al final no pude seguir, y no fue únicamente por la diferencia de edad. Era porque no podía dejar de pensar en el daño que te hacía, en que me importabas más de lo que quería admitir.

—Eso no te impidió acostarte con él —dijo a media voz, alzando la vista.

—Creí que lo quería… O más bien que no te amaba a ti lo suficiente para dar el paso que me pedías. —Se aproximó a él, y casi en un gemido le suplicó—: perdóname.

La miró largamente y ella, con los ojos húmedos, sostuvo su mirada.

—¿Para qué? —preguntó con extrema frialdad.

Antes de responder le tocó el brazo, pero él lo retiró como si le repeliera su contacto.

—Lo necesito —volvió a suplicarle—. Necesito que me perdones, que trates de olvidar.

—Puedo perdonarte, y lo he hecho porque de otra forma no

podría estar aquí, pero olvidar… Me has destrozado, Paula, y eso… eso no lo puedo olvidar y lo sabes.

—Aun así, si puedes llegar a creer que… —no dijo más, se acercó hasta pegarse a él y lo besó.

Un beso en el que volcó todo su amor, sus sentimientos… Notó que la correspondía, que con una mano rodeaba su cintura para pegarla más a él, mientras sus labios recorrían ávidos los suyos. Pero solo fueron unos segundos. Se separó de ella y retrocedió un paso.

—Hasta mañana —dijo en voz baja, y salió del comedor.

Paula permaneció en el mismo sitio durante varios minutos, con la mente en blanco, pendiente del sonido de la lluvia. Hasta que, como una autómata, dirigió sus pasos hacia la puerta y salió fuera. Las nubes oscurecían la tarde y la terraza y la parra parecían difuminarse tras la cortina de agua que caía empapando las losas del patio. Sentía frío, no obstante, avanzó unos metros y se detuvo antes de salir de la protección del zaguán, donde las finas gotas le salpicaron en la cara. Alzó la cabeza y dejó que siguieran mojándola con la esperanza de que así desaparecerían los pensamientos que iban llegando a su mente. Pero resultaba inútil. Las palabras de Roberto le dolían, y no por ella, sino por lo que significaban, que ella tenía los rasgos que siempre había criticado en su madre y su hermana Abigail: su egoísmo, su indiferencia, el procurarse solo su placer para satisfacer sus deseos sin importarles nadie más… Y ella era igual. Se daba cuenta porque había hecho con Roberto lo mismo.

La lluvia era cada vez más tenue y parecía que iba a cesar de un momento a otro. No así el frio, que se volvió más intenso, y casi tiritaba cuando entró de nuevo en la casa.

No sabía qué iba a hacer, ni lo pensaba cuando encaminó sus pasos hacia la escalera que conducía al piso superior. Allí se detuvo. Recordaba de pronto lo que le había dicho Manuela: «Si quieres que todo vuelva a ser como antes tienes que intentarlo, ser la que dé el primer paso». Y lo repitió de nuevo en su cabeza, mientras los peldaños crujían al subir y su respiración se aceleraba. Algo parecido a unos años atrás, cuando había ido a ver a Víctor y llamó a su puerta. Igual que entonces dudó, pero sabía que debía hacerlo, y golpeó suavemente con los nudillos.

Se veía un hilo de luz por debajo de la puerta y enseguida escuchó movimiento en la habitación. Roberto abrió; vestía una camiseta blanca de manga corta con un pantalón de pijama de color beis.

Se fijó entonces que la luz provenía de la lámpara de la mesilla, donde había una carpeta y unos folios sobre la cama desecha.

—Creo que te he interrumpido —musitó nerviosa.

—Estaba revisando unos papeles del trabajo —dijo él, y acto seguido preguntó—: ¿quieres algo?

Ella sintió que temblaba, como si el frio incrustado en su cuerpo se intensificara al contemplar el azul de sus pupilas y el gesto serio de alguien lejano o desconocido.

—Yo… —empezó, pero fue incapaz continuar.

Roberto le tocó por un instante la cara.

—Estás helada, y tienes la ropa mojada.

—Es que salí al patio…

—No debiste hacerlo —y preguntó preocupado—. ¿Te encuentras mal?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Estoy bien… solo que… quería hablar contigo.

—Si es sobre lo de antes, no tenemos más que decirnos.

Paula estuvo a punto de desmayarse, aun así, continuó.

—Por favor, Roberto, no me hables así ni me trates con indiferencia. No me apartes de tu lado porque me importas más de lo que crees y…

Volvió a callar, a percibir el temblor y el miedo de que de un momento a otro la echara. Y Roberto continuaba serio, sin embargo, tomó sus manos entre las suyas, reteniéndolas como si quisiera calentarlas, y ella se quedó ahí, con la vista en sus manos conteniendo las suyas.

—No me dejes —susurró alzando el rostro hacia él.

Roberto no pareció inmutarse, como si no la hubiese oído. O lo que era peor para ella, como si no le importara. Le soltó las manos y ella retrocedió humillada, asumiendo su derrota.

—Deberías darte un baño para entrar en calor —oyó que decía a su espalda.

—Sí —musitó sin volverse.

Seguía temblando cuando abrió el grifo al máximo para llenar la bañera, y de un frasco esparció las escamas de color azul que enseguida formaron una densa espuma. El olor a lavanda impregno el ambiente y se desvistió para sumergirse despacio. El agua casi ardía, pero estaba tan helada que necesitaba aquel calor, igual que el perfume de las sales entrándole por los sentidos. Se recostó hacia atrás, notando como su cuerpo volvía a recuperar la temperatura, y cerró los párpados para no dejar escapar un sollozo.

¿Qué iba a pasar ahora? ¿Cómo soportaría no volver a verlo?

Preguntas de las que solo existía una respuesta: si ella misma había destruido su amor, no tenía derecho a pedirle más, ni siquiera su perdón.

El sonido de la puerta la hizo sobresaltarse y se giró. Roberto entraba y no supo qué decir. Tampoco él pronunció una sola palabra. Se acercó lentamente y se sentó en el borde de la bañera. Ella se había encogido, abrazándose las piernas flexionadas hacia el pecho, y lo miraba absorta, temblando cuando su mano recorrió su mejilla secando sus lágrimas. A pesar de haberlo intentado, no había logrado retenerlas, y se alegraba de ello porque sus dedos pasando por su rostro eran un alivio. Y se dejó hacer, sin saber qué iba a ocurrir hasta que él se inclinó para besarla. Fue un beso largo y lleno de ternura que la hizo recuperar la calidez a su cuerpo hasta que se separó y se puso en pie.

Creyó que se iba, que aquello era todo, como una especie de despedida. Pero contempló con estupor que se sacaba la camiseta y la dejaba junto a su ropa, en el taburete. Igual que hizo con los pantalones, y siguió mirándolo hasta ver que se quedaba desnudo. Nunca lo había visto así, ni siquiera el torso, y admiró su cuerpo. Lo deseó con tal intensidad que pensó que sucumbiría cuando entró en la bañera, sentándose ante ella.

El agua había subido de nivel y una parte se desbordó con la espuma resbalando hacia el suelo. Él estiró una pierna a cada lado, mientras ella se quedaba en medio, hecha una bola entre ellas. Pero solo unos instantes, pues enseguida hizo lo mismo y lo rodeó con las suyas igual que hacían sus brazos, dejando que la besara y recorriera su espalda. Había cerrado los ojos, entregada por entero a sus caricias, aferrada a él como un náufrago a un salvavidas, temerosa de que todo aquello no fuese más que una ilusión de su cerebro. Hasta que se separó y sus manos fueron a sus pechos para quitarle con suavidad la espuma y descubrirlos, altivos, con los pezones excitados como lo estaba todo su cuerpo. Los recorrió despacio, deleitándose con su tacto, besándolos y lamiéndolos… Notó que se detenía y lo miró. Sus ojos parecían más oscuros y le decían lo que quería oír, que el pasado quedaba atrás y que la amaba con todas sus fuerzas.

—¿Crees que es un buen sitio para nuestra primera vez? —preguntó con voz tímida.

Ella no contestó. Lo abrazó más fuerte y se pegó a sus caderas, envolviéndolo con sus piernas mientras él la abrazaba casi con desesperación.

Por las rendijas de la persiana veía entrar la luz del día. Un cielo despejado y lleno de sol, igual de radiante que las imágenes que llegaban a su cabeza, cuando el agua cálida y espumosa les rodeaba, con aquel olor a lavanda impregnándolo todo. Habían hecho el amor torpemente, riendo por la incomodidad, hasta que habían salido de la bañera. Él la secó despacio, como si fuera un ritual, recorriendo con la toalla cada porción de su cuerpo. Igual que quiso hacer ella, pero Roberto no parecía tener la misma paciencia. Aquello lo excitaba de tal modo que se apresuró a llevarla en brazos a la habitación.

Nunca había estado tan nerviosa, pero la serenó el tacto de sus manos recorriéndola, haciendo que cada caricia le uniese más a él, como si fueran encajando las piezas de un puzle que había estado incompleto hasta entonces: el de su cuerpo con el suyo. Y se entregaron de nuevo el uno al otro, con mayor pasión, embargados por los deseos retenidos, sin sombras ni dudas que enturbiaran la satisfacción que sentían… Un amor que no iba a expresarle solo con su cuerpo como esa noche, también ansiaba decírselo, pronunciar un sincero «te quiero» que le brotaba desde lo más hondo de su ser. Y se giró en la cama con los brazos extendidos para abrazarlo.

Pero su lado estaba vacío y se incorporó. Miró la sábana arrugada y de ahí pasó la vista incrédula por el cuarto. No había rastro de él, únicamente el albornoz encima de la butaca que se puso para subir corriendo los escalones hasta su habitación. Tampoco lo encontró allí, ni a él ni a su bolsa negra de viaje, y volvió a bajar a toda prisa para salir a la calle.

Su coche tampoco estaba y caminó cabizbaja hacia la cocina.

Las primeras lágrimas le resbalaban por las mejillas cuando vio un papel junto a la cafetera. Por un instante se serenó, limpiándose con el dorso de la mano al acercarlo a la claridad de la ventana para leerlo.

«Por favor, dile a mi tía que me disculpe, pero olvidé que tenía una reunión importante esta mañana. No podré llevarte de vuelta a Madrid, lo siento».

Eso era todo, ahí acababa; no había más por mucho que girase la nota por un lado y otro. Ni referencia a lo pasado entre ellos, ni siquiera cuándo volverían a verse o si llamaría. Aquel escrito podía estar dirigido incluso a Josefina por lo escueto y frío. Y no entendía nada. Habían estado juntos esa noche, sabía que habían disfrutado amándose, él se lo había dicho; sin embargo… Solo podía existir una explicación para entenderlo y es que, a pesar de lo sucedido, él no podía perdonarla.

Al mediodía fue a comer a casa de Manuela y disculpó a Roberto tal y como le había pedido, y al terminar se despidió de la anciana como si fuera para siempre.

—Nos veremos —le dijo ella mientras la acompañaba a la puerta, esquivando al gato anaranjado que se cruzó a su paso—. Porque volverás con Roberto.

—Eso no lo sabe, él… —No pudo seguir; si lo hacía acabaría echándose a llorar.

La anciana esbozó una sonrisa y la tomó de los hombros.

—Ten paciencia, Roberto te quiere, pero tiene su orgullo y necesita tiempo. Así que alegra esa cara que todo se arreglará.

Al día siguiente, con su maleta rodando sobre el pavimento de la calle, se dirigió a la plaza para subir al primer autobús.

Epílogo

No fueron las intensas horas de trabajo en el mural, el acabarlo y reencontrarse con recuerdos pasados lo que le produjo ese estado de abatimiento, sino Roberto y llevar sin saber de él toda una semana. Porque si acostarse con ella y dejarla sin explicación alguna significaba que saldaba la cuenta pendiente de su humillación, creía merecerlo y así se lo tomó. Aunque le doliera en el alma no saber de él, su silencio... Por eso no dijo nada de lo sucedido a Graciela cuando le contó que, al acabar el mural de la iglesia, su compromiso profesional con él había acabado. Y agradeció que su hermana, en las pocas veces que pudieron quedar, no insistiera en preguntarle cómo sería su relación a partir de entonces.

Sin embargo, Paula había llegado a la conclusión que ya le rondaba en la cabeza desde que él se había ido: que Roberto no quería volver a verla, que todo había terminado. Y el optimismo que le había inculcado Manuela se desvaneció por completo.

Después de otras dos semanas tras las que finalizó el trabajo comprometido en la agencia de Lola Alvarado, se despidió de sus compañeros y emprendió la aventura de buscar un piso donde vivir y ubicar su estudio para seguir su camino. Aunque ese camino fuera el de las penalidades que le vaticinó su madre cuando le contó sus planes. Algo que no la preocupaba lo más mínimo cuando pensaba en Roberto.

El primer piso que iba a ver estaba en la misma calle donde vivía su hermana mayor.

—Antes quiero que te pases por otro —le dijo por teléfono, e hizo que apuntara la dirección.

—Es una zona muy cara, Graciela.

—Lo sé, pero podrás con ello.

—¿Cuánto piden?

—Te lo he dicho, podrás con ello.

—¿Es que está para reformar? —insistió—. Porque te dije que quería mudarme enseguida.

—Tú ve a verlo. Está muy bien situado, tienes un autobús que pasa cerca de la casa de mamá, y de la mía igual, dos estaciones de metro o media hora andando, y es todo exterior, te encantará la luz que tiene.

Paula se convenció.

—¿Cuándo quedamos? —preguntó.

—No puedo acompañarte —contestó ella—. Ha surgido un asunto urgente en el despacho y seguro que me lleva toda la tarde.

—Entonces lo dejaremos para mañana.

—Imposible. Ya quedé con el dueño a las seis.

—Está bien, pero si no me gusta te llamaré para ver el otro.

Y creyó oír el sonido contenido de una risa al otro lado de la línea antes de contestar:

—De acuerdo.

Fue a la dirección que tenía apuntada y al llegar frente a la fachada la examinó con detenimiento. Era un edificio de finales del siglo XIX, de espléndida arquitectura, revestido con columnas de piedra y capiteles dóricos sujetando las balconadas. En cuanto a la calle, era tranquila, con poco tráfico y árboles frondosos a lo largo de la acera; un buen presagio si quería recuperar a su antigua clientela.

El piso era un quinto, y según comprobó al oprimir el botón del video portero, también el último. Nadie contestó al otro lado, solo oyó el sonido en la puerta y empujó abriendo.

El interior del portal era como la fachada, antiguo y elegante, con suelos y zócalos de mármol, techos altos donde, de una cadena dorada, pendía una lámpara de cristal. Tras unos peldaños estaba el ascensor con un enrejado de forja semejante a la barandilla de la ancha escalera que se veía al lado. Pero al entrar se percató de que el interior era nuevo y, mientras ascendía, no dejaba de pensar en que todo resultaba demasiado lujoso, que iba a perder el tiempo y no entendía por qué su hermana había insistido tanto en que fuera a verlo. Cierto que tenía dinero de las acciones que le correspondían

de la herencia de su padre, pero no quería gastárselo todo en un piso, aunque quizá aquel lo mereciera por su situación. E imaginó que sería pequeño, tipo estudio, o un ático como en el que había vivido con Víctor, con la diferencia de tener ascensor y pudiera que vecinos más «convenientes».

Pensaba en ello cuando llegó al distribuidor, tan luminoso que parecía estar a la intemperie. Alzó la vista y descubrió una vidriera con un hermoso dibujo vegetal de estilo modernista que se quedó observando mientras esperaba, hasta que el sonido de unos pasos acercándose resonó al otro lado de la puerta.

Las buenas tardes que pensaba decir se le quedaron congeladas en la boca al igual que todo su cuerpo.

—Pasa, no te quedes ahí —dijo Roberto.

Entró como una autómata, sin percibir siquiera que se movía, ni que la puerta se cerraba a su espalda. Se encontraba ante un espacio amplio y luminoso, con molduras bordeando los altos techos y dos balcones con la carpintería pintada de blanco como el resto de las puertas y ventanas. La nota de color la daban la tarima de madera del suelo, los cuadros repartidos por las paredes, la librería y un mullido sofá azul oscuro situado frente al televisor y la mesa de centro con un bonito arreglo floral de rosas amarillas.

—Si hay algo en la decoración que no te guste y quieras cambiar, puedes hacerlo —le decía él, y se dejó guiar por un corto pasillo hasta la cocina.

También era amplia y en tonos blancos y grises, con un comedor al lado donde resaltaban los colores cálidos de un bodegón. Paula lo reconoció enseguida; fue uno de los que llevó a la galería, el primero que vendió el día que conoció a Víctor.

—Debía comprarlo, no fueras a hacerte famosa y perdiera la oportunidad de adquirirlo a buen precio.

Ella seguía sin articular palabra, cuando notó que la tomaba de la cintura para llevarla frente a una puerta acristalada que abrió. Era un despacho y a un lado tenía el aseo.

—A veces trabajo en casa —comentó tan solo.

Sin soltarla de la cintura, la condujo hacia el fondo de un largo pasillo, en el que se intercalaban lámparas y cuadros en perfecta simetría. Entonces no pudo más y se detuvo, apartándose de él.

—¿Qué significa esto? ¿Acaso vas a vender el piso o…? —Y no se atrevía a decir algo que se le cruzó por la mente.

—Sigamos —fue su respuesta.

—No, antes contéstame. He estado un mes sin saber nada de ti, no me llamaste y te fuiste de esa forma… Pero si lo que quieres es

burlarte de mí o vengarte…

Roberto retrocedió los pasos que había adelantado, le dio un beso rápido en los labios, y la tomó de la mano.

—Ven, te lo voy a explicar enseguida.

Aún turbada por su beso, se dejó llevar y él le enseñó una habitación, sin duda la suya porque vio su ropa sobre una butaca, y también el baño anexo.

—La bañera es un poco más grande que la de la casa del pueblo —dijo sonriente.

Luego pasaron ante un cuarto vacío, y cuando estaba a punto de volver a preguntarle, se encontró ante la última puerta, al fondo del pasillo.

Creyó que volvía al pasado porque aquello se parecía demasiado a otra vivencia.

—Graciela —murmuró volviéndose—. Tú y mi hermana… lo habéis hecho otra vez.

Roberto sonreía mientras ella contemplaba lo que parecía un estudio de pintura, muy semejante al suyo, pero con todo nuevo.

—No traje lo del pueblo porque cuando vayamos puedes necesitarlo. Faltan aún algunas cosas, sobre todo pinturas, lienzos y pinceles, sé que es algo muy personal de cada pintor.

La habitación era grande y recibía la luz de dos ventanas y un balcón que él abrió unos instantes. Se veían los tejados y edificios que se sucedían hasta el horizonte, en medio de un cielo brumoso.

Paula miraba todo aquello. Las estanterías medio vacías tenían algunos ejemplares ordenados; la mesa con el tablero reclinable; el caballete idéntico al suyo pero impecable, con un lienzo en blanco puesto encima; un sofá de tres plazas con la tapicería de color verde… No sabía qué decir ante lo que tenía delante, y notó como se le humedecían las mejillas por las lágrimas que le resbalaban sin poder contenerlas. E iba a secarlas cuando Roberto se acercó y la hizo apoyarse contra su pecho.

—¿Por qué has hecho esto? —dijo con la voz ahogada entre sollozos.

—Porque te quiero, te lo he dicho muchas veces y no me cansaré nunca de decírtelo.

—Pero no… no debes quererme… ni confiar en mí… ni…

—Ahora sí. —Y con una mano le alzó el rostro—. Sé que no volveré a perderte, me lo demostraste el día que estuvimos juntos.

—Yo creí que no me habías perdonado… que nunca lo harías.

—Te quiero demasiado para no hacerlo.

La besó y ella también, tan ardorosamente que no quería dejarlo

hasta que no tuvo más remedio que tomar aliento.

—¿Y porque te fuiste sin decirme nada? Te eche tanto de menos…

—Estaba abrumado por lo que había pasado y necesitaba alejarme para pensar unos días, pocos porque yo también ansiaba verte. Pero había vendido el chalet de Las Rozas cuando volví de Londres y el piso no estaba en condiciones, necesitaba una mano de pintura, traer los muebles… Además quería sorprenderte con lo del estudio.

—Y lo has conseguido.

—¿Te gusta entonces? Porque si no te gusta lo cambiamos y hacemos lo que tú digas, aunque yo creo que es perfecto para nosotros, y el estudio tiene una luz magnífica.

—¿Me estás proponiendo que viva contigo? —preguntó sin poder contener una sonrisa.

—¡Por supuesto! Pensé que estaba claro desde que entraste por la puerta.

Paula se quedó de nuevo sin palabras.

—A no ser que… —empezó temeroso y ella no le dejó continuar.

—¡Claro que quiero! —exclamó rodeándole la cintura con los brazos.

—Tenemos que recuperar el tiempo, Paula. He dejado el trabajo, después de diecinueve años sin parar merezco un descanso, aunque seguiré con la galería. Quiero estar contigo cada minuto, y tenemos muchas cosas que hacer… como casarnos.

—¿No me irás a decir que ya tienes la fecha y el sitio? —Y se reía al adivinarlo por la expresión de su cara.

—Nada es definitivo; tú tienes la última palabra, sobre todo responderme si aceptas casarte conmigo.

Paula subió los brazos a su cuello.

—Sí, acepto.

Pensó que iba a besarla pero se apartó un instante y sacó algo del bolsillo. Tomó su mano y deslizó un anillo que encajó perfectamente en su dedo.

—Graciela me consiguió uno tuyo para la medida.

El diamante brillaba como sus ojos cuando lo miró.

—Porque, igual que lo de este piso, ella sabía que ibas a pedírmelo.

Él afirmó con la cabeza, y Paula no podía dejar de reír al exclamar:

—¡Oh! Esta vez sí que voy a estrangularla, cuando la vea…

Roberto la besaba y ella enmudeció al entregarse a sus labios,

deseosa y sedienta de ellos.

—Amor mío —gimió él en su boca—, soy tan feliz que no sé qué hacer para expresarte lo que siento.

Paula, que enlazó sus brazos a su cuello, sonrió al decir:

—¿Estás seguro? Porque a mí se me ocurre algo…

No llegó a terminar la frase. Estaba en aquel sofá, desnudándolo y dejándose desnudar, ansiando tenerlo y que él la tuviese a ella.

—Me querrás, Paula —susurró entre el ardor de sus caricias—, y mucho más que a ellos.

Era cierto; ya lo quería más. Aunque nunca olvidaría a Víctor, y tampoco a Dani. Pero ambos eran el pasado, recuerdos sumergidos en el fondo de su corazón, igual que el pueblo del pantano, hundido para siempre bajo las aguas.

Si te ha gustado

Los recuerdos sumergidos

te recomendamos comenzar a leer

Cartas a mi amor imposible

de *Luna Dueñas*

Capítulo 1

Octubre, 2015

Una rubia oxigenada clava su mirada en mí, sentada tras un caro y reluciente mostrador de mármol gris y negro donde hay un cartel que reza “G&M, S.A” mientras yo camino hacia ella intentando mantener una sonrisa, que más parece que esté grapada en mi rostro a que me salga de manera natural. La he forzado tantos días sin sentirla realmente, que ya me estoy acostumbrado a ella. La rubia me mira como hacen todos los empleados de las empresas a las que entro con currículos en mano y con cara casi suplicante de que me den un empleo. Ya he visto esa mirada muchas veces, como diciendo: “Date la vuelta, no tienes nada que hacer aquí”.

—¿Puedo ayudarle en algo? —me pregunta con falsa amabilidad, porque ya sabe lo que se le viene encima y quiere acabar con ello cuanto antes.

Trago saliva e intento que mi voz suene lo más firme y profesional posible.

—Sí, em… me gustaría dejar mi currículo. —Casi puedo leer cómo una excusa para no coger estos dos trozos de papel, se forma en su mente y viaja a su boca.

—Lo siento, no los aceptamos en mano. Te daré el correo de la empresa, puedes enviarnos tus datos ahí. —Me sonríe como si me hubiese solucionado la vida y la rabia de nuevo se apodera de mí.

—Es que prefiero entregarlo así, ¿sabe? —Entrecierro los ojos y le muestro otra sonrisa forzada en respuesta.

—Y yo le digo que no aceptamos currículos de esa forma. —Ella aprieta la mandíbula.

—Solo le pido que me coja este trozo de papel, tírelo si quiere luego, pero por favor —le suplico—, solo acéptelo. Échele un vistazo. Haré cualquier cosa: suplencias, limpiar, traer cafés, me da igual…

—Lo siento, señorita, de verdad que no puedo ofrecerle otra opción. Política de la empresa. Será mejor que se marche.

—Por favor…

—Es política de la empresa —repite malhumorada.

—Política de la empresa. Ya veo… —susurro dolida.

¡A la mierda las políticas! Solo es una excusa para deshacerse de mí rápidamente y no tener que leer mi perfil, como había sucedido ya en las diez empresas que había visitado en esta mañana. Me tiende una tarjeta de negocio donde aparecen todos los datos y me vuelve a sonreír mientras me insta a irme, señalando amablemente la dirección a la puerta.

Y estoy a punto de hacerlo, pero me vuelvo a girar para mirarla a los ojos y reúno toda esa rabia acumulada que tengo desde las ocho de la mañana para hacer lo que hago.

—Gracias por venir. Puedes marcharte —me vuelve a decir con fingido tono de amabilidad.

Levanto la tarjeta y la hago una bola con mi mano delante de sus narices. Luego se la tiro y le doy en toda la frente con ella. ¡Diana! Ella me mira como si estuviese loca. Una loca de remate. Quizá no esté tan equivocada al pensar eso.

Una mueca de asombro se dibuja en sus labios y me mira con los ojos bien abiertos y llenos de rabia.

—¿Qué se cree…? —comienza a preguntar indignada.

—¿Sabe qué? —lo corto—. Pueden meterse su "política" por donde nunca les da la luz.

Su asombro va a más y yo decido que por hoy es suficiente el verle la cara a estúpidos, así que salgo de la famosa empresa textil y camino hasta el bullicioso parque central donde me siento en un banquito de madera descascarillado, lleno de grafitis, insultos y juramentos de amor marcados en negro.

—¡Aw! —emito un sonido gutural de rabia y pataleo levemente sobre el suelo mientras me paso las manos por mi corto, ondulado y negro pelo.

Unos niños que se lo estaban pasando pipa en el columpio más cercano, de repente se detienen y me observan como si se fuesen a echar a llorar ante la visión de tal monstruo gritón.

—Sí —les digo—. Esto es lo que les pasa a los adultos. Sed felices ahora que podéis, a partir de los veintitrés ¡vuestra vida se irá al traste!

Ellos solo se limitan a mirarme sin inmutarse, pero el más pequeño pronto comienza a hacer pucheros, por lo que su madre me lanza una mirada desaprobadora y se los lleva lejos de la loca de los currículos.

Dos años, ¡dos años desde que acabé la maldita carrera de administración! Y aún nadie me contrata porque "no tienes experiencia en la materia", la frase preferida de todos. Dos años que

han hecho que realmente llegue a odiar mi carrera. Bueno, de todas formas no me gustaba desde un principio, pero se suponía que tenía salidas, ¿no? Se suponía que los empresarios se iban a tirar cual vampiros sedientos a reclutarme como si fuese la mayor joya que habían visto en su vida. Me pregunto si valió la pena todos esos años estudiando números aburridos en vez de dedicarlos a mi verdadera vocación de ser escritora.

Cierro los ojos y me dejo caer con la cabeza hacia atrás en el respaldo del banco. Casi me echo a llorar de la rabia, cuando una bonita banda sonora instrumental llena mis oídos. Saco mi teléfono de mi recién estrenado bolso azul, y veo que es Paula la que me llama.

—Menuda aventura en el dentista. ¡Casi no puedo ni hablar con esta cosa! —murmura a través del aparato y su voz me llega rara, gangosa y dolorida.

A pesar de que llevo un día asqueroso, consigue sacarme una débil sonrisa. Paula es una de mis mejores amigas, lo que se diría una amiga de toda la vida, hemos crecido juntas, junto a Carla, Miriam y Ruth.

Las cinco éramos inseparables, nos pasábamos las tardes fuera de casa, sentadas en la calles atiborrándonos de chuches (cosa que me hizo ponerme como una vaca y cosa que afortunadamente ya he resuelto) y riendo como cinco locas a las que no les importaba nada, solo el estar juntas, hablar de chicos, cotillear y pasarlo bien. Nunca pensé en aquel entonces lo mucho que iba a echar de menos ahora, con veinticinco años, esos bonitos ratos despreocupados de adolescencia. Por desgracia la vida de adultas ha llamado a nuestra puerta, y ya no todo es lo que era, aquí en Villazul, nuestro pueblo natal al sur de España.

—¿Ya te han puesto la ortodoncia? ¿Qué tal con ella?

—Bueno… es raro… muy raro… y… —Paula titubea—… no puedo cerrar bien la boca. ¡Qué largos se me van a hacer los años con esto puesto!

—Piensa que es por una buena causa, y quedarás estupenda.

—¿Y a ti? ¿Cómo te ha ido? —Apenas entiendo lo que dice, pero logro intuir su pregunta.

—Las mismas excusas, las mismas caras de pena. Y regreso al piso con los mismos currículos con los que salí de él. Es un asco.

—Bueno, no desesperes —me anima.

Sí, eso he creído toda mi vida. Que si tienes la paciencia de saber esperar lo que te corresponde vendrá a ti, pero sinceramente, empiezo a dejar de creer en ello. También llevaba veinticinco años

esperando por el amor de mi vida y se ve que tampoco sabía venir solo. Ni él, ni el trabajo que necesito desesperadamente para dejar de sentirme como un despojo de persona y una inútil. Quiero que mis padres se sientan orgullosos de mí. Quiero sentir que yo también puedo ser independiente, valiente y útil.

Quiero encajar en algún lado. Formar parte de algo.

Un trueno me saca de mis cavilaciones y de mi conversación con Paula. Miro al cielo que se tiñe de un negro gris intenso, casi negro.

—Creo que va a empezar a diluviar, te hablo por Facebook cuando llegue a casa.

Cuelgo, comienzo a recoger todos mis papeles y carpetas, me pongo el bolso a modo bandolera y me apresuro todo lo que puedo hacia el piso del centro en el que vivo. A pesar de mis prisas, cuando una diminuta gota brilla sobre la superficie de plástico rosa de la carpeta, sé que vaticina mi desgracia. El cielo comienza a descargar su ira y nos empapa a todos los viandantes, la gente corre de aquí para allá como hormigas que huyen de algún peligro que no pueden controlar y buscan refugio con necesidad, empapando cada centímetro de nuestros cuerpos. En mi carrera casi a ciegas, choco contra un chico de amables ojos marrones que busca también protegerse de la lluvia, como todos.

—Lo siento —logro murmurar sin verle bien la cara, antes de que ambos retomemos nuestros caminos.

Él sigue corriendo en su dirección. Y bueno, por mi parte, como siempre mi suerte me detiene en un semáforo donde tengo que esperar un eterno minuto calándome hasta los huesos a que cambie a luz verde para poder cruzar. A pesar de mis intentos por proteger los currículos, estos se acaban empapando, así que suspiro molesta, resignada y los tiro con rabia a la papelera más cercana. Más dinero tirado.

Puedo sentir ya cómo el agua helada se filtra por mi falda de vuelo negra, por mi camisa blanca y por mis botines de ante. Y en vez de correr, me quedo ahí, mirando al cielo mientras las gotas de lluvia me empapan la cara, me calan hasta los huesos. Pensando en que sí, si quizá este es mi destino, tengo que resignarme a que nada de lo que he soñado se cumpla algún día. Todo quedará en sueños imposibles.

Tengo que soportar estoica la tormenta. Justo como lo estoy haciendo ahora.

Cuando te dejas llevar por las pasiones,
no es fácil salir indemne de ellas.

Finalista del VIII Premio Vergara de novela romántica.

La vida de la pintora Paula Guevara cambia drásticamente cuando en junio de 1987 conoce a Víctor Sotero, un cantante y compositor por el que dejará su entorno y sus amistades. Pero la convivencia con él será un torbellino emocional marcado por sus adicciones y sus problemas personales. Diez años de altibajos y luchas, hasta que un accidente pondrá fin a su vida y Paula no solo tendrá que recuperarse de las secuelas físicas, también las anímicas.

La muerte de Víctor ha sido un duro golpe, sin embargo, debe replantearse su propia existencia, quizá “volver a ser la de antes”, como le dicen su madre y su hermana Abigail. Una idea que no quiere ni plantearse por mucho que las circunstancias la obliguen a regresar a su antiguo hogar. Por suerte, su hermana mayor, Graciela, está a su lado y la apoya. También Roberto, que no ha olvidado sus antiguos sentimientos por ella y que le planteará un inesperado reto profesional en el que se embarcará ilusionada, con ganas de retomar su futuro.

Pero los recuerdos que creía sumergidos para siempre no la han abandonado; siguen emergiendo desde lo más profundo de su ser. Igual que las pasiones, de las que se sentía por fin a salvo.

Ana I. Martín nació en Valdeverdeja (Toledo). Vive en Ferrol-La Coruña. Está casada y tiene un hijo. Cursó estudios de Diseño e Ilustración en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, y de Relaciones Laborales en la Universidad de Ferrol-Coruña. Trabajó como pintora de paisajes al óleo. Le gusta leer y la escritura es una de sus pasiones. Para Elisa será su primera novela publicada.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Ana I. Martín
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-36-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO

@megustaleerebooks @megustaleer @megustaleer

Índice

Los recuerdos sumergidos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo

Si te ha gustado esta novela...
Sobre este libro
Sobre Ana I. Martín
Créditos